



AÑO 98, No. 3-4, JULIO-DICIEMBRE 2007
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

REVISTA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ

Chibás al cumplirse cien años de su natalicio
Fidel Castro Ruz
Pág. 9

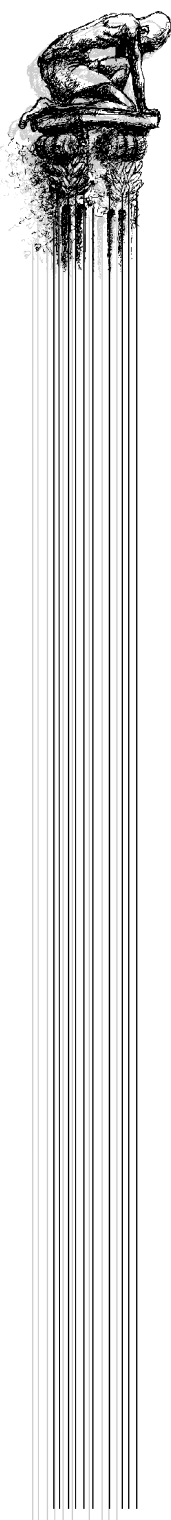
Eduardo Chibás: Vergüenza contra dinero
Armando Hart Dávalos
Pág. 16

**El chibasismo ortodoxo:
implicaciones y perspectivas**
Elena Alavez
Pág. 21

AÑO 98, No. 3-4, JULIO-DICIEMBRE 2007
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

REVISTA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ



Año 98 / Cuarta Época
Julio-Diciembre, 2007
Número 3-4
Ciudad de La Habana
ISSN 0006-1727
RNPS 0383

Director: Eduardo Torres Cuevas

Consejo de honor In Memoriam:

Ramón de Armas, Salvador Bueno Menéndez, Eliseo Diego, María Teresa Freyre de Andrade, Josefina García Carranza Bassetti, René Méndez Capote, Manuel Moreno Fraginalls, Juan Pérez de la Riva, Francisco Pérez Guzmán

Consejo de redacción:

Eliades Acosta Matos, Rafael Acosta de Arriba, Ana Cairo Ballester, Tomás Fernández Robaina, Fina García Marruz, Zoila Lapique Becali, Enrique López Mesa, Jorge Ibarra Cuesta, Siomara Sánchez Roberts, Emilio Setién Quesada, Carmen Suárez León, Cintio Vitier

Jefa de redacción: Araceli García Carranza

Edición y Composición electrónica: Marta Beatriz Armenteros Toledo

Idea original de diseño de cubierta: Luis J. Garzón

Versión de diseño de cubierta: José Luis Soto Cruet

Cubierta: Foto de Eduardo Chibás Ribas

Viñetas: Ediciones de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* de la Biblioteca Nacional José Martí

Canje: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Plaza de la Revolución

Ciudad de La Habana

Fax: 881 2428

Email: revbnjm@bnjm.cu

En Internet puede localizarnos: www.bnjm.cu

Primera época 1909-1912. Director fundador: Domingo Figarola Caneda

Segunda época 1949-1958. Directora: Lilia Castro de Morales

Tercera época 1959-1993. Directores: María Teresa Freyre de Andrade, René Méndez Capote, Juan Pérez de la Riva y Julio Le Riverend

Cuarta época 1999-. Directores: Eliades Acosta Matos y Eduardo Torres Cuevas

La Revista no se considera obligada a devolver originales no solicitados.

Cada autor se responsabiliza con sus opiniones.

Índice General

UMBRAL

En el Umbral 5

EDUARDO TORRES CUEVAS

ANIVERSARIOS

Eduardo René Chibás Ribas (1907-2007)

Chibás al cumplirse cien años de su natalicio 9

FIDEL CASTRO RUZ

De donde crece la palma 15

PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

Eduardo Chibás: Vergüenza contra dinero 16

ARMANDO HART DÁVALOS

El chibatismo ortodoxo: implicaciones y perspectivas 21

ELENA ALAVEZ

Eduardo Chibás: Origen y proyección 37

JUAN NUIRY SÁNCHEZ

Del legado de Chibás 45

FAUSTINO PÉREZ

Recordar a Chibás 50

NATALIA E. REVUELTA CLEWS

Eduardo Chibás y la capacidad de movilización cívica 67

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

Eduardo Chibás, un hombre con vergüenza 82

LEONEL F. MAZA GONZÁLEZ Y LOURDES CASTELLÓN SÁNCHEZ

¿Por qué se suicidó Eduardo R. Chibás? 92

JESÚS DUEÑAS BECERRA

Chibás y la muerte 95

MARTA B. ARMENTEROS

El brillo de un ejemplo. Chibás, hombre de sol y valor 97

MARIO ANTONIO PADILLA TORRES

Ernesto Che Guevara (1967-2007)

Evocación al Che desde las revistas cubanas de los años sesenta 99

VILMA N. PONCE SUÁREZ

MEDITACIONES

- Palabras de agradecimiento por el Premio Iberoamericano
de Poesía Pablo Neruda 118
FINA GARCÍA MARRUZ
- Miranda vuelve 136
EUSEBIO LEAL SPENGLER
- Memoria escrita y visual de la Guerra Hispano-Cubano-
Norteamericana de 1898 142
NYDIA SARABIA
- “¡Lo divino está en lo humano!”: dos crónicas de José Martí 162
ADIS BARRIOS
- Sobre la trayectoria cubana de Vicente Rocafuerte (1783-1847) 174
CARMEN SUÁREZ LEÓN
- La condición humana en la obra de Eduardo Torres Cuevas 180
FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ
- ¿Era Fulgencio Batista inteligente? 186
NEWTON BRIONES MONTOTO

CRÓNICAS

- Salvador Bueno: crítico mayor 191
JESÚS DUEÑAS BECERRA
- Evocación al Zarapico 194
MERCEDES SANTOS MORAY

DOCUMENTOS RAROS

- Juan de Aréchaga y Casas, primer cubano que publicó un libro
en latín 196
AMAURY B. CARBÓN SIERRA

LIBROS

- Nada hay tan bello como la esperanza 201
MERCEDES SANTOS MORAY
- Vergüenza contra dinero* 203
MARTA B. ARMENTEROS
- Julio Le Riverend y la historia del pensamiento antimperialista
cubano 206
FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ

En el Umbral

Eduardo Torres Cuevas

*Historiador y director de la Biblioteca
Nacional José Martí*

Hace más de cincuenta años, un Adolescente se paró maravillado ante una monumental construcción de estilo clásico, apenas inaugurada dos o tres años antes, temeroso de cruzar el umbral del edificio. En placas de mármol estaban los nombres de Platón, Darwin, Descartes, Kant; custodiando la gran puerta de entrada, sobre la cual aparecía, plateado, el nombre de José Martí, estaban asimismo los de Bolívar, San Martín, Sucre, Juárez, como parte de la constelación latinoamericana, y sus columnas de entrada portaban con orgullo los cubanísimos de Varela, Luz, Céspedes, Maceo y Gómez, entre otros. Había llegado allí con el propósito de sentarse en su sala de música para escuchar todo lo que hubiese de Cervantes, White, Lecuona y Sánchez de Fuentes. Fue la primera vez que atravesó el umbral de la Biblioteca Nacional cubana. Después lo hizo muchas veces por pasión a la lectura, a la música y al propio local. Su espacio acogedor, como templo del saber, permitía olvidar el tiempo, escapar del bullicio cotidiano, hasta ser sorprendido por las once de la noche.

Años más tarde, como estudiante de Historia y de Filosofía, encontró en sus

salas y pasillos uno de los espacios intelectuales más fructífero y creador de la Cuba de los sesenta del siglo xx. En los “cubículos” y en la, por entonces, “Colección Cubana” del tercer piso, a veces en las mañanas pero sobre todo en el atardecer, confluía un grupo de jóvenes que se sumergía en documentos y libros “viejos” y, en voz baja —a veces no tan baja—, intercambiaba con los, para ellos, “monstruos sagrados”. Allí se discutían las últimas teorías, métodos y se descubría, día a día, parte del patrimonio de la cultura cubana, irreplicable en sus documentos y libros antiguos. Moreno Fragnals lanzaba, ante un siempre escaso, atento y juvenil auditorio, sus poderosos dardos contra la historia tradicional y contra la interpretación que de nuestro pasado hacía el marxismo dogmático; retaba, concienzudo, a arriesgarse en una nueva interpretación de nuestra historia, rigurosa y vigorosa. Juan Pérez de la Riva, con su sello muy personal y desde un marxismo renovado y científico, cargado de ingredientes de la *nouvelle histoire* y de la cliometría, iniciaba su “conquista del espacio cubano”. A Cintio Vitier le llegó un día el joven estudiante con numerosas preguntas sobre el *Espejo de paciencia* y Silvestre de Balboa. Fina García Marruz, poesía toda, daba un toque delicado a ese espacio del piso tres. A Jorge Ibarra, el más joven de los “viejos”, había que descubrirlo entre los espacios que quedaban entre libros y papeles.

No podía imaginar aquel estudiante que quien fuera director de esa biblioteca y maestro de historiadores, Julio Le Riverend, le colocaría en sus manos, tiempo después y como parte de su testamento, su biblioteca personal.

Los entonces estudiantes o jóvenes profesores dedicábamos horas a hurgar en los viejos documentos, abstraídos de todo referente de lo cotidiano. Fue allí donde encontré documentos únicos como el *Informe sobre diezmos de 1808* del obispo Espada o las distintas ediciones hechas por Félix Varela de sus *Lecciones de Filosofía*, para sólo referir dos momentos perdurables en mi memoria. Cada descubrimiento pasaba a ser objeto de debate con colegas, amigos y profesores. Estos intercambios se convertían en verdaderas tertulias de imperecedera calidad y creo que marcaron a toda una generación de escritores, historiadores y estudiosos. Nombres como los de Ramón de Armas y Francisco Pérez Guzmán (Panchito), mis inolvidables hermanos, que ya no nos acompañan, se unen, en el nublado recuerdo de aquellos años, a otros muchos que sería imposible relacionar aquí. Por ello prefiero no nombrar a ninguno; la memoria suele ser traicionera.

Si era posible el trabajo que ennoblecía, disciplinaba y formaba ello se debía al alto nivel profesional, cultural y humano del personal de la Biblioteca Nacional de Cuba. Con Zoila, Israel, Josefina y Araceli compartimos más de una vez una búsqueda que ellos inteligentemente nos ayudaron a encaminar. Nunca se encontrará un personal más noble que el de la Biblioteca y, a la vez, menos reconocido. En la obra personal

de todos los que hemos trabajado o estudiado en esta Biblioteca, está, sin lugar a dudas, una parte importante de la labor del bibliotecario, de especialistas y referencistas. Cuántas veces hemos llegado desorientados, o con una ligera idea de lo que buscamos, y gracias a ellos hemos encontrado no sólo la orientación, sino todo un conjunto de conocimientos que han servido para conformar la obra que llevará nuestro nombre.

En el amor que día a día, y durante tantos años, se fraguó por nuestra Biblioteca, en el recuerdo de momentos y personas que quedaron en la memoria, la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* constituye un referente que no podrá ser obviado por nadie que más que buscar la moda intelectual quiera darle lastre a su proyecto de vida y a su pensamiento. Bajo la dirección de notables personalidades de nuestra cultura, no fue nunca una revista de circunstancias. Con cada una de sus publicaciones, creaba conocimiento nuevo, expandía cultura, contribuía a la formación de la memoria histórica sobre la base de los fondos documentales, bibliográficos, sonoros de la Biblioteca Nacional y de las investigaciones de todos los que, alguna vez, trabajaron en sus salas o en cualquier otro centro o fondo documental del país o de otras partes del mundo.

Quién escribe estas líneas es aquel joven que una vez se conmovió ante una estructura externa y una imagen interna, llenó sus ojos con el vitral de Minerva, y se nutrió en los pechos de esta Madre Nutricia, de esta Alma Máter de la cultura y de la espiritualidad cubanas. Es el mismo estudiante

que trabajó parte de sus investigaciones con los fondos de la Biblioteca Nacional y que, entre sus recuerdos, conserva uno especial referido a la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. Por consejos de Zoila Lapique, una vez terminado de leer el *Centón epistolario* de Domingo del Monte, fue a la lectura de las cartas de José Luis Alfonso, publicadas en los primeros números de esta Revista. Así entendí mejor los orígenes de la burguesía azucarera cubana, atada de pies y manos por una esclavitud que los convirtió en esclavos políticos (de España o de los Estados Unidos) por ser “esclavos de sus esclavos”. Desde entonces, busqué y atesoré cada número de la *Revista de la Biblioteca Nacional* porque sus contenidos constituyen parte invaluable de la cultura cubana, testimonio de un doble tiempo histórico, el del que escribe y el de lo que se escribe; en sus ensayos e investigaciones bajo la rúbrica de destacadísimas personalidades de los estudios científicos, culturales e históricos cubanos, está la historia de un siglo en la cual nos fuimos descubriendo y reconociendo; en la que fuimos intentando darle respuestas a tres interrogantes filosóficas: ¿Quiénes somos; de dónde venimos; a dónde vamos? No se puede prescindir de la *Revista de la Biblioteca Nacional* para tratar cualquier tema de la historia cultural y científica de Cuba.

Toda publicación, sin embargo, para sostenerse durante un siglo, la nuestra lo cumplirá dentro de un año, necesita de un pequeño número de hombres y mujeres que, afrontando numerosos obstáculos, con constancia e inteligencia que los reducen y los sobrepasan,

materializan, en cada número, el proyecto intelectual que contienen sus páginas. A pesar de los espacios de silencio, breves períodos de ausencia, a estos hombres y mujeres les deberá la cultura cubana la preservación y el desarrollo constante de esta plaza imbatible de conocimiento verdadero de Cuba, su historia y su cultura.

En particular, creo recoger el sentimiento de sus trabajadores, y el mío propio, al dejar en letra impresa lo que ya la obra consagra para la historia. Dentro de la etapa más difícil de la Biblioteca Nacional, que llevó a que la publicación no pudiera ver la luz debido a dificultades materiales y económicas, un joven santiaguero, Eliades Acosta Matos, asumió la dirección de la institución y de su publicación. Con inteligencia, trabajo y amor logró, en 1999, reiniciar, ininterrumpidamente hasta hoy, la publicación de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. La impronta de Eliades Acosta Matos queda ya como parte destacada de esta historia. Esta Revista espera contar siempre con sus criterios y colaboraciones porque a ella él pertenece.

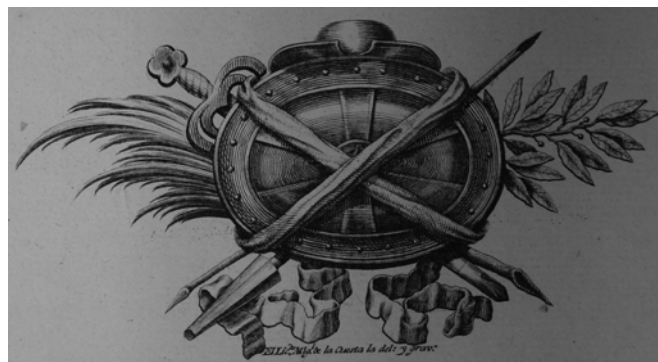
Hoy, el que escribe, debe cruzar, de nuevo, el umbral de la catedral de la cultura cubana y de su publicación. Confieso con pudor que lo hago sobrecogido por su historia, por el recuerdo de quienes contribuyeron a su permanencia y desarrollo y por las responsabilidades que, ante su futuro, contraigo. Asumo el reto, pero el resultado lo dirá la vida.

Dos años antes de que surgiera la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, y quizás como una premonición del convulso siglo xx cubano,

en 1907, nacieron tres figuras de especial significación en la historia de las ideas en Cuba: Raúl Roa García, Eduardo Chibás y Rafael García Bárcena. Al primero se le dedicó el número anterior de esta Revista y al segundo el presente. Con García Bárcena, seguimos quedando en deuda. El pensamiento social, la acción política y los fundamentos éticos que los tres dejaron en nuestra historia exigen, para comprenderla, el estudio de las ideas de estas

tres personalidades de nuestra cultura política. Sus fuerzas creadoras emanaron de un profundo sentido ético y de una raigal concepción martiana.

Nuestra publicación, empeñada en la creación y recreación de la memoria histórica y, más aún, en nutrir el espíritu de este tiempo de revitalización del proyecto ético y cultural de la Revolución cubana, no sólo les rememora en estos números sino que los une a nuestro cotidiano reflexionar.



ANIVERSARIOS

Eduardo Chibás Ribas (1907-1951)

Chibás al cumplirse cien años de su natalicio*

Fidel Castro Ruz

Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba

Cuando leí en *Granma* el artículo del compañero Hart al conmemorar esa fecha, se menciona un párrafo del discurso que pronuncié el 16 de enero de 1959 en el Cementerio de Colón, a los ocho días de mi llegada a La Habana después del triunfo. Me trajo muchos recuerdos de los heroicos compañeros caídos. Pensaba en Juan Manuel Márquez, brillante orador martiano y segundo jefe de la fuerza expedicionaria del *Granma*; en Abel Santamaría, sustituto en el mando si yo caía en el ataque al Cuartel Moncada; Pedro Marrero, Níco López, José Luis Tasende, Gildo Fleitas, los hermanos Gómez, Ciro Redondo, Julio Díaz y prácticamente todos los miembros del numeroso contingente de jóvenes artemiseños que cayeron en el Moncada o en la Sierra. Sería interminable la lista. Todos procedían de las filas ortodoxas.

El primer problema a resolver era Batista en el poder. Con Chibás vivo no

habría podido dar el golpe de Estado, porque el fundador del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) lo observaba de cerca y metódicamente lo ponía en la picota pública. Muerto Chibás, era seguro que Batista perdería las elecciones que debían realizarse el 1º de junio del año 1952, dos meses y medio después del golpe de Estado. Los análisis de opinión eran bastante precisos y el rechazo a Batista crecía constantemente, día tras día.

Yo estaba en la reunión donde se eligió al nuevo candidato ortodoxo, más como atrevido que como invitado. Ingresaría en el Parlamento, donde lucharía por un programa radical. Nadie habría podido impedirlo. Se rumoraba entonces que yo era comunista, palabra que despertaba muchos reflejos sembrados por las clases dominantes. Hablar entonces de marxismo-leninismo, e incluso en los primeros años de la Revolución, habría sido insensato y torpe. En aquel discurso ante la tumba de Chibás hablé

* Trabajo que forma parte de las "Reflexiones" del Comandante en Jefe que aparecen en las publicaciones cubanas. Esta fue firmada el 25 de agosto de 2007 a las 6:32 p.m.

de forma que se comprendiera por las masas las contradicciones objetivas que nuestra sociedad enfrentaba en aquel entonces, y aún tiene que enfrentar.

Me comunicaba todos los días a través de una estación local de radio ubicada en la capital y con mensajes enviados directamente a decenas de miles de electores espontáneamente inscritos en el Partido Ortodoxo. Además lo hacía con toda la nación a través de las ediciones extraordinarias del periódico *Alerta* durante varios lunes casi consecutivos, con las denuncias probadas de la corrupción del gobierno de Prío formuladas entre el 28 de enero y el 4 de marzo de 1952. Pude intuir y profundizar las intenciones golpistas de Batista. Lo denuncié a la dirección y les pedí utilizar la hora dominical que tenía Chibás para hacerlo. “Investigaremos”, me respondieron. Dos días más tarde comunicaron: “Hemos indagado por nuestras vías y no existe indicio alguno”. Pudo evitarse el golpe y no se hizo nada. Ya Chibás, meses antes, a duras penas pudo impedir “un pacto sin ideología”, como él lo calificara, entre ortodoxos y el antiguo Partido Revolucionario Cubano (Auténtico). La mayoría de las direcciones provinciales apoyaron tal pacto. El sistema económico imperante facilitó que en casi todas las provincias, la oligarquía y los terratenientes se apropiaran de la dirección. Sólo una fue leal, la de la capital, con gran influencia de intelectuales radicales en la dirección. Consumado el golpe y cuando más se necesitaba la unión, el papel de la oligarquía fue dejar la masa mayoritaria del pueblo a merced del viento imperialista. Yo seguí con mi proyecto revolucionario, en

el que esta vez la lucha, desde su propio inicio, sería armada.

El día que Chibás, cuyo cadáver fue velado en la Universidad de La Habana, iba a ser enterrado, propuse a la dirección ortodoxa dirigir aquella enorme masa hacia el Palacio Presidencial y tomarlo. Me había pasado toda la noche respondiendo preguntas de los reporteros radiales y preparando los ánimos del pueblo para acciones radicales. Nadie en la Universidad les prestaba atención a las radioemisoras aquella noche. Había un gobierno desorganizado y lleno de pánico, un ejército desmoralizado y sin ánimos para reprimir a aquella masa. Nadie habría resistido.

Al conmemorarse el primer aniversario de la muerte de Chibás, escribí una proclama cuyo título fue: “Zarpazo”, impresa en mimeógrafo seis días después del golpe traidor. A continuación su texto:

¡Revolución no, Zarpazo! Patriotas no, liberticidas, usurpadores, retrógrados, aventureros sedientos de oro y poder.

No fue un cuartelazo contra el Presidente Prío, abúlico, indolente; fue un cuartelazo contra el pueblo, vísperas de elecciones cuyo resultado se conocía de antemano.

No había orden pero era al pueblo a quien le correspondía decidir democráticamente, civilizadamente y escoger sus gobernantes por voluntad y no por la fuerza.

Correría el dinero a favor del candidato impuesto, nadie lo niega, pero ello no alteraría el resultado como no lo alteró el derroche del Tesoro Público a favor del candidato impuesto por Batista en 1944.

Falso es por completo, absurdo, ridículo, infantil, que Prío intentase un golpe de Estado, burdo pretexto, su impotencia e incapacidad para intentar semejante empresa ha quedado irrefutablemente demostrada por la cobardía con que se dejó arrebatar el mando.

Se sufría el desgobierno, pero se sufría desde hace años esperando la oportunidad constitucional de conjurar el mal, y usted Batista que huyó cobardemente cuatro años y politiquéó inútilmente otros tres, se aparece ahora con su tardío, perturbador y venenoso remedio, haciendo trizas la Constitución cuando sólo faltaban dos meses para llegar a la meta por la vía adecuada.

Todo lo alegado por Ud. es mentira, cínica justificación, disimulo de lo que es vanidad y no decoro patrio, ambición y no ideal, apetito y no grandeza ciudadana.

Bien estaba echar abajo un gobierno de malversadores y asesinos, y eso intentábamos por la vía cívica con el respaldo de la opinión pública y la ayuda de la masa del pueblo. ¿Qué derecho tienen en cambio a sustituirlo en nombre de las bayonetas los que ayer robaron y mataron sin medida?

No es la paz, es la semilla del odio lo que así se siembra. No es felicidad, es luto y tristeza lo que siente la nación frente al trágico panorama que se vislumbra. Nada hay tan amargo en el mundo como el espectáculo de un pueblo *que se acuesta libre y se despierta esclavo*.

Otra vez las botas; otra vez Colombia dictando leyes quitando y



poniendo ministros; otra vez los tanques rugiendo amenazadores sobre nuestras calles; otra vez la fuerza bruta imperando sobre la razón humana. Nos estábamos acostumbrando a vivir dentro de la Constitución, doce años llevábamos sin grandes tropiezos a pesar de los errores y desvaríos. Los estados superiores de convivencia cívica no se alcanzan sino a través de largos esfuerzos. Ud. Batista acaba de echar por tierra en unas horas esa noble ilusión del pueblo de Cuba.

Cuanto hizo Prío de malo en tres años, lo estuvo Ud. haciendo en once. Su golpe es pues, injustificable, no se basa en ninguna razón moral seria, ni en doctrina social o política de ninguna clase. Sólo halla razón de ser en la fuerza, y justificación en la mentira. Su mayoría está en el Ejército, jamás en el pueblo. Sus votos son los fusiles, jamás las voluntades, con ellos puede

ganar un cuartelazo, nunca unas elecciones limpias. Su asalto al poder carece de principios que lo legitimen; ríase si quiere, pero los principios son a la larga más poderosos que los cañones. De principios se forman y alimentan los pueblos, con principios se alimentan en la pelea, por los principios mueren.

No llame revolución a ese ultraje, a ese golpe perturbador e inoportuno, a esa puñalada trapera que acaba de clavar en la espalda de la República. Trujillo ha sido el primero en reconocer su gobierno, él sabe quiénes son sus amigos en la camarilla de tiranos que azotan la América, ello dice mejor que nada el carácter reaccionario, militarista y criminal de su zarpazo. Nadie cree ni remotamente en el éxito gubernamental de su vieja y podrida camarilla, es demasiada la sed de poder, es muy escaso el freno cuando no hay más Constitución ni más ley que la voluntad del tirano y sus secuaces.

Sé de antemano que su garantía a la vida será la tortura y el palmaristi. Los suyos matarán aunque usted no quiera, y usted consentirá tranquilamente porque a ellos se debe por completo. Los déspotas son amos de los pueblos que oprimen y esclavos de la fuerza en que sustentan la presión. A su favor lloverá ahora propaganda mentirosa y demagógica en todos los voceros, por las buenas o por las malas, y sobre sus opositores lloverán viles calumnias; así lo hizo Prío también y de nada le valió en el ánimo del pueblo. Pero la verdad que alum-

bre los destinos de Cuba y guíe los pasos de nuestro pueblo en esta hora difícil, esa verdad que ustedes no permitirán decir, la sabrá todo el mundo, correrá subterránea de boca en boca en cada hombre y mujer, aunque nadie lo diga en público ni la escriba en la prensa, y todos la creerán y la semilla de la rebeldía heroica se irá sembrando en todos los corazones; es la brújula que hay en cada conciencia.

No sé cuál será el placer vesánico de los opresores, en el látigo que dejen caer como caínes sobre la espalda humana, pero sí sé que hay una felicidad infinita en combatirlos en levantar la mano fuerte y decir: ¡No quiero ser esclavo!

Cubanos: Hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos, y Guiteras. Hay opresión en la patria, pero habrá algún día otra vez libertad.

Yo invito a los cubanos de valor, a los bravos militantes del Partido Glorioso de Chibás; la hora es de sacrificio y de lucha, si se pierde la vida nada se pierde, “vivir en cadenas, es vivir en oprobio y afrenta sumido. Morir por la patria es vivir”.

Fidel Castro.

Al no ser publicado este irreverente artículo —¿quién se atrevería?—, fue distribuido en el Cementerio de Colón por amigos y simpatizantes ortodoxos el 16 de marzo de 1952.

El 16 de agosto de 1952 se publicó en el periódico clandestino *El acusador* un artículo titulado “Recuento crítico del P.P.C. (Ortodoxos)”, firmado con un seudónimo del autor: Alejandro. Ya que hice una valoración crítica de aquel par-

tido, me pareció conveniente incluir este análisis:

Por encima del tumulto de los cobardes, los mediocres y los pobres de espíritu, es necesario hacer un enjuiciamiento breve, pero valiente y constructivo del movimiento ortodoxo, después de la caída de su gran líder Eduardo Chibás.

El formidable aldabonazo del paladín de la Ortodoxia, dejó al Partido un caudal tan inmenso de emoción popular que lo puso a las puertas mismas del Poder. Todo estaba hecho, sólo era necesario saber retener el terreno ganado.

La primera pregunta que debe hacerse todo ortodoxo honrado es esta: ¿Hemos engrandecido el legado moral y revolucionario que nos legó Chibás..., o, por el contrario, hemos malversado parte del caudal...?

Quien crea que hasta ahora todo se ha hecho bien, que nada tenemos que reprocharnos, ese será un hombre muy poco severo con su conciencia.

Aquellas pugnas estériles que sobrevinieron a la muerte de Chibás, aquellas escandaleras colosales, por motivos que no eran precisamente ideológicos, sino de sabor puramente egoísta y personal, aún resuenan como martillazos amargos en nuestra conciencia.

Aquel funestísimo procedimiento de ir a la tribuna pública a dilucidar bizantinas querellas, era síntoma grave de indisciplina e irresponsabilidad.

Inesperadamente vino el 10 de Marzo. Era de esperar que tan gravísimo acontecimiento arrancara de raíz

en el Partido las pequeñas rencillas y los personalismos estériles. ¿Acaso fue totalmente así...?

Con asombro e indignación de las masas del Partido, las torpes querellas volvieron a relucir. La insensatez de los culpables no reparaba en que la puerta de la prensa era estrecha para atacar al régimen; pero en cambio muy ancha para atacar a los propios Ortodoxos. Los servicios prestados a



Batista con semejante conducta no han sido pocos.

Nadie se escandalizará de que tan necesario recuento se haga hoy, en que le ha tocado el turno a la gran masa, que en silencio amargo ha sufrido estos extravíos y ningún momento más oportuno que el día de rendir cuentas a Chibás junto a su tumba.

Esa masa inmensa del P.P.C. está puesta de pie, más decidida que nunca. Pregunta en estos momentos de sacrificio...: ¿Dónde están

los que aspiraban... los que querían ser los primeros en los puestos de honor de las asambleas y los ejecutivos, los que recorrían territorios y hacían tendencias, los que en las grandes concentraciones reclamaban puesto en la tribuna, y ahora no recorren territorios, ni movilizan la calle, ni demandan los puestos de honor de la primera línea de combate...?

Quien tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades. Para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que creen en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, porque esos vacíos son ocupados bien pronto por los hombres enteros que salen de las filas.

El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La Revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho

descubierto y toman en la mano el estandarte. A un Partido Revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba.

Alejandro.

Más adelante creamos una estación radial clandestina que hiciera lo que después hizo Radio Rebelde en la Sierra. En relativamente poco tiempo, mimeógrafo, emisora y lo poco que teníamos, cayó en manos del ejército golpista. Entonces aprendí las reglas rigurosas a las que debía ajustarse la conspiración que nos llevó al ataque del Moncada.

Próximamente se publicará un pequeño volumen con dos ideas fundamentales que fueron condensadas en dos discursos: el de Río de Janeiro en la Cumbre de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo hace más de quince años y el que pronunciara en la conferencia internacional Diálogo de Civilizaciones hace dos años y medio. Recomiendo a los lectores analizar bien ambos documentos. Ruego me excusen por este anuncio comercial, pero gratuito.

De donde crece la palma*

Pablo Armando Fernández

Poeta, narrador y ensayista

A Eduardo Chibás

*La Luz te acepta su amigo
en este largo proceso
de despedida y regreso
que continúa contigo,
inmarcesible testigo.*

*Toda propuesta que hermana
en la lucha por vencer
a Goliath, es renacer
a la condición humana
que la distinga cubana.*

*Insistes en hacer que conozcamos
quiénes somos para permanecer
en el suelo natal por defender
el reconocimiento que alentamos
ser como tú, fervorosos cubanos.*

*Hay propuestas que sirven de enseñanza
la tuya: vergüenza contra dinero,
compromete a seguir tu derrotero.*

*Dedicar nuestro empeño a la labranza
es obtener del suelo la esperanza.*

*Estos años de fervidos intentos
por devolverle al suelo libre brío
que fluya sin cesar, cual patrio río,
son en tu despertar nuevos asientos
que acogen progresivos sentimientos.*

*Para cuidar del ser reconocido
mantienes siempre alertas tus ensueños
que salvaguardan firmes los empeños
de conservar tu pueblo renacido
en patriótico suelo florecido.*

* Título tomado de un verso de José Martí.

Eduardo Chibás: Vergüenza contra dinero*

Armando Hart Dávalos

Director de la Oficina del Programa Martiano

Su sacrificio no fue en vano. Su prédica aglutinó a lo mejor de la juventud de esa época, de donde salieron muchos de los asaltantes del Moncada.

El 16 de enero de 1959, a escasos días de la entrada victoriosa de la Revolución triunfante en La Habana, Fidel dijo en la tumba de Eduardo Chibás:

Pero hoy es como el resumen de toda la historia, la historia de la Revolución, la historia del 26 de julio, que tan ligada está a la historia de esa tumba, que tan ligada está al recuerdo de quien descansa en esta tumba, que tan íntimamente ligada está a la ideología, a los sentimientos y a la prédica de quien descansa en esa tumba, porque debo decir que sin la prédica de Chibás, que sin lo que Chibás hizo, que sin el civismo y la rebeldía que despertó en la juventud cubana, el 26 de Julio no hubiera sido posible.¹

Es de utilidad hacer una reflexión sobre el medio político en que se movió su vida y el significado de su mensaje: “Vergüenza contra dinero”.

Procedía Chibás de los jóvenes universitarios más radicalmente revolucionarios

de la llamada generación de 1930 que, al decir de Raúl Roa se había ido a bolina. Ocurrió así porque aquel proceso gestado desde los años veinte se perdió en los cuarenta, en la politiquería, la corrupción y el entreguismo. Chibás, rebelde siempre, mantuvo en alto las banderas de la tradición revolucionaria cubana y se enfrentó a aquella situación. No le ocurrió lo que a otros de sus antiguos compañeros, los cuales fueron degenerando hasta hundirse en la charca inmunda del latrocinio y la desvergüenza política. Se rebeló contra estas posturas, por esto lo recordamos hoy como un eslabón importante en la historia de la Revolución cubana, aquella que comenzó en 1868 y continúa marchando hacia delante en el tercer milenio.

La posteridad de Chibás, es decir, la Cuba de hoy, lo recuerda con honor a él y a sus compañeros más cercanos, porque la historia honra a los hombres y mujeres coherentes y honestos que se entregan a la causa de su pueblo; es oportuno resaltar este hecho, pues el líder ortodoxo es un magnífico ejemplo de los que se situaron en la vanguar-

* Versión del autor de las páginas 23 y 24 de su libro *Aldabonazo* (Editorial Letras Cubanas, 1997) y de su discurso pronunciado en ocasión del cincuenta aniversario de la muerte de Eduardo Chibás en el Cementerio de Colón, el 16 de agosto de 2001.

dia de la lucha contra la inmoralidad pública de aquella época.

Otro aspecto importante a destacar del período en que Eduardo Chibás alcanzó su enorme notoriedad política, es el relativo a la vigencia formal entre 1940 y 1952 de la última Constitución con validez jurídica de la república neocolonial, es decir, la Constitución de 1940. Esta Carta fue la expresión legal más avanzada del período neocolonial. En su marco se gestaron y desarrollaron las acciones políticas de Chibás. El texto abolía formalmente el latifundio, cuestión que nunca se materializó porque, desde luego, lo impedía el régimen político y social vigente. La de 1940 es una de las constituciones más progresistas del mundo para su época. Hágase un estudio de Derecho comparado y se podrá confirmar que esta tenía una proyección social muy avanzada. En su contenido progresista y en la fuerza política que para materializarlo tomó la ortodoxia, encontraremos las razones del golpe de Estado que impidió el triunfo electoral de quienes heredaron las banderas de Chibás, entre ellos, el joven abogado Fidel Castro Ruz.

Como es de suponer, un triunfo ortodoxo el 1° de junio de 1952 hubiera llevado al empeño de promulgar las leyes complementarias de la Constitución que estaban engavetadas por el sistema dominante. Nadie puede decir qué hubiera podido pasar, pero seguramente no hubiera sido del agrado del imperialismo. Pudiera haber dado paso a un proceso de profunda ebullición política y social. Y esto fue precisamente lo que trató de impedir el golpe de Estado de Batista, apenas tres meses antes de las elecciones.

Pero la prédica política de Eduardo Chibás sobre los fundamentos históricos expuestos, logró promover en lo mejor de nuestro pueblo, la idea contenida en su consigna esencial “Vergüenza contra dinero”. La trascendencia de este hecho está en que los acontecimientos ulteriores y el genio político de Fidel, enlazaron las consignas de moralizar las costumbres públicas de la ortodoxia, con las ideas socialistas que nos llegaban de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y sus continuadores.

A más de medio siglo de su desaparición física, se hace más necesario que nunca arribar a una valoración acerca de los antecedentes de cómo la clarinada del gran paladín, combatiente a favor de la honestidad administrativa de mediados del siglo xx, se articuló después con las ideas más radicales de justicia social de nuestro pueblo.

Desde el seno de la tradición revolucionaria de 1930, Eduardo Chibás promovió una destacada acción política contra la inmoralidad que corroía todos los estratos de la vieja sociedad. El lema “Vergüenza contra dinero” y el símbolo de una escoba para barrer la podredumbre que ahogaba el país, estremecieron a la nación y, en especial, a las capas más jóvenes.

Al pronunciar su último discurso, concluyó su apelación final de forma dramática al inmolarse con un disparo: “Compañeros de la Ortodoxia, ¡adelante! ¡Por la independencia económica, la libertad política y social! ¡A barrer a los ladrones del gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo cubano, despierta! ¡Este es mi último aldabonazo!”.

Con orgullo recuerdo que tuve el honor de ser uno de los cubanos que

caminó junto al féretro de Chibás hasta su tumba en el Cementerio de Colón, donde una larga lista de oradores despidieron el duelo del gran líder popular.

Fue velado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana; ningún lugar más apropiado para resaltar la significación de sus ideas y luchas. Allí se dio cita una amplísima representación de dirigentes políticos y sociales del país. Al asomarme por la parte superior de la Colina, se me presentó el espectáculo de una inmensa multitud de pueblo que cubría la calle San Lázaro, la plaza Julio Antonio Mella y la escalinata. En los brazos del pueblo cubano fue llevado el féretro. Durante la larga marcha hasta el cementerio, la multitud fue creciendo. Tomó por la calle L rumbo a 23, de allí hasta 12, y desde esta esquina hasta el destino final del recorrido.

El vacío político creado por la muerte de Chibás lo aprovechó Fulgencio Batista para dar el golpe de Estado el 10 de marzo de 1952.

Más allá del análisis histórico que pueda hacerse del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), de su heterogénea composición y muy especialmente de la valoración que hagamos de su juventud, lo cierto es que el programa de Chibás estaba orientado hacia el nervio central de la historia espiritual de Cuba: la cuestión ética.

Para conocer lo más avanzado de las ideas que se movían en la gigantesca masa ortodoxa, hay que tomar en cuenta que de su juventud emergió la Generación del Centenario. Pero incluso existe un documento que puede servir de referencia histórica para investigar las concepciones prevalecientes en

diversos grupos de jóvenes del Partido del Pueblo Cubano. Me refiero al Manifiesto de la Juventud Ortodoxa publicado en el año 1948, con el nombre de *El pensamiento ideológico y político de la juventud cubana*, que tiene proyección socialista.

La ortodoxia generó desde entonces un movimiento político de repercusión social a partir de un programa ético. Históricamente, *el último aldabonazo* de Chibás no resultó sólo un llamado a combatir la corrupción de las costumbres públicas, sino también una advertencia a fondo al sistema económico y social del país.

Y como no se escuchó o no se podía escuchar esta clarinada, se abrió el camino a la reacción representada por los grupos castrenses; y para rechazar a estos, el de la Revolución, que retomaba la tradición martiana articulada desde los años veinte, como ya señalé, con el pensamiento socialista.

Excepcional tribuno y comunicador, Eduardo Chibás supo utilizar los medios masivos de comunicación, para predicar a favor de la ética política frente a la corrupción imperante a mediados del siglo xx, ahí está su genuina contribución.

Síntesis biográfica

Eduardo Chibás nació en Santiago de Cuba el 26 de agosto de 1907 y murió en La Habana el 16 de agosto de 1951.

Sus padres, Gloria Ribas Agramonte y Eduardo Chibás Guerra, poseían una sólida posición económica.

Después de realizar sus primeros estudios en el colegio santiaguero de Alicia Wilson, Chibás es trasladado al Colegio Dolores; y en 1920, a los tre-



ce años, la familia decide que continúe sus estudios en el Colegio de Belén de La Habana. Tres años más tarde ya todo el colegio habla de Chibás... Ahora se preocupa por la economía, la sociología y la política. Se registra en él un profundo sentimiento patriótico y un gran sentido de la justicia.

En 1922, su familia se muda para La Habana con el propósito de estar más cerca de él.

Viaja con ellos a Europa en 1925, como premio por haber obtenido el título de bachiller. En el barco conoce a un profesor de Fisiología de la Universidad de La Habana, quien más tarde ocuparía la primera magistratura de la nación: Ramón Grau San Martín.

Al regresar a Cuba matricula en la Escuela de Derecho y de inmediato se une al núcleo más radical de estudiantes de la Universidad de La Habana, que tiene por jefe a Julio Antonio Mella, por quien sintió siempre gran admiración y respeto.

En ese propio año Mella fue expulsado de la Universidad y después detenido y encarcelado injustamente.

En la manifestación que se organiza frente al Palacio Presidencial para solicitar la libertad de Mella, participa Eddy Chibás, el cual también resulta detenido por la policía. Es su primer enfrentamiento con los esbirros machadistas.

En 1927, ante la repulsa unánime de la ciudadanía, se comienza a hablar de la prórroga de poderes. La Universidad se convierte en un gran foco de rebelión contra ese engendro macabro de gobierno de Machado y un grupo de estudiantes constituye el primer Directorio Estudiantil Universitario contra la prórroga de poderes. Entre sus integrantes se encuentran: Antonio Guiteras, Gabriel Barceló y Chibás. Por presión del gobierno, los miembros del Directorio son sometidos a Consejo Disciplinario, el cual adopta la decisión de expulsar a Chibás del Alma Máter, junto a Guiteras y otros compañeros. Precisamente, en estos días comenzó a traslucirse su condición de líder de las multitudes y así inicia una vida en la que la persecución, la cárcel y el exilio lo acompañan casi hasta su muerte.

A la caída de Machado en 1933, Chibás apoya el gobierno revolucionario de Grau y Guiteras y al cesar este, combate al gobierno reaccionario de Mendieta y a la primera dictadura militar del entonces coronel Batista, por lo que va a la cárcel y después al exilio.

En 1940 forma parte de la Asamblea Constituyente en representación del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), y en las elecciones de ese propio año, así como en las de 1944, es electo primero como representante y después como senador, y logró una de las más altas votaciones entre todos los candidatos; sin embargo, debido a la falta de garantías

y el atropello a la vida humana, el latrocinio y los desmanes de los gobernantes, abandona el autenticismo y funda el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos).

Comienza todos los domingos a hablar entre las 8 y 8:30 p.m. por la CMQ, tribuna donde decía las verdades, sin temor a nada. El programa “La hora de Chibás”, como se le llamaba, era escuchado en toda Cuba, hasta en los más apartados rincones del país. Era esperado, domingo a domingo, por todo el pueblo.

En las elecciones efectuadas en 1948 figura como candidato a la presidencia de la república y en una campaña relámpago de quince días obtiene cerca de 400 000 votos.

Chibás combate al imperialismo con todas sus fuerzas y cívicamente denuncia el consorcio de las tres S, la Standard Oil, la Sinclair y la Shell. Además ataca a la Compañía Cubana de Electricidad por el alto precio de las tarifas eléctricas. Por ello, en abril de 1949, es sentenciado por el Tribunal de Urgencias a 180 días de cárcel en el Castillo del Príncipe, pero a los cuarenta y cinco días Carlos Prío, presidente de la república, se ve obligado a indultarlo debido a la fuerte presión del

pueblo que condenaba aquella medida del gobierno.

Como presidente del Partido Ortodoxo, Chibás continúa la lucha contra el régimen imperante, y en 1950 se presenta como candidato a senador por la provincia de La Habana, ganándole al postulante por el gobierno Virgilio Pérez, por una gran mayoría de votos.

En 1951, en medio de una fuerte polémica con los gobernantes de turno, combatiendo una vez más el gangsterismo, el robo, la corrupción, el fraude y el desvío de los recursos, Eduardo Chibás, en un conmovedor gesto de inmolación que lleva a cabo en su dominical programa de radio, decidió poner fin a su vida. El 5 de agosto, aquellas conciencias que aún permanecían dormidas e indiferentes, despertaron con lo que él mismo llamó “mi último aldabonazo”.²

Notas

¹ Castro, Fidel. Fidel Castro ante la tumba de Chibás. *Bohemia* (La Habana) 51(3):103; 18-25 en. 1959.

² Datos tomados de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado de la República de Cuba.

El chibasismo ortodoxo: implicaciones y perspectivas

Elena Alavez

Historiadora, periodista e investigadora

Como bloque único, distintos sectores obreros y estudiantiles van al enfrentamiento directo contra el régimen dictatorial de Gerardo Machado (1925-1933). Preso y en huelga de hambre se encuentra, grave, el dirigente estudiantil, estrechamente vinculado a la clase obrera, Julio Antonio Mella.

Transcurrían las cinco y treinta de la tarde de un día desapacible de enero de 1929 y una potente manifestación para exigir la pronta liberación del revolucionario, cuya vida corre peligro, se dirige al Parque Central capitalino. El objetivo del formidable movimiento de masas se logra: tras haberse pagado una fuerte fianza, Mella es puesto en libertad.

Junto a los participantes en esa manifestación, quizás uno más, se encuentra un joven de apenas dieciocho años, con gruesos cristales de miope, que recién había matriculado en la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana. Sólo con la Constitución de la República (1901) en mano, como única arma, enfrenta a los sicarios del machadato que disuelven a porrazos la manifestación. Aquel alumno era Eduardo Chibás Ribas, quien es apresado por las fuerzas policiales, aunque es liberado posteriormente por el pago de una fianza.

Esa fue la primera detención de Chibás, el futuro dirigente del pueblo

cubano. A partir de entonces se vinculará siempre a las luchas de las libertades públicas y, con el decursar de los años, su pensamiento y acción se perfilarán hacia otras dimensiones para el logro del desarrollo económico y justicia social con un paradigma profundamente ético que lo acompañará siempre.¹

Al ser aprobada por la Cámara de Representantes, el 29 de marzo de 1927, la Reforma constitucional que llevaba implícita la prórroga de poderes del dictador, se constituye el Directorio Estudiantil Universitario en contra de esa prerrogativa del dictador. El documento constitutivo lleva la firma de Chibás, uno de los más activos colaboradores de la acción estudiantil. El 7 de abril, en el Castillo de La Chorrera, el Directorio postula en sus pronunciamientos, entre otras cuestiones, la imputación al gobierno norteamericano de la imposición de la prórroga. La rúbrica de Chibás no está ausente. No ha transcurrido un mes cuando la dirección estudiantil arrecia su ataque contra los prorroguistas y la prórroga. Es el 3 de mayo y en sus declaraciones el joven afirma:

Pueblo Grande, Pueblo Digno, Pueblo Heroico; tú que has prestado en las épocas más difíciles de nuestra historia nacional el riguroso concurso a las causas nobles, dignas

y justas; [...] tú que has sido capaz de los más grandes sacrificios; [...] debes hoy como ayer, en un gesto viril de protesta, hacer oír tu voz, ya que ella es la única capaz de contener en su desenfrenada carrera los corceles desbocados que tiran del carro de la República [...].²

Es indiscutible que la ideología chibacista también se va conformando en este crisol de rechazo a las dictaduras; de confianza en el valor y los principios de un pueblo revolucionario frente al secuestro de los derechos ciudadanos, la corrupción interna y la injerencia foránea. A no dudarlo, el Directorio de 1927, en el decir de González Carvajal, siempre tuvo un núcleo visible, entre los que se encontraban Gabriel Barceló y Eduardo Chibás.

Eran momentos difíciles. El claustro universitario es presionado por la machadocracia. La Universidad es ocupada por la fuerza pública y sus actividades suspendidas. Se crea el Consejo de Disciplina Único que comienza a funcionar el 24 de junio y condena a un grupo de alumnos a la expulsión definitiva, y a otros a varios años de suspensión de las aulas universitarias. El 21 de diciembre el Consejo expulsa a Chibás, por cuatro años, de las aulas del alto centro docente.

Con el evidente objetivo de ejercer sobre el dirigente estudiantil una presión más, las autoridades de la tiranía tienen a bien acusarlo de comunista. Ello promueve sus primeras declaraciones públicas que, en marzo de 1928, recoge el periódico *El Mundo* donde aclara que sí es un revolucionario, pero no un militante comunista.³

Tenía entonces veinte años. Había nacido el 26 de agosto de 1907, en Santiago de Cuba, durante la Segunda Ocupación Militar de los Estados Unidos a la isla (21 de enero de 1906-28 de enero de 1909), y su personalidad se va forjando bajo el signo de la encendida polémica y el cuestionamiento permanente de qué somos y qué seremos como nación, estilete clavado en el seno de la sociedad cubana desde época tan temprana como la de la frustrada independencia en 1899.

Junto a estas condicionantes galvanizadoras e insoslayables alerta su conciencia la categórica respuesta: somos un país ocupado por un poderoso vecino que nos impone un documento jurídico –la Enmienda Platt– en el cual se afirma que somos prácticamente un protectorado.

Las actividades revolucionarias de Eduardo Chibás lo ponen en la mirilla acusadora del nefasto gobierno machadista. El lunes 26 de febrero de 1929 le imputan querer matar al dictador. Es apresado e incoada la Causa 288 y por ello recluso en la galera N° 13 del Castillo del Príncipe. Fueron tres meses de confinamiento. Poco después marcha al exilio en Estados Unidos.

No obstante, para él no existe el reposo. En Nueva York, junto al periodista Enrique Delahoz, funda el periódico *Libertad*, órgano de prensa de la recién creada Unión Cívica de Exilados Cubanos (UCEC). Como secretario general de dicha organización firma su documento constitutivo donde refiere: “Nos oponemos a este régimen porque ha violado todo derecho público, porque ha empeñado el bien público a los intereses extranjeros amenazando de ese

modo nuestra independencia y finalmente porque ha ido contra los más elementales derechos humanos”.⁴

En su labor proselitista viaja a Tampa. Y desde las páginas de *La Gaceta*, que dirige Victoriano Manteiga, escribe: “Este régimen de despotismo, de pauperismo, de malversación, de crímenes de lesa humanidad, no puede perdurar, pues su continuación significaría la completa pérdida de la República”.⁵

En carta al director del diario *El País* con fecha de 30 de agosto de 1930 expone: “Todos los cubanos desterrados somos enemigos [...] a la vez de la dictadura y la intervención”.⁶ Y allí, desde Tampa, despliega una ingente labor. En una entrevista Enrique Delahozza relata cómo Chibás y él hablaban en distintos mítines del Centro Obrero: “En general, los cubanos de Ibor City eran extraordinarios acogedores y durante los dos meses que permanecemos en viaje de agitación Chibás logró una labor muy positiva contra Machado”.⁷

En el *Evening Post World* de Nueva York, Chibás el 4 de noviembre reitera sus convicciones: “Nos oponemos a este régimen porque ha violado todo derecho público, porque ha empeñado el bien público a los intereses de la banca extranjera amenazando de ese modo nuestra independencia, y finalmente porque ha luchado contra los más elementales derechos humanos”.⁸

Era entonces Eduardo Chibás, como apunta Loló de la Torriente, “Un muchacho en el que apenas asomaba el bozo, fornido, alegre, capaz de mayores locuras. Los ojos claros, pequeños, inquisitivos, inteligentes, locuaces: frente despejada y un tanto altiva”.⁹

A partir del 15 de diciembre de 1930 el alto centro de estudios permanece cerrado algo más de tres años. Meses antes el Directorio Estudiantil de ese año se había pronunciado en un Manifiesto Programa donde apunta que su objetivo mayor es coadyuvar con todas sus fuerzas a la caída del régimen, y señala además su estrecho vínculo con el de 1927, sintiéndose continuadores de aquella enérgica protesta que dio inicio a su formación.

En diciembre de 1930 Chibás regresa a Cuba bajo un nombre supuesto. Participa en el movimiento encabezado por el coronel Aguado llamado “La insurrección de los cuarteles”, el cual terminó en un rotundo fracaso. No obstante, permanecerá en Cuba hasta agosto de 1931 y mantiene su actitud de llevar a la práctica su irrevocable decisión de movilizar al pueblo. Y desde su residencia en 17 y H en el Vedado efectúa reuniones conspirativas para llevar a la práctica la firma de proclamas contra el régimen de facto, así como la preparación de explosivos, y realizar también colaboraciones para el periódico *Alma Máter*.. Comienza de esa forma su incansable batallar en la prensa plana nacional, desde cuyas páginas publica artículos como “Los expulsados del veintisiete y el movimiento estudiantil” en el que analiza las causas y posterior repercusión de aquellos acontecimientos.

Nuevamente es sometido a juicio y remitido al Castillo del Príncipe y con posterioridad a la prisión de Isla de Pinos donde permanece casi un año. Es agosto de 1931.

A fines de 1932 parte de nuevo al exilio en los Estados Unidos, donde

permanece hasta que la acción popular encabezada por la clase obrera derroca al machadato el 12 de agosto de 1933. La promiscuidad del gobierno de Carlos Manuel de Céspedes se trunca el 4 de septiembre por el movimiento promovido en el Ejército y por el Directorio, lo cual da paso a la llamada pentarquía que, envuelta en sus propias contradicciones, es insostenible como solución política. Eduardo Chibás, ya en Cuba, ve en la elección de un presidente la posibilidad de un cambio transformador. El Directorio, junto a Chibás, propone al profesor universitario de Fisiología doctor Ramón Grau San Martín para ocupar el cargo, por sus antecedentes de cierta ayuda a los alumnos universitarios en su combate frontal contra Machado. La propuesta es aceptada.

Durante los meses definitorios de 1933, Eduardo Chibás crece en dinamismo y combatividad revolucionaria. Había que enfrentar nuevos retos futuros..., andar y desandar otros caminos. Al participar en la depuración universitaria, el 30 de octubre de ese año, pronuncia palabras claves de su trayectoria revolucionaria: “Las grandes revoluciones sólo avanzan taladrando montañas de intereses, ignorancias y miserias. Montañas plagadas de mediocridad y de infamia, que sepultan en su seno a los luchadores de avanzada que van abriendo surcos por el que desfilan los pueblos. Estos pioneros marchan siempre hacia delante [...]”.¹⁰

Poco antes, el 14 de octubre, comienza a transmitir por la emisora CMW, *La Voz de Las Antillas* (en los bajos del *Diario de la Marina*), un programa político desde el cual contri-

buye a esclarecer la situación imperante, a profundizar en la conciencia política, a crear estados de opinión. En su misma forma, directa y dinámica, inicia la divulgación sistemática de sus ideas, sus cuestionamientos e inquietudes. Es indiscutible que la radio, al igual que la prensa plana, se convertirían en su medio fundamental de comunicación con el pueblo. En aquella, su primera intervención radial, el joven dirigente afirmaría: “[...] es que la revolución tiende a destruir los grandes monopolios extranjeros, a eliminar a sus servidores nativos, reintegrar al pueblo las propiedades que les fueron robadas por los politicastros de turno en el poder”.¹¹

No duda en expresar el derecho del pueblo cubano a la propia determinación, la afirmación de nuestra soberanía e insiste en la necesaria libertad política y económica que serán las conquistas permanentes sobre las cuales se asentará verdaderamente la nueva república soberana. El joven dirigente contaba con veintiséis años.

El golpe de Estado del 14 de enero de 1934 saca a Grau San Martín de la presidencia y pone fin al gobierno de los llamados cien días. Comienza el tutelaje del embajador de los Estados Unidos Jefferson Caffery, quien, en abierta complicidad con el jefe del Ejército, Fulgencio Batista, pretende dirigir los destinos de la nación cubana con la apariencia de un presidente: el ingeniero Carlos Hevia que, al carecer de poder real, como es lógico, renuncia a los pocos días.

El día 20 Grau marcha hacia México. Tardaría en regresar. No ha transcurrido una semana y bajo las mismas condiciones ocuparía la “presidencia” de la

república Carlos Mendieta, apareciendo así la nefasta trilogía de Caffery-Batista-Mendieta que termina los avances sociales gestados durante el gobierno Grau-Guiteras, cancelados por la corriente reaccionaria cuyos métodos recurrentes fueron el palmacristi, el crimen y la tortura.

Como primeros aldabonazos comienzan a aparecer en las páginas de la revista *Bohemia*, durante 1934, artículos de Eduardo Chibás enjuiciando el régimen de facto, entre los que se destaca “Cuba necesita paz”, donde delinea con precisión cómo “[...] la tranquilidad y la paz no se imponen con pólvora, palmacristi, goma ni persecución económica”.¹² Además señala: “Es peligroso recurrir al régimen del terror, los victimarios de hoy pueden ser las víctimas del mañana”. También expresa: “La paz sólo puede fundamentarse en la justicia [...] Sólo un gobierno de peso nacional, podrá equilibrar el peso de la espada”.¹³

A su vez, de singular interés es el artículo “La Directriz del ABC” donde aclara que “La revolución significa la renovación integral para sentar las bases de la Nueva Cuba”, y define su vocación de “[...] servir como soldado de la vanguardia a la revolución”.¹⁴

El asesinato de Ivo Fernández Sánchez, hermano de su fraterno amigo Leonardo, lo sacude profundamente.

En la asamblea efectuada en el anfiteatro del hospital Calixto García pronuncia válidos criterios definitorios en su quehacer político: “Yo respeto y admiro a los grandes y verdaderos comunistas de la talla de Mella y Barceló [...]”. No obstante, disiente de aquellos a quienes Lenin calificara

despectivamente como “[...] enfermos del sarampión izquierdista”.¹⁵

En el decursar de las semanas define y esclarece posiciones que buscan sus raíces en el siglo XIX y se proyectan en la década del treinta del pasado siglo en su ideario ético y antimperialista, nacionalista y democrático.

Al participar en la huelga de marzo de 1935 contra la dictadura Caffery-Batista-Mendieta, cae preso. El Castillo del Príncipe lo acoge de nuevo por varios meses. No saldrá hasta el 3 de septiembre, y se incorpora de inmediato a la organización de Izquierda Revolucionaria. Esta vez permanece en Cuba. Siempre alerta. Con la pluma en ristre y la palabra certera en defensa de las libertades públicas.

Su prestigio se acrecienta en el devenir de aquellos turbulentos tiempos. Durante su encarcelamiento le llega la noticia del alevoso asesinato de Antonio Guiteras y Carlos Aponte en El Morrillo, provincia de Matanzas. Estos hechos, más otros posteriores, refuerzan su accionar revolucionario e impactan en las proyecciones de su hacer cotidiano.

Es entonces cuando Eduardo Chibás hace también del periodismo un arma de combate. Escribe sin cesar. Aclara. Demanda. Precisa. Entre sus artículos están “Elecciones ad Portas”, “Alto al terrorismo”, “Roosevelt: paladín de la democracia”, en el cual se refiere a Franklin D. Roosevelt, quien asumía la crisis mundial de 1929 con destreza para sacar a los Estados Unidos de aquella hecatombe mundial, pues el New Deal y la Política del Buen Vecino parecían dar sus primeros frutos.

Comenzaban los indicadores de un cambio de política. El dictador Fulgencio Batista debía variar su artera posición de mano dura. Ahora Washington así lo exigía. Y bajo la cobertura del “presidente” Federico Laredo Bru, la apertura “democrática” comienza a dar sus primeros pasos.

Numerosos son los artículos de Eduardo Chibás en la revista *Bohemia* sobre la situación nacional o bien sobre la guerra civil española. Y no pierde la oportunidad de entrevistar al genial poeta español Juan Ramón Jiménez en su tránsito por Cuba.

Su orientación política le hace, poco a poco, acercarse al llamado Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) dirigido por el doctor Grau San Martín, el cual, fundado en 1934, ahora toma nuevos bríos. ¿Sería, como su nombre lo indicaba igual que el partido fundado por Martí, aunque reaparecía ahora con el de Auténtico? ¿Llevaría a vías de hechos los postulados martianos?

La entrevista con Grau lo impacta.¹⁶ Una semana antes ya había publicado un artículo de fondo sobre El Partido Revolucionario Cubano,¹⁷ en el cual ingresa meses después, el 5 de agosto. Aspiraba en él realizar una “[...] política auténtica, política de estilo nuevo, política limpia, política de unión de las grandes masas [...]. No somos radicales ni intransigentes, sino honrados y consecuentes; no estamos dispuestos a convertirnos en el team de relevo, en la última comparsa de títeres, en la mascarada del poder”.¹⁸

Estos postulados permanecerán incólumes en su breve, pero fecunda trayectoria en la vida pública cubana. No pensaba ceder en sus principios éticos,

ni ser uno más de los adictos a la corrupción prevaleciente en los círculos de poder.

Es 1938 y no por simple intuición la revista *Bohemia*, la de mayor circulación en el país, lo caracteriza como “[...] un joven de la nueva generación que entra en la vida de Cuba con el ferviente propósito de lograr el cumplimiento cabal de nuestra etapa de liberación nacional [...]” y lo señala como “[...] incuestionablemente, uno de sus más destacados representantes [...]”.¹⁹ Y puntualizaría en ese mismo artículo del 5 de junio: “En la Cuba colonial hispánica los cubanos poseían la riqueza y los españoles usufructuaban las posiciones burocráticas. Cuba, colonia de España termina en el siglo XIX. Cuba, colonia norteamericana se inicia en el siglo XX”.

A los treinta y tres años el ideario chibacista podía sintetizarse en los siguientes puntos:

1. La guerra de 1895 sólo alcanzó en apariencias el logro del poder político. No hay por tanto plena soberanía nacional.

2. La hegemonía económica no se logra. Por tanto no hay plena soberanía nacional.

3. Cuba factoría norteamericana se inicia en el siglo XX ¿Cómo lograr la absoluta soberanía nacional?

4. Cómo dar continuidad al genuino proceso nacional, para alcanzar la absoluta soberanía.

Los meses transcurren con asombrosa vertiginosidad. No obstante, Chibás asume con verticalidad de principios la vorágine política que lo envuelve. Eran los meses previos a la formación de la Asamblea Constituyente. Tras haberse

aprobado el Código Electoral el 15 de abril de 1939, comenzaban a darse los pasos firmes hacia las elecciones de la Constituyente que se efectuarían el 11 de noviembre de 1939, y las presidenciales el 14 de julio de 1940. Cada momento era presionante en polémicas públicas. Chibás no descansa. Opina, analiza sobre distintos temas de alcance nacional. Su oratoria y su pluma permanecen en plena actividad, pues múltiples son sus artículos esclarecedores sobre las circunstancias que enmarcan aquel magno hecho.

En las elecciones presidenciales de 1940 ya es elegido representante a la Cámara por el Partido Auténtico. Son los instantes en el que, con el decursar de los meses se convertirá en el líder que aunará, junto a los postulados esenciales de independencia económica, libertad política y justicia sociales –proyectos ya enunciados por él con anterioridad–, a amplios sectores de la pequeña burguesía y a las masas trabajadoras para convertirse en la figura política más importante y controvertida de la primera mitad del siglo xx.

Con la asunción al poder del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), por abrumadora mayoría de votos en junio de 1944, y cuyo hecho real se produce con la toma de posesión de Grau como presidente de la república el 10 de octubre del mismo año. En dichas elecciones, ya segunda figura del autenticismo, Eduardo Chibás obtiene el acta de senador. Se mantiene firme en sus principios “auténticos” cuando afirma que no hay nada de oscuridad en ellos: nacionalismo, socialismo y antimperialismo.

Poco antes de las elecciones presidenciales, la “jornada gloriosa” del 1º

de junio, el periodista Enrique Delahoz traía con precisión los perfiles del dirigente auténtico Eduardo Chibás al afirmar:

[...] es político de cálculo, de detalles inferiores [...] este luchador, madurado [...] en el convulso ámbito de la clandestinidad revolucionaria y de la pelea cívica por la dignidad del cubano [...].

Ciertamente, Chibás es así. Es individuo ubicado apasionadamente ante la vida y los acontecimientos, y la pasión arriba a su clímax, naturalmente, ante su objetivo más entrañable: la política.²⁰

Y ante el triunfo electoral alcanzado por Grau afirma: “No ha sido la victoria de un partido ni la de un candidato. Es la victoria del sentimiento cubano... Hay que continuar luchando por la consagración de la democracia”.²¹

La emisora radial CMQ, surgida en 1933 en Monte y Prado, acoge los pronunciamientos dominicales de Eduardo Chibás desde 1944. Desde esa fecha sienta las bases de lo que para él sería el autenticismo como organización capaz de servir a la patria y capaz de dirigirla con energía, frente al vocerío de las fuerzas opuestas a la independencia: los eternos lacayos del imperialismo.

Ya desde 1945 declara: “Hay quienes creen que el revolucionario es el que puede vivir campeando por sus respetos y obteniendo por la violencia todo lo que otros ciudadanos consiguen con su trabajo; pero esa no es la Revolución, sino una perversión de ella, una profanación de la misma”.²²

Sin embargo, pronto se harán visibles cómo el fraude y el agio rivalizan

con la depauperación del pueblo. Además cobran inusitada fuerza el nefasto hábito cotidiano del gangsterismo en sus diversas modalidades, las malversaciones del erario en toda la escala del poder, así como la prostitución y el juego promovidos o protegidos por el aparato gubernamental, sin poder olvidar la estrecha dependencia de las capas oligárquicas al imperialismo norteamericano.

Indudablemente, estas circunstancias hacen que surjan y se focalicen nuevas fórmulas socioeconómicas y políticas que propendan a otras combinaciones dentro del status legal existente, que sean más sugerentes para el pueblo, dadas las imposiciones económicas y políticas que presionan, cada vez más, la conciencia nacional cubana. Es la coyuntura propicia para que el populismo protagonice una relevante etapa en la evolución de las contradicciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente.

La profunda inestabilidad nacional es evidente. El detonante de la crisis institucional es el proyecto de elección presidencial que se gesta en Palacio. Esta amarga realidad, tras el breve lapso de arribo al poder del Partido Auténtico, va agostando en Chibás sus ilusiones sobre una “revolución auténtica”. Al entrar en crisis ese partido, los anhelos populares, defraudados, buscan otras soluciones. Y es en el llamado “chibacismo” donde laten y fructifican la voluntad de cambio y regeneración sustanciales.

Con precisión, Eduardo Chibás define: “La crisis del Gobierno produce la crisis del Partido, la cual a su vez determina la de la revolución cubana”. Y

afirma: “Ideas y procedimientos nuevos, nacionalismo, antimperialismo y socialismo, independencia económica, libertad política y justicia social”.²³

Cabría una opción: rescatar el Partido Auténtico desde sus propias filas o bien, la posición más certera, crear un partido nuevo capaz de propender a la hazaña de conquistar la independencia económica, la libertad política y la justicia social con el respaldo necesario del pueblo.

La forja de un nuevo partido implicaría un proceso laborioso y nada fácil. Comienza el 14 de junio de 1946 cuando desde la provincia de Oriente el máximo dirigente auténtico local doctor Emilio Ochoa, presidente de la Asamblea Provincial, convoca a esta y a la Municipal para promover la candidatura presidencial de Eduardo Chibás, segunda figura del autenticismo. Los acuerdos de Oriente repercuten con fuerza en La Habana y, sorpresivamente, algunos “auténticos” lanzan con premura la candidatura de Carlos Prío, por el mismo partido, para acceder a la máxima magistratura de la nación.

Pocos meses después, desde las páginas del periódico *El Crisol*, el dirigente populista Eduardo Chibás señalaría una vez más, en la denuncia abierta de todo proyecto nocivo para la patria, cómo había que escoger entre dos caminos: la rebeldía gallarda o la sumisión incondicional. Chibás, junto a sus partidarios, optará por la primera vía y en una ocasión puntualizaría: “A mí me preocupa más el aspecto histórico de la cuestión que el meramente político. No quiero llegar a la presidencia de la República a través de alianzas que

signifiquen el sacrificio de los principios [...]. Me interesa más la ideología sin pactos, que los pactos sin ideología”.²⁴ En esta concepción profundamente ética, permanente y emblemática en él, encontramos uno de los hitos de mayor repercusión y trascendencia en el consecuente ideario chibacista y que en el nuevo partido, que ha de crearse, promovería su escisión.

En el proceso hacia el objetivo mayor de crear un partido distinto en su programa, estructura y medios de acción, se promueven diversas reuniones. Algunas en las respectivas casas de los senadores Pelayo Cuervo y Agustín Cruz. Los entonces ortodoxo-auténticos emprenden pasos decisivos en la búsqueda de una solución a la crisis institucional que ha alcanzado su clímax y exclama enfático Chibás: “Todo ha sido un engaño, una farsa, una burla cruel”.²⁵

Desde fines de marzo inicia su ataque frontal contra el presidente Grau. Ya no caben dudas: desde el Palacio Presidencial se interfiere el libre funcionamiento del Congreso. Progresivamente el gangsterismo se incrementa y cobra mayor osadía. Con el propósito de intimidar a los congresistas, el 21 de abril un grupo de los denominados “auténticos de acción” tirotean el Capitolio Nacional, donde sesiona el Congreso de la República. A pesar de la agresión, los parlamentarios aprueban la moción de Chibás de un voto de desconfianza al gabinete presidencial en pleno.

En los primeros días de mayo se suicida el alcalde de La Habana, doctor Manuel Fernández Supervielle, al no poder cumplir su promesa de brindar un mejor servicio de agua a la población

capitalina. Ante el suceso, Chibás premonitoriamente afirmaría el 11 de mayo de 1947 cómo “[...] fue extraordinariamente valeroso al preferir el honor sin vida a la vida sin honor”.²⁶ Este aserto lleva implícito otra de sus concepciones esenciales, su honroso talón de Aquiles por donde fuera atacado en los últimos momentos de su vida: la inflexible moral-ética del accionar en la vida pública.

El 15 de mayo de 1947, en la sede de la Sección Juvenil Auténtica, en horas de la tarde, se desarrolla una reunión trascendente. Allí se acuerda conformar una comisión con Eduardo Chibás, Emilio Ochoa, Manuel Bisbé, entre otros, y Leonardo Fernández Sánchez, ideólogo fundamental del nuevo partido y quien escribirá sus tesis esenciales.

En principio, la Comisión debería condicionar sus labores a las siguientes bases aprobadas por unanimidad:

1. Rescatar el programa del Partido Revolucionario Cubano y la doctrina auténtica: la independencia económica, la libertad política y la justicia social, desarrollando nuestras actividades dentro del régimen democrático establecido en la Constitución.

2. Organizar a ese objetivo un Partido medularmente revolucionario por su estructura funcional, en que se integren los núcleos sociales interesados en la liberación nacional: sectores productores, obreros, campesinos, clases medias, juveniles y femeninas.

3. Luchar sin contempORIZACIONES contra el latrocinio, el prebendaje, el soborno, el caciquismo y demás vicios de la política tradicional. Frente a la política al uso de los pactos sin ideología

mantendremos con firmeza la ideología sin mistificaciones de la auténtica revolución cubana.

4. A fines de garantizar la aplicación del programa y la línea táctica del Partido y de que la estructuración de este no sea meramente electoral, es necesario adoptar formas de organización y dirección que le impriman la disciplina y la militancia indispensables en un Partido Revolucionario moderno.

En el punto cinco se promueve un procedimiento de consulta popular que sea la resultante de asambleas y no de mera fórmula de gabinete.

Sin dudas, las bases programáticas de la nueva organización están en ciernes. Ya comienza a marchar el futuro partido, un movimiento de vital aliento y renovación que busca en la línea martiana del Partido Revolucionario Cubano la razón de ser de su creación, y que surge en el seno de las masas en una coyuntura de singular apertura. Su programa, genuinamente revolucionario por su estructura funcional, por los núcleos sociales que lo integran y por su línea ascendente hacia el logro de la liberación nacional, ha de responder, entre otros, a los intereses de la emergente burguesía radical antimperialista y, por ello, en una simbiosis específica, se caracterizaría por propender a trazar medidas de tipo nacionalista en oposición a los monopolios estadounidenses y reiteramos, con una base pluriclasista integrada por obreros, campesinos y la pequeña burguesía. Estas características lo afilian a la tendencia populista, y es regido por un indiscutible y excepcional líder de masas, Eduardo Chibás que, en los arduos y azarosos enfrentamientos contra las dic-

taduras de Machado y primera de Batista, así como a los impopulares regímenes de años posteriores, demostró ser un combatiente nato, un fogoso polemista y un brillante político. Y habría que afirmar, como con posterioridad se dijo: “Sin Chibás no existiría Partido Ortodoxo”.

La Comisión Gestora Nacional del Partido trabaja con prisa. En junio, a propuesta de Leonardo Fernández Sánchez,²⁷ se aprueban por unanimidad los Estatutos, de los que “Publicitas” imprime sólo cien mil ejemplares. Ya el partido tiene su sede. Esta ocupa, con el nombre de Liceo del Pueblo Cubano, el local situado en la calle Industria esquina a Dragones, en el actual municipio de Centro Habana, en la capital. Es necesario precisar que a partir del 19 de mayo Chibás, en lugar de Emilio Ochoa, es designado para presidir la nueva organización, aunque no durará en el cargo mucho tiempo.

Los Estatutos, compuestos de diez capítulos y 185 artículos,²⁸ aprobados democráticamente y por unanimidad, revelan la permanente y explícita definición de un partido nuevo, en el que se han de mantener en alto las verdaderas banderas y los fervientes anhelos del pueblo para el logro real de su soberanía e identidad nacional. Es significativo cómo en el capítulo dos se enfatiza en que el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) se propone la liberación nacional y social del país, que se proyecta en sus tres dimensiones históricas ya mencionadas. Para su obtención, ¿qué métodos utilizaría el partido? Sobre ello manifiesta el capítulo tres que el método de lucha ha de ser la movilización popular y la lucha

política, así como todos los medios lícitos a su alcance en consecuencia con la Constitución y las leyes.

Uno de los aspectos definitorios –artículo cuatro– es el referente a cómo ha de conducirse el partido por un régimen de democracia representativa y cómo su militancia, a diferencia de otros partidos políticos, ha de ser consciente y activa, es decir, que todos los militantes se capacitarán plenamente en el conocimiento de la teoría ideológico-política que forma e informa el movimiento ortodoxo.

Es de destacar que el núcleo fundamental de los miembros del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) lo formarían los trabajadores –hombres y mujeres, incluyendo a los jóvenes–, o sea, sería un partido del pueblo y para el pueblo, dentro de los límites que puedan establecer elementos de izquierda de una emergente burguesía nacional.

Meses después, el 31 de julio de 1947, la dirección “ortodoxa” presenta, firmado por Eduardo Chibás como presidente y Regla Peraza como secretaria de actas, el Programa Doctrinal del Partido Ortodoxo ante el Tribunal Supremo Electoral (TSE).

En este Programa²⁹ se reafirma la necesidad de integrar una organización política moderna que sirva de instrumento idóneo para abrir el camino de la liberación nacional e ir al rescate de nuestra identidad como nación. Sus métodos y formas movilizativas llevarían implícitas un profundo quehacer ético sin los cuales –afirmaría Fidel Castro– no hubiera habido 26 de julio ni Moncada.

En lo referente al aspecto económico, parte del principio de que no se había

iniciado la reconquista de la tierra ni de las riquezas de Cuba para los cubanos y que los servicios públicos estaban en manos del capital extranjero o controlado por este. Acorde a dicho documento resulta evidente la necesidad de erradicar paulatinamente el latifundio y el monocultivo, lo cual lleva en sí un plan de reforma agraria para rescatar a las masas campesinas de su estado de servidumbre, así como fomentar la organización de cooperativas de producción bajo el control estatal, en coordinación, de manera paralela, con el desarrollo de los pequeños propietarios rurales y urbanos.

Hacia la factibilidad del programa agrícola sostiene la necesaria electrificación de la agricultura, la implantación de sistemas de regadío y el abaratamiento del transporte de los productos del agro...

Sobre todo, prioriza obtener el equilibrio entre la producción agrícola y la producción industrial con el establecimiento para esta, como base, de las materias primas cubanas. Así, para los ortodoxos el desarrollo de la agricultura se revertiría en auge de la industria y, por tanto, en el fortalecimiento de un mercado interno con la posibilidad de un equilibrio estable entre ambos rubros productivos.

Interesantes son los aspectos relacionados con la necesaria creación de una marina mercante, la ampliación del mercado internacional y la protección a la industria nacional. A no dudarlo, las Tesis del Partido Ortodoxo se proponían, si no la eliminación absoluta de dos poderosos sectores sociales, tales como los terratenientes y comerciantes pertenecientes a la capa oligárquica

de la burguesía, sí su control para un mejor y mayor equilibrio en beneficio de otros sectores de la sociedad cubana. Para la consecución de estos objetivos también era imprescindible nacionalizar los servicios públicos para garantizar su mayor eficiencia.

Una vez alcanzada la independencia económica se podría sustentar la libertad política, pues ambas vertientes lograrían el pleno ejercicio de derechos y deberes ciudadanos sin presiones externas que pudieran coartarlas. Y puntualiza que la función del Estado sería mantener el equilibrio entre el capital y el trabajo para beneficio de la sociedad, prevaleciendo los intereses colectivos “[...] el trabajo ha de perder su carácter de mercancía”.³⁰

El documento postula, como parte de la justicia social, la erradicación del desempleo, protección a la mujer y al niño, hospitalización adecuada del enfermo pobre, eliminación del analfabetismo... Y sobre política exterior dos puntos esenciales: primero, consagrar el principio de no limitar la actuación de ningún país mientras no obstaculice la de otros; segundo, rechazar el derecho al veto en el Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas (ONU), por considerarlo un privilegio de las grandes potencias. Es curioso y significativo que tal vez sin proponérselo, el documento considere con afortunada antelación la ley del desarrollo desigual entre países pobres y países ricos y la imposibilidad de una identidad entre todos, poniendo como base –como diríamos hoy– la globalización de la solidaridad. En síntesis, las Tesis aspiran a un desarrollo rápido y propio del Estado cubano.

Ya Chibás al dar a conocer el nombre del partido con certera visión define sus conceptos fundamentales: es nacionalista y democrático, abarcador de las distintas clases sociales, pues intenta unir en apretado haz a todo el pueblo cubano.

Desde muy joven estas proyecciones bullían en su mente. Ahora las veía plasmadas en un programa concreto, punto de partida para la futura acción realizadora de mayores empeños. El camino hacia esa meta será vertiginoso y difícil y como colofón le costará la vida, pero su inmolación será fecunda.

Diferencias internas dificultan la postulación de Chibás para la presidencia de la república por la Asamblea Nacional del Partido Ortodoxo. La causa, a primera vista, es sencilla. El líder populista permanece fiel a la letra y el espíritu de los postulados del Programa Doctrinal, inflexible en no aceptar, entre otras cuestiones, los pactos sin ideología, es decir, sin asumir la del partido; la otra fue la de permanecer fiel a la estructura funcional y de masas de la organización.

Ya en enero de ese año 1948, Chibás había afirmado: “Mantendremos con firmeza inflexible y con audacia, la línea heroica de la independencia política que representa un bello ideal, pues sabemos que la excesiva prudencia de los rutinarios ha paralizado siempre las iniciativas más fecundas”. Y continúa aclarando: “Aspiramos a barrer toda la podredumbre de la política nacional, lo mismo la nueva que la vieja, igual la de hogaño que la de antaño. No es culpa nuestra que haya tanta podredumbre, como no es culpa de la escoba que exista la suciedad. Cuando los viejos

partidos se pudren, el pueblo tiene derecho a manifestarse a través de un nuevo partido”.³¹

Transcurren siete meses –desde el 7 de septiembre de 1947, fecha de proclamación del Partido, hasta el 5 de abril de 1948– para que la Asamblea Ortodoxa, en el fragor de fuerte polémicas, y bajo la presidencia de Emilio Ochoa, elija como candidato presidencial a Eduardo Chibás y a Roberto Agramonte como vicepresidente. Las divisiones dentro del partido casi nacieron junto a su creación, pues algunos dirigentes ya sólo aspiraban al logro de actas senatoriales o de representantes, sin importarles los genuinos objetivos históricos de la ortodoxia.

Sin embargo, a partir de entonces, se emite, en la primera quincena de abril, el Programa de Gobierno,³² el cual se proyecta hacia una política coherente, orgánica, justa, honesta y progresista, cuyos principios pueden resumirse en la voluntad expresa de fidelidad al mandato del pueblo y la erradicación de toda anarquía, donde no tengan cabida las vaguedades, confusión, desorden e imposturas del providencialismo político, que tan amargos frutos han deparado a la república. Es explícito en la defensa de la integridad nacional frente a la injerencia foránea, tanto en lo económico como en lo político, e inquiere con premura una salida a la crisis que atraviesa la dominación imperialista-oligárquica para ponerle coto, mediante un riguroso control de la economía por parte del Estado, a aquellas deformaciones estructurales en el contexto neocolonial.

El 1º de junio de 1948 han de efectuarse las elecciones generales. Pronto

Chibás conoce de su revés electoral, pero con entereza afirma:

Mantendremos, ahora, con más fuerza que nunca, la línea de la independencia política. Nada de pactos ni componendas. Ahora es que tenemos que luchar.

Hemos combatido solos, sin pactos ni componendas, sin maquinaria política, sin dinero, nada más que con la vergüenza, por el adementamiento político del país. El Gobierno con sus enormes recursos económicos, ha ganado una batalla, la guerra entablada entre la vergüenza y el dinero. Cuatro años representan muy poca cosa en la vida de los pueblos.³³

No obstante, el Partido Ortodoxo obtiene la asombrosa cifra de 400 mil sufragios. Había perdido los comicios –diría Chibás–, pero ganado la calle, el campo, la fábrica, la escuela. Aquel triunfo moral significó su sentencia de muerte. Sus enemigos, quienes también lo eran de la nación cubana, se veían compelidos a eliminarlo por cualquier método.

Nunca admite una posible desviación de los principios del Partido Ortodoxo. Es imprescindible divulgar, analizar, llevar al pueblo los esenciales postulados de la nueva organización política. Por ello en octubre precisa:

Este no es un Partido de nadie sino el Partido del Pueblo. Aquí no se vienen a defender aspiraciones personales ni a satisfacer ambiciones o intereses privados, sino a defender la doctrina y los principios de la Revolución Cubana y a satisfacer los objetivos históricos del pueblo de Cuba y los intereses permanentes de la nación.

Queremos construir el gran instrumento político de la liberación: un Partido funcional, militante, mantenido económicamente [...]. Frente a los millones de los explotadores, los centavos de los explotados. ¡Vergüenza contra Dinero!³⁴

No podemos olvidar cómo desarrolla en 1949 sus campañas contra dos objetivos fundamentales: la Compañía “Anticubana” de Electricidad que extorsiona al pueblo con sus altas tarifas y el pretendido empréstito con la banca norteamericana que realizaría Carlos Prío. Sobre ambas cuestiones profundiza:

Ahora más que nunca continuaremos luchando contra la explotación de los grandes monopolios extranjeros al pueblo cubano, contra los abusos de las Compañías de Servicios Públicos, especialmente la Compañía Anticubana de Electricidad y la Cuban Telephone Company. ¡Vergüenza contra Dinero!

Y apunta: “El empréstito remachará las cadenas que atan a la República al imperialismo norteamericano”.³⁵

No es ajeno a la campaña orquestada, por la cúpula del poder, para eliminarlo como potencialidad política, como futuro presidente de la república. Así lo tildan de loco. Acierta cuando aclara que, como es lógico, constituye un caso anormal en un clima político donde lo normal es robar, matar, comerciar con drogas y que los cabecillas de las pandillas de pistoleros transiten libremente por la calle. Y aclara: “[...] prefiero ser un loco con vergüenza, que un ladrón desvergonzado”.³⁶

Y frente a la galopante corrupción enarbolaba el insigne pensamiento

martiano: “Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado”.³⁷ o “La vergüenza ha de ponerse de moda y fuera de moda la desvergüenza”.³⁸

En el artículo publicado en la revista *Bohemia* en julio de 1950, titulado “Teoría y práctica de un gobierno ortodoxo”³⁹ fija, entre otros, con claridad los postulados del PPC (O), su política nueva, por lo dinámico de su programa, por su militancia consciente y activa, por su línea de independencia política, que se fundan en una incommovible exigencia de honradez administrativa.

Y refiere el 30 de octubre cómo: “El Partido del Pueblo Cubano (O) (cruzada de justicia, movimiento de unificación) abre sus puertas a los hijos de esta tierra con voluntad de servicio nacional.” ¡Cubanos adelante! ¡A paso de vencedores! ¡Vergüenza contra Dinero!”.⁴⁰

Poco tiempo después, en diciembre, se le cuestiona si en política valía la pena ser honrado. Responde contundente:

[...] sigo pensando que vale la pena ser honrado, porque yo tengo lo que no posee ninguno de los que desertaron de los ideales revolucionarios, los que cambiaron la vergüenza por el dinero; tengo el respeto, la confianza y el cariño del pueblo cubano, tengo la dirección suprema del más limpio y formidable movimiento de renovación moral que han visto las Américas en los últimos años [...]. Podrán quitarme la vida, pero no podrán ya arrancarme de las páginas de la Historia de mi país.⁴¹

Tanto es así que sobre las proyecciones, esencias y trascendencia del

partido, su ideólogo, Leonardo Fernández Sánchez, nos ofrece en aguda interpretación otra arista cuando afirma: “El programa y estatutos del Partido del Pueblo Cubano [...] no excluye, sino propicia, en su debida sazón de tiempo histórico, las más audaces innovaciones socialistas”.⁴²

En el devenir de las décadas, la realidad devolverá la conceptualización de que la ortodoxia no había arado en el mar. Sus postulados democrático-antimperialistas habían calado hondo en la sensibilidad, en la conciencia y el pensamiento del pueblo. Su método de acción, portador de una infatigable denuncia contra la corrupción administrativa en sus más diversas modalidades, así como la invocación patriótica engarzada hacia estructuras superiores socioeconómicas y políticas, esculpirían aquella tan suya manera de hacer y decir en estrecha vinculación, o más bien directa identificación con las grandes masas populares.

Asimismo, el Partido Ortodoxo, erigido en un movimiento de recuperación nacional, comienza a ser temido por oligarcas e imperialistas. Para ambos sectores, el fenómeno Chibás es preocupante. Por ello el senador auténtico Segundo Curti, hace poco fallecido en Cuba, exclamaría en una ocasión que aquellos momentos se parecían a un juego de pelota donde existían solo dos contendientes: Batista o Chibás, es decir, la dictadura o la democracia. Temporalmente triunfa la primera, pero la ortodoxia chibacista quedará vigente. El 16 de agosto de 1955, en el Mensaje al Congreso de Militantes Ortodoxos, declararía el doctor Fidel Castro: “El Movimiento Revolucionario

26 de Julio no constituye una tendencia dentro del Partido: es el aparato revolucionario del chibacismo, enraizado en sus masas, de cuyo seno surgió para luchar contra la dictadura”.⁴³

Notas

¹ Soto, Lionel. *La Revolución del 33*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1977. t. 3, p. 357.

² González Carvajal, Ladislao. *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974. p. 304.

³ *El Mundo* (La Habana) 4 mar. 1928:1.

⁴ Archivo de la autora.

⁵ *Ibíd.*

⁶ *El País* (La Habana) 20 ag. 1930:1.

⁷ Archivo de la autora.

⁸ *The Evening Post* (New York) 4 nov. 1930:2.

⁹ Torriente, Loló de la. Una ráfaga en la tormenta. *Bohemia* (La Habana):54, 57, 80; 15 ag. 1954.

¹⁰ Chibás, Eduardo. Intervención en la Asamblea celebrada en el anfiteatro del Hospital “Calixto García”. *Pensamiento Crítico* (La Habana) (39):214, 216; abr. 1970.

¹¹ Conte Agüero, Luis. *Eduardo Chibás. El adalid de Cuba*. México: Editorial Jus, 1955. p. 224.

¹² Chibás, Eduardo. Cuba necesita paz. *Bohemia* (La Habana):27; 10 mar. 1934.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ _____. La directriz del ABC. *Bohemia* (La Habana):23, 39; 19 ag. 1934.

¹⁵ Conte Agüero, L. *Op. cit.* (10). p. 212.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 246.

¹⁷ *Ibíd.*, pp. 242-243.

¹⁸ Chibás, Eduardo. Los gobiernos en Cuba (1933-1934). Grau San Martín. *Bohemia* (La Habana):62-63; 5 jun. 1938.

¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ Delahoza, Enrique. Una entrevista a Eddy Chibás. *Bohemia* (La Habana):22; 28 mayo 1944.

²¹ Conte Agüero, L. *Op. cit.* (11). p. 317.

²² Chibás, Eduardo. Discurso. *El Crisol* (La Habana) 30 de jun. 1945:1.

²³ _____. Discurso. *El Crisol* (La Habana) 18 mayo 1947:1.

- ²⁴ Chibás, Eduardo. Discurso. *El Crisol* (La Habana): 23 febr. 1947:1.
- ²⁵ Conte Agüero, L. *Op. cit.* (11). p. 485.
- ²⁶ _____. Sobre el suicidio de Supervielle. *Bohemia* (La Habana):44; 11 mayo 1947.
- ²⁷ Leonardo Fernández Sánchez escribió los Estatutos, el Programa Doctrinal y el de Gobierno del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Testimonio de Conchita Fernández, secretaria personal de Chibás, en su nueva casa en el edificio de apartamentos, piso 14, del López Serrano.
- ²⁸ Archivo de la autora.
- ²⁹ *Ibidem*.
- ³⁰ *Ibidem*.
- ³¹ Chibás, Eduardo. Discurso. *El Crisol* (La Habana) 5 en. 1948:1.
- ³² Archivo de la autora.
- ³³ Chibás, Eduardo. Discurso. *El Crisol* (La Habana) 7 jun. 1948:1.
- ³⁴ _____. Discurso. *El Crisol* (La Habana) 4 oct. 1948:1.
- ³⁵ _____. ¡Otro empréstito con el Chase! *Bohemia* (La Habana):60-61, 86; 10 abr. 1949.
- ³⁶ Conte Agüero, L. *Op. cit.* (11). p. 639.
- ³⁷ Martí, José. *Obras completas*. La Habana:Centro de Estudios Martianos, t. 13, p. 320. (Edición digital)
- ³⁸ *Ibidem*, “Más de las casas nuevas”. t. 5, p. 68.
- ³⁹ Chibás, Eduardo. Teoría y práctica de un gobierno ortodoxo. *Bohemia* (La Habana):68-69, 90; 16 jul. 1950.
- ⁴⁰ Eduardo Chibás. Discurso. *El Crisol* (La Habana) 30 oct. 1950:1.
- ⁴¹ _____. Sí, ¡Vale la pena ser honrado! *Bohemia* (La Habana):60; 15 dic. 1950.
- ⁴² Fernández Sánchez, Leonardo. La ortodoxia: una estrategia de poder. *Bohemia* (La Habana):12,14; 14 en. 1951.
- ⁴³ Fidel Castro. Movimiento 26 de Julio. *Bohemia* (La Habana) 1 abr. 1956.



1907-2007.

Eduardo Chibás: Origen y proyección

Juan Nuiry Sánchez

*Profesor y presidente de la Cátedra José
Antonio Echeverría, de la Universidad
de La Habana*

Cuando miro por una de las ventanas de la casa donde vivo, no es posible dejar de observar el edificio López Serrano, un conocido “rascacielos” que se destaca por su sugestiva construcción ubicada en la unión de las calles L y 13, de la barriada habanera del Vedado, durante la primera mitad del siglo xx. En la parte superior de su estructura tiene una torre, donde residió el destacado líder político Eduardo Chibás, por lo que ese inmueble está íntimamente ligado a su recuerdo.

Al contemplar aquel lugar –que tantas veces me describió su recordada secretaria, Conchita Fernández, en nuestros encuentros dominicales– acuden a mi memoria momentos importantes de su ejecutoria pública, porque desde muy temprano le admiré, pues para cualquier joven de la época, con inquietudes patrióticas, su presencia llenaba el ámbito nacional. Aunque nunca fui ortodoxo, ni pertencí a ningún partido político, desde temprana edad me llamó la atención su conocida proyección y cada domingo sintonizaba su hora radial.

Una vez coincidimos durante una feria celebrada en el Parque José Martí de G y Malecón. Vestía un traje blanco y usaba espejuelos con cristales muy gruesos. Nunca olvidé esa imagen. Tal vez estas circunstancias señaladas me sirvan para lograr una imparcialidad en mi juicio al escribir estas líneas, precisamente en el centenario de su natalicio y a cincuenta y seis años de su desaparición física.

Entre las diversas facetas de su vida, no es posible dejar de reconocer su activa participación en la lucha estudiantil, etapa poco conocida y de gran significación en su trayectoria futura. ¡Esa fue su raíz!

Eduardo Renato Chibás Ribas nació en Santiago de Cuba, la capital de la antigua provincia de Oriente, de cara al mar y junto a las estribaciones de las altas montañas de ese territorio. En el mismo lugar donde la poesía de Heredia se unió al coraje de Maceo y su tierra guarda como un tesoro los restos gloriosos de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, y de José Martí, el Apóstol de nuestra independencia. Hijo del ingeniero Eduardo Justo Chibás y de Gloria Ribas Agramonte, tuvo su origen vital en el seno de una familia de holgada posición económica y estirpe mambisa. En su formación influyeron con fuerza las historias que conoció de primera mano por su abuela materna, quien le refería anécdotas de su tío-abuelo Eduardo Agramonte, secretario de Relaciones Exteriores de la República en Armas y de su primo, el valiente Ignacio, el Bayardo, por lo que desde muy pequeño se le oía decir a Eddy: “Yo quiero ser un Agramonte”.

En 1920 hizo el último año de la enseñanza primaria en el colegio Dolores de su natal Santiago de Cuba, y en el próximo curso continuó sus estudios de bachillerato en el capitalino Colegio de Belén, los que concluyó en el Instituto de La Habana.

El 20 de mayo de 1925 había escalado la silla presidencial Gerardo Machado Morales, quien muy pronto puso al descubierto sus desmedidas ansias de poder. Disolvió la Asamblea Universitaria, declaró ilegal a la Federación Estudiantil Universitaria y el 14 de octubre del mismo año, Mella fue expulsado de la Universidad.

En 1925 Chibás ingresa en la Universidad de La Habana por la matrícula libre, y al año siguiente se inscribe por la oficial en la Facultad de Derecho, donde admira la carismática personalidad de Julio Antonio Mella, un joven inusitado de su tiempo, quien influyó favorablemente en la trayectoria futura del novel estudiante, pues sus escritos y discursos eran enardecedores. El 27 de noviembre de ese año, Mella es detenido y acusado de colocar una bomba en el Teatro Payret, de La Habana y, como protesta, el 5 de diciembre comenzó su histórica huelga de hambre, que se prolongó durante diecinueve días y conmovió al país.

Como muestra de apoyo solidario, los estudiantes realizaron una enérgica protesta ante la estatua de José Martí, en el Parque Central. Entonces Chibás fue detenido por primera vez y conducido a la Tercera Estación de Policía. Esa fue su iniciación militante en la vida pública cubana. Tenía sólo dieciocho años.

Es oportuno señalar que en la primera década del siglo xx, nacieron la

mayoría de los exponentes que en los años posteriores imprimieron ideas reformadoras y sociales, como Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiteras, Gabriel Barceló, Rafael Trejo, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa y Eduardo Chibás, entre otros, todos protagonistas de obligada referencia en nuestra historia.

La ambición de Gerardo Machado lo llevó a proponer al Congreso una Ley de Reforma a la Constitución que permitiera la prórroga en el poder, la cual fue aprobada, con sólo ocho votos en contra, el 29 de marzo de 1927; a ello se sumó la modificación del Código Electoral.

Irreductible, la Colina universitaria vibra. Al día siguiente de la aprobación, los estudiantes de todas las facultades se dieron cita en el Patio de los Laureles, a la voz de: “¡Todos al Laurel!”. Ahí se alzó la voz del estudiante Eduardo Chibás cuando expresó: “No podemos soportar más el gobierno de Machado. Frente a la actitud cobarde de la dirigencia profesoral universitaria que lo nombra Profesor Honoris Causa, nosotros, los estudiantes, tenemos que adoptar una postura viril, ahora, con más fuerza ante la Prórroga de Poderes”.

Inflamados los ánimos por la arenga, otros condiscípulos también usaron de la palabra. Ese día se acordó realizar una manifestación para llevar una declaración de protesta hasta la casa del maestro de juventudes, Enrique José Varona.

La necesidad de vertebrar la lucha impulsó a los alumnos rebeldes a organizarse y crear entonces el Directorio Estudiantil Universitario del año 1927, contra la prórroga de poderes. Esto fue

un verdadero combate que se convirtió en un compromiso y logró un puesto de honor en la historia de nuestro país. De inmediato se incorporaron a la lucha jóvenes de la talla moral de Gabriel Barceló, Antonio Guiteras, Aureliano Sánchez Arango, José Chelala Aguilera, Luis Lozano, Reinaldo Jordán y Eduardo Chibás, quien redactó el primer manifiesto, el cual calzó con su firma.

Comenzó entonces una etapa difícil de abarcar en toda su amplitud. Los acontecimientos sitúan a los universitarios a la vanguardia del movimiento reformista, que traspasa el ámbito académico, con una firme conducta ante las necesarias reivindicaciones que demanda el país, sus males seculares y la injerencia extranjera.

Como resultado de esta posición, veintiún alumnos fueron expulsados de la Universidad el primero de diciembre de 1927, entre ellos Gabriel Barceló, José Chelala Aguilera, Aureliano Sánchez Arango, José Elías Borges, Reinaldo Jordán, Pedro Iglesias Betancourt y Filiberto Ramírez Corría. Antonio Guiteras pudo eludir la sanción, pues recientemente se había graduado de doctor en Farmacia, y Eduardo Chibás, que fue expulsado por un período de cuatro años, manifestó: “Para mí, constituye un altísimo honor ser expulsado por causa tan noble. Ahora más que nunca seguiré combatiendo la dictatorial Prórroga de Poderes, defendiendo la Universidad y a Cuba”.

Resulta interesante esta página de su vida, pues demuestra que desde temprana edad puso de relieve su alto concepto del honor. Mientras estuvo preso en la tristemente célebre galera N° 13, de la Cárcel de La Habana, lo

visitó su abogado, el doctor Ricardo Dolz, quien se prestó para una sucia componenda y le ofreció la libertad a cambio de su salida del país, directamente de la cárcel para el barco que lo conduciría. Su respuesta fue firme: “Rechazo enérgicamente esa oferta ofensiva para mi dignidad nacional. Saldré de todo esto cuando todos puedan hacerlo conmigo. No acepto Libertad con condiciones. Estoy con mis compañeros en los ideales y estaré con ellos en el sacrificio”.

Más tarde, cuando todos fueron puestos en libertad expresó irónicamente: “¡Qué lástima, yo que estaba aprendiendo a jugar ajedrez!”.

Forzosamente tuvo que abandonar el país en julio de 1929. Durante el exilio y en colaboración con Enrique Delahoz, creó la Unión Cívica de Exilados Cubanos, de la que fue secretario general y también el periódico *Libertad*, su órgano oficial.

La muerte del estudiante de Derecho Rafael Trejo, el 30 de septiembre de 1930, atemorizó al régimen del dictador Gerardo Machado, quien decretó la suspensión de las garantías constitucionales y luego declaró el estado de guerra en el país.

En diciembre de 1930 Chibás regresó clandestinamente a Cuba. Entonces se multiplicaron las demostraciones y comenzó a circular *Alma Máter*, con claras referencias a los desmanes provocados por el tirano Machado.

Ante eso, la respuesta del dictador fue terminante: “A mí no se me tumba con papelitos”.

Poco después, en marzo de 1931, el joven estudiante fue detenido en el local de la Federación de Torcedores

mientras preparaba un nuevo número de *Alma Máter*. El botín encontrado por las fuerzas represivas estaba completo, pues se hallaron periódicos, revistas, proclamas y nada menos que a Eduardo Chibás, quien era afanosamente buscado. Esa vez fue conducido al Castillo del Príncipe y contra él se radicó la causa 371 de 1931, por delito de conspiración para la sedición.

A los dos meses estaba libre de nuevo y con fecha 7 de junio publicó un valioso artículo titulado: “Los expulsados del 27 y el movimiento estudiantil”.

Finalmente, el 12 de agosto de 1933, cayó la dictadura de Gerardo Machado. Tras burdas maniobras del pro cónsul norteamericano, nombran presidente de la república al doctor Carlos Manuel de Céspedes, hijo del prócer del 10 de octubre de 1868. Este era su único mérito. Su gobierno solamente se mantuvo veintidós días, pues fue depuesto el 4 de septiembre por una asonada militar, preparada por los sargentos, de la cual se apoderó un anodino taquígrafo nombrado Fulgencio Batista.

Surge entonces la pentarquía que, en su heterogénea composición, llevaba el germen de su disolución. Sólo duró cuatro días. Precisamente, Chibás indica al Directorio Estudiantil que proponga como presidente al miembro de la pentarquía, el profesor Ramón Grau San Martín.

El doctor Grau San Martín tomó posesión del cargo el 10 de septiembre de 1933 y el gobierno de los Estados Unidos nunca reconoció esa alianza, en la que se destaca la radical y valiente proyección revolucionaria de Antonio Guiteras. La reacción interna y las maniobras del mediador norteamericano

logran la renuncia de aquel gobierno antimperialista.

Existe una página en la vida estudiantil de Eduardo Chibás que revela su firme posición sobre el decoro y la ética. En la novena sesión de la Asamblea Depuradora, constituida en tribunal el 9 de junio de 1934, se pedía la expulsión de numerosos profesores que estuvieron comprometidos con la dictadura de Gerardo Machado. Cada caso se debatía ampliamente ante la presencia de una impresionante masa de jóvenes alumnos. Las actas de aquella memorable Asamblea de Estudiantes eran recogidas por la fértil pluma de Pablo de la Torriente Brau. Entre los docentes analizados estaba el doctor Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, erudito profesor de la Facultad de Derecho con un consolidado prestigio internacional, quien había echado por tierra todos sus méritos intelectuales para convertirse en un dócil instrumento del dictador. Se escucharon unas voces a favor y otras en contra del afamado catedrático para determinar si era, o no, merecedor de la expulsión.

En el acta tomada por Pablo, se recoge su impresión sobre lo dicho por el estudiante Eddy Chibás cuando le correspondió su turno: “Estuvo enérgico y preciso y terminó diciendo que pedía la expulsión de Bustamante aun en el caso de que se perdiera la Universidad, pues prefería la bancarrota técnica, a la moral”.

Con la caída del gobierno Grau-Guiteras se consolida el poder de la reacción, que tiene a Fulgencio Batista como a su verdadero hombre fuerte por la arraigada sumisión al imperialismo, que ya había demostrado. Comienza

entonces una turbulenta etapa iniciada con el llamado gobierno Caffery-Batista-Mendieta. El sargento, ascendido rápidamente a coronel, es la figura negativa, que estaba considerada como la más representativa de aquel proceso, ubicado primero detrás de la silla presidencial y luego como gobernante.

Con la misma intensidad que combatió a Gerardo Machado, Chibás enfrentó a Batista. Cuando estaba preso en el Castillo del Príncipe, conoció de la caída en combate de Antonio Guiteras, el 8 de mayo de 1935 en El Morrillo, Matanzas. Este fue un hecho de gran trascendencia, pues Guiteras era el principal obstáculo de Batista. Por entonces se fundó el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), a partir de los estudiantes que lucharon contra Machado en los años 1927 y 1930 y Eddy fue de los primeros incorporados a las filas del “autenticismo”.

Chibás está considerado, dentro de su época, como un hombre radical y apasionado defensor de sus ideas. Polémico, por enfrentarse a intereses creados, y un valiente orador, cuya prédica constituyó una avanzada para aquel momento convulso del país. Fue combativo ante los métodos, posiciones y alianzas del Partido Socialista Popular (PSP) y es uno de los líderes que más duelos enfrentó durante su vida política. Era incansable en su faena diaria y como él mismo señaló, no tuvo “más descanso que las continuas y forzadas prisiones” que le impuso su azarosa trayectoria.

Esos antecedentes contribuyeron a la formación del futuro dirigente, que tuvo una ascendente carrera política. Fue electo delegado a la Asamblea Constituyente en las elecciones de 1939, con

una de las más altas votaciones dentro del Partido Auténtico, que dio lugar a la Constitución de 1940, de innegables logros progresistas. En las elecciones de ese año, Chibás fue elegido por votación como representante a la Cámara. También, mediante la fuerza y el fraude, Fulgencio Batista fue “electo” presidente, para el período gubernamental 1940-1944, momento en que cambió el color amarillo de su uniforme militar, por el blanco dril cien.

El doctor Ramón Grau San Martín, cuyo gobierno duró desde 1944 hasta 1948, fue respaldado por la Alianza Auténtico-Republicana y obtuvo el triunfo para ocupar la silla presidencial sobre el candidato oficial Carlos Saladrigas, que contaba con el apoyo de los Partidos Liberal, Demócrata, ABC, y el Socialista Popular. En estas elecciones Eduardo Chibás fue electo para ocupar un escaño como senador de la república.

Pero el Grau del año 1933, ya no era el mismo de 1944. Basta recordar que ya Guiteras había caído en El Morrillo y no tardó en aparecer la descomposición de aquel gobierno. En su primera etapa, Chibás mantuvo esperanzas de una rectificación, pero los errores avanzaban y fueron defraudando las aspiraciones de regeneración. En medio de aquel estado de cosas, surgió otro elemento preocupante, pues un aire reeleccionista soplaba por el tercer piso del Palacio Presidencial.

El 1º de marzo de 1947, hubo una reunión del Grupo Ortodoxo del Partido Auténtico en la casa del senador Pelayo Cuervo Navarro. Ante la lacerante crisis gubernamental del autenticismo, surgió la idea de una nueva organización y el 11 de mayo de ese año, Eduardo

Chibás hizo declaraciones a la prensa nacional, donde dio a conocer: “Ideas y procedimientos nuevos; nacionalismo, antimperialismo y socialismo, independencia económica, libertad política y justicia social”. Luego vincula su pasado con su presente, cuando expresa: “Estas fueron las consignas de las promociones revolucionarias del 23, del 27 y del 30”. Es importante tener presente estas concepciones, pues, como fue notorio, Chibás enfatizó en su conocido lema de “Vergüenza contra dinero” y la “Escoba como estandarte para barrer la corrupción administrativa imperante”.

El 27 de mayo de 1947 se aprobó el nombre del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) y desde ese momento fue el paladín de una cruzada de oposición, sin descanso, contra los corruptos gobiernos de turno.

El doctor Carlos Prío Socarrás fue electo presidente, el 1º de junio de 1948, frente al candidato Ricardo Núñez Portuondo. En esas elecciones se presenta Eduardo Chibás –por primera vez– como aspirante presidencial, tan sólo con el respaldo del Partido Ortodoxo, recién creado, y amparado por el lema: “Con vergüenza pero sin dinero”. Sabía que no tenía posibilidades de triunfo, pero ganaba en experiencia y fundamentalmente se formaría a su lado una heroica y aguerrida juventud.

Años después, Fidel Castro, refiriéndose al heroico acontecimiento del 26 de julio de 1953 afirmó: “Nosotros reclutamos y entrenamos, en menos de un año a 1 200 jóvenes. Eran casi todos de la Juventud Ortodoxa y logramos una gran disciplina y unidad de criterio”.

Es necesario tener en cuenta que en el gobierno de Prío, y bajo su protección, Fulgencio Batista retornó a Cuba el 20 de diciembre de 1948.

En contraposición, el propio presidente trató de silenciar la voz de Chibás y creó un Decreto que pronto se conoció como “Decreto Mordaza”, con el fin de suspender la hora radial que este tenía cada domingo en la noche. Ante estos hechos el líder ortodoxo no se detuvo y la política de los Nuevos Rumbos, anunciada por Prío, se desvaneció dentro de sus propias contradicciones. Por esa época, la prédica de Chibás es constante, contra diversos males imperantes como: el peculado, los pandilleros, el nepotismo y también es intransigente con la explotación de nuestras riquezas por los monopolios extranjeros.

Aquí llegamos a uno de los debates más dramáticos del proceso político cubano, cuando Eduardo Chibás acusó al ministro de Educación, Aureliano Sánchez Arango, de fomentar un reparto residencial en Guatemala con el dinero del desayuno escolar.

Si bien nadie discute la honradez y los principios que mantuvo el líder de la ortodoxia durante la polémica, mientras duró el proceso no pudo demostrar la acusación hecha contra Aureliano. Dentro de su propio partido, que tenía una composición heterogénea en su dirección, había contradicciones, lo cual provocó preocupaciones y algunos se opusieron cuando el senador lanzó la imputación, mientras que otros lo alentaron en su propósito.

Años después, Fidel Castro se refirió a ese tema en su histórica entrevista titulada *Cien horas con Fidel*, cuan-

do señaló: “[...] al parecer alguna fuente en la que confiaba, [Chibás] le brindó esa información”, y después el Comandante en Jefe define a Aureliano Sánchez Arango, como “[...] una persona con determinada cultura y en su tiempo de lucha contra Machado y Batista, como estudiante y profesor, había sido de izquierda”.

Todo el pueblo de Cuba estuvo atento al rumbo de la polémica. No se hablaba de otro asunto. La riposta de Aureliano era directa, y solicitaba que se presentaran las posibles pruebas de esos cargos. Chibás cayó en un estado depresivo. En ese episodio coinciden factores tanto subjetivos como objetivos, propios de la época, y lo que constituyó una polémica se convirtió en una tragedia, con un desenlace fatal.

El 5 de agosto de 1951, al pronunciar su alocución radial conocida como “El último aldabonazo” sintetizó la actualidad cubana de entonces cuando dijo:

La feliz conjunción de factores naturales tan propicios a un gran destino, unido a la alta calidad de nuestro pueblo, sólo espera la gestión honrada y capaz de un equipo gobernante que esté a la altura de su misión histórica. Ese equipo no puede ser el del gobierno actual, corrompido hasta la médula, aunque se disfrace de nuevos rumbos para encubrir sus robos, contrabandos y desvergüenza. Ni la falsa oposición de Batista, que alienta el regreso de los coroneles, del palmaristi, la goma, y la ley de fuga. Ni tampoco el grupo de desechados que sigue al ex presidente Grau. El único equipo gobernante capaz de salvar a Cuba es el Partido del Pue-

blo Cubano (Ortodoxos), con su línea antipactista de la independencia política, que no admite transacciones ni componendas. ¡Compañeros de la Ortodoxia, adelante! ¡Por la independencia económica, la libertad política y la justicia social! ¡A barrer a los ladrones del gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo de Cuba, despierta! ¡Este es mi último aldabonazo!”.

Luego de esa patética alocución, en el propio local del estudio de radio, sacó del cinto una pistola Star, apuntó hacia él y disparó. El día 16 falleció y su cadáver se expuso en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. El entierro fue impresionante, pues una inmensa multitud cubrió la calle 23 hasta la Necrópolis de Colón. Al morir, le faltaban diez días para cumplir cuarenta y cuatro años.

De la muerte de Eduardo Chibás se deriva toda una serie de circunstancias y tiene además un factor desencadenante en nuestra historia, pues como señala Fidel en la obra antes señalada: “Si Chibás no hubiera muerto, no hay golpe de Estado. Medió un factor subjetivo en los acontecimientos”.

En estas líneas he tratado de recoger rasgos que conforman su personalidad desde su origen, con facetas destacadas de su vida apasionada y a veces polémica, pero siempre honrada, formadora y precursora en nuestra historia. Para concluir estas ideas sobre lo que significó, como líder estudiantil, hasta su desenvolvimiento político posterior, vale señalar lo expresado por Fidel, días después del triunfo de la Revolución, en enero de 1959, cuando junto al panteón que guarda

sus restos y el recuerdo emocionado del adalid de la ortodoxia, manifestó:

La historia de la Revolución, la historia del 26 de julio, esta íntimamente ligada a la historia de esta tumba. Porque debo decir aquí que sin la prédica de Eduardo Chibás, sin lo que hizo Eduardo Chibás, sin el civismo y la rebeldía que despertó en la juventud cubana, el 26 de julio no hubiera sido posible. El 26 de julio fue, pues la continuación de la obra de Chibás, el cultivo de la semilla que él sembró en nuestro pueblo. Eduardo Chibás no nos había abandonado. Eduardo Chibás estaba con el pueblo. Su obra estaba latente en el corazón del pueblo y sobre esa base se edificó la revolución triunfante.

Y finalmente destacó Fidel: “¡Eduardo Chibás, tu último aldabonazo ha resonado por fin!”.

Bibliografía consultada

- ALAVEZ, ELENA. *Eduardo Chibás en la hora de la Ortodoxia*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1994.
- RAMONET, IGNACIO. *Cien horas con Fidel*. La Habana: Consejo de Estado, 2006.
- SOTO, LIONEL. *La revolución precursora de 1933*. (1995)
- Cabrera, Olga y Carmen Almodóvar. *Las luchas estudiantiles universitarias 1923-1934*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- Índices* (La Habana) (39); 1975. (Número Especial)
- Bohemia* (La Habana) 51(3):103-104; 18-25 en. 1959. il.
- Archivo de la periodista Matilde Salas.

Del legado de Chibás*

Faustino Pérez

Intelectual e investigador

En justa afirmación histórica, el compañero Fidel Castro proclamó durante la conmemoración del centenario de La Demajagua, que “en Cuba sólo ha habido una Revolución”, la iniciada por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868 y que nuestro pueblo lleva adelante en la actualidad.

Consecuentes con esa concepción estratégica de nuestras luchas centenarias, el gran movimiento encabezado por Eduardo Chibás, que sensibilizó a la mayoría de los cubanos a combatir contra las inmoralidades y vicios de la politiquería de la seudorrepública, se inscribe con toda justicia en ese único gran proceso de nuestra historia. No debemos olvidar que aquellas masas populares de la ortodoxia chibasista fueron cantera principal para la organización de las nuevas fuerzas revolucionarias llamadas a dar la batalla final bajo la guía de Fidel, por la liberación definitiva de nuestro pueblo.

Este acto a la memoria de Eddy Chibás transcurre en momentos difíciles para la Revolución que ha llevado adelante su ideario cívico de combate. Hoy, a cuarenta años de su muerte, la vida de Chibás continúa siendo fuente de inspiración en la lucha por una patria

mejor. Su tenacidad y la fe en el pueblo son dos características de su personalidad que le acompañaron siempre. La circunstancia de su muerte prueba, lo que aquí afirmamos con su llamado del último aldabonazo:

Cuba necesita despertar. [...].

Cuba tiene reservado en la historia un grandioso destino [...] sólo espera la gestión honrada y capaz de un equipo gobernante que esté a la altura de su misión histórica.

Antes, en vida de Chibás, como ahora con la Revolución en el poder, el principal enemigo del pueblo cubano movía sus poderosos recursos para impedirle salir adelante.

Nuestro país no escapó a la política trazada por Washington para todos aquellas estados o personas que pudieran afectar intereses de los Estados Unidos.

En la Cuba de postguerra, el accionar político de Chibás conducía al enfrentamiento con el imperialismo norteamericano. Combatir la corrupción política y administrativa y pronunciarse por el rescate de nuestra soberanía y de las riquezas del país, concitaba la animosidad de los Estados Unidos.

Tan fortalecido en su dominio político y económico emergieron los Estados Unidos de la Segunda Guerra Mundial que propugnaban la negación de la personalidad nacional de los estados como elemento de reblandecimiento ideológico que les llevaba a afirmar que se vivía “el siglo americano”. Durante esos años, en ese país se inició un proceso

* Palabras pronunciadas en el 40º aniversario de la muerte de Eduardo Chibás.

de reorganización de las empresas transnacionales, de concentración de capitales que les llevó a priorizar la necesidad de extender las inversiones para dar salida a la acumulación de dineros ociosos atesorados en los bancos estadounidenses. Los grandes monopolios crecían y se reorganizaban, y su voracidad reclamaba mayores tasas de ganancias. Simultáneamente exigían garantías para sus inversiones y creían hallarlas en las fuerzas armadas y en los jefes militares más allegados y sometidos.

Como una mercancía más se exportó a América Latina la política norteamericana de “guerra fría”, que derribó gobiernos e implantó tiranías militares y fortaleció las ya existentes de Anastasio Somoza en Nicaragua, Tiburcio Carías en Honduras, y Rafael Leónidas Trujillo en Santo Domingo. Washington no permitía ni siquiera el surgimiento de gobiernos de corte nacionalista en la América Latina de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Este es el teatro regional donde alcanza su máxima popularidad el quehacer cívico político de Eduardo Chibás. Para algunos era estridente y polémico en demasía, pero la mayoría veía en él al único capaz de convertir en realidad su consigna de “Vergüenza contra dinero” y de usar la escoba “para barrer todos los males del país”.

Para los analistas yanquis, Chibás y su movimiento ortodoxo les resultaban impredecibles y contradictorios. Sin embargo, en Washington intuían que combatir el peculado, la corrupción y a los funcionarios venales en Cuba, era una señal de peligro para sus intereses en la isla.

Rechazar los pactos políticos con quienes tuvieran sus manos manchadas de sangre y dinero mal habido, constituía una seria amenaza al control norteamericano, acostumbrado a utilizar a unos y otros de los políticos cubanos en beneficio de Washington y Wall Street. No gustaba al imperialismo que quien, aunque a veces llegó a discrepar y a polemizar con los comunistas, enarbolará sin embargo parecidas proyecciones o coincidían incluso, en ocasiones, en el apoyo a los mismos candidatos. Le molestaba al imperio las incursiones de Chibás por países de Suramérica como Argentina y Brasil, y su amistad con el legendario comunista Luis Carlos Prestes.

Pero aún tendrían en los Estados Unidos, en su temor a Chibás, mucho de qué hablar cuando en 1950 viajó a Nueva York y en la cuna de Wall Street aseguró durante una conferencia de prensa que si su partido ortodoxo ganaba la presidencia del país, serían nacionalizadas empresas norteamericanas tales como las compañías de teléfonos, electricidad, ferrocarriles y otros servicios públicos.

De esta manera, se ratificaba lo sostenido en el programa del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) acerca de la necesidad de nacionalizar el transporte y otros servicios a la población en manos extranjeras. La propia tesis elaborada en 1948 por la Juventud Ortodoxa, con la anuencia de Chibás, identificaba a los gobiernos del primer período republicano en Cuba como “cómplices del imperialismo norteamericano”.

El odio imperialista se concitó aún más contra Chibás en la misma medida

en que sus campañas de repudio a las empresas extranjeras subían de tono. Durante una encendida polémica contra la filial en Cuba de la Electric Bond and Share, la compañía cubana de Electricidad, Chibás fue condenado a seis meses de cárcel, pero la movilización popular logró casi inmediatamente su excarcelación.

Evidentemente, a Chibás no le asustaba lo que pudieran pensar de él en los Estados Unidos. A los pocos días de fundarse la ortodoxia en un discurso radiado a todo el país por su hora doctrinal, el 18 de julio de 1947, Chibás se refirió a cómo ingresaban a la ortodoxia algunos elementos:

[...] estos millonarios del Partido del Pueblo Cubano, grandes terratenientes y abogados de poderosas compañías y trusts, parece que no fueron sinceros al ingresar en la ortodoxia, sino que vinieron a ella en busca de senadurías.

Cuando se dieron cuenta de que yo sí soy sincero, de que no soy un demagogo, sino de que pretendo cumplir seriamente las bases programáticas fundamentales que dieron origen al movimiento ortodoxo y llevar adelante, sin contemplaciones con los latifundistas, nuestro programa de reforma agraria en beneficio de los campesinos y acabar de veras con la corrupción administrativa, la bolsa negra, el trust de la carne y los demás monopolios, se han espantado ante la posibilidad de que yo llegara a ser presidente [...].

En el temor a Chibás coincidían los imperialistas con los batistianos y los peores elementos del gobierno de Carlos Prío Socarrás. Los capitalistas

expresaban su aprehensión haciendo emigrar sus dineros. En 1951 se conoció que “algunos cubanos” están haciendo inversiones en Nueva York y sacando su dinero de Cuba porque “le tienen menos miedo a la bomba atómica que al triunfo de Chibás en 1952”.

Está claro que el análisis de una personalidad no puede hacerse sin tomar en cuenta la posición que asume ante los acontecimientos históricos de la época en que transcurre su incursión política protagónica.

Así, en los años que siguen al fin del conflicto mundial, levanta su voz en apoyo y reclamo de lucha en favor del diferencial azucarero y la cláusula de garantía que tanto disgustó a los Estados Unidos. Y cuando el Tribunal Supremo declaró inconstitucional el Decreto Gubernamental afirmó que en Cuba se produciría “[...] una revolución, pues el pueblo estaba dispuesto a desconocer el fallo para lograr la independencia económica de nuestro país”.

La vida de Chibás transcurrió en ese caminar revolucionario que lo ubicó en todo momento al lado de lo que consideró justo y más progresista. Tenía dieciocho años cuando comenzó sus estudios de Derecho en la Universidad de La Habana en 1926. A poco (1927) integró el primer Directorio Estudiantil contra la Prórroga de Poderes, profundamente permeado de las ideas de Julio Antonio Mella, a quien conoce en el alto centro docente. Detenido en varias oportunidades, fue expulsado de la Universidad y se vio obligado a exiliarse. En Nueva York fundó la Unión Cívica de Exilados Cubanos que editó el periódico *Libertad*. El 27 de diciembre de 1932 desembarcó por Punta Guano,

cerca de Matanzas, con varios compañeros, armas y parque, pero la persecución a la cual fue sometido por Machado lo obligó a exiliarse nuevamente, luego de varias semanas en Cuba. A la caída de la tiranía machadista jugó un papel importante en la designación de varios funcionarios del gobierno que sucedió a Carlos M. de Céspedes Quesada, y que tuvo a Antonio Guiteras como su máximo exponente revolucionario. El asesinato del estudiante Mario Cadenas lo distanció de Ramón Grau San Martín, a quien conminó a que renunciara a la presidencia desde una emisora, dando inicio así a la comunicación radial con eficacia demoledora, cuando aún este medio masivo daba sus primeros pasos en Cuba.

Durante los once años que median entre 1934 y 1944 no descansó en su lucha contra la bota militar batistiana, los personajes de la vieja política y la embajada de los Estados Unidos. De nuevo es condenado a seis meses de prisión. Aceptó la sanción del Tribunal de Urgencia declarando que luchaba “[...] por expulsar del poder a los que nuevamente implantaban los métodos machistas”.

Fundó Izquierda Revolucionaria para enfrentar a Batista luego del asesinato de Guiteras. En 1937 se integró al partido auténtico. Es de los pocos que avizó la demagogia del Plan Trienal de Batista cuando muchos lo aplaudieron, y razonó que si el *Diario de la Marina* apoyaba dicho plan, este era contrario a las conveniencias del pueblo, porque el periódico representaba los peores y más retardatarios intereses del país. En 1939 fue electo delegado a la Asamblea Constituyente.

Entre 1940 y 1944 combatió a Batista, ahora trocado en presidente civil, porque sabía que la mentalidad militarista batistiana no podía abandonar sus viejos moldes fascistoides y de entrega y sumisión total a los Estados Unidos.

Al ocupar Grau la presidencia en 1944 volvió por sus fueros de independencia de criterios y le apoyó. Fue su máximo vocero en defensa de todas las medidas que tendieran al rescate de nuestra soberanía, de sus riquezas y en pro de las reivindicaciones sociales que con tanta urgencia reclamaba Cuba. Además se manifestó por la política de trueques comerciales que eliminó al intermediario yanqui; estuvo por la devolución de las bases militares que usaron los Estados Unidos en territorio cubano durante la Segunda Guerra Mundial; apoyó la cláusula de garantías y el diferencial azucarero. Asimismo, incitó a Grau a la destitución de los militares que permanecían en el Ejército que había dejado Batista; aplaudió los resultados de la Conferencia de la Organización Internacional de Comercio efectuada en La Habana entre noviembre de 1947 y abril de 1948 por su marcado acento tercermundista que condujo a que los Estados Unidos jamás firmaran su acta final, con lo cual sus acuerdos beneficiosos para los países pobres nunca pudieron hacerse efectivos.

Ya antes, como miembro de la delegación de Cuba a la Conferencia de Chapultepec, entre febrero y marzo de 1945, la revista norteamericana *Newsweek* calificó al grupo de cubanos como “un racimo de hombres salvajes”, precisamente donde la actividad patriótica, independiente, de Chibás se había

hecho sentir para impedir que Cuba fuera a la zaga de la política exterior norteamericana.

Cuando Grau San Martín tuerce su camino envanece por el triunfo electoral de 1946 que le dio amplia mayoría en el Congreso y por las presiones yanquis de “la guerra fría”, fundó en 1947 el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) para “[...] rescatar el programa y la doctrina de la Revolución Cubana: nacionalismo, socialismo y antimperialismo”.

La nueva organización política “[...] capitaliza enseguida una gran parte del descontento nacional y arrastra considerables masas de jóvenes y sectores del pueblo”. En una entrevista a Blas Roca, en mayo de 1948, el líder comunista cubano dijo que la popularidad de Chibás tenía su base en dos razones fundamentales muy sentidas del pueblo: “[...] su ataque invariable contra la inmoralidad administrativa y su repulsa no menos constante del crimen político”. Y además expresa: “Chibás es, en definitiva, el heredero de la mística que el pueblo forjó en torno a Grau y seguirá creciendo políticamente”.

El regreso de Batista desde su cómodo turismo en los Estados Unidos en noviembre de 1948, lo puso en guardia. Creyó que sólo respondía a conciliábulos con el presidente y que el retorno del ex general a Cuba no sería “oposicionismo”, sino “cooperativismo”.

Chibás no pudo descifrar a tiempo la terrible conspiración que se urdía entre los sectores oligárquicos del país, el imperialismo yanqui y las ambiciones personales batistianas.

En 1950 resultó electo senador mediante una impresionante votación popular y poco más de un año después, conturbado, creyó hallar en la muerte la mejor forma de llevar a su pueblo al combate definitivo por su liberación. Así protagonizó lo que él mismo denominó como su último aldabonazo, produciendo con su dramática determinación una conmoción nacional sin precedentes.

Del legado de Chibás expresó Fidel en 1959:

La Historia de la Revolución, la historia del 26 de Julio, está íntimamente ligada a la historia de esta tumba. Porque debo decir que sin la prédica de Eduardo Chibás, sin lo que hizo Eduardo Chibás, sin el civismo y la rebeldía que despertó en la juventud cubana el 26 de julio no hubiera sido posible.

El 26 de julio fue, pues, la continuación de la obra de Chibás, el cultivo de la semilla que él sembró en nuestro pueblo. Eduardo Chibás no nos había abandonado, Eduardo Chibás estaba con el pueblo. Su obra estaba latente en el corazón del pueblo y sobre esta base se edificó la revolución triunfante.

Hoy, cuando su reclamo de libertad política, independencia económica y justicia social han sido ampliamente cumplimentados por la Revolución, podemos reafirmar ante su tumba nuestra consigna de combate y victoria: “¡Socialismo o Muerte, Patria o Muerte, Venceremos!”.

Recordar a Chibás

**Natalia E. Revuelta
Clews**

Filóloga

Sería un minuto antes o un minuto después de las ocho y treinta de la noche del 5 de agosto de 1951. En casa terminábamos de comer mientras oíamos, como casi todos los domingos, el final de la hora doctrinal —o tribuna dominical, como también se le llamaba— del senador por La Habana Eduardo René Chibás Ribas, Eddy Chibás para todos, conocidos o no, candidato a la presidencia de la república y fundador con Millo Ochoa cuatro años antes del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Había concluido este domingo su programa por la CMQ insistiendo en el antipactismo del PPC (O), proclamando una vez más la independencia política. Ocho años cumplía ya su hora, iniciada en 1943 en esa emisora situada entonces en Monte y Prado, desde donde polemizaba, denunciaba las lacras que corroían la vida política cubana, y establecía cátedra de moral cívica.

Nos levantamos de la mesa y sintonizamos música.

Nada nos hacía suponer el drama que se desarrollaba en ese preciso instante en el estudio en el cual había tenido lugar la transmisión, hasta que sonó el teléfono. Llamaba mi tío Enrique:

—Chibás se nos muere.

—Pero, ¿cómo?...

—Tiene un balazo en el vientre. Rodríguez Díaz, su cirujano, no está localizable, Pelayo me pidió que los llamara para saber si pueden llevarlo para el Centro Médico, que está más cerca... y si tienen condiciones para una operación muy grave.

Yo le había hecho una seña a mi esposo, cardiólogo y vocal de la clínica. Le pasé el teléfono. Le garantizó a Enrique que había condiciones y que él saldría para allá de inmediato a fin de movilizar al personal de urgencia, y además trataría de localizar a los doctores Rodríguez Díaz y José Bisbé, clínico de Eddy, y avisarle al doctor Sanguily, cirujano y director del Centro. También —supe después—, se personaron sin demora el doctor Pedro Iglesias Betancourt, su médico de cabecera, cirujano y patólogo vecino de Eddy, y el doctor José Chelala Aguilera, su opositor en días estudiantiles y ahora figura relevante del PPC (O). El cuerpo llegaría al Centro Médico Quirúrgico en un automóvil, hacia el cual lo había cargado Gabriel Palau, operador de sonido en la CMQ. Llegó apenas consciente, y enseguida lo colocaron en una camilla y lo subieron al salón de operaciones.

Demoré un rato en la casa tomando precauciones para una ausencia de quién sabía cuántas horas. Como una autómatita pedí un carro de alquiler y pronto estaba en camino hacia el Centro.

Esparcida como pólvora la noticia, comenzaba a reunirse pueblo en los jardines del edificio en las calles 29 y D, en el Vedado, y por toda esa extensa zona residencial y de hospitales.

Subí al tercer piso donde Raúl, el hermano de Chibás, mantenía silencioso una espera angustiada.

Durante once días sería incontenible a todas horas la presencia de cubanos, de exiliados de nuestra y de otras latitudes, de personas de todas las esferas y estratos sociales, y de quienes no se alejaron de Chibás en momentos de definiciones. Imposible enumerarlos. Algunos recuerdo de esa noche, sin orden ni concierto: Roberto Agramonte; Manuel Bisbé y Pelayo Cuervo, que en ocasiones anteriores tuvieron discrepancias con Chibás, como también las tuvo Millo, no lo abandonaron; Pepín Sánchez, su archivero y merecedor de toda confianza; Rufino González siempre a su vera; su chofer Alejandro Armenteros; Guido García Inclán; Beto Saumell; José Pardo Llada; Luis Orlando Rodríguez, Fidel Castro; Miguelito Quevedo, el director de la revista *Bohemia* y Enriquito de la Osa, creador de su sección “En Cuba”; la leal Pastorita Núñez; Max Lesnik de la Juventud Ortodoxa; un sacerdote; Conte; Aramís Taboada; Yuyo del Valle y, si la memoria no me falla, estaban también su íntegro abogado y amigo, el profesor Francisco Carone Dede y Leonardo Fernández Sánchez... Otros fueron llegando, personalidades, dirigentes de la Ortodoxia –sus correligionarios, como se decía entonces– y de otros partidos incluyendo el suyo anterior, el Auténtico. Amigos, en fin. Tampoco faltaron enemigos.

Mientras, en la calle y hasta la madrugada del 16 de agosto, que marcó el final, iba congregándose una muchedumbre que mantuvo en todo instante vigiliadas de silencios y murmullos, tanto

mística como política, pero sobre todo solidariamente humana, noche tras noche con velas encendidas, día tras día con estampitas, rosarios, ángeles de la guarda y también flores, siempre allí, arrodillada o de pie, solemne. Hasta procesiones hubo a lo largo y ancho del país. El valiente portavoz y *abogado del pueblo* no debía morir.

Dentro de la clínica se hablaba en voz baja. Perdí la capacidad de comunicación. Cuando llegué, conversé brevemente con Conchita Fernández, eficiente secretaria de Chibás, y con su esposo Alfredo Alberú. No recuerdo haber hablado con alguien más. Oía y trataba de avivar la memoria.

En numerosas circunstancias lo había visto, por supuesto, en los mítines a donde acudíamos, pero igualmente por coincidencias, con amigos que teníamos en común o porque frecuentábamos los mismos lugares.

En casa éramos ortodoxos tanto en la esperanza como en la convicción, sin ideología determinada, respecto a la urgencia de cambios en la vida política, ajustes en las estructuras económicas y sociales que transformaran aquel presente y los destinos de Cuba.

Para nosotros, los de centro-izquierda de la época, el partido de recuperación nacional que fundó Chibás en su pujante movimiento cívico-político, tenía proyección reformista, nacionalista y de postura antimperialista. Éramos los “intermedios”, como nos denominara Mañach. En un ensayo, Francisco López Segrera definiría la ideología de Chibás como industrialista-desarrollista-nacionalista.

En los mítines nos situábamos de pie en la periferia para observar mejor.

Hoy recuerdo aquellos tiempos cuando todavía busco espacio en las filas de atrás. Lo cierto es que no conocíamos de trato a los dirigentes ortodoxos, excepto a Pelayo, quien era como de casa. Algo que nos agradaba de ellos –y esto siempre vive en mi memoria– era el hecho de que con alguna frecuencia asistían a los actos en compañía de sus familiares más cercanos: esposas o esposos, e hijos todavía adolescentes. Siendo muy combativo y argumentado el tono que imperaba en los mítines, aquel hecho creaba un amable sentido de pertenencia; como una gran familia ortodoxa.

Pero..., ¿dónde conocí a Chibás?

Seguramente el encuentro fue cualquier tarde o noche en El Carmelo de Calzada en el Vedado, después de alguna función en el teatro Auditorium, o en el vestíbulo durante un entreacto.

Amaba la música. Como sedante, decía, escuchaba y recomendaba la de Bach. Y otros clásicos..., pero su gusto musical era ecléctico.

Aunque desde sus días de estudiante –desde niño, según fuimos sabiendo a través del tiempo, porque a mí particularmente me interesaba conocer su personalidad, sus entretelas, ya que tanta confianza poníamos en él– Chibás era lector asiduo de obras clásicas y contemporáneas, de temas variados, incluido el género policiaco, pero sobre todo leía Historia de Cuba y a José Martí. Poseía cultura histórica, económica, social y literaria, lo que mucho contribuyó al desempeño de su quehacer. Para él era una necesidad el proceso de aprender, saber y meditar sobre lo aprendido en sus breves ratos de soledad.

Nació el 26 de agosto de 1907 en Santiago de Cuba, hijo de familia adinerada de ancestro francés por el padre y de estirpe mambisa camagüeyana por la madre, de la rama de los Agramonte. Fue una familia que los amó, a él y a su hermano varios años menor, y se ocupó con esmero de su instrucción y educación. Creció sociable. Disfrutaba las buenas compañías, la de sus amigos y ¡cómo no!, galante, la de una mujer: alguna de su generación que tuviera personalidad atrayente, así como en sus maneras y su saber. Conocí a tres amigas tuyas, Loló de la Torriente, Ena Senior y Olga Seiglie. Las tres sin duda poseían esas cualidades.

A mediados de los cuarenta, nuestro Chibás realizó un recorrido extenso por países del Cono Sur. Trajo nuevos conceptos y experiencias. Entre ellos, expresó lo siguiente concerniente a la mujer: “Aprecio el refinamiento exquisito de la limeña, la elegancia y el garbo voluptuoso de la chilena, la forma espléndida de la argentina y la gracia sensual de la zamba y la carioca; pero prefiero, con todo, el encanto incomparable de la cubana”.

Desde tiempos de la lucha contra la tiranía machadista y desde Izquierda Revolucionaria, que enfrentara a Fulgencio Batista, Eddy conocía a una estudiante de la Escuela Normal para Maestros, reconocida por su valentía y oratoria combativa: Aida Pelayo. Coincidieron con frecuencia en aquella justa contra la represión y el peculado. Un día él le ofreció un acta senatorial; sobre ello Aida contaba la picardía con que él la embullaba, y su respuesta: “¡Imagínate lo que sería eso si tú y yo estuviéramos en el Senado juntos, aren-

gando y combatiendo la desvergüenza!”. Ella no aceptó, pero jamás cedió en la lucha. Y mucho le dolió el final de Eddy. Aida Pelayo fue una formidable oradora de barricada y poseedora de un carácter constructivo que dio frutos. No hay lugar a duda de que ella y Chibás hubieran formado un frente efectivo en la Cámara Alta.

Al líder ortodoxo le gustaba departir con los amigos. Casi nunca andaba solo. Les jugaba bromas sin consecuencias pero, imaginativo como era, a veces llegaban a ser pesadas. En la intimidad con sus amistades podía sorprender con alguna excentricidad que les causaba sorpresa si no risa. Justo Nicola Romero, antiguo compañero del senador, contaba que “[...] allá por los años treinta, estando Chibás preso en el Castillo del Príncipe, se le localizaba generalmente en la biblioteca del penal, donde pasaba horas y horas leyendo. Comenzaba a leer muy urbanamente, paulatinamente cambiaba de posición y terminaba acostado en el suelo”.

Le complacía pasar un fin de semana apacible en alguna finca y montar a caballo; a menudo el esparcimiento era en la Buenavista, de Miguelito Quevedo, quien le tenía gran aprecio, que él reciprocaba. Asimismo disfrutaba como un muchacho conducir su cuña convertible a gran velocidad... cuando no estaba a su lado su fiel chofer Alejandro. Y este, para mayor disponibilidad, vivía en un apartamento en el piso diez del edificio López Serrano, del cual Chibás ocupaba la torre.

El carro descapotable le servía al líder ortodoxo para mantener comunicación

con personas en la calle, en esa búsqueda incesante que era su vida. No era raro que se detuviera allí donde veía algún grupo y entablara conversación o hiciera algunas preguntas, a modo de sondeo personal. Decía que la verdad estaba en la calle y que la calle era su elemento.

Era provocador. Un adepto de Grau San Martín protestaba porque “[...] cada vez que Chibás pasaba frente a la residencia del ex presidente, sacaba la cabeza del auto y gritaba ¡Ladrones!”.

De Chibás existen muchas anécdotas.

Entretenido, evidentemente lo era. Dependía de si las preocupaciones lo llevaban a concentrarse hasta tal punto.

Existe un hecho simpático que narra Conte, sobre un día al retirarse el senador de una de las frecuentes sesiones parlamentarias suspendidas por falta de quorum:

Al salir del Senado se introduce sin demoras en el automóvil parqueado cerca de la puerta de Industria. En el asiento delantero, junto al chofer, se halla un capitán ayudante. Sorprendido, el chofer inquiriere:

—¿Hacía dónde vamos?

—Al López Serrano.

Al llegar se baja, introduce la mano en el bolsillo y pregunta:

—¿Cuánto es?

—Senador, esta máquina tiene chapa oficial. Es el número 4, que corresponde al Primer Ministro.

—¡Ah! ¡Caramba! ¿Es de Lancís? Bueno, muchas gracias y dale recuerdos a Félix.

(Pues parece estarlo viendo y oyendo...).

Era hombre de estatura y peso más bien medianos, fornido, vital, ágil de cuerpo y mente. En realidad, no era agraciado. Su magnetismo era otro: una fuerte personalidad que pronto se hacía notar. De frente ancha, pelo fino y ralo, el óvalo de su cara le brindaba un aire ingenuo a quien en realidad era muy ardiente y de temperamento nervioso. Siendo de sonrisa fácil, sus labios delgados y su mentón, que proyectaba, evidenciaban lo que tenía de voluntarioso. De sí mismo decía que tenía “cara de tú”.

Un domingo de 1949, polemizando con el primer ministro Manuel Antonio de Varona (Tony) desde la hora doctrinal, hace breve referencia a características propias. Cito: “El mejor síntoma de mi fortaleza es que, a través de tantas amarguras, nunca perdí mi sonrisa. Mis más íntimos amigos lo saben. Jamás he sido un despechado bilioso. Reír ha sido y es hasta hoy, mi placer favorito. Alguna vez lloré, cuando perdí a mis padres y cuando perdí, por servir a Cuba, mi casa de la calle 17, por muchos años Templo de la Revolución cubana”.

El inevitable oleaje de la memoria trae a la mente, como si fuera familiar, su presencia pulcra. Fumaba puros y cigarrillos, y estos a veces con boquilla porque evitaba manchas en los dientes. Solía vestir de saco y corbata, con chaleco en los días fríos, al uso por las figuras públicas así como por la burguesía de su época; o bien llevaba guayabera, siempre blanca, la clásica de lino con cuatro bolsillos y alforzas finas, larga hasta más abajo de la cadera, mangas largas con puño –que se usaban ocasionalmente con yugos–, y el

cuello siempre almidonado, listo para la corbata de “pajarita”, que no recuerdo haberle visto, como tampoco usar sombrero, que hubiera sido el airoso jipijapa. El atuendo de rigor se completaba con un pantalón de dril blanco y zapatos negros.

Esa es la imagen que me quedó más fija dado que era una figura siempre en movimiento en la prensa y en los noticieros de cine.

Recuerdo su voz. Arrastraba ligeramente la erre. Tenía un timbre sin tonalidades graves, más bien agudo. Y estridente cuando se enardecía, lo cual ocurría con frecuencia en sus debates, polemista como era. Su amigo el doctor José Chelala la clasificó como “del tipo tonal metafónico-gutural”.

Sus ojos eran muy claros –¿grises, azules?–, luminosos y de mirada inquisitiva, pero disminuidos por el uso de espejuelos con cristales gruesos montados al aire, forzados por una miopía herencia de don Justo, su padre.

Emotivo, incisivo, irónico, en alguna ocasión podía adueñarse de un vocabulario “carretonero”, sin embargo en su trato social y cotidiano era formal, cordial y ameno. En dos palabras: bien educado. De igual modo, este ser carismático poseía buen sentido del humor, que salpimentaba con su conocimiento de refranes, proverbios, fábulas, anécdotas y citas históricas y literarias, aunque a estas no acudía con frecuencia. Su estilo era fundamentalmente directo, rara vez alegórico o metafórico.

En su vida política, lo saben quienes hoy lo estudian o lo recuerdan, fue impetuoso, fue cáustico, fue intransigente tanto en el campo de la polémica pú-

blica como desde su curul de tribuno, en eso de llamar las cosas por su nombre: al ladrón, ladrón; al estafador, estafador; así al asesino, al pistolero, al oportunista, al tramposo. Para estos, era un flagelo; para quienes lo oíamos del otro lado, acaso intuíamos que existía un límite: tenía un estilo. Cuando alguno de ellos saltó, él presentó el pecho dispuesto a batirse, con sable o pistola, “en el campo del honor”. No fueron pocas las lides de donde salió “tocado o vencedor”. En julio de 1947 se batió a sable con Carlos Prío; hubo toques leves por ambas partes, pero un corte en un codo de Chibás suspendió el duelo.

Conte, quien lo trató largos años y hasta el final, escribiría sobre él: “Es hombre de carácter violento, en ocasiones tempestuoso y capaz de rebasar todos los límites de la prudencia, pero ha demostrado que olvida y perdona, ha sabido abrir los brazos para recibir a los que ayer le abandonaron, sin reservas de ninguna especie, brindando hospitalidad a los que en el pasado le hicieron víctima de ásperos ataques”.

Tras sí arrastró una masa irredenta, esperanzada en los cambios que requería la patria cubana. Sufrió persecución, prisión y destierro, odio y envidia de muchos, pero admiración y respeto de los más. Tal es el sino de los redentores. De verbo penetrante, eso era lo que ofrecía a primera impresión este hombre a aquel pueblo al que tanto hizo vibrar en aquellos años: una ciudadanía frustrada, decepcionada, prácticamente desamparada, y sin otra perspectiva para la mayor parte de los esforzados cubanos que luchar una vez más a brazo partido por salir de aquel presente cenagoso sin futuro aparente. Y más,

si aquilatamos que sus contiendas seculares no fueron de rapiña, fueron guerras de liberación, partiendo de su larga lucha anticolonial, porque Cuba nunca ha tenido vocación de colonia, algo que ha sido comprobado generación tras generación de sus hijos.

Como Chibás militó desde los dieciocho años en el Comité Pro-Mella, cuando ingresó en la Universidad de La Habana y formó parte del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) –organizado en 1927 contra la prórroga de poderes del presidente Machado– asumiendo en ambas posiciones verticales, rememorar su figura nos llega ineludiblemente como el eco de una cruzada. En ella desplegó toda su energía.

Consecuente, asumió la divulgación del pensamiento y acciones revolucionarias.

Una noche a fines de 1931, Chibás estaba enfrascado en una nueva tirada de *Alma Máter*, uno de los periódicos que imprimían los estudiantes universitarios. Esta tirada se hacía en la imprenta de la Federación de Torcedores, en el mismo corazón de La Habana. Una delación condujo hacia la calle San Miguel a la policía bajo el mando del teniente Calvo. Detuvieron a los diez allí presentes, ocuparon más de once mil ejemplares y unos llamados dirigidos a oficiales del Ejército. Los llevaron –camino obligado– para el Castillo del Príncipe, sujetos a la causa 371/931 por el delito de conspiración para la sedición. En la cárcel, narra Conte que declaró Chibás y yo cito:

Bueno, esto me sirve de descanso y sobre todo para volver a mis lecturas que últimamente están un poco

abandonadas. Devoraré libros y entrenaré los músculos revolucionarios para que se desarrollen bien. Además, la cárcel siempre da experiencia y enseña mucho. Y como hay tanta gente buena en la cárcel y tantos bandidos en la calle, estar preso es una distinción. Una vez más tengo que darle las gracias al machadato por los honores que me concede y el tiempo que me brinda para mis lecturas.

El jefe de la Policía Judicial ordenó y recibió un informe sobre el detenido Chibás, parte del cual abundaba en términos como los siguientes:

[...] Chibás y Ribas es uno de los elementos más peligrosos y encarnizados enemigos del Gobierno, especialmente por su influencia en los sectores estudiantiles cuyos componentes dirige con gran facilidad por sus grandes aptitudes de organización y agitación, y además por su increíble valor personal. La peligrosidad de Chibás aumenta –y *aquí viene el colofón*– por pertenecer al comunismo, cosa demostrada en anteriores informes del jefe de este cuerpo, y aunque está reclamado únicamente por el Juez Militar, está acusado en las diversas causas que se instruyen por los jueces de instrucción de esta Capital.

Antes de los dos meses ya estaban en la calle.

Por el Partido Auténtico fue a los treinta y dos años delegado, de un total de ochenta y uno, a la Asamblea Constituyente de 1940 que deliberó en el Capitolio Nacional. Argumentó y defendió desde el bloque de la oposición, sencillamente y sin culteranismo,

el que una sola bandera y un solo escudo engalanaran las instituciones públicas; el derecho al sufragio a partir de los dieciocho años de edad; la lucha contra la discriminación; por los derechos civiles; contra la pena de muerte; la protección laboral para nacionales y extranjeros; contra el latifundio y los desalojos; por los derechos de la mujer y de los hijos; la autonomía universitaria y el reconocimiento del Hospital Calixto García como patrimonio de la Universidad. Sus acaloradas polémicas y antagonismos con delegados de la Unión Revolucionaria Comunista –fueron antológicos sus debates con Blas Roca– y demás partidos que formaban la Coalición Socialista Democrática, de quienes no obstante en determinados debates recibió y a quienes a su vez brindó apoyo, esas polémicas, repito, tuvieron vida propia hasta el final de sus días.

Fue semilla que brotó en la lucha revolucionaria posterior.

Persona leal a sus convicciones tanto como a sus afectos, de alguna forma, pública o privada, Chibás mantuvo vivas sus simpatías por Antonio Guiteras Holmes desde los días del DEU, cuando este emergiera como luchador por causas justas. Así, conmemoraba los aniversarios de su caída en combate el 8 de mayo de 1935 en el fortín El Morrillo, en Matanzas, aún cuando estuviera guardando prisión.

Retrocedo al 4 de septiembre de 1933 –día en que hizo su aparición en escena el meteórico de-sargento-a-coronel-a-general Fulgencio Batista. En

esa etapa turbulenta, Chibás tuvo participación destacada en la destitución del presidente provisional Carlos Manuel de Céspedes y en la proclamación de la pentarquía, que duró cinco días. A esta siguió la presidencia del doctor Ramón Grau San Martín, profesor universitario que se opuso en 1927 a la expulsión de los miembros del Directorio Estudiantil. A partir de la presidencia de Grau durante el llamado Gobierno de los Cien Días –12 de septiembre de 1933 al 15 de enero de 1934–, estuvo Chibás aún más vinculado a Tony Guiteras, el joven secretario de Gobernación, Guerra y Marina que promulgó leyes revolucionarias de beneficio público. Admiró sus cualidades y su línea antimperialista y soberana.

A través de su existencia, estuvo grabado en sus afanes el ejemplo de Guiteras, fundador de la organización revolucionaria Joven Cuba.

En 1946, en el décimoprimer aniversario del asesinato, Chibás acudió en una de sus tantas visitas al Morrillo, donde un pequeño obelisco de cemento recordaba la muerte de Guiteras y de Carlos Aponte, revolucionario venezolano sandinista, caído junto a él. Hubo minutos de silencio. Chibás se encaminó hacia un depósito de materiales de construcción, se hizo de una mandarina y dirigiéndose lentamente hacia el monumento para el cabo Marcelo Man, muerto tratando de capturar al forjador de Joven Cuba y a sus compañeros, lo destruyó a mandarina. Años después, en 1951, una vez más en el sitio de su muerte, se prometió, si era elegido presidente, denominar Guiteras el puente sobre el río Canimar y colocar en el centro una rotonda con el busto del mártir.

Fue de otra índole, pero también demoledora, su conmemoración el 8 de mayo de 1949. Estaba una vez más en el Castillo del Príncipe, condenado a 180 días bajo acusación de desacato, pues había denunciado a tres magistrados por venderse al autorizar a la Compañía Cubana de Electricidad el aumento de las tarifas. Chibás dirigió una carta extensa, emotiva y muy fuerte al presidente Carlos Prío. En ella rechazaba, para empezar, la posibilidad de un indulto y de una suspensión de la condena, a menos que partiera de una “[...] Ley de Amnistía de raíz popular, limpia y diáfana, sin perchas de ninguna clase, que arranque del pueblo y no de los partidos políticos representados en el Senado [...]”. Manuel Bisbé la leyó en la hora dominical.

Verbo incisivo, de sus veintiséis párrafos, a continuación cito los dos primeros y los cuatro últimos.

Señor Presidente:

Desde mi celda en la cárcel, donde estoy preso por pregonar a gritos la verdad y por combatir al pulpo eléctrico extranjero, quiero hacer llegar hasta usted, en este aniversario de la muerte de Antonio Guiteras, la profunda pena que me inspira su claudicación revolucionaria, su traición a los nobles ideales de la “generación del 30”, que juntos defendimos en la épica lucha contra Machado y contra Batista.

Mientras usted marcha por el camino del enriquecimiento inmediato y fácil, cambiando vergüenza por dinero, yo me mantengo leal a mis convicciones revolucionarias de toda la vida [...].

[.....]

Mis consignas de combate, señor Presidente, siguen siendo las mismas que usted y yo defendimos conjuntamente durante muchos años.

¡Guerra contra los malversadores del Tesoro Público, los corruptores del pueblo y los pandilleros! ¡Continuemos luchando por la liberación nacional! ¡Por el adcentamiento político del país! ¡Por la libre emisión del pensamiento! ¡Por la República Española! ¡Por un Poder Judicial libre de interferencia gubernamental! ¡Contra los Tribunales de excepción! ¡Contra las clausuras de horas radiales! ¡Contra el Servicio de Inteligencia Militar! [...] ¡Contra las tarifas eléctricas abusivas, la Cuban Telephone Company y el consorcio de las tres “S” (Standard, Shell y Sinclair)! ¡Contra los vendepatrias y los guerrilleros!

Vea usted, señor Presidente, cómo no he traicionado nuestras consignas de antaño, como ha hecho usted. Sigo leal a mis convicciones de siempre. No he plegado mi pabellón.

Su antiguo compañero del Directorio Estudiantil Universitario, de la lucha contra Machado y Batista, del presidio político, del Ejecutivo Nacional del Partido Auténtico, de la Convención Constituyente y del Senado de la República, actualmente el penado 981 de la cárcel de La Habana, condenado bajo su Gobierno por el Tribunal de Urgencia por defender al pueblo de Cuba contra el monopolio eléctrico extranjero, queda de usted, adversario insobornable.

Eduardo R. Chibás

Finalmente, se dio marcha atrás al aumento de las tarifas eléctricas. Fue-

ron recogidas miles y miles de firmas para la amnistía. Y Prío le concedió un controvertible indulto condicional. Tres abogados conocidos por Chibás le informaron que salir del penal era de obligatorio cumplimiento. Él argüía que podía llevarlo de nuevo al encierro para completar la sentencia, así fuera “por abollar el guardafango de un automóvil”.

Con los abogados abandonó la cárcel.

Inolvidable fue el recibimiento a Chibás por la multitud jubilosamente enardecida que lo esperaba desde horas tempranas en la explanada frente a la larga escalera por Avenida de los Presidentes y Zapata.

En la inconciliable ruptura de Chibás con el Partido Revolucionario Cubano-Auténtico (PRC) en 1947, pudiera considerarse que influyó el suicidio de Manuel Fernández Supervielle, alcalde de La Habana, quien en su campaña se había comprometido a dar agua a la capital. Al no poder cumplir, debido a la falta del apoyo que le habían ofrecido demagógicamente, por vergüenza se quitó la vida el 4 de mayo de ese año. El final trágico de Supervielle conmocionó a Chibás. Debemos agregar a esto que en su alejamiento paso a paso del Autenticismo, debido al deterioro político y moral que venía denunciando desde las filas del propio partido, debe haber sido determinante el hecho de que en las elecciones de 1947 obtuvo la más alta votación después de Grau y que este, sabedor de los cambios reivindicativos que implementaría Chibás, no lo escogió como candidato para sustituirlo en la presidencia. El hombre escogido fue Carlos Prío, seguidor de la corrompida línea grausista.

La rauda fundación del PPC (O) en mayo del propio año contó a través de la nación con fuerzas de la Joven Cuba. Como ejemplo, tenemos que un veterano guitarrista, el médico Manuel Sánchez Silveira, residente en el sur de la antigua provincia de Oriente, le dirigió al presidente de la Ortodoxia una misiva en los términos siguientes:

Tengo la desdicha de que cada vez que mi partido ocupó el poder fui de los primeros en abandonarlo y combatirlo porque nunca un gobierno cubano, por mal para la patria, cumplió ni aproximadamente su Plataforma de Gobierno.

[...] Fui de los fundadores del Autenticismo en Oriente [...] abandonando la política activa cuando por fin llegamos a la Meta de ver al Dr. Grau Presidente, objetivo de mis campañas políticas [...]. Ya mucho antes de que usted perdiera la fe en el Mito Presidencial, yo la tenía perdida con un nuevo dolor en el alma por la desilusión de nuestro pueblo.

El doctor Sánchez Silveira, viudo, padre de cinco hijas y dos hijos, fundó la Ortodoxia en Pilón y presidió su ejecutivo local. En este y otros empeños contó con la comprensión y ayuda especial de su hija Celia, quien no mucho tiempo después sería gloria reconocida de la Revolución cubana.

En igual fecha, al año siguiente, en recorrido relámpago por su tierra oriental, donde daría inicio a su campaña presidencial, Chibás visitó con un grupo de sus correligionarios más de una veintena de localidades, entre estas Pilón, en las cuales se dirigió al pueblo. En ellas fueron recibidos con júbilo. En

el acto de Santiago, donde también participó el dirigente universitario Fidel Castro, diafanizando conceptos Chibás se expresó en tercera persona. Cito:

El apoyo a Chibás no puede condicionarse a la pulcritud o no de su conducta futura, a la honestidad o no de su gestión gubernativa. Este loco por la locura sublime del sublime ideal de una Cuba mejor, no tiene en su ruta cívica más norte que el reconocimiento de su pueblo. Él sería incapaz de defraudar la devoción que le profesan las multitudes, pues equivaldría a una renunciación de su oxígeno vital. El día que Chibás crea advertir una extinción o una merma en el amor ciudadano, se parte de un balazo el corazón, no por cobardía ante el fracaso, sí para que su inmolación conduzca a la victoria a sus discípulos.

Sorprendentes palabras proféticas.

Y otras más en mayo del año siguiente, que expresa en una carta personal a José Agustín Martínez:

Hemos procurado despertar la conciencia dormida del pueblo de Cuba. Si el aldabonazo no ha sido suficientemente fuerte para despertar al pueblo, redoblabamos nuestros esfuerzos y el sacrificio. No será en vano. Tenemos fe en un destino noble y grande para nuestra patria, que ocupa a la entrada del Nuevo Mundo la mejor posición estratégica de la Historia. En el peor de los casos, día llegará dentro de cincuenta años o de cien, cuando vengan otros más afortunados que nosotros y la despierten. Nadie podrá arrebatarnos la gloria de haber sido los precursores.

Contra viento y marea, Eddy Chibás se había mantenido hasta 1947 dentro del Partido Auténtico: desde sus filas denunció cruda e ininterrumpidamente los desmanes de prevaricación y cohecho contra la víctima principal: el pueblo cubano. Para él defender el porvenir de Cuba y los intereses de esta, era “fervor fanático”. Se inspiraba en Martí, a quien consideraba un “pensador incorruptible”.

Su alejamiento no fue sólo por su batalla contra la corrupción dentro del partido. Estaba dispuesto a proseguir la lucha. Algo más allá lo llevó al convencimiento de que la venalidad no era tolerada por el presidente Grau únicamente por debilidad, sino que comenzaba por él, dejando atrás su antiguo prestigio de los años treinta a raíz de la caída del tirano Machado, tiempos en los cuales contó con el apoyo de la aguerrida juventud estudiantil y de hombres y mujeres del pueblo honrado. Sabía que si el Partido Auténtico alcanzaba otra vez el poder en las elecciones de 1948 —un gobierno disfrazado de constitucionalista, decía él— la malversación continuaría y por lo tanto resultaba perentorio abrir una nueva trinchera desde la cual labrar su camino hacia la presidencia a fin de dar comienzo a una etapa de rectificaciones, de honradez y civismo, que él enarboló bajo la consigna de “¡Vergüenza contra dinero!”.

El símbolo: una escoba para barrer la podredumbre.

En la campaña de 1948 resultó electo, como ya sabemos, Carlos Prío Socarrás, candidato del partido en el poder. El PPC (O), fundado un año antes, no contó con el tiempo ni los

recursos necesarios para hacer frente a la campaña. Chibás ocupó el tercer lugar. Sobre ello declaró:

Hemos combatido solos, sin pactos ni componendas, sin maquinarias ni dinero, nada más que con la vergüenza, por el adcentamiento político del país. El Gobierno, con sus enormes recursos económicos, ha ganado una batalla, la guerra entablada entre la vergüenza y el dinero. Cuatro años representan muy poca cosa en la vida de los pueblos. Es el tiempo que media entre la batalla de Dunquerque y la batalla de Berlín.

En 1950 fue elegido senador con enorme apoyo popular. Aspiraría a la primera magistratura otra vez en 1952. Mientras, desde la oposición, en su Partido, del cual era corazón, continuaría con su oratoria ardorosa en el flagelo “[...] contra el nepotismo, los desmanes, el pillaje y saqueo del erario público”.

Los ataques verbales a Chibás por parte de los elementos oficiales fueron constantes y violentos después de la toma del poder. Se sabía que el senador sería aspirante a la presidencia y difícilmente derrotado en las elecciones proclamadas para junio de 1952. Decididamente había que desprestigiarlo.

Los cubanos, por otra parte, sabíamos por experiencia que “cuando Chibás apuntaba hacia elementos corrompidos, seguramente estaba dando en el blanco”, y que por tales razones estos no rebatían sus alegatos. Alguna vez Batista lo tildó de miope, no sólo de la vista, sino mental. Carlos Prío decía que era un irresponsable falto de escrúpulos, intolerante, agitador y que su

oficio era calumniar. Llegó a tildarlo de farsante; su hermano Antonio, de anormal. Y mucho más. No fueron los únicos. Otros, objeto de sus denuncias, no las desmentían sino que intentaban denigrarlo, cuando menos, como histérico, perturbado. Vasconcelos, renombrado periodista de la época, lo calificó como “Rey de la estridencia y hombre-orquesta capaz de cualquier cosa por estar en la primera plana de los periódicos”. Después le publicó enunciados y cuando murió le dedicó un editorial: “El último espartano”. Los ataques continuaron en todas las direcciones, *ad infinitum...*, pero él no se contenía y ripostaba directa o indirectamente con argumentos basados en la Historia, observando sentido ético, respetuoso y sereno sobre el tema y la ocasión.

Que era polemista, lo era. Chibás era pasión.

Lo cierto es que con todo y la estrategia de adversarios y enemigos, la popularidad del senador candidato a la presidencia de la república en las próximas elecciones crecía cada vez más cuando, precisamente entonces, cayó en una polémica con el ministro de Educación, Aureliano Sánchez Arango, que sí “recogió el guante” y lo retó a exponer pruebas. Chibás llegó a presentar algunas sobre irregularidades cometidas por funcionarios del ministerio, mas no las que constituían el motivo central de la denuncia hecha por él en cuanto a que el ministro poseía tierras madereras y fomentaba un reparto residencial en Guatemala. La polémica dio tiempo para que se movilizaran fuerzas convergentes en el enfrentamiento. También hubo divergencias y retracciones dentro del propio Partido

Ortodoxo. En circunstancias tan adversas, sin obviar su convicción de un destino histórico para Cuba, no es ilógico llegar a la conclusión de que la vergüenza mató al gladiador.

Me ha contado Max Lesnik, secretario general de la Juventud Ortodoxa, que había ido a ver a Eddy a su torre del López Serrano el sábado anterior, es decir el 27 de abril, a fin de mostrarle unos papeles y volantes que iban a lanzar esa noche en el Prado y frente al Principal de la Comedia, teatro donde tendría lugar un mitin de partidarios de Aureliano. Chibás le pidió que lo acompañara, pues iba a pelarse en la barbería del hotel Inglaterra. Fueron en el Packard azul de Eddy, conduciendo Alejandro. Al cruzar el semáforo de Prado y Neptuno, desde la acera de El Louvre un grupito de individuos lo reconoció y le gritaron burlescamente: “¡Chibás, saca las pruebas de la maleta!”. Max, desde el asiento de atrás le miró a la cara y vio en su rostro un gesto de amargura. Nunca antes, me decía, Chibás había enfrentado un acto de burla de su pueblo.

Un hombre lúcido, observador y sensible, durante dos períodos presidente de su país y largo tiempo residente en Cuba, el dominicano Juan Bosch Gaviño, abordó el tema, a mi entender de manera irreplicable. Lo expuso en una obra que comenzó a escribir a mediados de 1951, la cual nos aproxima no sólo a la Historia de Cuba, sino al alma de la Historia de Cuba. Me permito citar párrafos donde se refiere a la confrontación que llevó a Chibás a su decisión extrema:

Los partidarios de Chibás han cometido el error de achacar la causa

de su muerte al cerco dialéctico, fríamente ejecutado en que lo encerró Aureliano Sánchez Arango, por esos días Ministro de Educación en el Gabinete de Prío Socarrás. En realidad, el suicidio del líder “ortodoxo” fue causado por esa incontenible y creciente descomposición que iba adueñándose del país. El propio Chibás, como todo el mundo en Cuba, resultó objeto de la marea producida por la efervescencia general. Habiéndose desatado en el ánimo del cubano una especie de cólera, o de ardiente impaciencia, si se quiere, encaminada a transformar la moral pública, llegó el momento en que la acusación de deshonestidad se hizo un arma habitual. Y eso tenía que resultar peligroso.

Nadie usaba esa arma más que Chibás, paradigma del desinterés en asuntos de dinero, que había nacido rico, había actuado en política usando sus bienes privados, había hecho su carrera sin usar al “sargento político” (el buscador profesional de votos) y predicaba la honestidad con verbo quemante. Uno tras otro, los líderes “auténticos” fueron cayendo bajo la palabra demoledora de Chibás. Pero tuvo una polémica con Sánchez Arango, y Sánchez Arango no sólo era tan desinteresado en asunto de dinero como su antagonista, sino que además era un estratega político de implacable frialdad. En el ardor de la lucha, Chibás cometió el error de llamar a Sánchez Arango deshonesto. El acusado pidió pruebas. Chibás no podía ofrecerlas, y él lo sabía.

A partir de ese momento, el ánimo del combativo líder “ortodoxo” comenzó a ser trabajado por fuerzas morales tan poderosas como era el vigor de sus sentimientos. Tenía conciencia de que había lanzado una acusación falsa; además tenía conciencia de que ese error iba a costarle popularidad. Y resultaba que para Chibás sólo una cosa tenía valor: la popularidad. El único estímulo de su vida consistía en la adoración del pueblo. Le era indiferente tener o no tener dinero; le era indiferente tener o no tener poder y posición. Como todos los verdaderos dirigentes políticos, era un solitario en medio de la multitud. Le sobrevino la fatiga mental y, de pronto, la sensación de que perdía la fe del pueblo. Su alma fue súbitamente trabajada por una falsa conciencia de fracaso, por la idea de que su vida había sido y era inútil. Durante algunos días luchó contra la fuerza que lo dirigía a la auto inmolación. Pero al fin esa fuerza se impuso, y el gran agitador, vencido por sí mismo, expresión cabal del mar de fondo que agitaba a su pueblo, se lanzó al suicidio.

¿Cómo asumimos los cubanos todo el dolor, el trágico final de “el Adalid”? Fue... con toda la pasión y a la vez la cordura de que somos capaces. Hubo luto nacional.

La multitud frente al Centro Médico Quirúrgico, al anunciarse su fallecimiento en la madrugada del 16 de agosto de 1951, observó el silencio de la consternación. Pronto hizo sentir sus sollozos, ayes e imprecaciones, y esperaba...

Se decidió llevar el cuerpo a la Colina, velarlo en el Aula Magna.

El féretro salió de la clínica en hombros de dirigentes ortodoxos hasta el carro fúnebre. Fue cubierto con una bandera cubana. Se inició el interminable cortejo que integró la masa aún irredenta, la cual tenía puestas en él sus esperanzas. Un pueblo le hizo guardia de honor, lo veló y lo acompañó hasta la bóveda en el cementerio a la par que derramaba lágrimas, guardando el silencio más respetuoso y adolorido que pueda recordarse.

Funeral de las ilusiones del 30, funeral de la República, funeral ¿de toda esperanza cívica? [...]. ¿Qué significaba aquel río crecido, denso, indetenible, rodando lentamente por el kilómetro y medio de la calle 23, contemplado por millares de rostros enmudecidos en las aceras, en los árboles, en los postes, en los muros, balcones y azoteas, como si lo más importante ya no fuera el cadáver que encabezaba el desfile, sino el desfile mismo, la masa que a sí misma se demostraba y se miraba con respeto? [...]

Así escribió, conmovido, nuestro poeta Cintio Vitier en su novela *De Peña Pobre*, rememorando el día luctuoso en que despedimos los restos mortales de Eddy Chibás.

Y comenzaría de nuevo la justa, como él quería.

Sus enemigos estarían aliviados, pero cargarían durante años el peso de sus verdades y la verdad de sus acusaciones.

Fue acicate para la redención de nuestra tierra, para sembrar otra vez el germen de la rebeldía que había sido la



consigna patria durante más de una centuria de lucha tenaz.

Su voz se silenció pero no así en la práctica. No pasó mucho tiempo, apenas semanas, cuando el joven abogado Fidel tomó en su mano las denuncias sobre las inmoralidades de Prío, tal como lo detalló la prensa de la época, y de ahí, a formar lo que primero se llamó el Movimiento o Movimiento Revolucionario.

El último discurso de Chibás comenzó invocando a Galileo, quien no pudo presentar ante la Inquisición pruebas físicas del movimiento de la tierra alrededor del sol..., pero se movía; recordó cómo él no pudo presentar, ante el latrocinio de José Manuel Alemán, ministro de Educación bajo Grau, las pruebas del robo del Tesoro Nacional..., pero se lo robaban; ahora era el caso con el ministro de Educación de Prío. Recordó cómo el domingo anterior había presentado pruebas fotográficas de escuelas y hospitales en la miseria, contrastando con las fincas y palacetes de gobernantes que vivieron en la pobreza. Y expresó: “Pero mi aldabonazo no fue, quizás, lo suficiente fuerte. Y Cuba, urgentemente, necesita despertar. Seguiremos llamando a la conciencia del pueblo cubano”. Y continuó proyectando su pensamiento augural.

Por su posición geográfica, la riqueza de su suelo y la inteligencia natural de sus habitantes, Cuba tiene reservado en la Historia un grandioso destino, pero debe realizarlo. Otros pueblos asentados en islas que no gozan de situación tan privilegiada como nuestra patria, han desempeñado en la Historia un papel de preeminencia singular. En cambio, Cuba ha visto frustrado su destino histórico, hasta ahora, por la corrupción y ceguera de sus gobernantes, cuyo pensamiento –salvo excepciones– han volado siempre a ras de tierra.

Las últimas palabras que Eduardo Chibás pronunció en el micrófono de la hora doctrinal, once días antes, no fueron escuchadas por su gran audiencia debido a que se le había asignado a Pardo Llada la casi totalidad del espacio. Pardo se extendió cerca de dos minutos más de lo calculado, lo cual redujo los que le quedaban a Chibás. Llegado el momento y para abreviar, este decidió no leer los seis primeros, aunque no extensos, párrafos de su discurso. Estos quedaron conservados en su borrador y aparecen transcritos en el testimonio biográfico de Conchita Fernández, *La secretaria de la República*, (p. 340) y en el libro de Conte (pp. 783-784), así como en otras obras donde se ha tratado el tema.

La grabación de la alocución de Chibás comenzó, según la acuciosa pesquisa de Armando Pérez Velázquez, con la frase “Cuba necesita despertar...” hasta la frase, grabada ya en *fade-out* “El único equipo gobernante

capaz de salvar a Cuba es el Partido del Pueblo Cubano [...]”. En este punto dejó de oírse la despedida de Eddy, de lo cual él tampoco tuvo conocimiento.

Reproduzco, entonces, la última parte de su breve, dramática alocución: lo que no se oyó.

(Ortodoxos), con su línea antipactista de la independencia política que no admite transacciones ni componendas.

¡Compañeros de la ortodoxia, adelante! ¡Por la independencia económica, la libertad política y la justicia social!

¡A barrer a los ladrones del Gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo cubano, despierta!

¡Este es mi último aldabonazo!

Tuve “El último aldabonazo” grabado en un disco de setenta y ocho revoluciones, pero tanto este, como el *Himno Nacional*, el *Himno Invasor* y otras grabaciones seleccionadas, acompañaron al “Manifiesto a la Nación” redactado bajo la orientación de Fidel por el joven revolucionario Raúl Gómez García, y llevó como firma, “La Revolución Cubana”.

El “Manifiesto...” y las grabaciones serían transmitidos por la Cadena Oriental de Radio en Santiago de Cuba, como parte de las acciones del 26 de julio de 1953, una vez que se hubiera tomado el cuartel Moncada.

La lucha continuaba.

Bibliografía consultada

ALAVEZ, ELENA. *Eduardo Chibás en la hora de la Ortodoxia*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974.

- _____. *La Ortodoxia en el ideario americano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2002.
- ÁLVAREZ TABÍO, PEDRO. *Celia, ensayo para una biografía*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2004.
- BOSCH, JUAN. *Cuba, la isla fascinante* / 1ª ed. La Habana: Ediciones ICAIC y Ministerio de Relaciones Exteriores, 1999.
- BRIONES, NEWTON. *General regreso*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2005.
- CONTE AGÜERO, LUIS. *Eduardo Chibás, el adalid de Cuba*. México: Editorial Jus, 1955.
- Cuba, sous le régime de la Constitution de 1940: Politique, pensée critique, littérature*. París/Montreal: L'Harmattan, 1997.
- JIMÉNEZ SOLER, GUILLERMO. *Los propietarios de Cuba 1958*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2006.
- LAZCANO MAZÓN, ANDRÉS M. *Constitución de Cuba. Debates*. Habana: Cultural, S.A., 1941. 3 t.
- Osa, Enrique de la. *Los días y los años*. La Habana: Ediciones Unión, 1983.
- PÉREZ VELÁZQUEZ, ARMANDO. *Fonogramas clandestinos*. Provincia de La Habana, 2002. (Inédito)
- PRADA, PEDRO. *La secretaria de la República*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2001.
- SÁNCHEZ ECHEVERRÍA, LELA. *La polémica infinita*. Miami: Circle East, 2004.
- VITIER, CINTIO. De una lectura de poesía y prosa. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 93(3-4):165-182; jul.-dic. 2002.

ANEXO

RELACIÓN DE CONSTITUYENTES ELEGIDOS EL 15 DE NOVIEMBRE DE 1939

Tomado de: *Cuba, sous le régime de la Constitution de 1940: Politique, pensée critique, littérature*.

Por el frente gubernamental (minoría "coalicionista")

Unión Revolucionaria Comunista: Salvador García Agüero, Romárico Cordero Garcés, Juan Marinello Vidaurreta, Esperanza Sánchez Mastrapa, Blas Roca Calderío, César Vilar Aguilar

Partido Realista (Partido Nacional Revolucionario): José Maceo González

Conjunto Nacional Democrático: Antonio Martínez Fraga, Casimiro E. Rodríguez Cartas, Alberto Silva Quiñones

Unión Nacionalista: Francisco Alomá y Álvarez de la Campa, Nicolás Duarte Cajides, Simeón Ferro Martínez, Ramón Granda Fernández, Felipe Jay Raoulx, Amaranto López Negrón, Juan B. Pons Jané, Francisco José Prieto Llera, Fernando del Busto Martínez

Partido Liberal: Emilio Núñez Portuondo, Manuel Benítez González, Miguel Calvo Tarafa, José Manuel Casanova Diviñó, Orestes Ferrara Marino, Salvador Acosta Casares, Quintín George Vernot, Felipe Correo del Risco, Arturo Don Rodríguez, Rafael Guas

Inclán, Alfredo Hornedo Suárez, Delio Núñez Mesa, Fernando del Villar de los Ríos, José A. Mendigutía Silvera, Juan A. Vinent Griñán, César Casas Rodríguez, José Manuel Cortina García

Por el bloque de oposición: (mayoría “oposicionista”)

Partido Revolucionario Cubano (Auténtico): Ramón Grau San Martín, Aurelio Álvarez de la Vega, Ramiro Capablanca Graupera, Miguel A. Suárez Fernández, Eduardo R. Chibás Ribas, Emilio A. Laurent Dubet, Mario C. Dihigo Llano, Alicia Hernández de la Barca, José A. Fernández de Castro, Manuel Mesa Medina, Gustavo Moreno Lastres, Carlos Prío Socarrás, Eusebio Mujals Barniol, Manuel Parrado Rodés, Emilio Ochoa Ochoa, Primitivo Rodríguez Rodríguez, María Esther Villoch Leyva, Antonio Bravo Acosta

Partido ABC: Joaquín Martínez Sáenz, Mariano Esteva Lora, Francis-

co Ichaso Macías, Jorge Mañach Robato

Partido Acción Republicana: Carlos Márquez Sterling y Guiral, Manuel Dorta Duque, Félix García Rodríguez, Adriano A. Galano Sánchez del Campo

Partido Democrático Republicano (pasa a la minoría “coalicionista” el 23 de marzo de 1940): Alberto Boada Miguel, Rafael Álvarez González, José R. Andreu y Martínez, Antonio Bravo Correoso, Juan Cabrera Hernández, Ramón Corona García, Miguel Coyula Llaguno, Miguel Fueyo Suárez, Pelayo Cuervo Navarro, Francisco Dellundé Mustelier, Manuel A. Orizondo Caraballé, Joaquín Meso Quesada, Santiago Rey Pernas, Mario Robau Cartaya

Eduardo Chibás y la capacidad de movilización cívica

Francisca López Civeira

*Historiadora y profesora
de la Universidad de La Habana*

La muerte de Eduardo Chibás, el 16 de agosto de 1951, fue un hecho que conmovió a la mayoría de los cubanos. Hombre que generó, y aún sigue generando, visiones polémicas por su proyección, su modo de hacer política, los pilares fundamentales de su discurso y hasta por su gesto final; nadie puede negar que fue “un fenómeno de popularidad”. Las imágenes de los días que mediaron entre el intento de suicidio del líder ortodoxo y su muerte y, especialmente, las de sus funerales, no dejan lugar a dudas sobre la capacidad movilizadora de aquel hombre. Cabría preguntarse más de medio siglo después de tales acontecimientos y a un siglo del nacimiento de Chibás ¿cómo fue posible un fenómeno de arrastre popular como aquel?, ¿qué factores hicieron posible que las campañas de “Eddy” Chibás lograran movilizar a la ciudadanía con tanta fuerza? ¿por qué sus funerales tuvieron la masiva presencia popular que reflejan las fotos y películas?, ¿cuál fue la imagen que caló y perduró en el pueblo? Quisiera exponer aquí algu-

nas consideraciones en torno a estas interrogantes.

Impacto de la muerte de Chibás

Si se revisa la revista *Bohemia* que reportó la muerte de Eduardo Chibás, podemos tener una idea de la reacción popular ante aquel suceso, pero también encontrar en los varios artículos aparecidos en esa ocasión cuál era la imagen más extendida sobre el líder. Además de la multitud que acompañó sus restos, están las opiniones vertidas por hombres de distintas filiaciones e ideologías, que muestran los elementos coincidentes en sus apreciaciones.

Los autores publicados en este número –que, por demás, tuvo dos ediciones dada la demanda de los lectores– proceden en buena medida de la generación del treinta, aunque sus posiciones ideológicas no fueran las mismas ni tampoco sus derroteros posteriores al proceso revolucionario de aquellos años. Aquí aparecen trabajos en recuerdo u homenaje al fallecido de Francisco Ichaso, Enrique Delahozza, Guido García Inclán, Rafael Esténger, José Chelala, Gustavo Aldereguía, Raúl Lorenzo, Rafael García Bárcena, Pepín Sánchez y Carlos M. Lechuga, así como reportajes de su vida, de los funerales y el contenido de la importante sección “En Cuba”. Por los nombres de los articulistas se puede observar la disímil composición y, por tanto, las diferentes opiniones sobre el homenajeado, así como la presencia de integrantes de su generación y que coincidieron en las luchas de los años treinta desde diferentes organizaciones. En todos ellos, sin embargo, hay un punto común de apreciación: la importancia de la ética

en el discurso político de Chibás y, en especial, la fuerza de su lucha contra la corrupción dentro de la política cubana y, consecuentemente, por el adecentamiento en el ejercicio del gobierno. Este es el asunto más destacado de manera general, si bien algunos expresaran otros aspectos o matices en sus consideraciones.

En la sección “Cabalgata Política”, Francisco Ichaso publicó su artículo bajo el título “La ortodoxia y el testamento político de Chibás”, trabajo con el cual se abre el homenaje de esta revista a Chibás, por ello sus apreciaciones tienen una importancia especial. El autor establece que el líder ortodoxo tenía virtudes y defectos

[...] que le permitieron imprimir a los núcleos populares que lo seguían una fe dinámica, un férreo pensamiento dogmático, un estilo peculiar de lucha, un fanatismo político semejante al logrado por los más célebres conductores de masas [...]. A través de Chibás se adhirió una gran parte de Cuba a un modo de ser cívico que se aparta del estricto racionalismo democrático para entrar en el reino de lo intuitivo, de lo emocional, de lo carismático.¹

Según Ichaso, Chibás hizo del imperativo moral su formidable acicate con vistas a cambiar los rumbos éticos de la república. A su juicio, el énfasis moral de la prédica chibasista predominó sobre lo ideológico.

Algunos autores comienzan su trabajo haciendo profesión de fe de la amistad que los unía con Chibás, es el caso de Guido García Inclán, Pepín Sánchez y José Chelala; otros ponen en claro su no afiliación a la ortodoxia y,

en algunos casos, a ningún partido, como lo hacen Gustavo Aldereguía o Rafael García Bárcena; sin embargo, sintieron la necesidad de expresar sus percepciones sobre el político y su gesto final. Para Guido García Inclán, Chibás era “lo más antipolítico que había”, y esto explicaba su arraigo popular. Para Rafael Esténger, el ejemplo de Chibás enseñó “[...] que la corrupción administrativa del país ha llegado a límites insoportables, hasta el punto de que bien vale pagar con el precio de la vida el esfuerzo necesario para aniquilarla”, es decir, que había que “[...] combatir hasta la muerte el latrocinio público”.² De esta percepción, el autor desprende que el gran crimen político de entonces era “la magnitud del peculado”, postulado en el cual basaba su artículo “Sentido revolucionario de la muerte de Chibás”, donde planteaba el inicio de “la etapa revolucionaria por la honradez administrativa”.

Gustavo Aldereguía, en “Estás perdido Aureliano”, se refiere al fondo de la polémica entre Aureliano Sánchez Arango y Eduardo Chibás más allá de la anécdota en sí, para apuntar la fidelidad o no a los ideales revolucionarios, y describe a Chibás como “[...] conducta adamantina y arquetipo que fué [sic] de ciudadanos, símbolo y conducta, permaneció fiel a su vida revolucionaria, fiel a su ideario, fiel a su pueblo, fiel a su concepción revolucionaria de la vida cubana [...]”; para Aldereguía, Chibás fue “[...] antípoda de la transigencia componedora, resbaladiza, correvedile [sic] y celestina de nuestra política al uso”.³

Según Raúl Lorenzo en “Misión de Chibás”, el pueblo comprendió la misión

de “[...] aquel hombre singular [...]. El holocausto lo consagraba como el (apóstol de la honradez)”.⁴ A juicio de este autor, Chibás había nacido para estremecer al país y agitarlo “[...] con su gran cruzada contra la política de rapiña, y cuando su estilo hizo crisis, escapó hacia la muerte y hacia la historia”.⁵ Enrique Delahozza considera, en “Tránsito y permanencia de Chibás”, que las dos inclinaciones de su carácter eran “[...] la repulsión de la política codiciosa y la fidelidad a las mayorías” y afirma que cargó el acento de su prédica y de su ejecutoria en un punto exclusivo: la moral cívica.⁶ Para Rafael García Bárcena, el balance histórico de Chibás era positivo, pues a pesar de lo que llamó “sus costados negativos”, había que “[...] dejarle definitivamente un rédito histórico de primer orden: en una época de descomposición republicana, Chibás fué [sic] un combatiente frenético contra la corrupción de los gobernantes”.⁷

Carlos M. Lechuga, por su parte, apunta que “[...] sus defectos y virtudes, sus pasiones y sus afectos, su técnica de combate, ajustada unas veces y otras fuera de órbita [lo mostraban como] un ser humano, no una divinidad”. A su juicio, la muerte de Chibás dejaba “[...] un vacío inmenso en el país, como si el resorte que tenía el pueblo para ajustarle la cuenta a los desvergonzados se hubiera quebrado sin posibilidad de reponerlo”. El autor afirma que nadie dudaba del desinterés de aquel hombre, ni aun sus críticos, y considera que “[...] de verdad que anhelaba un adecentamiento de los asuntos públicos. Era cierto que hubiera hecho un gobierno honrado”.⁸

Algunos de estos autores señalaron la heterogeneidad interna del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) y, por tanto, su incierto futuro, otros afirmaron que Chibás era la ortodoxia y la ortodoxia era Chibás, hubo quienes criticaron el estilo y la manera de hacer política del líder ortodoxo; alguien habló de demagogia, pero el rasgo común fue el reconocimiento de la cruzada desatada contra la corrupción política, por la honestidad, reiterándose la referencia al lema del Partido Ortodoxo: “Vergüenza contra dinero”.

Como se sabe, los dos medios más importantes y masivos utilizados por Eduardo Chibás fueron la radio y la prensa escrita. Su hora radial dominical por la emisora CMQ y sus artículos en la prensa, especialmente en *El Crisol* y, sobre todo, en *Bohemia*, fueron sus principales trincheras para movilizar al pueblo tras sus campañas; justamente fue durante su última presentación radial donde se hizo el disparo que le llevó a la muerte, tras las palabras que identificaron para siempre aquella intervención: “El último aldabonazo”, publicada de inmediato como el testamento político de Chibás. Si revisamos esa intervención radial, veremos que el acento fundamental está en la acusación realizada al gobierno de Carlos Prío Socarrás de ser el más corrupto de todos los que Cuba había tenido; sin embargo, en su párrafo final hace un llamado más amplio a los ortodoxos: “¡Por la independencia económica, libertad política y justicia social!” a lo que sigue la exhortación a barrer a los ladrones del gobierno y al pueblo cubano a despertar.⁹

Es decir, las campañas chibasistas para movilizar al pueblo no se limitaban al tema de la corrupción, sino que incluían otros aspectos, lo cual se puso de manifiesto en la cruzada contra el “pulpo eléctrico” y el aumento de las tarifas eléctricas aprobado por el gobierno de Prío, así como contra la Cuban Telephone Company y otros servicios controlados por las empresas norteamericanas con ganancias fabulosas. En esa coyuntura, Chibás señalaba que el gobierno estaba sirviendo a “[...] los intereses ilegítimos, imperialistas y anticubanos del pulpo eléctrico”.¹⁰ En esa cruzada, denunció el papel de Prío al servicio de lo que llamó la Compañía Anticubana de Electricidad, de los intereses de Wall Street, y publicó las cifras de las ganancias de la Electric Bond and Share en Cuba para establecer la comparación con sus negocios en otros países. Igual tono tuvo la prédica contra el intento del gobierno priísta de solicitar un empréstito en los Estados Unidos, que calificó de traición al postulado básico de la revolución cubana de luchar por la independencia económica de Cuba.

Sin embargo, el acento principal de su prédica estuvo en torno al enriquecimiento ilícito de los gobernantes, especialmente en el gobierno de Grau y con más fuerza en el de Prío, y el propio lema del partido ortodoxo centró la atención en ese aspecto, lo que se completaba con su símbolo de “la escoba” como instrumento utilizado para barrer a los ladrones del gobierno. La población respondió ante este discurso con un gran movimiento cívico en distintos grupos sociales, por ello esta fue la imagen que caló más hondo en la psicología colectiva.

El Partido Ortodoxo, bajo el liderazgo de Chibás, había incrementado velozmente su posición dentro del conjunto de los partidos que pugnaban en las elecciones. En el año de su fundación, 1947, se había inscrito con 164 705 afiliados, ocupando el quinto lugar después de los partidos Auténtico, Liberal, Republicano y Demócrata, sin embargo, en la reorganización de partidos de 1951 ocupaba el segundo lugar con 358 118 afiliados, detrás del Auténtico que llevaba la ventaja de ser el partido del gobierno. La encuesta publicada en *Bohemia* en diciembre de 1951 daba un primer lugar a la candidatura ortodoxa encabezada por Roberto Agramonte con un 29,29%, mientras le seguía la oficialista de la Séxtuple Alianza con un 17,53% y en último lugar el partido de Batista, el Partido Acción Unitaria (PAU), con un 14,21%.¹¹ El impacto de Chibás y su muerte daban una intención de voto mayoritaria por los ortodoxos para las elecciones futuras. No obstante, las circunstancias cambiaron después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952: en la reorganización de 1953 para las elecciones convocadas por Batista, la fracción ortodoxa que inscribió al partido, encabezada por Federico “Fico” Fernández Casas, sólo pudo presentar 21 314 afiliados para quedar en el sexto y último lugar.¹²

La prédica y el gesto de Chibás tendrían hondas repercusiones. El joven abogado Fidel Castro denunció la malversación de los hermanos Prío Socarrás con datos y cifras precisas, iniciando esta acusación con la invocación al recuerdo de “[...] los últimos días de Eduardo Chibás, en que una

banda de malversadores impúdicos, amparados en la distancia y en las sociedades anónimas, ultrajaban en su lecho de muerte al más valeroso y digno de los cubanos [...]”.¹³ No fue el único en tomar a Chibás como punto de referencia para denunciar al gobierno de Prío y su corrupción. Independientemente de los derroteros seguidos por los distintos grupos de la ortodoxia, el impacto de las campañas de Chibás y de su muerte se hizo sentir con fuerza.

Considero que la reacción de amplios sectores de la población que respaldaron las consignas de Chibás tiene raíces profundas en la historia cubana de la primera mitad del siglo xx, y por tanto resulta válido adentrarse en ellas.

La corrupción político administrativa y su impacto en la ciudadanía

Desde la instauración de la República de Cuba, el tema de la corrupción dentro del sistema político comenzó a manifestarse. La política corrupta y el uso de los cargos públicos para enriquecimiento personal, se asociaban con la época colonial, por lo cual la permanencia de estos vicios en la república se vio como una supervivencia de la colonia. Desde los años de la ocupación militar norteamericana (1899-1902) se inició el proceso de formación de los nuevos partidos políticos estructurados en torno a figuras destacadas del “mambisado”, debido a su autoridad moral ante la población; este proceso, que culminó entre 1905 y 1907 con la formación de los dos grandes partidos: el Liberal y el Conservador, fue delineando también un modo de hacer política. El sistema caudillo-clientela

política se adueñó del ejercicio del poder desde el municipio hasta el gobierno nacional. En estas condiciones, se amasaron fortunas que permitieron a sus beneficiarios integrarse de manera relativamente rápida a la alta burguesía y formar parte de los sectores oligárquicos.

Desde el gobierno de Tomás Estrada Palma (1902-1906), el problema se empezó a plantear, sin embargo, el despliegue formidable de las formas de fraude y malversación entronizados a partir de la segunda intervención (1906-1909) y de la restauración republicana bajo la presidencia liberal de José Miguel Gómez (1909-1913) hicieron que, en la comparación, Estrada Palma quedara como ejemplo de honradez, como el único presidente honrado de la república hasta ese momento. Tales males produjeron una reacción de rechazo en la población que se exteriorizaron de diferentes modos.

Los problemas de fondo de la sociedad cubana podían quedar ocultos para muchos, por ello se advertían más fácilmente los más visibles para todos y, por tanto, la crítica más generalizada se dirigía en esa dirección. Debido a esto las manifestaciones de rechazo se concentraron en la corrupción político-administrativa, lo que se expresaba por múltiples vías y desde distintas clases, grupos y sectores sociales. Mientras la intelectualidad intentaba identificar las causas que explicaran los problemas o, al menos, los describía –lo cual es notorio en la narrativa de las tres primeras décadas del siglo xx y en el creciente arraigo del ensayo y la poesía– fue tomando fuerza la construcción de elementos

simbólicos capaces de expresar desde la óptica popular los estados de ánimo del pueblo.

En el proceso de creación permanente de los símbolos, se producen continuos intercambios entre los distintos sujetos sociales, por ejemplo, la caricatura construyó sus propias representaciones, las cuales fueron asimiladas ampliamente en la medida en que reflejaban los sentimientos colectivos, mientras, a su vez, se nutrió de las creaciones populares. Lo mismo ocurre con otras expresiones como la poesía y las frases populares u otras. Se trata de un proceso constante de préstamos e influencias en donde se transgreden las formas impuestas por la cultura dominante para crear espacios propios de producción y reproducción de elementos simbólicos que, de alguna forma, increpan al poder desde la perspectiva de lo percibido como problema central. Muchos autores con voz en los espacios públicos patentizaron posiciones partidistas en las luchas electorales intentando construir estados de opinión desde los medios que controlaban, pero actuaron también tomando en cuenta la psicología colectiva.

La capacidad de construir elementos simbólicos que expresaran los “males de la República” fue desarrollándose a medida que el sentimiento de frustración se fue generalizando, por tanto, empezaron a surgir denominaciones para designar los fenómenos de corrupción en sus diferentes manifestaciones. En este proceso, el período de la segunda intervención norteamericana marcó un momento de despegue que alcanzaría su consolidación a partir del gobierno de José Miguel Gómez. Se

iban construyendo los signos referidos al mundo de la política, compartidos por todos.

Entre las construcciones simbólicas del período de la república burguesa en Cuba, uno de los símbolos más permanentes fue la representación del poder encarnada en un “pollo”, como ocurrió durante los primeros años, o en un “jamón”, el de mayor perdurabilidad hasta los últimos tiempos de aquella república. Esto representaba “coger el pollo” o “pegarse al jamón”, es decir, controlar el poder político, o sea, la fuente de enriquecimiento a partir del erario público. El “pollo” o el “jamón” también eran representaciones del Tesoro público. Los políticos, por tanto, luchaban por uno u otro, lo cual se convertía en el centro de las batallas políticas, era el premio en disputa. La poesía popular anónima, transmitida por tradición oral, la décima en especial, la frase popular de “pegarse al jamón”, el teatro bufo y la caricatura de época dan buena muestra de esto.

La lectura de tal imagen simbólica del poder establece el sentido que adquirirían la política y los políticos para el conjunto social. La política se convertía en el gran negocio fraudulento, de ahí las formas despectivas para referirse a quienes se convertían en políticos profesionales, a los que —como se decía cotidianamente— se “metían en la política”, aunque los mecanismos de dominación establecían códigos que obligaban a la aceptación de su preeminencia dentro de la sociedad. Estar “mezclado en política” no era un status respetable éticamente, pero sí una posición dominante. Las esferas de ejercicio del dominio, de hecho, dife-

rían, pues no era lo mismo ser “sargento de barrio” que candidato presidencial, por citar los dos extremos del sistema, lo cual determinaba también la cuota de los beneficios emanados del “jamón” y el grado de autoridad que podía ejercerse, pero en todos los casos significaba participar del mecanismo del poder.

Entre los símbolos de aquellas prácticas corruptas, adquirió gran popularidad la imagen del “chivo” para denominar cualquier negocio fraudulento realizado por el gobierno. Su representación física era el animal conocido en Cuba como chivo, por ello su aparición en una caricatura tenía una lectura muy clara para los receptores como alusión directa a una transacción turbia, a un manejo corrupto desde el poder. A partir del gobierno de José Miguel Gómez se acuñó este símbolo por décadas y fue utilizado en el lenguaje coloquial, en la poesía popular y en el teatro bufo.

Si bien los negocios turbios de José Miguel fueron denominados “el chivo de la Ciénaga”, en referencia a la concesión fraudulenta para la desecación de la Ciénaga de Zapata, o “el chivo de Villanueva”, por el escandaloso canje de los terrenos de la antigua estación ferroviaria (donde hoy se levanta el Capitolio) por los del Arsenal, su generalización como práctica y como representación puede apreciarse en la obra estrenada en el teatro Alhambra en 1923, *La isla de las cotorras*, cuando el personaje del Loro se refiere a la corrupción existente en Cuba, remontándose a la llegada de Colón, en los siguientes términos:

*Como a todos les gustaba
el sabroso chilindrón,*

*a una playa donde había
de chivitos un millón,
la del chivo le nombraron,
y del chivo se quedó,
y de chivos todavía
se alimenta la nación,
[.....]*¹⁴

La construcción simbólica del chivo como representación de los negocios fraudulentos, sin duda, propició su utilización en caricaturas y obras satíricas por su excelente ductilidad para esos medios, pero también por la fácil comunicación establecida con un público conocedor del signo utilizado y a la vez partícipe de su creación y uso.

Otras denominaciones alegóricas fueron apareciendo para expresar las distintas prácticas en la política, tal es el caso de muñidor, bombín, copo, brava y cambiazo, entre otros. Muñidor y bombín se aplicaban a personas que, en el primer caso, se dedicaban a hacer arreglos electorales dudosos y, en el segundo, a quienes sin participar directamente en los combates políticos siempre aparecían ocupando puestos en la administración pública. Según Márquez Sterling: “A los ‘levitas’ de la colonia los sustituían los ‘bombines’ de la república”.¹⁵ Ambas conductas eran rechazadas desde una perspectiva ética, pero eran parte de los mecanismos del poder.

Las denominaciones de copo, brava y cambiazo, por su parte, se referían a métodos utilizados por los partidos políticos para dominar las elecciones: “ir al copo” significaba la intención de un partido de acaparar todos los puestos electivos para lo cual el control de las Juntas de Escrutinio era fundamental; “dar la brava” era cambiar los votos

de los colegios electorales a favor de un partido o candidato, algo similar al “cambiazo”, aunque este se relacionaba con el remplazo en el resultado de las elecciones. El más conocido por el pueblo fue el “cambiazo del cabo de la vela” que se produjo en 1916, cuando la reelección de Mario García Menocal, en alusión a la alteración en los partes electorales realizada en la Dirección de Comunicaciones en la madrugada del 2 al 3 de noviembre.

Estas últimas denominaciones, es decir, copo, brava y cambiazo, tienen una doble significación, pues los propios políticos las asumieron para designar determinadas acciones en su práctica política, en particular la voluntad de “ir al copo”, sin embargo, también fueron parte de las representaciones con las cuales la población se refería a tales prácticas éticamente repudiables.

Entre los símbolos más utilizados y de mayor permanencia se cuenta, sin dudas, la “botella”. Dicha práctica nació con la república, pues venía desde antes, pero muchos contemporáneos y también historiadores posteriores asocian su surgimiento al gobernador de la segunda intervención norteamericana, Charles Magoon. Ciertamente, el uso de este símbolo se generalizó a partir de entonces para referirse al cobro de un salario otorgado a cargo del presupuesto público sin realizar ningún trabajo. La “botella” tuvo una larga vida como práctica política y como construcción simbólica.

Fue uno de los elementos principales para el funcionamiento del sistema político basado en la relación caudillo-clientela política, desde el poder, para repartir nombramientos ficticios dentro

de la administración pública con los cuales se correspondía a la clientela, se favorecía a amigos y se neutralizaba a potenciales opositores. Esta fue una de las prácticas más criticadas, por ello los partidos políticos tuvieron que inscribir en sus programas promesas de moralización, de inamovilidad de los empleados públicos para que esos puestos no estuvieran al servicio de los intereses políticos, etcétera. En realidad no fue hasta el gobierno de Carlos Prío Socarrás (1948-1952) que se creó el Tribunal de Cuentas, concebido en la Constitución de 1940 como mecanismo para evitar la corrupción en el manejo de los fondos públicos, pero cuya efectividad fue nula en medio de un gobierno que se grabó en la memoria popular por sus escándalos de malversación, entre otras características, además de por haber sido depuesto por un golpe de Estado.

El dibujo de una botella en una caricatura o en un cartel, o el uso del vocablo en cualquier frase popular, verso o dentro de las representaciones humorísticas o satíricas funcionaba perfectamente, pues el receptor conocía muy bien su connotación simbólica. En la coyuntura de las elecciones mencionadas de 1916 surgió una copla popular, a partir de la “conga” que identificaba a los liberales, la cual ridiculizaba el uso de la “botella” y los manejos corruptos en los comicios:

*Azpiazo me dio botella
y yo voté por Varona,
aé, aé, aé,
La Chambelona.*

La “botella” y el “botellero”, es decir, la persona que disfrutaba los beneficios de la botella, constituían pun-

tos focales dentro del rechazo a la corrupción y los corruptos, sin embargo, el mecanismo subsistió hasta el fin de la república burguesa. Era parte del sistema y su funcionamiento. En ocasiones, cuando la “botella” adquiriría proporciones desmesuradas se le llegó a denominar “garrafón”.

Dentro de las construcciones simbólicas de esta época que expresan el sentido de frustración y adquieren gran relieve, debe considerarse el modo de reescribir algunos valores de alta significación moral y patriótica: se trata del mambisado y sus figuras más representativas, los más formando parte de los hombres dignos del país, mientras otros integraban el grupo de los políticos corruptos que dominó la política hasta la década del treinta. Por ello, el pueblo se sintió ante el dilema de aprobar al mambisado en conjunto o enfrentarse a los corruptos, aunque provinieran de ese sector. Los mambises eran parte de la sociedad, estaban vivos y actuantes, se reunían en su organización de veteranos, contaban sus historias legendarias y, como grupo, representaban lo mejor de la historia heroica del país, aunque en su interior estaban muy lejos de constituir un cuerpo homogéneo desde la perspectiva de sus posiciones políticas y sus proyecciones acerca de la nación que debía ser.

Parte importante de ese mambisado se hallaba envuelto en las redes de la relación clientelar fomentada dentro del sistema político, agrupándose en los partidos Liberal o Conservador, o siguiendo a su antiguo jefe en el Ejército Libertador dentro de cualquier agrupación política, pero otros combatían las prácticas políticas establecidas, critica-

ban la corrupción y hubo algunos que llegaron a comprender más a fondo los problemas y denunciaron la presencia dominante extranjera. No pocos dejaron testimonio de su inconformidad con la situación existente en Cuba, algunos publicados en la prensa de entonces o en memorias y otros en documentación personal inédita, como el caso de Federico Pérez Carbó, quien en la carta del 19 de mayo de 1939 al dominicano Federico Henríquez y Carvajal, se refería a la triste conmemoración de esa fecha y preguntaba: “¿Qué diría Martí que tanto enalteció las virtudes de su pueblo y que tanto confió y esperó de ellas?...”. Para añadir después: “Mañana, fiesta nacional; hoy de dolor. Ironías del destino. Habrá mucho discurso, mucho verso, mucho desborde patriótico y muchas alabanzas a nuestros Grandes; pero de labios afuera; dentro ¡nada!...”.¹⁶ Esto lo decía cuando aún había un presidente salido de aquella generación: el coronel Federico Laredo Brú, por cierto, el último, pues ya la hegemonía política pasaba a manos de la generación salida del proceso revolucionario de los años treinta.

En medio de tan complicada y sensible situación, la solución llegó por la vía de poner en la picota pública a los políticos de manera individual y preservar al cuerpo con su valor simbólico para la patria. De esta forma, el mayor general José Miguel Gómez dejó de ser tal para convertirse en “Tiburón”, con el añadido de “se baña, pero salpica”; el mayor general Mario García Menocal se convirtió en “El Mayoral” que, según la “conga” conservadora, iba “sonando el cuero”, y Alfredo Zayas, quien había pasado buena parte de la guerra de 1895

en las cárceles españolas y tenía la aureola de ser hermano del general Juan Bruno Zayas, era “El Chino” o “El pesetero”. Se concentraba así la repulsa en las individualidades, que aparecían separadas de su origen independentista y, en la mayoría de los casos, mambí. Esto puede tener una segunda lectura: el rechazo individual no implica necesariamente el cuestionamiento al sistema, de manera que la concentración de tales sentimientos alrededor de la figura del presidente no hacía peligrar al sistema, al menos, de momento.

La reacción señalada, es decir, la negación de los valores históricos de antiguos grandes jefes mambises dentro de la imagen popular y, al mismo tiempo, la preservación de los valores morales y patrióticos del cuerpo, puede verse en una cuarteta popular transmitida por tradición oral:

*¿Quién era José Miguel
cuando Máximo vivía?
En el país no se oía
hablar de Zayas ni de él.*¹⁷

Así el pueblo contraponía a Máximo Gómez, el Generalísimo, con las figuras de quienes habían llegado a la política republicana para marcarse con el signo de la corrupción. Otras figuras de la independencia también eran enarboladas para expresar la frustración republicana, este es el caso muy especial de José Martí.

Expresiones como: “esto no fue lo que soñó Martí” o “Martí no debió de morir” fueron cotidianas en los primeros lustros republicanos. La generación que vivió el tránsito del colonialismo español a la instauración de la república el 20 de mayo de 1902, pasando por la

intervención norteamericana y transitando por el decurso republicano en sus primeros años, fue marcada por el impacto de la frustración, lo que llevó a un sentimiento colectivo de desastre. En aquel contexto, Martí emergía como símbolo de lo mejor, de quien no habría permitido tal estado de cosas, de quien hubiera podido impedir aquel descalabro. Esto quedó plasmado en las frases citadas, en décimas populares y otras muchas formas, como la famosa “Clave a Martí”, de la segunda década del siglo, que perduró en la memoria colectiva, y donde se decía:

*Si él fuera el Maestro del día
otro gallo cantaría
la Patria se salvaría
y Cuba sería feliz.*

Dicho sentimiento de frustración y, en cierto sentido, de impotencia expresado colectivamente, buscaba sus referentes en los grandes paradigmas de la nación, en quienes representaban lo opuesto a la política de los “chivos” y las “botellas”, en quienes eran la antítesis de los políticos que “se pegaban al jamón”. No obstante, su simbolismo se ponía en función del lamento frente a la realidad donde, para muchos, se habían “traicionado” los ideales de los grandes patriotas. Sin embargo, en la década del veinte afloró una generación que transformaría el valor simbólico de las magnas figuras de la patria: ya no se trataba de lamentar su ausencia, sino de concluir la obra inacabada, de completar la revolución.

Otra vez se volvería a recurrir al mambisado y a sus grandes representantes, pero para impulsar la acción, iniciando así un nuevo ciclo revolucionario –la llamada Revolución del treinta–

también frustrado, pero que dejó cambios importantes en la sociedad y en las actitudes colectivas. A pesar de ello, muchas de las construcciones simbólicas en torno a las prácticas políticas corruptas permanecieron o se reprodujeron, al multiplicarse los manejos corruptos desde el poder.

Las construcciones simbólicas examinadas tienen un papel importante en la dinámica de la sociedad cubana de la primera mitad del siglo xx: fueron formas de resistencia frente al poder encarnado en una república que no respondía a las expectativas mayoritarias de Cuba. Pudieran verse como formas simples de resistencia, pero animaban el sentido crítico, el rechazo moral, a partir de lo cual se movilizaba la conciencia cívica de la población. La corrupción político-administrativa no constituía la raíz de los problemas cubanos, pero sí la manifestación más clara y visible de la frustración republicana y, frente a ella, la representación simbólica actuó como flagelo popular, sentando la base primaria para combates mayores.

Este rechazo fue adquiriendo formas organizadas de lucha, en especial la década del veinte marcó ese viraje. El movimiento por la Reforma Universitaria iniciado en 1922, la Protesta de los Trece del 18 de marzo de 1923 y el Movimiento de Veteranos y Patriotas entre 1923 y 1924 con su impacto en el conjunto de la sociedad, por citar algunos ejemplos notables, fueron acciones que lograron movilizar al pueblo tras metas de acabar con la corrupción dentro de la vida institucional cubana. Algunos integrantes de aquella generación llegaron más lejos en el planteamiento de los problemas cubanos.

Después del proceso revolucionario de los años treinta, las formas de hacer política tuvieron que cambiar. El protagonismo de diferentes sectores populares en aquel proceso obligaba a tomarlos en cuenta y buscar un nuevo pacto social. En ese contexto, naciendo partidos con estructuras modernas se adueñaron de las luchas electorales. Algunos surgieron como desprendimientos de los tradicionales con nuevos nombres y programas, y dentro de esa multiplicidad se destacó el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), que arrastró a buena parte del electorado tras su programa de reformas, en una coyuntura en la cual el reformismo alcanzó especial fuerza como esperanza de solución. Hombres de la generación salida del proceso revolucionario de los treinta alcanzaban la hegemonía política, sustituyendo a la anterior salida del mambisado.

La nueva hornada de políticos que se adueñó de las luchas electorales, representada en las figuras de Fulgencio Batista y Ramón Grau como los dos grandes polos de atracción, tuvieron que contender a través de alianzas y coaliciones para aspirar al triunfo, pero en ese ejercicio fueron asimilando buena parte de las viejas formas de hacer política. Se trataba de nuevos grupos llegados al poder para el enriquecimiento personal y de sus allegados; así se reproducía el fenómeno, lo que, a su vez, provocaría nuevas expresiones de frustración y rechazo.

La fuerza movilizadora de Chibás

En 1934 surgió el Partido Auténtico, al cual se adhirió Eduardo Chibás

en 1937 para con rapidez destacarse como uno de sus líderes de mayor fuerza. Las elecciones para delegados a la Asamblea Constituyente de 1940 lo demostraron: el joven Eddy Chibás obtuvo el segundo lugar; el primer lugar correspondió a Ramón Grau San Martín, quien encabezaba el PRC (A). A su vez, este partido fue el que más delegados eligió para la Asamblea con un total de dieciocho y también obtuvo la más alta votación con 225 223 votos. El autenticismo mostraba la fuerza electoral obtenida con su programa nacional reformista y sus consignas nacionalistas, y Eduardo Chibás emergía como uno de sus más fuertes puntales.

El Comité Gestor del Partido Auténtico había estado integrado fundamentalmente por antiguos miembros del Directorio Estudiantil Universitario, organización que había participado de modo destacado en el proceso revolucionario de los años treinta, por lo cual Chibás se integraba a un proyecto emanado de su generación y de sus propias luchas. Debe recordarse que desde su ingreso en la Universidad de La Habana en 1926, se incorporó a los combates estudiantiles contra Gerardo Machado, formando parte del Directorio Estudiantil Universitario contra la Prórroga de Poderes de 1927; desde entonces fue un activo participante en el panorama político cubano. El nuevo partido, por su parte, se presentaba como el continuador de la “revolución auténtica”, teniendo como punto de referencia el período del gobierno provisional presidido por Grau entre 1933 y 1934. Su jefe era el “mesías” y se convertía en

la esperanza de amplios sectores de la población para los cambios que el país requería, aun cuando su programa implicaba la acción dentro del sistema, no su transformación.

En el seno del Partido Auténtico, el ascenso de Eduardo Chibás fue notable: en las elecciones generales de 1940 salió electo el representante número uno del PRC (A) a la Cámara por La Habana por la votación alcanzada. En las de 1944 resultó elegido senador, hecho que se repitió en 1950. Su presencia en el Congreso, tanto en la Cámara como en el Senado, fue muy activa, en especial fustigando los negocios turbios, denunciando los fraudes y “chivos” en el gobierno de Fulgencio Batista (1940-1944), mientras que en el período presidencial de Grau (1944-1948) el problema sería mucho más complicado por su pertenencia al partido de gobierno y por sus vínculos con el presidente.

El Partido Auténtico había concurrido a las elecciones en alianza con el Partido Republicano, reconocido representante de las fuerzas conservadoras. Dentro de tan extraña alianza, Grau basó su propaganda electoral en la promoción del desarrollo económico del país, creación de la marina mercante, mejoras sociales, higienización de los bateyes, electrificación de los campos y la elaboración de las leyes complementarias de la Constitución, tales como la creación del Tribunal de Cuentas, la carrera administrativa y el presupuesto nacional, medidas contra la corrupción. El triunfo de la Alianza Auténtico Republicana en las elecciones del 1º de junio de 1944 –primeros comicios celebrados por el sistema de

voto directo establecido en la Constitución de 1940— se obtuvo por amplia mayoría de más de un millón de votos, de ahí que Chibás lo denominara “la jornada gloriosa del 1º de junio” y anunció el inicio de la transformación del sistema económico, social, político y administrativo. Comenzaba el “Gobierno de la Cubanidad”. A partir de tales expectativas, la actuación del gobierno de Grau constituyó una frustración de gran envergadura que incidiría en la actitud del senador Chibás.

El incumplimiento de las promesas electorales y del programa auténtico durante el gobierno de Grau fue incitando la crítica de Chibás, aunque desde las filas del autenticismo. Pretendía una gestión honesta acorde con sus bases programáticas y también planteaba que el partido enrumbara hacia las siguientes elecciones sin pactos que ataran su actuación, lo cual provocaba reacciones de rechazo en muchos aspirantes a ganar posiciones mediante alianzas; de igual forma fue un fuerte opositor a la campaña que se empezó a organizar desde 1946 con vistas a propiciar la reelección de Grau, para lo que se necesitaba una reforma constitucional, pero las críticas a la corrupción fueron las de mayor resonancia dentro del discurso chibasista.

Entre 1946 y 1947, las denuncias de Chibás sobre los “chivos” del gobierno, las malversaciones y toda forma de corrupción fueron incrementándose, y ello produjo un distanciamiento con el presidente que terminaría en ruptura. Entre las figuras del gobierno más fuertemente criticadas estaban el ministro de Educación, José Manuel Alemán, y Carlos Prío, quien ocupó los cargos de

Primer Ministro y Ministro del Trabajo. En el caso específico de Alemán, los ataques no sólo provenían de Chibás, pues su escandaloso manejo de los fondos del Inciso K, el financiamiento y uso de los grupos pandilleros con esos fondos, la creación del Bloque Alemán-Grau-Alsina (BAGA) con vistas a las elecciones y su extraordinario enriquecimiento personal eran muy conocidos.

La inconformidad con la gestión del gobierno de Grau, el cual no promulgó las leyes prometidas y hasta vetó el intento de Ley de Presupuesto, especialmente el alto grado de corrupción que se adueñó del aparato político, condujo a la formación de un grupo dentro del Partido Auténtico denominado los “inconformes” o los “ortodoxos”, por cuanto reclamaban el rescate del programa original auténtico. Este grupo se fue integrando desde 1946 y tuvo en Eduardo Chibás a su líder, quien aún trabajaba desde las filas auténticas defendiendo la unidad del autenticismo. La brecha entre los “ortodoxos” y el gobierno se iría ampliando hasta que el 15 de marzo de 1947 se produjo la fundación del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) con el que se fusionó el ABC.

El desprendimiento oficial de un grupo importante del autenticismo para crear su propio partido constituyó un golpe fuerte para los auténticos. No obstante la heterogeneidad del partido, de los vaivenes que impusieron las aspiraciones de distintas figuras y grupos a su interior, sin duda, la gran fuerza ortodoxa radicó en la figura de Eduardo Chibás. Ya como grupo de oposición, el Partido Ortodoxo, por boca de su líder, se convirtió en un acusador constante y agudo de los negocios

sucios del gobierno, de su extraordinaria corrupción. Esto desató un fuerte movimiento de masas en torno a las grandes campañas contra la corrupción, que incluía a diversos sectores sociales. La “escoba” era asumida en su valor simbólico de manera masiva.

En las elecciones de 1948 contendieron la Alianza Auténtico Republicana, la Coalición Liberal Demócrata y con candidaturas independientes el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) y el Partido Socialista Popular. Los ortodoxos llevaban la candidatura de Eduardo Chibás y de Roberto Agramonte. No interesa exponer aquí las vicisitudes internas de la ortodoxia antes de llegar a conformar su candidatura, sólo es preciso destacar que los intereses electorales se pusieron de manifiesto y la posición antipactista de Chibás llegó a estar en minoría. Al final, se estructuró el “ticket” presidencial ortodoxo, el cual obtuvo el tercer lugar en los comicios con 324 634 votos. La alianza gobiernista ganó con 905 198 sufragios y en segundo lugar quedó la Coalición con 599 364. El dúo Carlos Prío-Guillermo Alonso Pujol alcanzaba el triunfo, aunque con una merma en la votación respecto a la alcanzada por la propia Alianza en 1944. Se iniciaba el “Gobierno de la Cordialidad”.

Eduardo Chibás libró intensas batallas contra la corrupción del gobierno de Prío, alcanzando entonces el momento más alto de su popularidad. La profundización de los vicios que habían caracterizado a la administración anterior se hizo patente, así como un mayor entendimiento con los intereses norteamericanos. Frente a esto, Chibás denunció de manera sistemática el en-

riquecimiento de Prío, sus familiares y amigos, con datos precisos en muchos casos acerca de las fabulosas fortunas que se estaban amasando. La denuncia del senador ortodoxo Pelayo Cuervo Navarro, ante el Senado, de la gigantesca malversación del gobierno de Grau, que había recaudado más de mil millones de pesos y dejaba un déficit superior a cien millones provocó un gran impacto. Ante la falta de acción dentro del gobierno, Pelayo Cuervo presentó la denuncia al Tribunal Supremo de Justicia en lo que constituyó la Causa 82/49. Aquello se convirtió en un escándalo mayúsculo, aumentado cuando el 4 de julio de 1950 fue robado el expediente del juzgado. Esta denuncia era parte de las batallas ortodoxas encabezadas por Chibás.

Artículos y discursos del líder llegaban a amplios sectores de la población. Su llamado expresado en frases como “¡A la cárcel los ladrones del erario público!”, sus argumentadas denuncias sobre las riquezas fabulosas de políticos que poco antes eran personas de modestos recursos, su exaltación de la honestidad y la vergüenza como valores fundamentales para el ejercicio de la política, constituyeron las palancas fundamentales para desarrollar un movimiento de masas incuestionable en lo que, sin duda, actuaba el precedente histórico examinado y la reproducción de las causas que lo habían engendrado.

Como se ha apuntado, en el discurso chibasista se incluían otras demandas que correspondían con el programa del partido, pero también desarrolló campañas de denuncia contra lo que llamó el “pulpo” eléctrico y el telefónico, cuando aumentaron sus tarifas con la

complicidad de los gobiernos auténticos. Sus consignas y el programa ortodoxo tenían un alcance más amplio; sin embargo, el combate contra la corrupción lo llevó a la cima de la popularidad y su consigna de “Vergüenza contra dinero” penetró en la población. Indudablemente, la reproducción de los “males y vicios” de la república durante el período posterior al proceso revolucionario de los años treinta, propició que se multiplicara, a su vez, el rechazo y la convocación al pueblo desde una perspectiva ética.

La historia vivida por el pueblo cubano en las primeras décadas del siglo xx brindaba un marco propicio para un líder carismático y combativo como Eduardo Chibás, quien fuera capaz de generar una movilización extraordinaria, donde predominaba el llamado cívico, en la que el factor moral se erigió en el elemento más reconocido por la población. Una vez más, la conciencia cívica se constituía en fuerza motora para la acción colectiva.

Notas

¹ *Bohemia* (La Habana) 43(34):35; 26 ag. 1951.

² *Ibidem*, p. 55.

³ *Ibidem*, p. 103.

⁴ *Ibidem*, p. 61.

⁵ *Ibidem*, p. 62.

⁶ *Ibidem*, pp. 70, 98.

⁷ *Ibidem*, p. 93.

⁸ *Ibidem*, p. 101.

⁹ *Ibidem*, p. 96.

¹⁰ Vignier, E. y G. Alonso. *La corrupción político administrativa en Cuba. 1944-1952*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973. pp. 185-186.

¹¹ Gutiérrez, Raúl. El pueblo opina sobre el gobierno actual y los posibles presidentes. *Bohemia* (La Habana):124-127, 146 y 149; 16 dic. 1951.

¹² Los datos de afiliaciones están tomados de Riera, Mario. *Cuba política (1899-1955)*. La Habana: Impresora Modelo S. A., 1955.

¹³ *Ibidem*, p. 236.

¹⁴ En: *Teatro Alhambra. Antología / Sel.*, pról. y notas Eduardo Robreño. Ciudad de La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1979. p. 347.

¹⁵ Márquez Sterling, Carlos. *Historia de Cuba desde Colón hasta Castro*. New York: Las Americas Publishing Company, 1963. p. 276.

¹⁶ Archivo Museo Emilio Bacardí. Fondo Federico Pérez Carbó, carpeta 17.

¹⁷ Feijóo, Samuel. *Cuarteta y décima*. Ciudad de La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1980. p. 20.

Eduardo Chibás, un hombre con vergüenza

Leonel F. Maza González
Lourdes Castellón Sánchez

Investigadores

A Fidel, por cumplir los sueños e ideales de Eduardo R. Chibás.

El ser humano

El 26 de agosto se cumple el centenario del natalicio de Eduardo René Chibás Ribas, figura importante de la política del siglo xx en Cuba. Su nacimiento ocurre en Santiago de Cuba en 1907. Hijo del ingeniero Eduardo Justo Chibás Guerra, oriundo de la actual provincia de Guantánamo, y de Gloria Ribas Agramonte, de origen camagüeyano, cuya madre, la mambisa Luisa Agramonte, era hermana de un coronel y médico cirujano del Ejército Libertador, y prima del Mayor General Ignacio Agramonte y Loynaz. De esta estirpe de patriotas le viene al revolucionario por sangre lo que sería su rebeldía y, además, enriquecieron su formación y desarrollo político.

Proveniente de una familia, de muy buena posición económica, fue un niño y un joven privilegiados, por ello cursa sus estudios en las mejores escuelas de la época como el Colegio de Belén, cuna de varios líderes revolucionarios, entre ellos el más eminente, Fidel Castro Ruz. Quizás los curas jesuitas que ofrecían el magisterio allí, desconocían que en sus aulas se fraguaban los fu-

turos defensores de repartir o multiplicar los peces y los panes para todo el pueblo, y erradicar sus calamidades y miserias. Esos sentimientos estuvieron siempre presentes en Eduardo R. Chibás, un ferviente admirador de la obra del Apóstol José Martí, en sus batallas desafiando el peligro hasta las últimas consecuencias.

Desde 1944 hasta 1951, año de su muerte, radicó su domicilio en la torre del edificio López Serrano,¹ situado en Calle 13 esquina a L en el Vedado, en el piso catorce, donde un apartamento pequeño no sólo le servía como vivienda y refugio para su descanso, sino también como oficina del partido que había fundado.

Durante nuestras visitas y permanencia en dicho apartamento comprobamos su pequeñez y llegamos a la conclusión de que sus dos últimos inquilinos (el actual es el coreógrafo Ramiro Guerra²) han sido más grandes que el propio recinto. Está compuesto por una sala comedor de 7 x 5 metros una cocina de 3,50 x 1,20, un cuarto dormitorio de 4 x 6 y un baño de 4 x 1,20; los pisos de cada habitación son de mosaicos

con diferentes diseños y colores destacándose, el verde, amarillo, carmelita y gris, los cuales forman hermosas figuras geométricas como si fueran alfombras, características muy propias del art decó. Aún se puede apreciar en sus paredes, de bien alto puntal, diferentes capas de pintura, preferentemente blanca, que las han cubierto a través de los años. Las doce ventanas le dan un toque de frescura al inmueble, y le ofrecían al revolucionario una gran vista al mar, así como de La Habana, lo cual le proporcionaba la tranquilidad necesaria para soñar y planificar cada discurso y acción revolucionaria.

En la época de Chibás, allí se hizo política y denuncias a favor del pueblo cubano y, actualmente, se ha convertido en depositario de la creación coreográfica y literaria de su actual ocupante.

Muchas son las anécdotas sobre Chibás.

Un hecho que podemos calificar de generoso y poco común en esa época fue su desprendimiento cuando recibe en herencia una parte de la colonia de café, situada en Felicidad de Yateras, propiedad de su padre. El dinero que le fue otorgado una vez vendida, lo donó para la construcción de una escuela con carácter gratuito para los niños pobres de la zona. Y en los últimos momentos de su batalla contra la muerte le pidió a su secretaria, comprar un gran cake para enviar a dicho centro escolar.

El maletín que utilizaba para sus documentos llegó a ser famoso no sólo por el contenido que guardaba, sino también por el temor que inspiraba a los politiqueros y corruptos, pues en su interior trasladaba las pruebas que

desenmascaraban a sus enemigos, desmoralizándolos. Tan temido fue que le dedicaron una comedia teatral titulada *La maleta de Chibás*, estrenada en el teatro Alcázar.

Chibás disfrutaba de su mascota, una singular cotorrita que podía haber sido su confidente y apoyo emocional. Este animalito repetía con gracia las frases que tanto escuchaba a su dueño: “¡Vergüenza contra dinero! ¡Chibás presidente” y “¡Conchita, pan pa’ la cotorrita!”.

Tuvo relaciones amorosas con una mujer bella, Natasha, hija del líder comunista Julio Antonio Mella, quien demostró con creces su amor: incluso después de la muerte de Chibás le guardó luto. Siempre fue respetuoso con sus relaciones sentimentales, las cuales cuidaba y protegía de cualquier mal entendido que pudiera ser utilizado para dañar su obra política.

Su imagen era parte de su propia existencia: vestía de forma sencilla, pero elegante, combinando la corbata y las medias; usaba camisa blanca, cinto y zapatos negros, y además se hacía los lazos de su corbata con impecable precisión. Tenía cuatro corbateros clasificados por colores, entre los cuales no estaban ni el amarillo ni el verde, a los que detestaba. Debe haber sido un castigo, quizás involuntario, convivir con dichos colores en los pisos del cuarto de baño y demás habitaciones de su apartamento. Cuidaba de su presencia a tal punto que se afeitaba dos veces al día, aunque esta actividad no la realizaba como cualquiera frente a un espejo, generalmente en el baño, sino caminando por la sala mientras daba instrucciones a su secretaria.

Sus gustos musicales y lecturas literarias formaban parte de sus ratos de ocio. Asiduamente oía la música de diferentes compositores entre ellos, Bach, del cual decía: “¡Escuchar a Bach es el contraste de mi escandalera!”, refiriéndose a su enérgica forma de arengar en cada combate con su más poderosa arma, la palabra. También disfrutaba discos de Mozart, Beethoven, Tchaikovsky, Chopin, Brahms y Wagner, entre otros.

Poseía un busto de Martí y no faltó en su mesa un libro del Apóstol con pensamientos de este subrayados, así como dos Biblia en las cuales estaban marcados los versículos relacionados con palabras como valentía, honestidad y esfuerzo, que conforman su personalidad.

Al escribir poseía un estilo o quizás una manía: necesitaba tener sobre su mesa de trabajo no menos de veinte lápices afilados, de creyón fino y muy negro, papel, informaciones de archivos y documentos, junto a profusas cajetillas de cigarrillos y fósforos, con sus correspondientes ceniceros en varios lugares, pues fumaba mucho mientras trabajaba. Escribía muy rápido y no borraba, si acaso tachaba alguna que otra palabra.

Desde joven leía muchísimo, y entre sus autores favoritos estaba José Martí, a quien admiraba y del que fue un fervoroso seguidor. Sus lecturas en casa las hacía los domingos... ¡para refrescar!, así le decía a su secretaria cuando le preguntaba. Los textos iban desde las llamadas novelas de bolsillos hasta cuentos.

Algunas anécdotas sobre Chibás, las conocimos a través de Gerardo Rodríguez, único empleado de la épo-

ca del edificio López Serrano, aún vivo, quien guarda con cariño una foto de 8 x 12 cm que Chibás le regalara, donde se puede apreciar al líder de la ortodoxia caminando por una calle de la Habana Vieja, vestido con traje blanco, llevando entre sus dedos un cigarrillo. Según Gerardo, era un hombre muy correcto, cortés, que siempre lo saludaba. En ocasiones, Rodríguez fue al apartamento cuando era solicitado para realizar algún trabajo de mantenimiento. Un día le colocó un entrepaño en la parte de arriba del baño para guardar la maleta. Siempre atento, le daba las gracias. Recuerda además, como algo jocoso, que Chibás al saludar a otro empleado que se nombraba Avelino, le decía Humbelino. No pocas veces le vio bajar o subir los 318 escalones que hay desde la entrada del edificio hasta la torre por alguna razón especial o quizás de seguridad, pues en una ocasión el elevador se desprendió de su mecanismo, y esto provocó un gran susto entre los que lo acompañaban, aunque afortunadamente no ocurrió un accidente gracias a los flamantes muelles que tenía el aparato.

Diferentes lugares de la capital fueron cotidianos en el quehacer del joven estudiante y luego líder de la ortodoxia. En la Habana Vieja, el bufete de don Fernando Ortiz y la alcaldía, que tenía su sede en el Palacio de los Capitanes Generales, fueron testigos de su lucha política contra los gobiernos corruptos. El Capitolio Nacional de Cuba también guarda en sus paredes el timbre de su voz, cuando tiene su primera participación parlamentaria por el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) sobre la Constituyente de 1940.

Chibás fue un hombre estimado y respetado por muchos intelectuales de su época, entre ellos, don Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring y Juan Marinello, quien lo catalogó como cabalmente honesto y sencillo. Alrededor de su figura se vincularon jóvenes de la talla de Fidel Castro Ruz.

Sus ojos azules parecían luminosos: esto se producía por el uso de unos espejuelos de gruesos cristales acompañados de su vergüenza y honestidad, características inusuales entonces entre los que practicaban la política en Cuba.

El político

La primera mitad del siglo xx en Cuba, tuvo en Chibás a la figura más destacada. Su palabra y comportamiento estaban comprometidos con sus compañeros del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Fue un hombre transparente en su manera de actuar y decir a su pueblo, por ello proclamaba: “[...] tenemos fe en el pueblo de Cuba” y “Cuba necesita despertar”, afirmaciones que le daban seguridad y confianza en la unidad para avivar los sueños dormidos en la mayoría de los cubanos. Al final, se cumplieron sus deseos.

Con sólo veintiún años, es encarcelado nuevamente, en la causa 228 de 1929 impuesta contra él y un grupo de cubanos por el delito de conspiración y sedición. Es detenido el 25 de febrero de ese año, y cumple prisión en el Castillo del Príncipe hasta los primeros días de julio, cuando es liberado junto a sus compañeros, por la presión del pueblo.

Otro hecho enfrentado por Chibás es su separación de la Universidad de La Habana, bajo acusaciones falsas. Tam-

bién fue llevado a consejo de guerra junto a su padre y Carlos Prío Socarrás, acusados del delito de lanzar un petardo desde el auto que pertenecía a su familia contra un tranvía que transitaba por las calles K y 17, en el Vedado. En la vista oral, Chibás acusa al dictador Gerardo Machado y niega los cargos. Casualmente, funge como uno de los taquígrafos el sargento Fulgencio Batista.

Después de esta situación marcha a los Estados Unidos, por gestiones de su padre para protegerlo de los esbirros junto con Eduardo Agramonte y arriendan en Nueva York un apartamento. En esa ciudad funda Unión Cívica de Exilados Cubanos (UCEC).

A la caída de Gerardo Machado regresa y se vincula a don Fernando Ortiz y a otros jóvenes en la redacción del proyecto de la Constitución transitoria, quienes estudian y profundizan en cada cuartilla de ese documento buscando la posibilidad de enriquecerla a partir de los intereses de los estudiantes.

Testigo de estos acontecimientos fue Conchita Fernández, por aquel entonces secretaria de Ortiz, y que años más tarde describe la actitud de Chibás de este modo: “[...] una de las cosas que más le molestó siempre fue el pacto de conveniencia del 4 de septiembre entre Batista y sus sargentos y el Directorio Estudiantil, a pesar de que había estado entre los entusiastas que [...] se unió a los golpistas con la creencia de que realmente se habían complotado para ofrecerle algo al pueblo”.³

Luego se enfrenta a otro personaje: Ramón Grau San Martín, pues el revolucionario reconoce que estaba lleno

de debilidades ante los problemas existentes en esa etapa en Cuba.

A nadie le convenía la postura digna y crítica del líder capaz de denunciar cada abuso que se cometía contra el pueblo. Sus enemigos políticos comenzaron a tildarlo de loco, desequilibrado y anormal, pero la realidad era otra, porque cada atropello y sus denuncias eran pruebas irrefutables de lo que planteaba.

Fue un admirador y fiel seguidor de Antonio Guiteras Holmes, asesinado en El Morrillo, Matanzas. Se conoce que su admiración por Guiteras fue tanta que cada 8 de mayo iba a rendirle tributo al lugar de su caída. En su primera visita, encontró un busto del cabo que cometió el crimen e, indignado, buscó una mandarina en una construcción cercana y lo demolió. Luego lo relató en su programa radial ratificando así sus sentimientos de amistad y lealtad a la memoria del hermano muerto por los mismos ideales que él enarbolaba, por el mejoramiento del pueblo.

Otro gesto de Chibás y de su cubanidad fue su ruptura con el autenticismo de Grau. Sobre este hecho Conchita recordó que se había originado una tormenta política dentro del partido. Ella narra ese momento de la siguiente forma: “‘El viejo maricón y pendejo este me tiene hasta los cojones...’ –dijo Eddy–, y los manengues del Partido, que ya venían trabajando desde hacía algún tiempo por neutralizarlo políticamente, le fueron para arriba y lo acusaron de qué sé yo cuántas cosas. Les respondió acusándolos a todos de traidores a la memoria de Guiteras”.⁴

Chibás le dedicó todas sus fuerzas a la ortodoxia, cuyo proyecto fue consi-

derado como la gran revolución ética de la época, pues pretendía llevar a la práctica los ideales del Apóstol José Martí, para lo cual redactó una declaración de principios el 19 de mayo de 1947. La base fundamental de este documento fue el programa con que se inscribió en el Tribunal Superior Electoral el 31 de julio de ese año. En su presentación explicó lo que representaba su partido para el pueblo cubano, el cual era, en síntesis, una esperanza para lograr cambiar y resolver los problemas en Cuba.

A partir de ese año 1947 a Chibás lo acompañaría el lema que trascendió a la historia por su valor patriótico: “¡Vergüenza contra dinero!”, surgido cuando se postuló para el Senado de la República de Cuba.

En las elecciones de 1948 se postula como candidato a la presidencia de la república y comenzó su campaña electoral por el oriente del país utilizando como símbolo una escoba y la consigna “¡Barrer a los ladrones del tesoro público!”; claro que una sola escoba no era suficiente para acabar con tantos ladrones. El resultado de los sufragios lo situaron en segundo lugar y a partir de ese momento se convierte en el primer candidato de la oposición demostrando gran tenacidad con sus principios, aun sabiendo que había ladrones, vividores y falsos ortodoxos. Su objetivo era uno: defender los derechos de la mayoría del pueblo explotado. Debido a esto pierde su privacidad, pues su apartamento en la torre se convierte en refugio y esperanza de miles de personas que lo visitaban para solicitar su ayuda y compromiso de dar respuesta a cada inconformidad. Como es cono-

cido, se pasaban los días en su vivienda, y nunca Chibás aceptó soborno alguno por las gestiones realizadas: cuando comprometía su palabra, esta era sagrada.

Su entrega al trabajo fue total. Se levantaba muy temprano y laboraba todo el día, parte de la noche y no pocas veces entrada la madrugada. Escribía artículos para diferentes publicaciones, así como sus discursos, ya que le gustaba investigar cada tema para encontrar entre tanta mentira la verdad y hacerse eco de ella.

Fue un asiduo visitante a la redacción de diferentes medios de comunicación, en particular de la revista *Bohemia*, una de sus tribunas para desafiar al enemigo del pueblo.

En 1949 se enfrenta con denuncias fuertes a la Compañía Cubana de Electricidad, batalla que lo llevó a ser condenado a 180 días. Desde la cárcel ofrece una entrevista al periodista Mario Kuchilán Sol, para la revista *Bohemia*, el 8 de mayo de ese propio año, donde nuevamente ataca a sus enemigos y pregunta:

¿Soy un loco? Lo que ocurre es que soy un caso anormal en un ambiente donde lo normal es robar y matar, donde los grandes magnates de los monopolios extranjeros sobornan magistrados y tienen el concepto de que cualquier problema cubano se arregla con dinero. Porque no me vendo, afirman los vendepatrias que soy loco, como antes calificaron a Tony Guiteras, el primer loco en conocer bien a la Compañía Anticubana de Electricidad [...].

Desde su encierro, Chibás siguió denunciando los desmanes del momento,

por ello el pueblo no lo abandonó: iba a la prisión a demostrarle su apoyo y admiración llevándole comida, frutas y dulces, los cuales repartía entre sus compañeros de prisión, demostrando así su solidaridad. El gobierno quiso controlar estas manifestaciones de apoyo, pero no le fue posible. Finalmente, a los cuarenta y cinco días ganaron sus seguidores, y le fue ofrecida la amnistía. Al liberarlo, una multitud lo espera a las afueras del Castillo del Príncipe entre las doce y treinta de la noche, horario que no fue un impedimento para ser recibido con aplausos por los presentes.

El líder reconoce al pueblo su muestra de cariño, y al salir en libertad le escribe una carta a un amigo, de quien no hemos podido identificar su nombre,

Eduardo R. Chibás
La Habana, Agosto de 1949

Estimado amigo:
Al abandonar la prisión del castillo del Príncipe, donde estuve preso por defender al pueblo contra el monopolio eléctrico, he de expresar mi gratitud a través de la BMR a todos los ciudadanos que se interesaron por mi libertad. No obstante ello quiero reiterarle por medio de estas líneas mi reconocimiento por su espontánea adhesión al suscribir la iniciativa de amnistía popular presentada al Congreso de la República en demanda de mi libertad.

Muy agradecido a usted por su adhesión, reciba un afectuoso saludo de,
Eduardo R. Chibás

aunque por su valor histórico y humano decidimos darla a conocer:

La Habana, agosto de 1949

Estimado amigo:

Al abandonar la prisión del Castillo del Príncipe, donde estuve preso

por defender al pueblo contra el monopolio eléctrico, hice llegar mi gratitud a través de la CMQ a todos los ciudadanos que se interesaron por mi libertad. No obstante ello quiero reiterarle por medio de estas líneas mi reconocimiento por su espontánea adhesión al suscribir la iniciativa de amnistía popular presentada al Congreso de la República en demanda de mi libertad.

Muy agradecido a usted por su adhesión, reciba un afectuoso saludo de,

Eduardo R. Chibás⁵

La radio se convirtió en su mejor tribuna, por su alcance nacional. La utilizó eficientemente como su mejor aliada, pues le permitía el contacto sistemático con la población. Su oratoria y sus arengas contra la corrupción fueron escuchadas, durante siete años, a partir de 1944, en su espacio semanal del circuito de radio CMQ. La mayoría de los oyentes eran sus seguidores, y los argumentos eran irrefutables. Allí, en 1947 da a conocer la propuesta del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Sus apasionados comentarios en busca de la verdad convencían. Su timbre de voz era parte de su personalidad. Con sus palabras bien coloreadas dominaba el arte de la comunicación y nunca tembló, ni bajó la intensidad con que se le escuchaba, demostrando tener conciencia de sus acusaciones y del peligro al cual se exponía.

Realizó innumerables denuncias trascendentales, pero la más conocida y que le costó su propia vida fue la referente a las acusaciones al ministro Aureliano Sánchez Arango. Por testimonio de Raúl Roa García se conoce

que Chibás desde su juventud, cuando era estudiante universitario, tenía contradicciones con este personaje.

Fueron incrementándose hacia tal ministro sus imputaciones por todos los medios de que disponía, en especial su programa radial. Los comprometidos en el caso trataron de neutralizarlo y, tal vez la radio se le hizo pequeña en la feroz batalla contra Arango.

En el estudio tres de radio CMQ, el 6 de agosto de 1951, asistió vestido de dril blanco a su alocución al pueblo de Cuba, en la cual planteó:

Hace cinco años acusé al Ministro de Educación José Manuel Alemán de robar los dineros del material y el desayuno escolar y de estar fomentando en Miami un imperio de propiedades inmuebles. El ministro Alemán y todos sus corifeos atronaron el espacio gritando: ¡Mentiroso! ¡Calumniador! ¡Presenta las pruebas! Yo no pude presentar las pruebas físicas de que se estaban robando el dinero del Tesoro Nacional, pero seguí repitiendo, firme en mi convicción moral: ¡Se lo roban!

Ahora acuso al gobierno de Carlos Prío de ser el más corrompido de cuantos ha tenido la República hasta el presente y a su ministro de Educación Aureliano Sánchez Arango –que ha sustituyó el BAGA [Bloque Alemán-Grau-Alsina] por el ASA– de robarse los dineros del material y el desayuno escolar y de realizar grandes inversiones en Guatemala y otras repúblicas de la América Central, al no permitirle el Gobierno de Washington entrar en los Estados

Unidos por sus antecedentes comunistas.

[...] Y Cuba, urgentemente, necesita despertar. Seguiremos llamando a la conciencia del pueblo cubano.

[.....]

La feliz conjunción de factores naturales tan propicios a un gran destino, unido a la alta calidad de nuestro pueblo, sólo espera la gestión honrada y capaz de un equipo gobernante que esté a la altura de su misión histórica. Ese equipo no puede ser el del Gobierno actual [...]. Ni la falsa oposición de Batista, que alienta el regreso de los coroneles, del palmacristi, la goma y la ley de fuga, con la taimada ayuda del comunismo internacional. Ni tampoco el grupo de despechados que sigue al ex presidente Grau. El único equipo gobernante capaz de salvar a Cuba es el del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), con su línea antipactista de la independencia política, que no admite transacciones ni componendas.

¡Compañeros de la ortodoxia, adelante!
¡Por la independencia económica, la libertad política y la justicia social!
¡A barrer a los ladrones del Gobierno!
¡Vergüenza contra dinero!

¡Pueblo de Cuba, levántate y anda!
¡Pueblo cubano, despierta!⁶

Al concluir la alocución, cuya parte final no se oyó, se realizó un disparo en el vientre. Quienes lo vieron desplomarse sobre la mesa, en primera instancia creyeron que se trataba de un atentado, pero rápidamente comprendieron que Chibás había sido su propio agresor. El sábado, en horas de la noche, le había hecho una llamada a su

secretaria para leerle el discurso antes mencionado, sobre lo cual comentó Conchita: “[...] aunque en realidad, no lo leyó completo, porque cuando parecía que iba a acabar, paró y me dijo que el final sería una sorpresa”.⁷ Es de suponer que el desenlace estaba en su pensamiento. Muchas fueron las causas que pudieron influir en él a tomar esa fatal decisión, pero ese tema merece un trabajo más profundo.

Fue atendido en el Centro Médico Quirúrgico (actual Instituto de Neurología y Neurocirugía), donde permaneció desde la noche del 6 de agosto hasta su fallecimiento el 16 del propio mes.

La noticia corrió rápidamente por las calles. Fueron numerosas las manifestaciones de apoyo al líder de la ortodoxia. La presencia del pueblo en las afueras del hospital, era numerosa para seguir el parte médico y ofrecer voluntariamente donaciones de sangre.

Los últimos días en la vida de Chibás fueron también de combate desde su cama de convalecencia, pues en todo momento estuvo pendiente de conocer las noticias sobre lo ocurrido, en particular la opinión del pueblo, y además no estuvo ajeno, en esos momentos críticos, de que estaba en juego su vida. Las novedades las conocía a través de Conchita cuando esta se encontraba a su lado en la habitación del hospital, ya que durante esos días ella sólo salía por algunos minutos para bañarse y comer.

Chibás insistía en conocer si iba a morir. Conchita recuerda que “[...] quería dar sus últimas instrucciones al Partido y darme instrucciones para que el segundo lunes de septiembre se hiciera un acto en el cafetal ‘Los Naranjos’ para abrir la escuela que él

estaba impulsando y demostrarle al Gobierno que, mientras ellos robaban y tenían abandonadas las escuelas, los ortodoxos fundaban una para los campesinos”.⁸ Esta preocupación reafirma su sentimiento patriótico por el mejoramiento y bienestar del pueblo.

Rememora además Conchita:

Dos días antes de morir, él me pidió que le diera la mano [...], la acarició, con mucha ternura, de verdaderos hermanos o compañeros. Me miró con aquellos ojos azules suyos, estrábicos, pero que eran como chispas, y me dijo con la voz de una persona sin fuerzas: “Me siento solo, muy solo” [...], de inmediato le di ánimo [...]. Se sonrió, me soltó la mano y de nuevo quedamos en silencio, hasta que me preguntó. “¿Tú estás brava por lo que hice?”. No me quedó más remedio que decirle: “Mira Eddy, no jodas, después que te pongas bien hablaremos y discutiremos, porque una cosa así no se hace por gusto”. Ahí fue cuando él me dijo una frase que resumía todo su sentido de la ética política y del honor: “¡Conchita, valía la pena sacrificar la vida para salvar el movimiento!” [...].⁹

En el Aula Magna de la Universidad de La Habana se expuso su cadáver. El féretro fue cubierto por la bandera cubana y entre las primeras guardias de honor estaba el joven Fidel Castro Ruz.

Su sepelio se convirtió en un acontecimiento nacional. El pueblo perdía a un líder, a un hermano, un revolucionario. Para el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) fue un golpe mortal, y para la política un “aldabonazo”. En el Cementerio de Colón despidieron el duelo Luis

Orlando Rodríguez, José Pardo Llada y Leonardo Fernández Sánchez.

Quien visite la tumba de Eduardo R. Chibás, en el cementerio de Colón en la capital cubana, aún puede leer en algunas de las tarjas, epitafios como: “Símbolo del honor patrio cuya vida la consagró a defender la dignidad nacional”; “Apóstol, ídolo y mártir”; “El cubano más honrado y patriota”, y “Descansa en paz, tu pueblo no te olvida”.

En vísperas de cumplir cuarenta y cuatro años, desaparecía físicamente Eduardo R. Chibás, y sólo dejaba en el banco trescientos pesos, y una deuda de más de cuatro mil, contraída por sus proyectos sociales. Su lucha por acabar con los males de Cuba, su humanismo, sus sueños fueron hechos realidad por uno de aquellos jóvenes que estuvieron a su lado, el cual con creces cumplió con su legado histórico: Fidel Castro Ruz, quien en enero de 1959 le rinde homenaje diciendo:

Fácil es comprender nuestra emoción junto a esta tumba tan llena de recuerdos. Los sentimientos son encontrados. Muchas veces habíamos venido aquí después del 16 de agosto de 1951, antes y después del 10 de marzo. ¡Y por cuán diversas etapas hemos pasado!

Aquel 16 de agosto, la apoteosis del martirio; aquella muchedumbre inmensa que acompañó su féretro hasta este lugar donde descansa desde entonces; aquellos meses que fueron de esperanzas, porque aunque nos faltaba el líder, nos quedaba su fuerza, su prestigio, su pueblo.

[.....]

La historia de la Revolución, la historia del 26 de julio, está

íntimamente ligada a la historia de esta tumba. Porque debo decir aquí que sin la prédica de Eduardo Chibás, sin lo que hizo Eduardo Chibás, sin el civismo y la rebeldía que despertó en la juventud cubana, el 26 de julio no hubiera sido posible. El 26 de julio fue, pues la continuación de la obra de Chibás, el cultivo de la semilla que él sembró en nuestro pueblo. Eduardo Chibás no nos había abandonado, Eduardo Chibás estaba con el pueblo. Su obra estaba latente en el corazón del pueblo y sobre esa base se edificó la revolución triunfante. [...]

¡Eduardo Chibás, tu último aldabonazo ha resonado por fin!¹⁰

Estas palabras del Comandante en Jefe en los primeros días del triunfo revolucionario nos dan la mejor valoración histórica y humanista del líder revolucionario Eduardo R. Chibás.

Notas

¹ En la actualidad, el estado de conservación del edificio López Serrano, es deplorable a pesar de haber sido declarado Monumento Nacional, en particular el apartamento 114, único en este piso, que perteneció al líder de la Ortodoxia.

² Desde 1959 es propietario el maestro y coreógrafo Ramiro Guerra, Premio Nacional de Danza y de Enseñanza Artística, y Doctor Honoris Causa en el Arte Danzario conferido por el Instituto Superior de Arte, quien nos ha permitido hacer el estudio de medición de este histórico lugar.

³ Prada, Pedro Pablo. *La secretaria de la República*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2001. p. 106.

⁴ *Ibidem*, p. 109.

⁵ Fotocopia de los autores.

⁶ Prada, P. P. *Op. cit.* (3). pp. 340-341.

⁷ *Ibidem*, p. 136.

⁸ *Ibidem*, p. 139.

⁹ *Ibidem*, p. 140.

¹⁰ Fidel Castro ante la tumba de Chibás. *Bohemia* (La Habana) 51(3):103-104; 18-25 en. 1959. (Edición de la Libertad)

Otra bibliografía consultada

ALAVEZ MARTÍN, ELENA. *La ortodoxia en el ideario americano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2002.

Diccionario Enciclopédico de Historia de Cuba. La Habana: Centro de Estudios Militares. Ediciones Verde Olivo, 2001. t. 1.

DE LA OSA, ENRIQUE. *Cuba segundo tiempo 1948-1952*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2005.

¿Por qué se suicidó Eduardo R. Chibás?

Jesús Dueñas Becerra

Crítico y periodista

“El hombre sincero tiene derecho al error”.

JOSÉ MARTÍ

La *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, enciclopedia de la cultura caribeña, dedica esta edición de lujo a conmemorar el centenario del natalicio de Eduardo R. Chibás Ribas (1907-1951), figura emblemática de la prensa y la política cubanas en las primeras cinco décadas del pasado siglo.

Si bien la doctrina martiana se estructuró sobre la base de dos ingredientes esenciales: amor y perdón, el también fundador del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) sustentó su pensamiento político en la frase “Vergüenza contra dinero”, y fue consecuente con ese paradigma ético hasta que atentó contra su vida el 6 de agosto de 1951, porque interiorizó e incorporó a su estilo de afrontamiento, que “[...] la vergüenza [no] es más que una manera de morir [...]”.¹

Eduardo R. Chibás nace en una isla tropical recién estrenada como república, donde “[...] hubo dependencia

política, corrupción y rutinas fraudulentas”,² pero “[...] también [...] movimientos culturales, tradiciones cívicas e instituciones públicas que [fomentaron] el desarrollo de una conciencia nacional y ciudadana”;³ en consecuencia, los cubanos bien nacidos y antimperialistas por excelencia lucharon sin descanso no sólo por borrar de la Carta Magna de 1901 el molesto apéndice conocido como Enmienda Platt, que cercenaba la libertad y la soberanía de la mayor de las Antillas,⁴ sino también por establecer las bases democráticas en las cuales descansaría la Constitución de 1940, calificada por la doctora Berta Álvarez Martens, profesora e investigadora de la Universidad de La Habana, como verdadera “[...] lección de madurez nacional”.⁵

En ese contexto socio-histórico (1902-1951), fue configurándose y consolidándose el pensamiento ético-humanista del doctor Eduardo R. Chibás, abogado de profesión y político, periodista y revolucionario por convicción..., nacida de lo más hondo de su *yo* patriótico.

Desde las combativas páginas del *Periódico del Aire*, el eminente orador y periodista denunció los sucios manejos de la politiquería *ad usum* y el robo al erario público perpetrado por los (des)gobiernos republicanos, y convirtió la capitalina emisora Unión Radio en tribuna cívica, desde donde fustigó a los políticos venales y mandatarios sin escrúpulos, que medraban a la sombra protectora del amo yanqui y de la burguesía nacional. Cual Quijote caribeño se lanzó, verbo en ristre, contra los males que corroían a la sociedad cubana de la época, necesitada con urgencia

de adecentamiento y eticidad; valores sobre los cuales se edifica la verdadera democracia.

Al igual que Félix Varela⁶⁻⁷ y José Martí,⁸⁻⁹ el doctor Eduardo R. Chibás se entregó en cuerpo, mente y alma al recto ejercicio del periodismo revolucionario y comprendió, con meridiana claridad, que el periodista comprometido con su patria y con su noble profesión (fuente inagotable de ética, humanismo y espiritualidad), debía desempeñar cuatro funciones básicas: Buscar la verdad, porque “[...] se ha de vivir y morir abrazado a [ella]”;¹⁰ pensar y sentir en función de quienes no poseen riquezas materiales, pero sí dignidad y decoro, y el deber ineludible de unirse a ellos (¿cabe alguna duda de que Chibás recogió la bandera de las ansias populares y la izó frente a los desmanes que enturbiaban el espectro político cubano en los primeros cincuenta años del finado siglo xx?); valorar al hombre no por lo que tiene, sabe o sirve, sino por lo que es: un ser humano que merece, ante todo y por encima de todo, respeto a su inviolable *dignitatis humanae*; y por último, llevar en el corazón un sueño de justicia y solidaridad, porque sabe “[...] mirar a través del alma”¹¹ y va “[...] en el bando de los que aman y fundan”.¹²

Ese revolucionario sin tacha y sin mancha fue víctima de una trampa urdida por roedores de la inteligencia y el talento ajenos, a quienes les molestaba su verbo fácil y encendido: a las manos del honrado periodista llegó una información acerca de un negocio sucio, que señalaba al doctor Aureliano Sánchez Arango, secretario de Educación en el gobierno auténtico del doctor

Carlos Prío Socarrás, como el autor principal del supuesto robo de los fondos del desayuno escolar. Confiado en la veracidad de la fuente, el hábil polemista arremetió contra el doctor Sánchez Arango y lo acusó de ladrón, mientras que el inculpado solicitó pruebas concretas de su participación en el delito a él imputado..., pero el columnista del *Periódico del Aire* no pudo mostrarlas a la opinión pública nacional, porque... no las había, no existían.

El objetivo fundamental de esa cruel y repugnante artimaña, que apagó para siempre ese sol del mundo moral que iluminó a Eduardo R. Chibás durante su fecunda vida pública y privada, no era otro que “silenciar” la pluma y la voz de un hombre honesto, cuyo impactante discurso no sólo irritaba a los funcionarios y políticos corruptos, sino también hacía vibrar de emoción a los cubanos de buena sangre y buen corazón que aspiraban a vivir en un país libre de lacras morales y sociales, y por ende, sano de cuerpo, mente y espíritu; sueño que sólo se haría realidad con el triunfo de la Revolución cubana el 1º de enero de 1959.

Ahora bien, ¿el suicidio de Eduardo R. Chibás opaca su impecable trayectoria cívica y revolucionaria..., como lo han insinuado los detractores de esa figura “clave” de la política y la prensa caribeñas en las primeras cinco décadas de vida republicana?

No lo creo... y voy a fundamentar mi respuesta con base en la martiana *ciencia del espíritu*.¹³ Para el doctor Camilo Simonin,¹⁴ profesor de la Universidad de Estrasburgo (Francia), las causas ocasionales del suicidio o autoquiritia actúan rompiendo un equilibrio psíquico frágil

y provocando el *shock* moral, que exaspera la hiper-emotividad, desencadena la angustia o la depresión, inhibe la autocritica y suprime el autocontrol.

De acuerdo con ese esquema teórico-metodológico, el suicidio es el final de una crisis intrapsíquica (conflicto emocional), cuyo mecanismo se podría resumir como sigue:

a) Causa ocasional (generadora de angustia o depresión), que determina un

b) Estado afectivo violento o *shock* moral, en un

c) Sujeto psicolábil (fluctuante, emocionalmente hablando), dotado de una *constitución* (personalidad) *básicamente afectiva* (sentimental).

En el caso de Eduardo R. Chibás, el temor al deshonor, a la pérdida de la credibilidad, fue la *causa ocasional* que, según el doctor Simonin,¹⁵ explica, pero no justifica, el suicidio de ese hombre virtuoso, a quien los demás “[...] suelen admirar [...] mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino [...], dicen maldades de él, o dejan que otros las digan [...], y le van clavando la puñalada en la sombra”.¹⁶

Notas

¹ Batlle, Jorge Sergio. *José Martí: aforismos*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2004. p. 387.

² Guanche, Julio César. *La imaginación contra la norma*. La Habana: Ediciones La Memoria, 2004. p. 16 (Premio Memoria 2001)

³ Ídem.

⁴ *Ibidem*, pp. 85-103.

⁵ *Ibidem*, pp. 17-36.

⁶ Varela, Félix. *Obras*. La Habana: Editorial Cultura Popular, 1997. 3 t.

⁷ Dueñas Becerra, Jesús. Félix Varela, José Martí y el periodismo revolucionario. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. (La Habana) 96(3-4):150-152; jul.-dic. 2005.

⁸ Martí, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1975. 28 t.

⁹ Dueñas Becerra. *Op. cit.* (7).

¹⁰ Batlle, J. S. *Ob. cit.* (1). p. 385.

¹¹ López, Félix. Vivir en el pueblo y ver las casas. *Granma* (La Habana) 25 mayo 2001:3.

¹² Batlle, J. S. *Ob. cit.* (1). p. 188.

¹³ González Serra, Diego. *Martí y la ciencia del espíritu*. La Habana: Editorial Si-Mar, 1999.

¹⁴ Simonin, Camilo. Citado por Jesús Dueñas Becerra en: “¿Por qué se suicidan los seres humanos?”. *Palabra Nueva* (La Habana) 3(29):11-12; 1994.

¹⁵ Ídem.

¹⁶ Batlle, J. S. *Ob. cit.* (1). p. 397.

Chibás y la muerte

Marta B. Armenteros

Editora

La muerte, palabra que a muchos Lasusta, nunca lo logró con Eduardo Chibás. En reiteradas ocasiones, tuvo que enfrentarla de una manera u otra, pero siempre por una causa justa de acuerdo con sus concepciones éticas.

El 8 de mayo de 1933 es asesinado Antonio Guiteras en El Morrillo, Matanzas. Mientras estaba preso en el Castillo del Príncipe, se entera de la noticia y un amigo le pregunta si valía la pena esa muerte y le responde: “Sí, vale la pena. Claro que se pierde una gran cosa, pero los pueblos aprenden con golpes como este”. Y añade después: “Si el pueblo es noble, vale la pena dar la vida por él. Y si no lo es, más todavía, para que se sacuda, se conmueva y comprenda la nobleza. Nadie aprende si no experimenta dolores”.¹

Cuatro meses después, el 7 de septiembre, con motivo de la llegada a La Habana del acorazado norteamericano *Wyoming*, en zafarrancho de combate, sostiene con un grupo de periodistas de ese país el siguiente diálogo:

–Si desembarcaran sin armas los recibimos como hermanos, pues tenemos una gran simpatía por el pueblo americano, que nos ayudó en nuestra guerra de independencia [...], pero cualquier fuerza extranjera que desembarque armada en nuestra patria [...] la recibiremos a

tiros, aun sabiendo que vamos al sacrificio [...].

–Pero eso sería un suicidio.

–Sabemos que es un suicidio, pero estamos dispuestos a suicidarnos. Estamos dispuestos a todo, antes que consentir esa humillación para nuestro país.²

En noviembre de ese año, a punto de efectuarse las elecciones a la Asamblea Constituyente, a las cuales se presenta como aspirante a delegado por la provincia de La Habana por el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), y para castigar su recta actitud y acendrado civismo, recibe amenazas de muerte, a las que no presta atención alguna, pero en la noche del día 13 es atacado en Miramar por dos individuos que le disparan y lo hieren; los sujetos lo dan por muerto. Logra salir solo del lugar hasta llegar frente al cabaret *Pensylvania*; allí atraviesa su carro delante de un ómnibus de la ruta 32 y toca el claxon. Se baja del auto y mientras aprieta su herida, pide ayuda. Lo llevan a la Casa de Socorro ubicada en 23 y 6, pero en el trayecto son detenidos por una seguidora (así se les llamaba a los carros de la policía), y cuando le preguntan sobre lo sucedido, le dice a uno de los integrantes: “No se preocupe de averiguar. Si muero, será por la revolución”.³

Otro ejemplo: El 5 de junio de 1945 se congregan numerosos expendedores de carne en el Parque Central, en contra del decreto que establece la venta del producto en camiones, pero una contramanifestación, en el Parque de las Misiones, respalda la medida oficial, lo cual origina reyertas entre los dos bandos frente al hotel Sevilla. Ello provoca

la presencia de la policía, que lanza bombas lacrimógenas. Al conocer el incidente, Chibás sale de Palacio y le exige al capitán encargado de dicha barbarie que cese el disparo de las bombas, pero al no hacerle caso el oficial, saca su pistola y resuelto le indica: “Si tira otra bomba me va a tener que matar, porque yo, con una gran pena, me veré obligado a abrir fuego sobre usted”.⁴

El domingo 4 de mayo de 1947 se suicida el alcalde de La Habana, Manuel Fernández Supervielle, avergonzado por no haber podido cumplir su promesa de dar agua a la capital, debido a la falta de apoyo gubernamental. Ante ese hecho, por la noche, en su hora dominical, afirma: “Por eso su muerte es un grito desesperado de alerta en medio de la confusión política [...]. De todos modos hay que reconocer que fue extraordinariamente valeroso, al preferir el honor sin vida a la vida sin honor”.⁵

En el día de su inmolación, el domingo 5 de agosto de 1951, Conte Agüero cuenta que, leyendo el último discurso de Chibás, le sorprendió cómo terminaba:

Al combate corred, ortodoxos,
que la patria os contempla orgullosa,

no temáis una muerte gloriosa,
que morir por la patria es vivir.

Entonces, Conte le dice: “Este final me parece excesivamente dramático”;⁶ por ello, el adalid le responde que borre ese último párrafo, pues improvisaría el final.

¿Qué tenía en su mente?

Ya cuando lo llevan herido al Centro Médico Quirúrgico tras haberse realizado el disparo, les susurra a sus acompañantes: “¡Muero por la revolución! ¡Muero por Cuba!”⁷

La muerte se lo llevó físicamente el 16 de agosto, pero su prédica y sus condiciones morales fueron y son reconocidas por quienes conocen y han estudiado su vida.

Notas

¹ Conte Agüero, Luis. *Eduardo Chibás. El adalid de Cuba*. México: Editorial Jus, 1955. p. 221.

² *Ibidem*, pp. 187-188.

³ *Ibidem*, p. 268.

⁴ *Ibidem*, p. 375.

⁵ *Ibidem*, p. 503.

⁶ *Ibidem*, p. 782.

⁷ *Ibidem*, p. 785.

El brillo de un ejemplo. Chibás, hombre de sol y valor

Mario Antonio Padilla Torres

Historiador

No conocí a Eduardo Chibás, mi edad no me lo permitió, pero tengo la suerte de conocer su legado histórico y su consecuente actitud como revolucionario de su tiempo.

Fue no sólo el hombre de “vergüenza contra dinero”, aunque la frase lo inmortalizó, pues su vida también conformó a un revolucionario teórico-práctico.

A pesar de haber nacido en el seno de una familia rica, supo desde muy joven unirse a las luchas revolucionarias en defensa de su pueblo y de los derechos estudiantiles universitarios participando así en la fundación del Directorio Estudiantil.

Desde las filas de esta organización y con el ejemplo de Mella y Villena irradió en hazañas revolucionarias desde temprana edad, por lo cual sufrió persecución, cárcel y exilio.

Aunque ya pasó el 26 de agosto, día de su nacimiento, su centenario no ha terminado porque los números no cambian las ideas que se convierten en inmortales. A propósito de la importancia del pensamiento de Eddy sólo a dieciséis días del triunfo revolucionario Fidel expreso ante su tumba:

Pero hoy es como el resumen de toda la historia, la historia de la Revolución, la historia del 26 de Julio, que tan ligada está la histo-

ria de esa tumba, que tan ligada al recuerdo de quien descansa en esta tumba, que tan íntimamente ligada está a la ideología, a los sentimientos y a la predica de quien descansa en esa tumba, porque debo decir que sin la predica de quien descansa en esa tumba, porque debo decir que sin la predica de Chibás, que sin lo que Chibás hizo, sin el civismo y la rebeldía que despertó en la juventud cubana, el 26 de Julio no hubiera sido posible.

Estas palabras refuerzan la importancia de la actividad revolucionaria del líder de la ortodoxia, caracterizando su existencia, su ética martiana como la antesala del motor pequeño que echó a andar la Revolución, lo vincula además a la educación patriótica de la otrora nueva generación y lo califica por su teoría y actuar como artífice de la actual.

La piedra angular de su ideología estaba ligada al desarrollo de la virtud martiana y a su doctrina ética heredada de Varela y Luz. Conocer las ideas de Villena y de Mella también lo acercan a un pensamiento de avanzada, de formación de tendencias representativas de la clase obrera y la intelectualidad revolucionaria.

Chibás fue un propagandista por excelencia que rompió con los cánones partidistas al crear un partido que buscaba ser representante del pueblo, fundamentando en nuevas ideas que se propone alcanzar llevando una política diferente a los tradicionalistas.

El movimiento creado alrededor de sus renovadas ideas muestra a la juventud paradigmas para lograr cambios radicales en el país, y de entre ellos germina una pléyade de revolucionarios que siguieron su ejemplo y profundizaron en sus ideas. De sus filas surgió Fidel, que ha manifestado con devoción sus sentimientos éticos

La vida de Chibás pudo ser otra: un millonario, un senador conservador, pero desechó las comodidades para estar junto al pueblo en la lucha contra la malversación, el robo y el pillaje de los gobiernos de turno. Se ganó el liderazgo con su accionar y la prédica revolucionaria.

Su hora radial de los domingos fue una bandera de lucha y una trinchera de ideas en su crítica al saqueo despiadado, y una arenga a la moral verdadera y a los principios martianos.

Poseía la magia de conquistar a las masas, lo cual lo convierte en un propagandista revolucionario más allá de su tiempo. Su inmaculada imagen y su transparente y limpia vida pública más su habilidad como político de justa actuación, y su temperamental personalidad hacen de él un hombre de futuro.

Pastorita Núñez, activa luchadora revolucionaria, expresó en una ocasión: “Cada conversación con Eddy era una enseñanza. Me fue haciendo conciencia sobre la forma de combatir el coloniaje y explicaba por qué era antimperialista”.

Chibás supo llevar a las masas el mensaje ético que tanto se necesitaba, su floreciente liderazgo no gustaba a los regímenes de turno porque eran verdades irrefutables de una gran fuerza moral.

Quizás no hemos sido lo suficientemente justos por no difundir más su legado revolucionario y representarlo, como el propio Fidel reconoció, como un precursor que inspiró a los jóvenes a llevar adelante la obra de la Revolución. Es hora, a mi criterio, de divulgar más su obra, su pensamiento político y valorar en su contexto histórico su accionar revolucionario.

Rescatemos ese pensamiento y hagámoslo público y sistemático, estudiemos además su formación que lo llevó a ser un digno representante de la ética valeriana en el siglo xx, acerquémoslo al siglo xxi donde la nueva generación necesita beber de la fuente de la historia como vía de formación y reafirmación de valores.

El centenario de Chibás no ha terminado, busquemos sus enseñanzas que, con seguridad, nos harán cada día mejores y propiciarán un entendimiento más amplio de nuestra historia.

Ernesto Che Guevara (1967-2007)

Evocación al Che desde las revistas cubanas de los años sesenta*

Vilma N. Ponce Suárez

Investigadora de la Biblioteca Nacional

“Debo comenzar por decir que hemos llegado a la convicción de que esas noticias, es decir, la noticia relativa a la muerte del Comandante Ernesto Che Guevara es dolorosamente cierta”.¹

Con estas palabras el Comandante Fidel Castro Ruz confirmó el 15 de octubre de 1967, ante la radio y la televisión cubanas, la desaparición física de un hombre que por sus cualidades éticas excepcionales se convirtió en paradigma de los revolucionarios de los siglos xx y xxi.

Argentino de nacimiento, obtuvo también la nacionalidad cubana durante la contienda armada iniciada por Fidel en diciembre de 1956, contra la tiranía de Fulgencio Batista y la reprochable injerencia yanqui en la isla.² A los pocos meses de comenzada esta lucha, por su valor, inteligencia y humanismo, el Che era ya una leyenda viva. Así lo reflejó un son popular surgido entre las balas que cambiaron la fisonomía de la Sierra Maestra:

*Quítate de la acera,
Mira que te tumbo,
Que aquí viene el Che Guevara
Acabando con el mundo.*³

Una vez alcanzada la victoria, sus atributos personales se revelaron en cada momento de su existencia: al ejercer como presidente del Banco Nacional y Ministro de Industrias; al representar a Cuba en diversos eventos internacionales, entre ellos, la Reunión del Consejo Interamericano Económico y Social, celebrada en Punta del Este, Uruguay (1961) y la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas (1964); en las visitas que realizó a diversos países encabezando las delegaciones cubanas y en su incorporación a los trabajos voluntarios y otras tareas políticas, en las cuales siempre resultó ser un ejemplo para sus compañeros, amigos y familiares. Trascendió además, como líder del movimiento revolucionario internacional por su participación en la lucha

* En ocasión del cuarenta aniversario del asesinato del inolvidable guerrillero argentino-cubano caído en la selva boliviana cuando luchaba por la libertad de América Latina.

del movimiento antimperialista del Congo, hoy Zaire (1965), y en la formación y dirección de la guerrilla internacionalista en Bolivia (noviembre de 1966 a octubre de 1967). Pero también la condición de adalid de los pueblos la obtuvo por su penetrante crítica al imperialismo y sus observaciones en torno a las estrategias que debían abrazar los revolucionarios del Tercer Mundo en las luchas libertarias y durante el proceso de edificación de la nueva sociedad socialista. Exponía estas ideas en discursos, entrevistas, cartas, relatos y artículos, muchos de los cuales se divulgaron en diversas publicaciones periódicas.

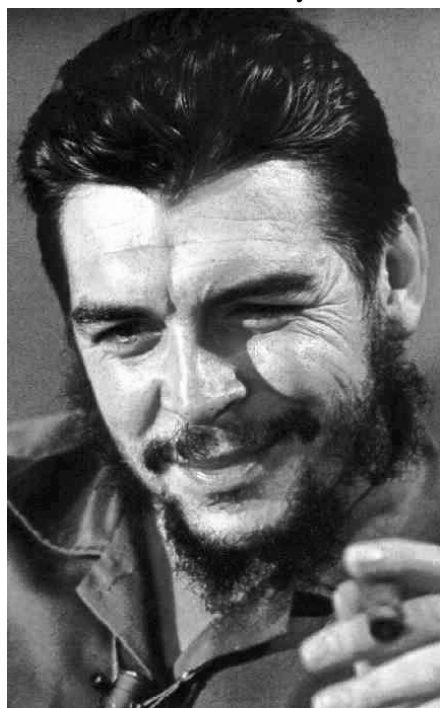
Es notoria la importancia que le concedió a la prensa como medio para compartir experiencias, educar, polemizar, criticar y revelar valiosos testimonios sobre momentos relevantes de la historia más reciente de la nación cubana. En el mes de noviembre de 1957, en la Sierra Maestra, creó *El Cubano Libre*, primera publicación del Ejército Rebelde, en cuyas páginas firmó un grupo de comentarios en la sección “Sin bala en el directo”, con el seudónimo de “El Francotirador”. Años después, en 1959, fundó el boletín y luego revista, *Verde Olivo*,⁴ órgano oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; y en mayo de 1962, *Nuestra Industria*, donde se publicaron ensayos económicos en el marco de la polémica que lideró a favor de la aplicación del Sistema Presupuestario de Financiamiento en contra de los que defendían el cálculo económico. Después el Che promovió *Nuestra Industria Tecnológica* en la cual los técnicos de diferentes esferas produc-

tivas exponían sus criterios y se informaba sobre los resultados de los trabajos voluntarios. En la primera mitad de la década de los sesenta sus artículos aparecieron en estas y otras publicaciones cubanas, entre ellas: *Revolución*, *Juventud Rebelde*, *El Mundo*, *Hoy*, *Cuba Socialista*, *Trabajo*, *Bohemia* y *Humanismo*, así como en la revista brasileña *O Cruzeiro* (16 de junio, 1º de julio y 16 de julio de 1959), a donde envió un breve trabajo con el título “Una revolución que comienza”, que relata la preparación en México de los jóvenes que iniciaron la lucha insurreccional en Cuba y las vicisitudes enfrentadas por ellos durante el viaje en el yate *Granma* y en el desembarco por playa Las Coloradas.⁵

Meses antes de su muerte, el 16 de abril de 1967, se publicó como suplemento especial de la *Revista Tricontinental* un mensaje del Che a todos los pueblos del mundo,⁶ en el cual abordó problemas vitales para el movimiento revolucionario y además exhortó a la unidad y a la creación “[...] del segundo o tercer Viet Nam del mundo”. Este texto también fue una denuncia contra la política imperialista hacia los pueblos subdesarrollados que intentaban alcanzar su emancipación, y se reprodujo durante los meses de abril y mayo en otras publicaciones periódicas como *Bohemia*, *Verde Olivo* y *Cuba*. Las verdades y la energía política contenidas en dicho mensaje se convirtieron de inmediato en consignas de las fuerzas revolucionarias, no sólo de estas naciones, sino también de aquellos sectores contestatarios que emergían en las entrañas de los países capitalistas desarrollados. La repercusión

sión de sus palabras se manifestó además, en los debates y en los acuerdos logrados entre las fuerzas rebeldes del continente asistentes a la primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), celebrada en julio de 1967 en La Habana, donde el Che fue declarado “Presidente de honor”. Transcurría entonces el noveno mes de constituida la guerrilla dirigida por él en Bolivia y en su diario quedó anotado un pensamiento revelador de una personalidad excepcional: “Es uno de los momentos en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres [...]”.⁷

Investido de ambas cualidades: revolucionario y hombre digno, Ernesto



vital del Comandante Ernesto Guevara

uerte antes de
premo, la inde-
rica y del resto
er Mundo, y la
s formas de ex-
el imperialismo.
sin dudas, un
movimiento re-
gran impacto
s de la izquier-
s intelectuales
o. Discurrir en
r rindió tributo
de las revistas
sumir que este
diverso como
perfiles editoria-
nacionales de
ual les posibi-
o imaginativo

que contribuyó con el paso del tiempo a perpetuar su memoria.

Luego de la intervención de Fidel Castro el 15 de octubre de 1967, las publicaciones cubanas evocaron de diferentes formas al Guerrillero Heroico. Aunque varias de ellas estaban en proceso de edición o en la imprenta, sus creadores idearon la forma de rendirle tributo y de reiterar su fidelidad al proyecto emancipador y a la Revolución Cubana.⁸ Revistas como *Verde Olivo*, *Bohemia*, *El Militante Comunista*, *Casa de las Américas*, *La Gaceta de Cuba*, *Unión*, *Universidad de La Habana*, *Revolución y Cultura*, *Pensamiento Crítico*, *Islas* y la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* expresaron en notas o editoriales estas ideas. Así, por ejemplo, Fernando Martínez Heredia, director de *Pensamiento Crítico* y jefe del Departamento

de Filosofía de la Universidad de La Habana, así como los profesores del equipo de redacción, incorporaron un cartón suelto al número ocho (septiembre de 1967), ya impreso, donde declararon que el verdadero homenaje lo estaban realizando los pueblos que en esos momentos combatían contra el imperialismo, principal propósito de la epopeya del Che.⁹

La revista *Casa de las Américas*, dirigida por el ensayista y poeta Roberto Fernández Retamar, agregó un editorial a su número cuarenta y cinco (noviembre-diciembre de 1967) en proceso de impresión, en el cual auguraba un futuro del que hoy somos testigos:¹⁰ “Al rincón de Bolivia donde cayó irán mañana los hombres libres a inclinarse y a agradecer”.¹¹ Por su parte, el también poeta y escritor Samuel Feijóo, responsable de la edición de la revista *Islas*, de la Universidad Central de Las Villas, anexó una nota al número cuatro (octubre-diciembre de 1967), dedicado al “Panorama de la poesía cubana moderna”, en la que distinguió la trascendencia histórica del Guerrillero Heroico:

No ha caído, supervive en el destino –que se fragua– de los pueblos que amó y deseó liberar.

En su viril decisión Ernesto Guevara sacrificó amor, hijos, amigos, hogar, patria, para que otros pudieran tener, en paz y justicia, amor, hijos, amigos, hogar y patria. Así este hombre inmortal. Así, la medida de su grandeza humana.¹²

Una de las revistas de la época, *España Republicana*, dirigida por Manuel Carnero Muñoz, cuando tenía cerrada su edición del 15 de octubre de 1967,

modificó su primera y última páginas para manifestar en ellas su homenaje póstumo. La portada fue ilustrada con una foto del Che en el acto efectuado en la sede la Sociedad de Amistad Cubano Española, el 2 de junio de 1961. La fotografía fue tomada por Raúl Corrales, colaborador de dicha publicación. En la contraportada reprodujeron fragmentos de la intervención de Fidel por la radio y televisión y los acuerdos del Consejo de Ministros y del Comité Central con motivo de su muerte.

Varias publicaciones editaron suplementos o números especiales dedicados al Che, entre ellas la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, de julio-diciembre de 1967, conducida por el sabio profesor e investigador Juan Pérez de la Riva, quien introdujo en el número un breve y hermoso editorial titulado “Comandante Guerrillero”:

Más que una nota, más que una esquela y que un recuerdo, una inspiración, un compromiso y una acción.

Tú eres el Comandante guerrillero, el que conoció la Sierra Cubana. Tú comprendiste que la Revolución era más. Que era empezar de nuevo. Tú renunciaste a una historia en línea recta, a vivir en un presente que dejaba atrás un pasado presente en otras tierras. Tú rompiste la historia personal para vivir la historia de los pueblos. Tú decidiste volver al comienzo porque viste que el comienzo no había concluido. Tú eres el Comandante guerrillero.

América guarda tu cuerpo y respira tu aliento. Tú estarás presente más que nunca en cada vida, en cada acción. Tú eres desde ahora

todo esfuerzo sincero, el síntoma de libertad verdadera. América vive tu vida desde hoy y cada vez. Es nuestro compromiso, Comandante guerrillero.¹³

Che, un hombre de pensamiento

En los primeros meses después de su asesinato, un grupo de revistas cubanas decidieron publicar sus obras, pues consideraban imprescindible difundirlas para que más personas pudieran conocer sus ideas y enfrentar a la avalancha de mentiras y tergiversaciones en torno al Che generadas por los medios de comunicación extranjeros. Un estudio realizado por el profesor e investigador Germán Sánchez, acerca de la imagen aportada por los periódicos latinoamericanos durante los primeros treinta días después de la muerte del Guerrillero Heroico, revela que las referencias a Ernesto Guevara como teórico son pocas o superficiales y por lo general, en la prensa plana predominó la información tergiversada sobre la actuación y el pensamiento del héroe.¹⁴

Esta realidad exigía una respuesta de nuestras publicaciones, muchas de las cuales se distribuían más allá de las fronteras nacionales. Una de ellas, *Pensamiento Crítico*, en su número nueve (octubre de 1967), presentó la selección más completa de la obra del Comandante Guevara, en donde se evidenciaba su valor como pensador revolucionario. Cartas, discursos, conferencias y artículos, aparecieron agrupados con los siguientes encabezamientos: “El Che teórico de la revolución”, “El Che dirigente de las transformaciones revolucionarias”, “El Che y la juventud”, “El Che y la Historia de Cuba”,



“El Che y las cuestiones internacionales”, “El Che sobre el papel de la mujer”, “El Patojo”, y “Cartas”. La publicación recurrió en otras oportunidades a su pensamiento; así, reeditaron este número en marzo de 1968, agregándole los artículos: “Sobre el sistema presupuestario de financiamiento” y “La planificación socialista, su significado”.¹⁵ Al año siguiente, bajo el título “Relatos de la guerra revolucionaria”, presentaron varios de los trabajos no recopilados en el libro *Pasajes de la guerra revolucionaria*, editado en 1963 por la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).¹⁶

Verde Olivo, dirigida por Luis Pavón, reprodujo en su número del 22 de octubre de 1967, muchos de los textos que a principios de los sesenta se habían conocido a través de sus páginas. Estaban principalmente relacionados con las experiencias vividas por el Che como miembro del Ejército Rebelde: “El combate del Uvero”, “El combate de Mar Verde”, “Cuidando heridos”, “Fin de un traidor”, “Llegan las armas”, “El cachorro asesinado” y “Sorpresa en Altos de Espinosa”, fueron algunos de los títulos. Varios de ellos también aparecieron en la *Bohemia* del 20 de octubre de 1967, dirigida por el periodista Enrique

de la Osa. En su integridad estaban redactados en un lenguaje diáfano y directo, regidos por el respeto a la verdad histórica, atributo que siempre caracterizó al Che. Leyendo los relatos se conocen las difíciles condiciones que tuvieron que soportar los “alzados” en las montañas orientales, las que hicieron aflorar en ellos actitudes contrapuestas: un grupo se fue distinguiendo por sus actos heroicos y solidarios, mientras que otros, desertaron o traicionaron, reacciones descritas por el autor con rigor y franqueza. Demostraba la necesidad de mantener la disciplina y de aplicar severos castigos a los infractores de las disposiciones militares, lo cual permitió ir definiendo a los hombres que conformarían el Ejército Rebelde. Expresó, de igual forma, lo imprescindible de alcanzar en la tropa no sólo la fuerza combativa, sino también ideológica, logrando así la participación en ella de los verdaderos revolucionarios. Los textos transmiten la ética que se fue imponiendo en la formación de este ejército, fundamentada en la solidaridad, el respeto al campesinado y a los prisioneros de guerra. Además del valor historiográfico, estos documentos tenían un alto significado educativo e instructivo que fue apreciado por muchas personas, pues ambas revistas tenían una amplia tirada y eran distribuidas también en otros países. La *Bohemia* del 20 de octubre de 1967 se agotó casi de inmediato, aunque se produjo un mayor número de ejemplares.¹⁷ Mientras que *Verde Olivo* llegaba a los combatientes cubanos de todo el país, se intercambiaba con los ejércitos del campo socialista y la obtenían de manera informal los guerrilleros latinoamericanos, algunos de los

cuales visitaron el país en aquellos años por diversos motivos.¹⁸

Moncada, órgano del Ministerio del Interior, editó un suplemento especial en el mes de octubre de 1967 con fragmentos de sus reflexiones sobre el internacionalismo, América Latina, Viet Nam, el pensamiento guerrillero, el partido, los cuadros, la juventud, el arte, la familia y el hombre nuevo. A tono con el carácter de la revista, en los datos biográficos se incorporó una relación de los principales combates donde participó el Comandante Guevara en la Sierra Maestra y en Las Villas.

Entre los escritos más divulgados del Che en los sesenta estuvo “El socialismo y el hombre en Cuba”, redactado en marzo de 1965. Era una respuesta a Carlos Quijano, director del semanario uruguayo *Marcha*, en la que abordó, con su estilo peculiar, diversos temas relacionados con el proceso de construcción del socialismo en Cuba. Guevara mismo recomendó que fuera publicado al unísono en *Marcha* y *Verde Olivo*. Después del 8 de octubre de 1967, el texto íntegro o fragmentos fueron difundidos en diversas revistas: *Pensamiento Crítico*, *La Gaceta de Cuba*, *Bohemia*, *CDR*, *Moncada*, *OCLAE*, *Verde Olivo*, *Alma Máter*, *Revolución y Cultura*, *Revista Tricontinental* y *El Militante Comunista*. En la presentación de esta última, del mes de diciembre de 1967, se valoró dicha carta como uno de los documentos más importantes de la Revolución.¹⁹ Por su parte, en la nota de la redacción de *Verde Olivo*, del 31 de diciembre de igual año, que acompaña al ensayo, se destacó la significación de las ideas sobre la formación del hom-

bre nuevo y su futura influencia en el desarrollo del Congreso Cultural de La Habana que se celebraría en enero de 1968.²⁰

Algunos intelectuales en sus reflexiones sobre Ernesto Guevara elogiaron este escrito, entre ellos, Adolfo Sánchez Vázquez y Graziella Pogolotti. En la revista *Casa de las Américas* el filósofo español lo catalogó como una de “[...] las aportaciones teóricas más valiosas que pueden encontrarse actualmente sobre la concepción marxista del hombre [...] pequeña obra maestra del Marxismo”.²¹ Asimismo, la ensayista y crítica cubana en su artículo, “Apuntes para el Che escritor” lo consideró como uno de sus trabajos emblemáticos:

En “El socialismo y el hombre en Cuba” cristaliza el pensamiento de Ernesto Guevara gobernante. Pensamiento y estilo constituyen aquí, como en toda su obra, una unidad irreductible, pareja y semejante a la que se deriva del vínculo entre elaboración intelectual y existencia. Cristalización y anuncio de la etapa siguiente, puesto que el aliento que corre a lo largo de sus páginas, la visión de futuro, el sentido que cobra el internacionalismo proletario (“deber pero también necesidad revolucionaria”), sitúan este ensayo que toma la forma de una carta junto a los documentos postreros de su existencia de luchador, la carta de despedida a Fidel, la que dirigió a sus padres y la que envió a la Revista Tricontinental.²²

Un documento que causó gran impacto en la sociedad cubana fue el *Diario de Campaña del Che en Bo-*

livia (7 de noviembre de 1966-7 de octubre de 1967), editado por el Instituto Cubano del Libro y distribuido de forma gratuita. Fragmentos de este texto se difundieron en las revistas, siendo las iniciadoras, *Bohemia* y *Verde Olivo*.

Por primera vez

No sólo se publicaron sus obras ya conocidas, sino también materiales inéditos, entre los que estuvo la carta de despedida a sus hijos, presentada en el número especial de *Cuba* de noviembre de 1967. Asimismo, *Pensamiento Crítico* divulgó dos misivas dirigidas a su hija Hildita, la enviada el 15 de febrero de 1966, y la que titularon “En vuelo-Cairo”.²³

La redacción de *Verde Olivo* en el número del 29 de octubre señaló que por primera vez se mostraba el artículo “Camilo”,²⁴ escrito por Guevara para la revista en el mes de octubre de 1964. En la nota introductoria se explicó que el Che consideraba que debía perfeccionar su estilo y por esta razón no se había publicado antes. El trabajo se divulgó también en otras revistas como *El Caimán Barbudo*, *Pensamiento Crítico* y *El Militante Comunista*, y en él revelaba su cariño y admiración por el compañero de luchas; sentimientos similares a los que sentía el pueblo cubano también por él, y sobre todo en ese momento, al conocerse que había sido asesinado. *Islas*, por su parte, en su volumen diez, de julio-septiembre de 1968, presentó como inédito el discurso en “El Pedrero”, Escambray del 8 de febrero de 1959, primera alocución del Comandante Guevara en una concentración popular después que triunfó la Revolución. Al mismo tiempo, esta intervención

fue publicada en la *Bohemia* del 12 de julio de 1968.

Ilustraciones y fotografías

El tributo póstumo al Guerrillero Heroico de las revistas *Cuba*, *Verde Olivo*, *El Militante Comunista*, *OCLAE* y *Bohemia*, incluyó ilustraciones y fotografías, muchas de las cuales impresionan por la energía espiritual que transmiten y el significado que tienen aún en el presente. Son frecuentes las imágenes del Che junto a Fidel y Camilo y la ya conocida foto tomada por Alberto Korda en las afueras del Cementerio de Colón, el 5 de marzo de 1960, en el acto del entierro de las víctimas de la explosión del vapor *La Coubre*. La fotografía se reprodujo en casi todas las publicaciones de la época. Su rostro grave, contenido de dolor ante el crimen, se convirtió en un símbolo de rebeldía contra las injusticias para todos los tiempos. Esta foto aparece también en el número especial de la revista *Cuba* de noviembre de 1967, dirigido por el escritor Lisandro Otero. Se publicaron además otras, acompañadas de frases cortas, algunas del Che. Preparó los textos un equipo integrado por Luis Agüero, Reynaldo González, Alfredo Muñoz-Unsain, Antonio Benítez Rojo y Juan Sánchez, quienes enlazaron imágenes, noticias, disposiciones, entrevistas y anécdotas de personas que compartieron con él en alguna ocasión. Todos estos trabajos en su conjunto reflejaban diferentes instantes de su vida. En las fotos, Ernesto Guevara se nos presenta en su juventud junto a los amigos, durante su recorrido por Suramérica con Alberto Granado, en las guerrillas cubanas y

bolivianas, ejerciendo sus funciones de Ministro, en los trabajos voluntarios, en las Naciones Unidas, en las visitas a otros países, jugando ajedrez, con su familia, fumando un tabaco o leyendo.

Los fragmentos de la comparecencia de Fidel Castro ante la televisión y la radio el 15 de octubre, así como el discurso en la velada solemne en memoria del Comandante Che Guevara en la Plaza de la Revolución tres días después, aparecen también junto a imágenes que reflejan la tristeza del pueblo ante la pérdida de uno de sus líderes más admirados, las que impresionan por su significado y dimensión artística. En este número especial de *Cuba* fueron responsables de la fotografía Alberto Korda, Carlos Núñez, Tirso, Paco Altunaga, Ernesto Fernández, Osvaldo Salas y Hernando López. Esta revista logró con dicha edición, a nuestro juicio, uno de los homenajes de mayor elaboración, originalidad y belleza.

Verde Olivo, *El Militante Comunista* y *Bohemia* también se distinguieron por sus encartes fotográficos. Del conjunto de revistas comentadas, sólo en esta última, del 20 de octubre de 1967, aparecen las fotos del Comandante Fidel Castro en la comparecencia ante las cámaras de televisión, tomadas por Aramis Ferrera, Arnaldo Santos y Paco Altunaga, cuando el líder de la Revolución notificó la existencia de evidencias sobre la caída del Che y presentó algunas de las fotografías que permitieron identificarlo. Las imágenes de *Bohemia* donde aparecen los rostros del pueblo en la despedida en la Plaza de la Revolución son también conmovedoras. Además de los fotógrafos antes mencionados, par-

participaron en este número Gilberto Ante, Sara Kamay, Pablo y Carlos Pildain y Avelino Leal.

A diferencia de estas revistas, en la novena edición de *Pensamiento Crítico*, cuyo diseño estuvo a cargo de Alfredo González Rostgaard, no aparecen fotos, sino diferentes dibujos del rostro del Che y frases cortas extraídas de sus textos; en la portada, el Guerrillero Heroico, vestido con su traje de campaña. Las ilustraciones del número catorce fueron realizadas por niños, como muestra de la pervivencia en las nuevas generaciones de este paladín de los humildes.

Cine Cubano, dirigida por Alfredo Guevara, en su número cuarenta y siete publicó el artículo “Che en el cine”, del realizador José Massip, donde analizó críticamente, desde el punto de vista artístico, los tres documentales realizados en Cuba en “poco menos de una semana” con motivo de la desaparición física de Ernesto Guevara. Estos fueron *Che*, de Enrique Pineda, *Hora de los hornos*, de F. Núñez y *Hasta la victoria siempre*, de Santiago Álvarez, el cual fue concebido para presentarse en la velada solemne el 18 de octubre.

La poética del Che y sobre el Che

La poesía tuvo un significado especial para él, sin embargo, en los años sesenta sólo se conoció su “Canto a Fidel”, escrito en México, en 1956.²⁵ En dicho poema dejó constancia de su firme resolución de acompañar al líder de la Revolución Cubana “[...] a liberar el verde caimán que tanto amas”.²⁶ Fue publicado por primera vez en la revista *Bohemia* del 1º de mayo de 1960 y se

reprodujo en la edición del 20 de octubre de 1967. Otras, como *CDR* y *OCLAE* consideraron igualmente que este era un documento para recordar en los momentos en que ya no estaba entre nosotros. Una prueba de su preferencia por la poesía, es la concisa carta escrita al poeta español León Felipe, al que llamó “Maestro”, donde le confesó que su libro *El ciervo* era uno de los pocos que tenía en la cabecera de su cama. Dicha misiva fue seleccionada por el poeta y editor Guillermo Rodríguez Rivera para formar parte de *El Caimán Barbudo* de noviembre de 1967, dedicado al Comandante Guevara, que sería además, el último de la primera época de la revista bajo la dirección del escritor Jesús Díaz.

Asimismo, los momentos junto al Che que Roberto Fernández Retamar evocó en “Aquel poema”, líneas realizadas para el número homenaje de *Casa de las Américas*, de enero-febrero de 1968, manifiestan la sensibilidad del Guerrillero Heroico hacia las obras en versos. Retamar relató que le había prestado su antología de poesía en lengua española de Onís para que la leyera durante un viaje en avión, donde coincidieron ambos; un tiempo después conoció que Guevara le había pedido a su secretario que copiara el poema “Farewell”, de Pablo Neruda, y no hiciera comentarios al respecto. A los pocos días partió, sin despedirse, a “otras tierras del mundo” a cumplir su misión internacionalista. Quizás no quería que estos versos delataran su próximo destino:

*Yo me voy. Estoy triste: pero siempre
[estoy triste.
Vengo desde tus brazos. No sé
[hacia dónde voy.*

Desde tu corazón me dice adiós
[un niño.
Y yo le digo adiós.²⁷

Su vida y su muerte fueron inspiración para poetas y escritores cubanos y extranjeros. Cuando aún el Che estaba construyendo su historia, Nicolás Guillén, Jesús Orta Ruiz (el Indio Naborí), Miguel Barnet y el también compositor y cantante Carlos Puebla, reflejaron en sus obras la admiración por el héroe. De este último, la revista *Casa de las Américas* de noviembre de 1967 publicó la letra de la guajira *Hasta siempre* (1965), donde es visible el cariño por Guevara:

*Aprendimos a quererte
desde la histórica altura
donde el sol de tu bravura
le puso cerco a la muerte.*²⁸

“Che Comandante”, de Guillén, fue una de las poesías que surgió de la conmoción provocada por la certeza de su asesinato. El poeta la leyó en la inauguración de la velada solemne en memoria de Ernesto Guevara, en la Plaza de la Revolución, y apareció por primera vez en *La Gaceta de Cuba* de septiembre-octubre de 1967, donde se le homenajeó; este sería el poema dedicado al Che más publicado en aquellos años.²⁹ En estos versos, Nicolás Guillén declaró la eternidad de su ejemplo en las tierras de Latinoamérica:

*Estás en todas partes. En el indio
hecho de sueño y cobre. Y en el*
[negro
*revuelto en espumosa muchedumbre,
y en el ser petrolero y salitrero,
y en el terrible desamparo*

de la banana, y en la gran pampa
[de las pieles.
y en el azúcar y en la sal
[y en los cafetos.
Tú, móvil estatua de tu sangre como
[te derribaron
vivo, como no te querían,
Che Comandante,
*amigo.*³⁰

Otro de los poemas de este autor en su honor, “Guitarra en duelo mayor”, fue publicado en el número especial de *Casa de las Américas* acompañado por la música impresa, del compositor cubano Harold Gramatges. Diversos poetas como Samuel Feijóo, Ángel Augier, Sidroc Ramos, Félix Contreras, Mirta Aguirre, Jesús Orta Ruiz y Félix Pita Rodríguez, por sólo citar algunos, compartieron sus versos dedicados al héroe con los lectores de *La Gaceta de Cuba*, *Unión*, *Casa de las Américas*, *Islas*, *Universidad de La Habana* y *Bohemia*. En estas obras palpitaba la admiración y confianza en la permanencia de la energía revolucionaria del Guerrillero Heroico en el suelo americano. Samuel Feijóo lo reflejó así en su poema “Che”:

Retornará como los huracanes
[y los rayos,
todo encendido, como era
y es, en la justicia,
y abatirá a los cuervos y
[a las fieras,
sangrientas águilas.
No haya duelo por él, ganó
[la llamarada
del que se ofrenda entero.
Todos los apaleados del mundo
lo entienden, lo besan, lo sujetan:
[héroe,
sin esperar más gloria que el futuro

*alegre. No haya duelo.
Su victoria es la nuestra,
[no cejamos;
siglo tras siglo.]*³¹

Allende los mares, la poesía también fluyó en los escritores y artistas en aquel momento identificados con los problemas existenciales de los más humildes, y testimonio de ello se pudo apreciar en algunas revistas nacionales, en especial en *La Gaceta de Cuba* y *Casa de las Américas*. La colaboración en el número de enero-febrero de 1968 de esta última publicación fue “[...] una muestra más de la actividad solidaria de los hombres de todo el mundo con las ideas del Che, con su lucha ejemplar, con la Revolución [...]”.³² Mario Benedetti, René Depestre, Luigi Nono, Leopoldo Marechal, Enrique Lihn, David Viñas, Juan Gelman y José Miguel Ullán, son algunos de los autores de dichas obras.³³

Esta fue una hermosa edición de *Casa de las Américas* y su distinción emana, ante todo, de su contenido. Se presentó con uno de los textos más conmovedores publicados en los días inmediatos al asesinato del Che: una carta escrita por su compañera de luchas, Haydée Santamaría, la heroína del Moncada y primera presidenta de la Casa de las Américas, cuyas palabras transmiten todo el amor que sentía por él y la tristeza que la afligía al tener la certeza de que ya no lo volvería a ver:

Che: ¿dónde te puedo escribir? Me dirás que a cualquier parte, a un minero boliviano, a una madre peruana, al guerrillero que está o no está pero estará. Todo esto lo sé, Che, tu mismo me lo enseñaste, y además esta carta no sería para tí.

Cómo decirte que nunca había llorado tanto desde la noche en que mataron a Frank, y eso que esta vez no lo creía. Todos estaban seguros, y yo decía: no es posible, una bala no puede terminar el infinito, Fidel y tú tienen que vivir, si ustedes no viven, cómo vivir.³⁴

El número fue ilustrado con fotogramas del documental *Hasta la victoria siempre*, del director Santiago Álvarez. En la portada y contraportada aparece dibujada la boca de un fusil en cuyo centro, como una bala, la palabra Che y junto a ella, una estrella. Colaboraron en esta edición intelectuales de Argentina, Chile, España, los Estados Unidos, Francia, Italia, Guatemala, Haití, Inglaterra, México, Perú, Uruguay y El Salvador. De Cuba expusieron sus mensajes, recuerdos y comentarios: Raúl Roa, Roberto Fernández Retamar, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Samuel Feijóo, Manuel Moreno Fragnals y Graziella Pogolotti, por sólo citar algunos nombres.

Rodolfo Walsh, Manuel Galich, Adolfo Sánchez Vázquez, Julio Cortázar, André Gorz y Roque Dalton son sólo una muestra de un número mayor de intelectuales que expresaron en esta edición de *Casa...* sus sentimientos e ideas surgidos ante la inesperada noticia de la muerte. “Mensaje al hermano”, de Cortázar,³⁵ fue publicado también en *Cine Cubano*, *Bohemia* y *Revista Tricontinental* y nos refleja a un hombre profundamente identificado con el Che:

Pido lo imposible, lo más inmerecido, lo que me atreví a hacer una vez, cuando él vivía: pido que sea su voz la que se asome aquí, que sea

su mano la que escriba estas líneas. Sé que es absurdo y que es imposible, y por eso mismo creo que él escribe esto conmigo, porque nadie supo mejor hasta qué punto lo absurdo y lo imposible serán un día realidad de los hombres, el futuro por cuyas conquistas dio su joven, su maravillosa vida. Usa entonces mi mano una vez más, hermano mío, de nada les habrá valido cortarte los dedos, de nada les habrá valido matarte y esconderte con sus torpes astucias. Toma, escribe: lo que me quede por decir y por hacer lo diré y lo haré siempre contigo a mi lado. Sólo así tendrá sentido seguir viviendo.³⁶

La revista *Cuba*, noviembre de 1967, de igual forma recibió notas de condolencia de otros intelectuales extranjeros como Manuel Rojas, Cesare Zavattini, Peter Weiss, Juan Carlos Onetti, Pedro Mir, Francesco Rosi, David Viñas, Roberto Matta, Mario Benedetti, Sarandy Cabrera, René Depestre y Atahualpa del Cioppo. Todos ellos coincidieron en reconocer que, aunque ya no estaba entre nosotros, seguía siendo el guía de los “explotados y vilipendiados de América”.

¿Cómo ser dignos de su ejemplo?

El hecho de que Ernesto Guevara no fuera sólo un político y guerrillero internacionalista, sino también un intelectual revolucionario, pues fue médico, ensayista y periodista, lo aproximó mucho más a escritores y artistas de izquierda, quienes se sintieron considerablemente comprometidos a continuar la obra por la que perdió la vida. Tales impresiones fueron expuestas por los invitados al

Seminario Preparatorio (noviembre de 1967) y al Congreso Cultural de La Habana, en sus ponencias, en los debates desarrollados y en las entrevistas a la prensa. El propósito principal de dichos eventos era estrechar la unidad de las fuerzas intelectuales de todo el mundo frente a las agresiones imperialistas.

En el Congreso participaron representantes de los cinco continentes, con diversas ideologías y profesiones. Algunos de los temas debatidos revelan la presencia de su pensamiento: la necesidad de la solidaridad y el internacionalismo con los pueblos del Tercer Mundo; el llamado a la no cooperación con organizaciones o fundaciones manejadas por la CIA y sus acólitos; la defensa de la identidad cultural de los pueblos, así como la crítica como instrumento del devenir social y el compromiso de los intelectuales de los países subdesarrollados y desarrollados con las personas más humildes y explotadas de sus naciones. El consenso logrado en estos temas fue reflejado por diversos medios de comunicación extranjeros como un momento de “luna de miel” entre la vanguardia política de la Revolución y la intelectualidad.

En la *Bohemia* de los meses de noviembre y diciembre de 1967 quedó la constancia escrita de algunas de las discusiones que se desarrollaron durante el Seminario Preparatorio, donde muchos delegados consideraron que el mejor homenaje a la memoria del Guerrillero Heroico era intervenir en la lucha insurreccional con las armas en la mano. Este mismo criterio lo sostuvo Lisandro Otero, director de *Revolución y Cultura* y uno de los organizadores de dicho encuentro, en el

número del 15 octubre de 1967, cuando manifestó:

Che era una síntesis perfecta: hombre de ideas y hombre de acción. O se vive de acuerdo con eso y aspirando a eso o se debe optar por el silencio. O se es congruente con lo que se dice o se debe renunciar al decir.

Un verdadero escritor revolucionario debe terminar en soldado. No se puede enviar a otros al combate si no combate uno mismo.³⁷

Desde otro hemisferio, Peter Weiss, destacado dramaturgo alemán, en su discurso con motivo del asesinato del Che, publicado por el periódico uruguayo *Marcha* y reproducido por las revistas *Revolución y Cultura*, *Islas y Pensamiento Crítico*, censuró la actitud de aquellos, que como él, no siguieron el camino de la lucha armada:

Su muerte nos enseñó una lección. Él, que era más necesario que cualquier otro, mostró lo que él consideraba que era la única cosa válida que se debía hacer. Demostró: si los otros no lo hacen, yo lo haré [...]. Él demostró que lo único válido que se podía hacer era empuñar las armas y combatir al enemigo.

Desde cualquier punto de vista que miramos su muerte, su ejemplo sencillo nos da la respuesta. Ya la respuesta señala nuestra derrota o nuestra cobardía.³⁸

Estas ideas Weiss las reiteró en los versos que envió a la revista *Cuba*:

*Lo dejamos solo.
Debió haber tenido toda
nuestra ayuda.
Ahora hacemos un mártir de él.
Para limpiar nuestras conciencias.*

*¿O estoy equivocado?
¿Era fuerte, activo, lleno de fe?
¿Era el único que se atrevió?
¿Nos enseñó con su muerte
nuestra cobardía?
Aprender
Aprender
Aprender
La lucha continúa.³⁹*

Una visión más abierta del problema la tuvieron otros intelectuales como César López, cuya exposición en el Seminario Preparatorio suscitó amplios debates: “No se trata de pedirle al intelectual de los países no liberados que agarre un fusil y se encarama en la primera montaña que se tope a mano. Eso sería otra responsabilidad, primera si se quiere, e independientemente de su condición intelectual. Se trata de que el intelectual actúe como tal”.⁴⁰

Por su parte, el poeta uruguayo Mario Benedetti en una entrevista concedida a *Bohemia* y en la ponencia que presentó en el Congreso Cultural de La Habana, publicada en las revistas *Casa de las Américas* y *Revolución y Cultura*, sostuvo que el escritor y el artista revolucionario debían demostrar que su labor era imprescindible para la formación del hombre nuevo del cual el Che era su mayor expresión. Asimismo, criticó a algunos hombres de acción por reclamar que el intelectual pasara a ser soldado y dejara de cumplir su función, como si las tareas del escritor o el artista fueran superfluas. Y argumentó:

No todos los intelectuales revolucionarios (empezando por Carlos Marx) terminan en soldados, pero cada vez va apareciendo con mayor claridad que el mero hecho de escribir un libro en América Latina, o de adoptar

una actitud militante, comprometida, significa un riesgo.

A lo largo y a lo ancho del continente, es larga la nómina de intelectuales presos, o apaleados, o torturados, o simplemente despojados de sus cargos, por el solo delito de haber escrito un texto comprometido o de haber adoptado una actitud digna.⁴¹

Es significativo que dicho criterio fuera publicado en *Revolución y Cultura*, cuyo director, Lisandro Otero, había expresado en un número anterior un punto de vista diferente respecto a la posición que debían adoptar los intelectuales, aspecto al que nos referimos con anterioridad. Esta libertad para exponer pensamientos contrapuestos en una misma publicación –de la cual el Che fue uno de sus promotores– es una cualidad que se aprecia en varias revistas de la época, aunque no es menos cierto que la presentación de pluralidad de discursos fue haciéndose cada vez menos frecuente a partir de 1968.⁴² Sí es evidente que tanto una u otra decisión de los intelectuales progresistas –tomar las armas o mantener la lucha desde las trincheras de ideas– eran expresión de una toma de conciencia sobre su responsabilidad social, incitada por el ejemplo del Comandante Ernesto Guevara.

Tanto en el Seminario Preparatorio como en el Congreso Cultural se puso de manifiesto el propósito de trabajar por la formación de un nuevo tipo de intelectual “[...] en el que se daría por igual al pensador, al creador y al hombre de acción”.⁴³ Dicho fin se venía manifestando en el discurso político cubano de los sesenta, donde se abogaba

por eliminar paulatinamente las diferencias entre el trabajo físico y el intelectual y evitar que los escritores y artistas fueran “grupos privilegiados”; por el contrario, se pretendía su conversión en profesionales que asumieran todo tipo de tareas según las exigencias de la sociedad. También se amplió el concepto tradicional de intelectual, pues a estos eventos fueron convocados no sólo escritores y artistas, sino también científicos, investigadores, técnicos y educadores, es decir, todos los que en los campos de las artes y las ciencias podían aunar sus esfuerzos por el mejoramiento de la sociedad.⁴⁴ Una posición adoptada por los asistentes como muestra de un profundo compromiso con la Revolución, fue el acuerdo de renunciar al derecho de autor, proposición basada en la convicción de que las obras de arte debían ser para el disfrute de todo el pueblo.

En el discurso de clausura del Congreso Cultural de La Habana, el 12 de enero de 1968, reproducido por las revistas *Pensamiento Crítico* y *Revolución y Cultura*, Fidel Castro reconoció el importante papel jugado y que debían asumir los intelectuales en la lucha por los derechos soberanos de sus pueblos y la defensa de la verdad en torno al Che. Sobre este último particular expresó:

¿En qué sector fue donde más profundo impacto tuvo la muerte del Che Guevara? ¡Fue precisamente entre los trabajadores intelectuales! No fueron organizaciones, no fueron partidos. Fueron hombres y mujeres honestos, sensibles, los que tuvieron la actitud de asimilar, de comprender, de admirar, de ha-

cer justicia; frente a los que preguntan por qué murió el Che Guevara, frente a los que son incapaces de comprender y que no comprenderán jamás por qué murió, ni serán capaces jamás de morir como él, ni de ser revolucionarios como él.⁴⁵

Para estudiar al Che

Diversos productos informativos relacionados con su vida y obra fueron creados con la urgencia que exigía el momento histórico. La *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (julio-diciembre de 1967) incorporó una bibliografía del Che de los libros, folletos y revistas publicados desde enero de 1959 hasta el 21 de octubre de 1967, y agregó el número del 22 de octubre de la revista *Verde Olivo*.⁴⁶ Un segundo resultado fue una cronología que recogía los momentos más significativos de su corta, pero fecunda existencia. La revista de la *Universidad de La Habana* (julio-diciembre de 1967) también publicó una cronología del período 1959 a 1967. Mientras que *Islas* (enero-marzo de 1968), entregó un “Breve ideario de Ernesto Guevara” donde aparecían sus reflexiones sobre: socialismo, capitalismo, colonialismo, Cuba, lo propio, el pueblo, el error, la burocracia, el trabajo, conciencia, sacrificio, justicia económica, cultura, Organización de Naciones Unidas (ONU), Organización de Estados Americanos (OEA), imperialismo, internacionalismo, americanismo, la lucha armada y variaciones. En su totalidad estos documentos fueron muy importantes para el desarrollo de la docencia y la investigación en aquellos años, más aún

cuando el estudio del pensamiento del Che y su transmisión a las nuevas generaciones era una necesidad política y ética legislada en el acuerdo del 15 de octubre de 1967 del Consejo de Ministros y del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.⁴⁷

Estás en todas partes

La repercusión del asesinato del Guerrillero Heroico en otros países fue reflejada por *Bohemia* en las secciones “En Cuba” y “A través del mundo”, y en *Verde Olivo*, en el espacio “Mirando al mundo”. En estas publicaciones se pudo constatar que no hubo manifestación popular que no alzara como bandera de lucha su memoria. En América Latina se produjeron múltiples acciones guerrilleras; también los estudiantes europeos y norteamericanos en sus protestas contra la guerra en Viet Nam realizaron actividades honrando al Che. Las noticias se refirieron además a la visión de la prensa latinoamericana sobre el suceso y a los mensajes de condolencias enviados por personalidades y organizaciones de todo el mundo. La Sociedad de Amistad Cubano Española, en las páginas centrales de *España Republicana* del 1º de noviembre de 1967, dio a conocer una declaración en la que aseveraron: “Al inclinarse, pues, las banderas de la SACE en señal de duelo y homenaje a la memoria del Comandante Ernesto Guevara, prometemos laborar incansablemente por el desarrollo, fortalecimiento y defensa de la Revolución Cubana, contribuir con nuestro mayor esfuerzo y sacrificio a la libertad de España y a la causa gloriosa de la liberación de todos los pueblos del mundo”.⁴⁸

Especial significación tuvo el comunicado firmado por Marco Antonio Yon Sosa, comandante general del MR 13, y César Montes, comandante en jefe de las FAR de Guatemala, publicado por *Revolución y Cultura* (30 de marzo de 1968), donde expresaron que la muerte del Che era un “grito de guerra” para los revolucionarios latinoamericanos y ratificaron que la lucha armada era la única vía posible para lograr la libertad.⁴⁹

Últimas reflexiones

Las revistas cubanas de fines de los sesenta, puntuales testigos del contexto en que se desarrollaron, reflejaron de disímiles formas este triste momento. Cada publicación, desde su perfil, fue una expresión de la conmoción popular y en particular de la aflicción que embargó a numerosos intelectuales que colaboraban o eran responsables de ellas. Nos presentaron al Che en toda la plenitud de su existencia: guerrillero, intelectual, trabajador, dirigente, padre, hijo, amigo..., y lo hicieron a través de su propia obra y mediante poemas, relatos, artículos, discursos, mensajes, anécdotas, comentarios, dibujos, fotos y cartas, que surgieron espontáneamente como resultado de la mezcla de sentimientos de amor, admiración y dolor provocados por el golpe emocional producido al conocerse la noticia de la caída del héroe.

Mucho se ha escrito sobre el Che desde entonces, pero la significación para la historia y la cultura cubana y de la humanidad de los textos redactados en los días inmediatos a su muerte, no es posible igualarla. Tienen tanta fuerza las palabras y las imágenes que se perciben

al leer las revistas, que nos revelan a un hombre que comparte sus experiencias, trabaja, combate, orienta y educa. Es un Che que compromete, exige y propone el camino a continuar para convertirnos en mejores seres humanos. Vale la pena volver a hojear estas publicaciones después de cuarenta años.

Notas

¹ Castro Ruz, Fidel. Comparecencia en la radio y la televisión nacionales [15 de octubre de 1967]. *Bohemia* (La Habana) 59(42):36; 20 oct. 1967.

² El 9 de febrero de 1959 fue declarado legalmente ciudadano cubano por nacimiento, según el precedente establecido en el caso del dominicano Máximo Gómez, quien también expuso su vida por la independencia de Cuba.

³ Gutiérrez, Carlos María. El Che en lo suyo. *Bohemia* (La Habana) 59(50):8; 15 dic. 1967.

_____. Una madrugada de febrero. *Casa de las Américas* (La Habana) 8(46):44; en.-febr. 1968.

⁴ En *Verde Olivo* también firmó algunos trabajos con el seudónimo de “El Francotirador” y en ellos abordó casi siempre aspectos de la situación internacional.

⁵ Sobre otros trabajos que publicó el Che, consultar:

Bacallao Pino, Lázaro M. Che Guevara, una perspectiva del periodismo. *Cubaperiodistas.cu* 19 de marzo de 2007. En línea. Internet. 21 jun. 2007. Disponible: <http://www.cubaperiodistas.cu/noticias/marzo07/19/01.htm>

⁶ Antonio Paneque Brizuela en “Liberación en tres continentes. Valioso aporte de la OSPAAAL al pensamiento emancipador” precisa que:

El artículo que se esperaba fuera núcleo del primer número de la revista [...] fue solicitado por Osmany al Che mientras este se preparaba en San Andrés, Pinar del Río, para emprender la gesta boliviana. Pero al conocerse que el contenido logrado por el Guerrillero Heroico “iba más allá de las expectativas”, fue diferido y publicado en un suplemento especial, después de los tres primeros combates victoriosos de la guerrilla boliviana comandada por el Che, el 16

de abril de 1967, con un título que pasaría a la historia: “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” y una consigna de sello guevarista: “Crear dos, tres, muchos Viet Nam”.

Granma 24-04-2007 En línea. Internet. 24 mayo 2007. Disponible: <http://www.granma.cubaweb.cu/2007/04/24/cubamundo/artic01.html>

⁷ Guevara, Ernesto Che. “Diario [agosto 8]”. En: *Obras, 1957-1967*. La Habana: Casa de las Américas, 1970. t. 1, p. 592.

⁸ Este trabajo se circunscribe fundamentalmente a los números de las revistas cubanas publicados en el período de octubre 1967 a diciembre de 1969.

⁹ Estando impreso este número... *Pensamiento Crítico* 8 [sept. 1967]: s.p. [cartón suelto]

¹⁰ En la actualidad se erige un monumento a la memoria del Comandante Guevara en el municipio de El Alto, en Bolivia, que medirá unos seis metros. Además, se están celebrando en ese país diversas actividades de recordación al héroe, con la plena anuencia del gobierno presidido por Evo Morales.

¹¹ El Comandante Ernesto Che Guevara. *Casa de las Américas* (La Habana) 8(45):1; nov.-dic. 1967.

¹² Che Guevara. *Islas* (Santa Clara, Cuba) 9(4):[1]; oct.-dic. 1967.

¹³ Comandante Guerrillero. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 58(3-4):5; jul.-dic. 1967.

¹⁴ Sánchez, Germán. “Che: su otra imagen”. En: *Pensar al Che*. La Habana: Centro de Estudios sobre América. Editorial José Martí, 1989. t. 1, pp. 29 y 47.

¹⁵ En este trabajo criticó el artículo “Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las Fuerzas Productivas”, de Charles Bettelheim.

¹⁶ Ver *Pensamiento Crítico* (La Habana) 31; ag. 1969.

¹⁷ Ver: “La Bohemia del Che”. *Bohemia* (La Habana) 59(43):46-47; 27 oct. 1967.

¹⁸ En una conversación con Eduardo Yasell efectuada el 30 de junio de 2007, quien trabajó en *Verde Olivo* desde su fundación y en 1967 era su subdirector, nos explicó que el Departamento de Relaciones Internacionales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias se encargaba de que la

publicación llegara a las embajadas donde había agregados militares. También nos comentó que el Che no sólo colaboraba con trabajos para ser publicados, sino además orientaba la revista y convocaba a los combatientes a escribir para ella, siempre ajustándose a la verdad histórica.

¹⁹ [Editorial]. *El Militante Comunista* (La Habana):2; dic. 1967.

²⁰ Guevara, Ernesto Che. “El socialismo y el hombre en Cuba”. [Nota de la Redacción]. *Verde Olivo* (La Habana) 8(52):23; 31 dic. 1967.

²¹ Sánchez Vázquez, Adolfo. El Socialismo y el Che. *Casa de las Américas* (La Habana) 8(46):149-150; en.-febr. 1968.

²² Pogolotti, Graziella. Apuntes para el Che escritor. *Ibidem*, p. 154

²³ Guevara, Ernesto Che. Cartas/1956-1966. *Pensamiento Crítico* (La Habana) 1(9):212-218; oct. 1967.

²⁴ En realidad salió publicado en *Granma* unos días antes, el 25 de octubre de 1967.

²⁵ En octubre de 1982 las revistas *Cuba Internacional* y *El Caimán Barbudo* publicaron otros poemas del Che junto a “Canto a Fidel”. Ver: *Cuba Internacional* (La Habana) 14(155):62; oct. 1982.

El Caimán Barbudo (La Habana) (178):5-7; oct. 1982.

²⁶ Guevara, Ernesto Che. Canto a Fidel. *Bohemia* (La Habana) 59(42):95; 20 oct. 1967.

²⁷ Neruda, Pablo. “Farewell”. SISIB Universidad de Chile. En línea. Internet. 24 jun. 2007. Disponible: <http://www.neruda.uchile.cl/obra/obrafarewell.html>

²⁸ Puebla, Carlos. Hasta siempre. *Casa de las Américas* (La Habana) 8(45):152; nov.-dic. 1967.

²⁹ Se publicó también en las revistas *Unión, Bohemia, Verde Olivo, Cine Cubano, Universidad de La Habana, España Republicana* y *OCLAE*; además en los periódicos *Granma* y *El Mundo*.

³⁰ Guillén, Nicolás. Che, Comandante. *La Gaceta de Cuba* (La Habana) 6(61):3; sept.-oct. 1967. [Fragmentos]

³¹ Feijóo, Samuel. Che. *Islas* (Santa Clara, Cuba) 6(4):25; dic. 1967. [Fragmentos]

³² Este número... *Casa de las Américas* (La Habana) 8(46):221; en.-febr. 1968.

³³ En 1969 el Instituto del Libro editó una compilación de poesías titulada *Poemas al Che*, realizada por Ambrosio Fornet, donde aparecen los poemas de autores cubanos y extranjeros dedicados al héroe.

³⁴ Santamaría, Haydée. Hasta la victoria siempre, Che querido. *Casa de las Américas* (La Habana) 8(46):4; en.-febr. 1968. [Fragmentos]

³⁵ Cortázar en uno de sus primeros viajes a Cuba pudo leer *Pasajes de la guerra revolucionaria* y motivado por el texto escribió su cuento "Reunión" (1964), donde evocó el desembarco del yate *Granma* en Cuba en 1956. Este relato fue publicado en los números homenajes de *El Caimán Barbudo* y *Casa de las Américas*.

³⁶ Cortázar, Julio. Mensaje al hermano. *Casa de las Américas* (La Habana) 8(46):6; en.-febr. 1968. [Fragmentos]

³⁷ Otero, Lisandro. Che, la razón en caballería. *Revolución y Cultura* (La Habana) 1(2):4; 15 oct. 1967.

³⁸ Weiss, Peter. Che Guevara. *Revolución y Cultura* (La Habana) 1(6):20; 15 mar. 1968.

³⁹ _____. [Murió cuando era más necesario...]. *Cuba* (La Habana) 7(67):98; nov. 1967. [Fragmentos]

⁴⁰ El Seminario Preparatorio del Congreso Cultural de La Habana. *Bohemia* (La Habana) 59(44):69; 3 nov. 1967.

⁴¹ Benedetti, Mario. Esta contienda la está perdiendo el imperialismo. Ent. *Bohemia* (La Habana) 59(52):83; 29 dic. 1967.

⁴² Sobre este particular leer el prólogo de: Pogolotti, Graziella. *Polémicas culturales de los 60*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2006. Ver también: Navarro, Desiderio. In medias res públicas. *La Gaceta de Cuba* (La Habana) (3):40-45; mayo-jun. 2001.

⁴³ Declaración General del Seminario Preparatorio del Congreso Cultural de La Habana. *Bohemia* (La Habana) 59(45):41; 10 nov. 1967.

⁴⁴ No todos los asistentes al Seminario Preparatorio estuvieron de acuerdo con esta nueva concepción del intelectual. Acerca de los enfrentamientos que sobre este tema se sucedieron, se refirió Lisandro Otero en su artículo "El tiempo de RC" publicado en el número seis de *Revolución y Cultura* (nov.-dic. 1991, pp. 7-8).

⁴⁵ Castro Ruz, Fidel. En el Congreso. *Revolución y Cultura* (La Habana) 1(6):9; 15 mar. 1968.

⁴⁶ Este trabajo fue realizado por el Departamento de Consulta y Referencia de esta institución.

⁴⁷ Partido Comunista de Cuba. Comité Central. [Acuerdo]. *Bohemia* (La Habana) 59(42):46; 20 oct. 1967.

⁴⁸ Declaración de la Sociedad de Amistad Cubano Española. *España Republicana* 29(644):15; 1 nov. 1967.

⁴⁹ Yon Sosa, Marco Antonio y César Montes. Ante la muerte de Che. *Revolución y Cultura* (La Habana) 1(7):48-49; 30 mar. 1968.

Otra Bibliografía consultada

BORREGO DÍAZ, ORLANDO. Che Guevara, lector de El Capital. Ent. Néstor Kohan *Rebelión*. En línea. Internet. 2 jul. 2003. Disponible: <http://www.rebellion.org/argentina/030702kohan.htm>

CAIRO, ANA. Ernesto Che Guevara y los intelectuales cubanos. *Universidad de La Habana* (248):44-64; primer semestre 1998.

FERNÁNDEZ ROBAINA, TOMÁS. Bibliografía del Comandante Ernesto Che Guevara de publicaciones extranjeras. [inédito] [mecanografiada] [197?]

GARCÍA CARRANZA, ARACELI y JOSEFINA GARCÍA CARRANZA. *Bibliografía cubana del Comandante Ernesto Che Guevara*. La Habana: Impreso por el Palacio de las Convenciones, bajo los auspicios de la Comisión para Perpetuar la Memoria del Comandante Ernesto "Che" Guevara, 1987.

Portuondo, José Antonio. "Itinerario estético de la Revolución Cubana". En: *Revolución, letras y artes*. Ciudad de La Habana, 1980. pp. 160-187.

Revistas consultadas

- Bohemia* (La Habana) 59(40); 6 oct. 1967. (44); 3 nov. 1967. (45); 10 nov. 1967. (48); 1 dic. 1967. (49); 8 dic. 1967. (51); 22 dic. 1967 y (52); 29 dic. 1967.
- Cuba* (La Habana); nov. 1967.
- El Caimán Barbudo* (La Habana) (17); nov. 1967. (24); oct. 1968 y (35); oct. 1969.
- Cine Cubano* (La Habana) 8(47); 1967.
- El Militante Comunista* (La Habana); nov. 1967.
- España Republicana* 29(643); 15 oct. 1967 y (644); 1 nov. 1967.
- Islas* (Santa Clara, Cuba) 10(1); en.-mar. 1968.
- Moncada* (La Habana); oct. 1967. (Suplemento especial)
- Mujeres* (La Habana) 7(12); dic. 1967.
- Nuestra América. Boletín* 1(10); oct.-dic. 1967.
- OCLAE* (nov. 1967)
- Pensamiento Crítico* (La Habana) (14); mar. 1968. (27); abr. 1969. y 33 (oct. 1969)
- Revolución y Cultura* (La Habana) 1(3); 30 nov. 1967. 1(7); 30 mar. 1968. 1(12); 15 ag. 1968 y 2(Suplemento 2); 15 febr. 1969.
- Revista y Boletín Tricontinental* (La Habana) 2(11-12); febr.-mar. 1967. (15); jun. 1967. (20); nov. 1967 y (21); dic. 1967.
- Unión* (La Habana) 6(4); dic. 1967.
- Universidad de La Habana* (186-187-188); jul.-dic. 1967. (Número especial)
- Verde Olivo* (La Habana) 8(42); 22 oct. 1967. (43); 29 oct. 1967.

MEDITACIONES

Palabras de agradecimiento por el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda*

Fina García Marruz

Poetisa, ensayista e investigadora literaria

Quiero antes que nada dar las gracias al Jurado que me ha hecho el honor de conferirme este Premio Iberoamericano Pablo Neruda. A la académica chilena Ana Pizarro, al poeta peruano Carlos Germán Belli y al cubano y compatriota nuestro, Roberto Fernández Retamar. Muy en particular quiero dárselas a la presidenta de Chile, Michelle Bachelet, por lo que entiendo que es también una distinción a mi país y a la cultura cubana. De mi prestigioso jurado quiero expresar el respeto que siento por sus obras. A Belli lo conocimos en nuestro lejano viaje a Florencia, sorprendiéndonos que hubiera podido escapar del avasallador influjo del cholo universal, Vallejo, con esa poesía suya, de una modernidad distinta, tocada de un fino arcaísmo. En cuanto al poeta que da título a este premio, Neruda, junto a Gabriela Mistral los dos nombres más altos de la poesía chilena, son voces que han atravesado los límites de la cordillera andina para hacernos lle-

gar a todos, la hermosura de la geografía de su patria y el heroísmo de su historia.

Desde los tiempos de la que llamara Neruda “lengua de jaspe” de Ercilla se glorió el valor araucó, que hermanó al propio el militar español, más allá de la crueldad de la conquista, honrando a Caupolicán y a aquellos otros héroes que la resistieron sin proferir una queja. Y nosotros tuvimos al poeta habanero-español Manuel de Zequeira, cantor y partícipe de la batalla de Yacsi, que conmovido ante tan desiguales armas de combate, al ver caer a un indio, el pecho desnudo y el penacho de plumas, se dolió como de un hijo y prorrumpió: “¿Quién sufrió nunca penas tan extrañas?”.

El segundo encuentro decisivo con España fue cuando la guerra civil. La guerra civil española representó el reencuentro de españoles y americanos, después de siglos de enfrentamiento, en defensa de lo que llamó Martí “la repú-

* Fueron pronunciadas por el ministro de Cultura de Cuba, Abel Prieto en la ceremonia efectuada en Santiago de Chile el 20 de julio de 2007.

blica moral”, que parecía haber predicho cuando dijo: “[...] los cubanos empezamos la guerra y los cubanos y españoles la terminaremos”. El odio a España siempre propició la anexión al norte. La América mestiza, en que en una misma familia se pueden encontrar, junto a ancestros indígenas o africanos, ancestros andaluces o castellanos, catalanes o canarios, sintió siempre a España como una unidad, distinguiendo “su mal gobierno” del que Martí llamó “el sobrio y espiritual pueblo de España”, la España de Ovando o de Pizarro y la del padre Bartolomé de Las Casas, que honrara Neruda en su *Canto general*. No odió Martí a España, como tampoco Neruda. El autor de este poema, en el que están como vivos todos los héroes y mártires de la Conquista, fue también el que en la guerra civil escribiera España en el corazón.

De sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, qué joven americano no quisiera haber escrito sus versos a la estudiante de “eras la boina gris y el corazón en calma”, quién después no se apresuró a buscar sus anteriores y posteriores libros. De ellos nos quedaría en el oído la palabra inglesa *farewell* que a él lo remitiera a aquellos emigrantes de Far West y otras latitudes que, en su juventud solitaria, levantaron sus tiendas cerca de Temuco. Palabra que sólo en la última sílaba retenía algo del bien buscado en nueva tierra, en tanto la primera quedaba vibrando en el oído, nublada de añoranzas.

A su *Tentativa del hombre infinito* le señaló la crítica el influjo dominante de Sabat Ercasty, del que tenía la inspiración de su ancho verso libre, liberado al menos de la rima, y en

cuya exclamativa “¡Alegría del mar!” no reconocimos del todo a aquel distinto mar suyo, que sorprenderíamos después, en nuestra visita a Isla Negra, frente al nada pacífico Océano, del que nos dice que era a la vez un “no” y un “sí”, capaz tan pronto de arrasarse la tierra como de alzarla de nuevo, con todos sus olores y colores, en una embriagante resurrección vegetal, que sería la única en la que creería siempre.

En su *Tentativa...*, como en el acaso menos estudiado de sus libros, *El hondero entusiasta*, se iría aproximando a esa separación definitiva de Ercasty que fueron sus *Veinte poemas...* hacia un tono menos declamatorio y más íntimo, llevándolo a su definitiva *Residencia en la tierra*, cuya audacia y belleza sorprendieron a la crítica americana y europea con un lenguaje nuevo. Manifiesta en esos versos aquella “tentativa de infinitud” (“¡Salir, salir de mí, Dios mío!”), que a su hondero entusiasta ha de llevar a lanzar su piedra no sólo contra el gigante de sobrehumana fuerza, sino aún más lejos, hacia aquella línea del horizonte que une cielo y tierra y que siempre tendrá que ver con la esperanza.

De Darío, autor de *Cantos de vida y esperanza*, al que Vallejo llamó “el cósmico”, queremos hablar, de la luminosidad de su palabra y no de las sonoridades fáciles que la imitación modernista hizo de nuestro gran movimiento fundador, ya que a él le deben todos. Junto a Martí, al que llamó Maestro, representa la doble vertiente ética y estética de aquel romanticismo libertario de Byron y Heredia, de esencia y no de escuela, de su: “¿Quién que es no es romántico?”.

¿Cuándo Neruda empezó a leerlo? Nunca sabemos cuándo es que empezamos a leer a un poeta así. Su recuerdo no lo abandonó nunca, comunicándole ese secreto de dicha que tiene la creación poética, aun cuando se escriban los versos más tristes esta noche, comunicándole siempre la fe en una salida, que su temprana *Tentativa del hombre infinito* pareció vislumbrar: “Está lloviendo de repente mi puerta se va a abrir”.

Una lluvia acompaña sus primeros recuerdos, una presencia constante del agua que caía incesantemente alrededor de su casa, no por unos días o meses, sino, como en el Macondo garciamarquense, durante varios años, empapando los pies que se hundían en el barro, echando de menos al sol que había de endurecerlo, fortaleciendo las simientes –sus avasalladores gerundios, que tienen el tiempo de la vida–, rompiendo los terrores hasta alzarlos a la luz.

Aquel joven provinciano pobre que recorría las calles de Temuco con la capa negra oscura de su padre, no por parecerse a Bécquer sino por resguardarse del mucho frío, sólo recordará después los versos de Gabriela, aquellos que dicen de los pies de los niños amoratados por el frío: “¡Cómo os ven y no os cubren Dios mío!”.

Sería también el hombre que en una única foto de las muchas que reproducen los libros que se le dedican, aparece fugitivo de su propia patria, atravesando los Andes, tratando de alcanzar la frontera con la Argentina, con los pies descalzos encogidos por el frío. El mismo de los versos de *Residencia en la tierra*, que todos paladeamos, pero de los que nos dirá que fueron escritos en la temporada

más solitaria y desesperanzada que tuvo en la tierra.

Nunca se vio a Neruda más feliz que a su paso por el Madrid anterior a la guerra, en que conociera a toda la joven vanguardia española y en que haría con Federico un alegre “alimón” –juego de toreros, en que se enfrentan juntos a un toro con una misma capa– en que los dos preguntarían al harto olvidadizo Madrid: “¿Dónde está el parque Rubén Darío?”. “¿Dónde está la tienda de rosas Rubén Darío?”. Aca-so se refiriera, sobre todo Federico, a aquel primer viaje del poeta, a finales del diecinueve, recién nombrado cónsul de Nicaragua, en que les señalara a los jóvenes Machado y Juan Ramón –como ambos reconocieron al saber de su muerte, después de un primer rechazo al peor modernismo, plaga en América– su verdadero camino.

Neruda recuerda a Federico como “derrochador de alegría”, aquel capaz de romper a bailar en medio de la calle sin importarle el respeto del mundo, y ya fuera de él, por lo que al conocer de su trágica muerte, lo que habrá de preguntar es: “¿se puede asesinar a la alegría?”.

Darío, que echó de menos un eje ético en la naturaleza y en la ambivalencia de sus dones, preguntó a Dios por qué si había creado las palomas creó también los gavilanes. La razón a secas no podía contestárselo. Entonces peregrinó su corazón y trajo “de la sagrada selva la armonía”. Unión amorosa de los contrarios, como la del arco guerrero y la lira, en la definición clásica de la armonía. Equilibrio que llamó Martí “la ley matriz, la ley estética esencial”. Equilibrio de las almas y los cuerpos

que sin él se vendrían abajo, de las fuerzas positivas y negativas, que de no ser más fuertes las primeras ya habrían dado fin al mundo. De él extrae su fe en la victoria final de su lucha: “Vea el que desconfíe a la naturaleza equilibrada y triunfante”.

No le llamó Darío “sagrada” a la selva sino hasta entonces. Al igual que Neruda, cuya selva “secreteta” no es la darwineana del triunfo del más fuerte.

El eros nerudiano no tiene que ver con las cacerías africanas de Hemingway ni con la eficacia británica de la prosa de Laurence en la India, escritores a los que respeta, pero que ya eran dueños de su estilo antes de novelarlos. No es el caso de Neruda, que sólo va a encontrar su propia palabra en su estancia en la India, donde escribiría su *Residencia en la tierra*. Allí le vendrá siempre el recuerdo de “la encandilada, pálida estudiante”, que acaso conociera en su estancia en Santiago; el recuerdo de esas decisivas experiencias de su juventud. Aquel joven “tímido y caballeroso” al que asaltan dos “precoces y diabólicas” jóvenes que lo miraban ruborizándolo, a las que se acercó atraído por un cestillo tejido que tenían con unos huevos de codorniz color turquesa. De su paralizante encuentro sólo dirá “y allí se acabó el nido”.

En la India, la birmana y dulce Jossie Bliss, la más apasionada de sus amantes, que se vestía como una inglesa, tan celosa como para preferir verlo muerto que ajeno, a la que descubre con terror un cuchillo oculto para matarlo, y de la que decide escapar en secreto, y “huir dulcemente” como dijo Gide que tuvo que hacer al romper su amistad

con Claudel, no obstante reconocer su genio superior al suyo.

En su “Tango del viudo” recordará el incidente llamándola: “¡Oh, Maligna!”.

Hay otro pasaje, acaso el más revelador de su vasta experiencia amorosa, que es el del paso de una bella y rara paria, de la raza tamil, casta de los intocables de la India, reducida al triste oficio de la limpieza de inmundicias. Neruda, siempre atraído por el secreto genesiaco del que llamara un amigo “el nacimiento de Venus de las aguas”, tendrá un encuentro que habrá de revelar ese escalón último del abandono humano por el que hallará retórico el “abandonado” de sus *Veinte poemas...* Fría como una estatua, más allá del goce o del dolor, menos que una piedra en manos de su eventual dueño, se le aleja sin un reproche, sin ni siquiera desdeñarlo.

¿Alguna relación con el Rimbaud de “todas las monstruosidades violan los gestos atroces de Hortensia”, lo que ha sido “la ardiente higiene de las razas”? ¿Algo que ver con las “distracciones vagamente higiénicas” con el Esposo infernal? Sólo el reproche, que él mismo se hace por aquel encuentro con la abandonada, y su toma de partido por ella: “Amores novicios. Encontrad a Hortensia”.

De pronto recordamos que llama a su autobiografía no sólo Memoria sino Confesión, si bien no en sentido sacramental. Neruda, como todo poeta, se confiesa en la palabra, y una vez consideró como el origen más antiguo de ella junto a sus experiencias de juventud, lo que llamó “su infinita compasión ante la desventura humana”.

Ya nos hemos referido a la huida secreta de su apasionada amante Jossie Bliss, quien sin esperanzas de recobrarlo

no descansará hasta volverlo a encontrar. Entonces, anegada en lágrimas lo besa hasta los pies. Y he aquí que Neruda ve de pronto como la tiza de los zapatos le ha enharinado el rostro, casi como una desdichada actriz, con algo de la Gelsolmina de Fellini. La ve en su absoluta orfandad, y más allá del terror sentido ante la probabilidad de que le hundiese, dormido, su terrible cuchillo, renuncia completamente a la idea de abandonarla. Afortunadamente su buena estrella lo lleva a dejarla, para encontrar finalmente la paz y armonía rubeniana con mejor compañera de peregrinaje.

Permítaseme el recuerdo de unos versos de Cintio (Vitier) que sólo cito por la relación que guarda con las raíces de la palabra “materia”: “Materia, madre, mar, María,/ nombres que vienen del origen...”.

Y aquí la palabra María no tiene que ver con la evangélica ni con una fe que sabemos no tuvo Neruda sino, justamente, con la común etimología de estas palabras. ¿Pues no llama Neruda al océano madre? ¿No se nombró en tiempos de la conquista a la Virgen Madre América y no seguimos llamando Madre Tierra a la tierra?

El culto a la María virgen de la poesía provenzal parecía guardar la confusa memoria de una relación original, “el trovar clus” que admiraba Lezama en sus trovadores, lenguaje solo oscuro por secreto. ¿Y no es lo que llama Neruda la “selva secreta”, que tanta relación tiene con Darío?

Recordemos, al centro de su *Residencia en la tierra*, su Ángela Adónica: *Hoy me he tendido junto a una joven pura*

*como a la orilla de un océano
blanco
como en el centro de una ardiente
estrella
de lento espacio.*

La relación de Neruda con las materias: agua, sal, aceite, que la poesía de Gabriela volvió sacramentales, no es la de un filósofo positivista sino de origen popular, él llamará a sus cantos a la materia *Odas elementales*. No fueron los poetas líricos de antaño los que compararon los ojos de la amada con las estrellas sino que es la Física moderna la que descubre, como recuerda Ernesto Cardenal en su “Canto cósmico”, que estamos hechos de “la misma materia que las estrellas”. “Polvo, pero de estrella”, como recuerda Quevedo, tan amado por Neruda, al que tuvimos la suerte de escuchar cuando estuvo en La Habana, descendiendo del estrado del Ateneo para recorrer sus pasillos mientras leía los “Poemas al Amor y la Muerte”, haciendo suya la resistencia a dejar atrás el cuerpo, a liberarlo del alma:

*¡Médulas que han tan
gloriosamente ardido!
Aún recuerdo su voz aindiada,
parecida a la de Gabriela, aunque
alargando más la penúltima sílaba:
Serán cenizas mas tendrán sentido.
Polvo serán mas polvo enamorado.*

Neruda también se resistió a separar cuerpo y alma en su despedida de la tierra.

Allí, en sus Memorias, el recuerdo de la madre que perdió, como Darío, sin llegar a conocerla. Aquella madre “enlutada” de la que sólo sabe que “hacía versos”, en cuyo baúl sorprendería

un paquetico de cartas de algún Alberto o Enrique dedicadas a María Thielman, de posible ancestro alemán, quizás alguna de aquellas esposas de emigrantes ingleses, irlandeses y sefarditas, que llevaban “código y Biblia”, tan civilizadores. Ellos le dieron al poeta provinciano el conocimiento del otro lado del mundo y el precoz deseo de recorrerlo. El baúl, con postales de artistas, tenía cintas con algunos cabellos atados.

La “naturaleza y el amor” fueron, nos dice, las dos fuentes de su poesía. Entremos entonces en las páginas que presiden sus Memorias sobre el bosque chileno:

*La selva secreta, la madre oscura:
Bajo los volcanes, junto a los
ventisqueros, entre los grandes
lagos, el fragante, el silencioso, el
enmarañado bosque chileno...*

Él discierne cada uno de sus follajes diferentes, el lineal, el encrespado, el ramoso, el lanceolado, y con esa insistencia suya en el término aplicado a todo lo finito, los ve cortados como por una tijera de movimientos infinitos. Penetra en su nariz “el aroma salvaje del laurel”, el del boldo, el del frangísipan, el de la magnolia. Un ave atraviesa la selva fría, y desde su escondite “el silencio suena como un oboe”.

La naturaleza, donde al decir de Emerson todo es conjunto, le produce, nos dice, “una suerte de embriaguez” que incita, antes que a su esplendor, a las fuerzas que la acechan: “Al tronco podrido hongos negros y azules le ponen orejas y plantas parásitas le colman de rubíes o le prestan barbas”. “Brotó veloz una culebra desde sus entrañas

podridas como una emanación, como si se le escapara el alma”. En el autor de los “Tres cantos materiales”, cuánto espíritu. Nacido en Parral, lugar de viñedos, que como los cedros del Líbano, se consideraron sembrados directamente por Dios mismo, dedicará el primero de ellos al “Estatuto del vino”, el segundo a la alegría de los mercados en su “Apogeo del apio”, pero el tercero a su “Entrada en la madera”, sin duda el más visionario de sus cantos.

También a Gabriela, a quien tuvo la dicha de conocer y de oírle sus versos, le atraería la fragancia reminiscente del bosque:

*Viene un aroma vuelto en ráfagas.
Soy muy dichosa si lo siento.
De tan delgado no es aroma.
Siento el olor de los almendros.*

Algo más elemental aún, el olor, que no se queda sino que va y viene a ráfagas. Ella siente cada primavera como la Primera vez, como cuando la Creación del mundo. Él quiere llegar al corazón del bosque, no al perfume Ronsard de las rosas sino al que emana de la resina del tronco. Ella llama a Martí el “escritor más ostensible en mi obra”, que prefiere al oro impuro, el del bosque eterno “cuando rompe en él el sol”. Ella canta la almendra última de todo. Él ve a Martí como una semilla que habrá de renacer en una nueva necesidad histórica, yacente en la tierra “como una almendra pura”. Y qué bien se entendieron el luchador comunista y la poetisa cristiana.

Tenían en común el amor a las raíces de las palabras, que son las mismas que las de la acción. Neruda, en un arranque de sinceridad de poeta

agradecido, dijo que si bien los españoles se habían llevado en sus galeones casi todo el oro de América, nos dejaron en cambio el oro no corruptible de su idioma, roca de unidad y resistencia frente al imperio, incluso de los propios indígenas, que divididos en etnias y credos distintos, algunos rivales, mal hubieran podido defenderse y constituir “Nuestra América”.

Es verdad que Martí diría, con ironía rara en él, que los americanos habíamos pagado demasiado caro “la sonoridad de la lengua española”, pero no se perdió la lectura de todos los clásicos en el Ateneo de Madrid y amó la lengua paridora de Quevedo como la más necesaria a los que hoy vivimos.

Gabriela, de la misma ascendencia vasco-indígena que Neruda, diría del idioma arribado, que fue “Almirante arcángelico de las Tres Carabelas”, que nos trajeron en ellas la “Cartilla de José de la Luz”, el axioma de Varona, idioma en que se vertió la poesía cubana, y “los versos cantables de Martí”, es decir, del Apóstol de nuestra independencia. En su estancia en La Habana ella dijo: “[...] me gusta nuestra común bandera y estrella de cinco puntas, que a pesar de pureza es pura ardentía, brasa blanca que cae a la vista, ardiendo hacia el pecho, como la mano, tal vez de Dios, que todo lo da y no se cierra nunca”. Pura ardentía que nos remite a la ardiente estrella de su Ángela Adónica.

De la crueldad de la conquista sólo quedó en el idioma el “deje” del habla natal, que está en el “parla y parla” de la tarde cocinera de Vallejo y en la Gabriela de “El ruego”, parlándole a Dios un crepúsculo entero. Quedaron

las semillas y las piedras. “Somos piedra triturada”, diría el poeta. Vallejo sentiría, bajo el Arco del Triunfo napoleónico, llorar a las piedras.

El cantor de las “Alturas de Machupicchu” sintió erguirse la piedra cansada del Perú, gloriando a sus hombres desaparecidos. Poema que nos recuerda a aquella “Visión de Toledo” del soneto de Góngora, que viera como altura que, “precipitante, ha tantos siglos que se viene abajo”, o como el Niágara de la crónica martiana sobre el poema de Bonalde, en que el estrépito de la caída no turba el iris de colores que se remansa en las aguas profundas.

Neruda nos habría de contar su primer encuentro con Gabriela, recién nombrada maestra del Liceo de niñas de Temuco, “[...] una señora alta, con vestidos largos y zapatos de tacón bajo” que aún no sabía que era Gabriela Mistral. Demasiado joven para ser su amigo, demasiado “tímido” y “ensimismado”, la veía pasar por las calles y “tenía miedo de acercársele”. Cuando empieza a visitarla —ella le regalaba libros—, incluso le pareció “buena moza”. Oigamos la bella evocación: “En su rostro tostado, en que la sangre india predominaba como en un bello cántaro araucano, sus dientes blanquísimos se mostraban en una sonrisa plena y generosa que iluminaba la habitación”.

Recuerdo que a mí también me sorprendió esa sonrisa blanquísima, que me parecía de sal niña, una sensación de elemental pureza como de agua dando contra peñascos oscuros, sonrisa que irrumpía de pronto en el rostro grave. Era uno de esos rostros en que,

como el de Vallejo, la estructura ósea era más dominante que lo volandero de las carnes y que resisten al tiempo con la belleza que ya en los otros se va desvaneciendo. Su autoridad natural unida a una desarmante sencillez, a la vez invitaba y detenía. Sólo la naturaleza sabía ser así, tan imponente y sencilla.

“¡Lea a los rusos!” Le dijo al joven provinciano que leía cuanto le caía en la mano “de Salgari a Ibsen”. ¿Echaba algo de menos la maestra en su formación? Le da tres nombres: Dostoievski, Chéjov y Tolstoi. ¿Por qué los rusos? El cristianismo ruso, tan distinto al francés: más intelectual, o al heroicamente santo de la doncella de Orleans, distinto también al cristianismo español de “Santiago y cierra España”, cuya verdadera impronta quedó en el pueblo sencillo, ajeno a la historia eclesial o a la reforma carmelitana de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, perseguidos por querer devolverle a la Iglesia la pureza primitiva, historia que por cierto debió conocer el abuelo del poeta que puso a su hijo José del Carmen.

Neruda, más allá de la admiración que tuvo por esos genios de la literatura universal, confiesa que serían mucho más para él, que lo acompañarían siempre. Es una de las causas por las que me referiré al influjo indirecto que tuvo en su pensamiento y en su vida el legado hebreo, no por comunidad de fe. Era aquella piedad, tan intensa.

El Dostoievski de Neruda es el de *Las pobres gentes*, acaso más que el personaje de *El Idiota*, ese príncipe Mishkin encantador, que es una especie de Cristo ruso, que lo lleva a sentir piedad no sólo por la víctima sino por el aún más desdichado que acaba de

asesinar a la mujer que ama y se le derrumba sollozante en el regazo mientras él le acaricia los cabellos, una vez inocentes.

Su Tolstoi, posiblemente el de la gesta heroica antinapoleónica de *La guerra y la paz* más que el de *Resurrección*, el de la fiesta de aquel día en que los soldados rusos atravesaban la trinchera y se abrazaban con los enemigos, que se sentían cristianos, diciéndoles: “¡Ha resucitado!”. O aquel que un pasaje de la misma novela, en medio de una gran fiesta familiar en que ya valsan y se separan los principales personajes, de pronto atraviesan la trama unos desatendidos niños, que con alegres gritos corren y se persiguen, en rápido pasaje de un indecible encanto.

Su Chéjov era el de los relatos siempre breves e incisivos, como el de aquel cuento, “Tristeza”, tan imitado como inimitable, en que un cochero que acaba de perder su único hijo, necesita decirselo a alguien sin lograr que lo oigan sus despreocupados pasajeros y al llegar a la casa se lo cuenta a su caballo.

No le creamos cuando al centro de sus Memorias asegura que detesta la palabra “esencia” y la palabra “espíritu”. Sólo detesta el abuso que hacen de ellas los que hablan de esencia sin recordar las pobres existencias, y de “espíritu” para olvidar las necesidades elementales de los hombres. En la primera página de sus Memorias, él nos dará, paradójicamente, la esencia del bosque chileno.

En las palabras preliminares de sus Memorias, no por amor excusable a su tierra natal es que asegura que quien no conoce el bosque chileno no conoce el planeta. Él vive junto a un océano

que se lleva casi la mitad del globo, y lo sabe, en que después de los estremecimientos telúricos, la naturaleza, como una amante, se yergue con más brío y, como una madre, va reconociendo a todos sus hijos.

“¿Qué signo haces, temblor de hojas, que atraviesa el silencio de estos follajes, el grito lejano de un animal confuso?”. Él sólo nos dice que de aquel silencio salió a andar y cantar por el mundo.

En la relectura de Neruda que he hecho en ocasión de este premio me han sorprendido aspectos de su poesía que no advertí en mis lecturas de juventud, como también de su autobiografía, *Confieso que he vivido*, que acaso no leí enteramente, y a la que quiero dedicar finalmente mis palabras.

En aras de la brevedad y tratándose de un libro de cerca de quinientas páginas, oceánico recuento de sus encuentros o desencuentros con hombres que marcaron una época, inolvidables poetas y modestos hombres imprescindibles de su pueblo, junto algún que otro prescindible, si algún hombre lo es, quiero compartir con ustedes mi sorpresa ante algunos fragmentarios pasajes, discontinuos, perdidos, en que sorprendemos algunos rasgos instantáneos del Neruda que no habíamos visto.

Entre las sorpresas no es la menor aquella, a la que antes me he referido, que trata sobre lo que debió al legado hebreo, tema cuyo más extenso desarrollo reservo para el ensayo de Neruda en el que estoy trabajando, “El legado hebreo o la inaudita intensidad”, y del que adelanto sólo una referencia familiar. No me refiero al legado que dejó en la cultura universal un imperio

que sembró la América de templos cristianos, que va desde las corales de Bach a los Salmos de Stravinski y a los *spirituals* afronorteamericanos.

Por lo pronto vemos que, como de pasada, nos dice que un hermano de su padre puso a sus cuatro hijos nombres de profetas hebreos: Amós, Oseas, Joel y Abadías, profetas menores, menos frecuentados que Isaías o Ezequiel, y que su padre le puso a él Neftalí (nombre que se cita en Jueces 4,5 y en Josué 19,32, y que junto a Zabulón, arriesgó su vida en la defensa de Israel). Lo que hace pensar en la posibilidad de una familia de judíos que buscaron asilarse en América, preferiblemente en lugares apartados, conversos al cristianismo. En cuanto al nombre que dio su tío a uno de sus hijos, Oseas, recordamos que al bíblico le ordena el Señor: “Cásate con una adúltera” (Oseas 3,4), que habrá de redimir y que identifica con “El adulterio de Israel”; que se relaciona con el gran tema del pasaje final del Apocalipsis, en que aparece ya prostituida, junto a la Bestia o Fuerza sin el Espíritu; tema siempre aliado a la final conversión de su pueblo elegido.

También Gabriela mencionaría a una “tía judaizante” que pudo ser la que llevó al apartado valle del Elqui, en que vivía, el único libro que había en la casa, cuyo influjo va a ser decisivo en su formación cristiana y sin el cual no es imaginable su obra. No es el caso de Neruda.

No pretendemos confundir la elección de unos nombres, que pudieron deberse a una preferencia cultural o literaria o al gusto exclusivo por su sonoridad, o acentuar el ascendente genealógico, pero

tampoco excluirlo. Mucho menos acentuar en Neruda el influjo del texto bíblico que no aparece en su obra.

No cultivamos la paradoja, pero podemos decir que lo que Neruda tiene de coincidente con la Biblia es la severa crítica de los cinco primeros libros atribuidos a Moisés (el Pentateuco), es decir, su total rechazo a las religiones, que considera a todas idolátricas, y la revelación hecha al pueblo judío de que la única y verdadera era la que quería que reinase el amor y la justicia entre los hombres. No es la única por ser monoteísta frente a las otras politeístas, la diferencia no es cuantitativa sino cualitativa; no por gusto, el ex sacerdote jesuita y teólogo de la Liberación, Porfirio Miranda, en su libro *Marx y la Biblia* llama a Marx “el último de los profetas hebreos”.

Lo del “opio de los pueblos” parece moderada crítica frente a su abominación de los cultos rituales puramente externos. El “Misericordia quiero y no sacrificio” recorren del Antiguo al Nuevo Testamento. “Yo no vine a ser servido sino a servir”. Rechazo de una Iglesia triunfalista que soñaba con sustituir el cetro de Roma por el de Israel. Judas era un patriota zelote que no perdonó a Cristo que no quisiera hacerse rey y que extendiera el legado judío, al universalizarlo con su: “Id y predicad por todas partes” el evangelio de la conversión de los pecadores, que dijo que “Es el enfermo y no el sano el que necesita médico”.

Nos queda referirnos al ya propiamente legado cultural francés: Neruda y Rimbaud, Neruda y Proust.

No podemos entrar ahora en esa página en que Neruda parece alejarse de

la cultura francesa y, no sin razón, culpabiliza a la crítica burguesa y a los cantos de Maldoror de haber puesto de moda la desdicha, lo infernal, lo satánico –que siempre fueron más vendibles el terror y el crimen que la *Geórgicas* de Virgilio. Páginas en que rechaza aquel Lautreamont, verdadero conde de otro mundo que no nos pertenece, que encuentra folletinesco, no sin saber que era algo más, y a la cultura francesa que admira, pero que “no viene bien a mi traje”, prefiriendo una copla de *Martín Fierro* o la natural “miel turbia” de Gabriela. Según esa crítica, el poeta debía torturarse y sufrir, debía seguir (con lo que se incluye a él mismo) “escribiendo la canción desesperada”, y que condenaba al poeta al tugurio, al hospital, a la morgue y a ser crucificado. “Pero el mundo cambió –nos dice– y los poetas de hoy encabezamos la rebelión de la alegría”.

Culpabilizar a la crítica de la poesía porque fuera desdichado Hölderlin, Rimbaud “errante y amargo”, o que se ahorcara Nerval, sin duda excede a la culpabilidad de la crítica burguesa. Justamente los que Darío incluye en *Los raros* son los marginados por la burguesía francesa y no sus representantes, Neruda mismo rectificaría su hartazgo rápido juicio sólo unas páginas después: “La inclinación profunda del hombre es la poesía, y de ella salió la liturgia, los Salmos y también el contenido de las religiones”.

Nos dice que en las primeras edades “el poeta se tituló sacerdote para preservar su vocación”, pero en la época moderna el poeta, para defender su poesía, ha de tomar la investidura que le dan la calle y las masas. “El poeta civil

de hoy sigue siendo el del más antiguo sacerdocio”, antes “pactó con las tinieblas” y ahora debe “interpretar la luz”.

Todas las críticas fueron justas, pero lo que se echa de menos es el olvido de las fuentes comunes, que separan el origen de la poesía del de la religión mosaica, la alegría de la Pascua hebrea que significa el fin de las supersticiones y las tiranías. A Moisés, guía religioso y político de su pueblo, al que Martí dedicó en Caracas su primer discurso revolucionario, lamentablemente perdido, con lo que nuestra educación perdió el vínculo entre religión y política. La universidad americana, las revoluciones americanas, tuvieron que nacer laicas en una Iglesia ligada a la colonia.

Ya sabemos la amistad que tuvo Neruda con Eluard y con Breton, con los que compartía la pertenencia al Partido Comunista, aunque confesó que se sentía más cerca del poeta que del teórico del movimiento, autor también de *Nadjá*, novela ejemplarmente breve, en que dio la lección que pocos de sus seguidores aprendieron: que una alucinación no debía tener doscientas páginas. En cuanto a Eluard, tenía un encanto que podía prescindir de la pedagogía del *Manifiesto surrealista* que sin duda influyó en toda la poesía y pintura modernas, y a quien también bastó un solo verso amoroso para dar esa mezcla de sueño y vigilia que tuvo lo mejor del movimiento: “Tu cabellera de algas sobre el vacío del mundo”.

Neruda mantuvo toda la vida su amistad con ellos, aun cuando ya habían roto con el Partido, por esa relación familiar diaria en que diálogos y cenas compartidas a veces sobreviven a las

propias discrepancias políticas. Vallejo rompió definitivamente con ellos ante una crítica justa, que dejaba afuera la necesaria militancia:

Un albañil se cae del andamio
[y ya no almuerza.
¿Voy a hablar después de André
[Breton?

En cuanto a Rimbaud los surrealistas siempre habían preferido al “enfant terrible”, al blasfemo de *Una temporada en el infierno* sobre el visionario de *Iluminaciones*. Breton creía detestable que Claudel quisiera presentarlo como un cristiano cuando allí estaban sus blasfemias contra la religión, la patria, el honor militar francés que tan poco ejercieron en las colonias y a las que se refiere con evidente sarcasmo. Paterné Berrichon: cuñado de Rimbaud, había querido tranquilizar a la burguesía católica francesa presentándolo como un tardío converso. El error de Breton fue confundir a Claudel, que pertenecía también a la más alta intelectualidad francesa, amigo de Jacques Riviere, compañero de infancia del autor de *El Gran Maulnes*, con Paterné Berrichon. Riviere en su recepción completa de la *Temporada* y las *Iluminaciones*, que hoy la crítica precisa que fue un texto posterior, señalaría esos momentos que pareció olvidar Breton, como: “La verdadera vida está ausente”. Quedarse en la *Temporada* y su desprecio al trabajo parece olvidar los dos pasajes finales que señalara Riviere del autor de *Adiós y partida*, del que ya en la propia *Temporada*... hay adelantos estremecedores. El que despreciaba el trabajo y dijera: “No trabajaré”, dirá: “¡Yo, yo que me he llamado mago o

ángel, dispensado de toda moral, soy devuelto al suelo, con un deber que buscar, y la realidad jugosa por abrazar! ¡Campesino!", y antes: "Esclavo, no maldigas la vida". Seguir insistiendo, como Breton, en la invitación a la Impureza, como si sus partidarios no fueran ya legión, es olvidar que Rimbaud, cuando tiene por un momento la visión absoluta de la Pureza, exclama: "Oh, desgarrador infortunio".

El Rimbaud de Neruda es el que relacionaba su experiencia de la India con la que tuvo Rimbaud en África. El Rimbaud de la foto, en que aparece con un rictus de asco, de "Abandono Europa", el de la foto que se hizo a sí mismo en Harar, con los pies desnudos, lavado al absoluto sol de la intemperie. El que dedicó también sus *Iluminaciones* "Al espíritu de los pobres y a un muy alto clero", cuando se prefería hablar del bajo. El que escribió en "Democracia" la más vidente de sus premoniciones: "masacraremos las rebeliones lógicas", sólo comparable en su crítica a la que hiciera Ezra Pound a sus compatriotas con su gran poema a la "Usura": con usura, "no va la oveja al mercado". No reconocieron el rostro de Cristo en su texto "Genio", donde no aparece con ninguno de los rasgos de su nacimiento o crucifixión, ni como historia pasada, sino que se siente su "paso" inefable hacia una nueva Navidad sobre la tierra: "Nos ha conocido a todos y a todos nos ha amado". "Sepamos llamarlo y verlo y despedirlo". "Y en lo alto de los desiertos de nieve, seguir sus visiones, sus soplos, su cuerpo, su día".

Tendría que destacar aún otros dos pasajes, menos directos, de su relación con Francia.

El primero es al que llama "Las tres viudas", esposas de quienes fueron madereros enriquecidos, y que viven solas y enlutadas en una casa, al fondo del bosque por el que Neruda gustaba aventurarse solo, siempre confiado en que habría alguien que podría orientarlo, con ese valor inconsciente de los jóvenes. Ya completamente perdido ve la casa encendida, en que toca para buscar asilo, identificándose como un escritor en quien podían confiar, hablándoles presumiblemente en francés y citando de paso a Baudelaire. Y ahí viene el milagro, al oír este nombre las viejecitas le abren la puerta a un recinto mucho mayor, y le ofrecen una cena espléndida con el orgullo único que les quedaba de su tierra natal: la exquisita comida francesa. Al poeta aquello le pareció un palacio dentro de un lago, que tiene algo de las alucinaciones simples rimbaudianas, lo de "una mezquita en el fondo de un lago" sentimos también una reminiscencia vaga de "la extraña fiesta" de *El gran Maulnes*.

Neruda tiene la peculiar disponibilidad del poeta para lo que llamaríamos "el encuentro misterioso". Es el del conde Arnaldos, la mañana de San Juan, cuando oye cantar a un marinero la canción más hermosa que jamás oyera. Algo del recuerdo del cuento infantil "La casa encendida en el bosque" que sólo encuentra el que está perdido por amor a él.

A otro escritor francés que no solemos relacionar con Neruda es al que dedico el segundo pasaje.

Con precisión de poeta, Neruda, que no es un creyente, ya vimos que llama Confesión a sus memorias con tácito conocimiento de lo liberador de la palabra

—conocimiento tan antiguo como el hombre—, utilizando el término para distinguirlo de lo que hay en el texto de Memoria, distinción que ya intentara al principio, al preferir sobre el “memorialista” histórico, que no ha de omitir ningún dato, al poeta que como él dice, trabaja a relámpagos de luz y sombra. No es así rara esa excepción que va a hacer con Proust, un poeta de la memoria, y de ese singular pasaje de *Por el camino de Swan*, que le hace revivir los tormentos, amores y celos de su adolescencia, se trata nada menos que el pasaje de la *Sonata de Vinteuil*.

Dos adjetivos le han detenido, el escritor nombra al pasaje “aéreo y oloroso”, y a Neruda, que se confiesa terrestre y nada aéreo, le llama la atención lo de “oloroso”. Ya conocemos, por sus páginas sobre el bosque, su enorme sensibilidad olfativa, sólo comparable a la auditiva que tuvo Darío, así que pregunta a un amigo musicólogo qué músico pudo haber inspirado ese pasaje, “no fue uno sino varios”, le dice: Saint-Saens, Schubert, D’Indy, Fauré, César Frank, Wagner. Reconoce su falta de cultura musical, no conocía a todos esos músicos. Pero al fin consigue un álbum de tres discos con la *Sonata para piano y violín* de César Frank y, él mismo nos lo cuenta: “Allí estaba la frase de Vinteuil”. “No había duda, allí estaba la frase de Vinteuil, no podía haber duda alguna”.

Neruda reconoce al gran realista poético y crítico “de una sociedad agonizante que amó y odió”, así como su conocimiento abarcador del arte de todos los tiempos. Pero estamos ante un testimonio sobre todo personal, que despierta sentimientos que tenía por perdidos. Y ahí viene la página increíble:

“La frase se envuelve en la gravedad de la sombra, enriqueciéndose, agrandando y dilatando su agonía. Parece edificar su congoja con una estructura gótica que las volutas repiten llevadas por el ritmo que eleva sin cesar la misma flecha”.

El elemento nacido del dolor busca una salida triunfante que no reniega en la altura su origen trastornado por la tristeza. Parece enroscarse en una patética espiral mientras el piano oscuro acompaña una y otra vez la muerte y la resurrección del sonido. La intimidad sombría del piano da una y otra vez a luz el serpentino nacimiento hasta que amor y dolor se enlazan en la agonizante victoria.

Mientras cuento mi emoción al leer a este Neruda casi proustiano, que me ha hecho recordar el piano en sombras del Fauré de *La buena canción*, en primaveral diálogo con una voz femenina, un músico muy querido me interrumpe para darme un consejo acerca de las palabras sobre Neruda que estaba escribiendo para este Premio: “Sería mejor que buscaras otro pasaje, ya que lo que se espera es que hables de poesía, no de música...”. “Sí, hijo” le dije, ya sé que no soy musicóloga, pero lo que me parece extraordinario es que Neruda, que tampoco lo era, por la intensidad del pasaje, que empieza oyendo, como es común al que no sabe de música, como fondo de sus propios recuerdos, se va separando de ellos, hasta oír la música en sí misma, buscando una salida, que tampoco reniega de su origen, hasta que el diálogo del piano en sombras y el violín agudísimo se enlazan y lo que ya oye es el silencio mismo de las mú-

sica, que renace en su final victoria. Revive no lo que sabe sino lo que no sabe de sí mismo. Con el misterio hemos topado. Con el misterio, bordeando a ciegas “la música callada” y “la soledad sonora” de San Juan de la Cruz.

La experiencia del que ha empezado por confesarse como ignorante de las obras clásicas que para él eran “cajas ausentes o cerradas” reconoce por lo menos a tres de los músicos, que según le dijeron habían inspirado el pasaje: un elemento romántico primero “¿schubertiano?”, “¿el órgano que tocaba César Frank en la Iglesia?”. Más que el filtro amoroso de que beben *Tristán e Isolda*, elemento pasional que no deja atrás, el formal e independiente de “una estructura gótica”, que dentro del mismo pasaje responde al tema de la mitología alemana, o sea, a Wagner, en que se funden el amor y la muerte, en lo que llama “resurrección del sonido”, que va a sentir, primero que en la música, al leer a Proust.

Neruda se interesará en la música hindú, también impresionado por esos instantes “librados del orden del tiempo”, como dijera Proust.

La música popular sí lo conmueve enteramente (“Mátame, vidalita”), la quena humanada incaica, flauta aborigen que eleva a las serpientes, que también a Gabriela la llevaran a introducir las cuecas y las rondas infantiles en su poesía, ya que, como diría nuestro Mariano Brull, “[...] la prosa se hace con lo que se sabe y la poesía con lo que desconocemos”.

Olvidamos que España sembró también de iglesias, templos y catedrales que aún asombran al continente americano entero, y el pueblo, que no asistía

a conciertos ni a exposiciones de pintura, oía misa. Nuestro Julián Orbón, músico de Orígenes, sentado al piano nos demostró muchas veces el origen litúrgico de la música popular de España y América, incluyendo sones cubanos o el polo margariteño venezolano, en que pasaba el tema del “In saecula saeculorum” de la melodía a la armonía.

El conde Keyserling, en sus *Meditaciones suramericanas*, puso de moda una visión de la naturaleza americana como anterior al quinto día según el texto bíblico, es decir, anterior a la Creación del hombre. El maestro argentino Martínez Estrada, ya sin velado desdén, iría a dar parecida visión en su *Radiografía de la Pampa*.

A Neruda le dolieron las críticas implacables de Juan Ramón, pero hay que convenir que con nadie fue más implacable que consigo mismo, cuya obra se pasó la vida transformando. Celoso de las corrientes que creía dañinas a la poesía española como otros creían dañina a la suya, Juan Ramón veía a la poesía como una .mujer: “Tengo a la poesía en mi casa, por su gusto y el mío, y nuestra relación es la de los amantes muy apasionados”.

No podía comprender Juan Ramón esa naturaleza en constante transformación que hizo a la crítica hablar de la “enumeración caótica” del americano, desde una poesía del reposo de la forma en su plenitud –la de “no la toquéis ya más que así es la rosa”. Eran dos poéticas distintas, no podía comprender Juan Ramón sino a lo que “tal como en sí mismo” sólo la eternidad lo cambiaba, y eso que no era un mallarmeano.

Su agudísima hiperestesia tenía que llevarlo a la creación de un género: la caricatura lírica. Solía decir que había que ser indulgentes con los que empiezan, recordaba sus primerizas “Ninfeas” y “Almas de violeta”, ediciones que recogió completamente, pero muy exigente con los que ya consideraba jóvenes maestros, e implacable con los viejos poetas, que podían influir en los que empezaban.

Neruda lo atribuyó a la envidia, “supuesto pecado capital sólo de España”, que ya tenía Caín por Abel, pero él mismo dice después, enseguida, que no podía haber envidia en “un poeta de tal esplendor”.

No envidió al joven Alberti sino que escribió su carta, después prólogo, a su *Marinero en tierra*, ni al joven pastor de cabras Miguel Hernández, al que llamó el “milagro de Orihuela”, ni a Federico, con el que, en el Parque del Retiro, se lo ve riendo junto a su hermana niña. Mucho menos podía envidiar a sus propios discípulos, a los que tenía ya por jóvenes maestros, en los que vigilaba lo que creía que dañaba a su poesía. Guillén quería ser un poco el Valéry español cuando su *Cántico* continuaba la mejor tradición de la poesía popular de España, vertida principalmente en metros cortos:

*Oh, luna, cuánto Abril!
qué vasto y dulce el aire!
Todo lo que perdí,
volverá con las aves.*

Y así fue. Cuando en La Habana unos jóvenes quisieron alagar a Juan Ramón hablándole mal de Guillén, los detuvo como plantando quijotesca lanza: “¡Un momento! Pero Guillén es el diamante”.

El mismo que, caricaturizando su estudiada frialdad, podía escribir: “Cuando llegó a Murcia, nevó”.

Tuvimos ocasión, Cintio y yo, al visitar a Guillén en Nerja, de contarle este episodio, y nos dimos cuenta de que lo conmovió vivamente.

Lo importante es que los dos se relejeron con cuidado y más que rectificar sus primeros juicios, ahondaron en ellos. Neruda no deja de reconocer, por dos veces, “que en el pan de la poesía entra la retórica”, aunque, como dijera Martí, antes que el talento abominara la retórica el talento la había creado. Lo sabía el que llevaba en sus bolsillos, al desembarcar en Cuba, una *Vida de Cicerón* y sirvió a su verbo en su oratoria revolucionaria. En cuanto a Juan Ramón, llegó a calificar a Neruda como “el poeta mayor de América”.

Es curioso que le dice las mismas palabras con que lo recibiría Vallejo la primera vez que se encontraron: “usted es para mí el poeta mayor de América”, a las que Neruda contestó que si quería ser su amigo no empezaran tratándose como dos personalidades. Y mucho honra a la modestia de Neruda, al ver que sus palabras parecieron enojarlo, reconocer que Vallejo venía de una cultura milenaria muy refinada, de mayor cortesía, mostrándose desfavorablemente a sí mismo al decir que lo hizo sentirse como un rudo aldeano.

La página que le dedica Neruda a Vallejo, con el que muchos quisieron enfrentarlo para disminuirlo, revela que él también sintió en Vallejo la fuerza mayor del ancestro indio que compartían y que estaba más allá de cualquier consideración de tamaño. Revela que

penetró completamente en la nada común peculiaridad de su carácter, más bien algo taciturno, con el que compartió experiencias de un rasgo poco señalado en él: su alegría.

Quisiera detenerme un momento en lo que creo que fue la causa inicial de esta mutua incompreensión. Ni Juan Ramón era “un demonio barbudo”, ni Neruda era “un gran poeta malo”, aunque antes de llamarlo malo lo llama “gran poeta”. La causa hay que buscarla en que Juan Ramón, que confesó que nunca había leído un libro completo, al leer su “Oda a Federico” –muerto recientemente–, poema al que dirige su crítica, no podía comprender que necesitara hablar de hospitales, barrios marítimos y sastrerías cuando toda su poética buscaba el “nombre exacto de las cosas”.

La oda nerudiana a Federico es, en verdad, un gran poema imposible. Lo escribe loco de dolor. A veces parece que delira. Sabe que no podrá escribir lo que llama oda, y no lo es a lo Andrés Bello, sino una elegía.

Así da entrada a sus condicionales “Si pudiera...” que repite dos veces. Sabe que no puede. Acude a todos sus adverbios, “heridamente”, “perdidamente herido”, y a uno que le viene de su juventud: abandonadamente. El poema sólo se le alza cuando recuerda su “risa de arroz huracanado”. “Déjame coronarte, joven de la salud y la mariposa” siempre con imágenes de vuelo como en su gran “Oda a Alberto Rojas Jiménez”, que no en balde elige para terminar el tríptico de su *Residencia...* –poema que tiene relación con el de Federico que vuela “vestido de durazno”–, más allá de las sombras, más allá de la muerte: “Oh deudo mío, vienes volando”.

Neruda manifiesta en su “Sucede que me canso de ser hombre” un cansancio, como todo en él, “infinito”. El poeta no sólo se cansa de “sus pies y sus uñas” sino de los incontables objetos materiales que lo abruman en un medio consumista que establece un inesperado nexo con aquellas páginas que Juan Ramón publicara en Cuba, “Límites del progreso”, en que hace una verdadera sátira del mundo moderno, de los múltiples “aparaticos” que lo componen, de su viaje a Nueva York, en que se pregunta si lo que ve “¿es la luna o el anuncio de la luna?”. Lo que no deja de ser una previsión acerca de los límites de la ciencia, que no debía llegar a las bombas nucleares, y que ya advirtiera Martí cuando esto no preocupaba a los ecólogos.

Después de la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, España se volvió hacia sí misma. Nadie de la generación del 98, o de los pensadores jóvenes como Ortega, advirtieron el menor peligro en una nación que este consideró joven y sin peso en la historia, aun cuando escribiera sobre *El tema de nuestro tiempo*, y que sólo Juan Ramón tocó en estas páginas. Hoy sabemos que el tema central en nuestro tiempo es si podrá el hombre seguir residiendo en la tierra.

Quiero terminar con uno de los pasajes que más me conmovieron de sus Memorias. Era entonces muy joven y él recuerda a un cisne herido que unos pescadores dejaron medio muerto. Pero oigámoslo contar a él mismo:

Fue cerca del mar, en Puerto Saavedra, imperial del sur. Era una de esas aves maravillosas que no he vuelto a ver en el mundo, el cisne

de cuello negro. Una nave de nieve con el esbelto cuello como metido en una estrecha media de seda negra. El pico anaranjado y los ojos rojos. Bañé sus heridas y le empujé pedacitos de pan y de pescado en la garganta. Todo lo devolvía. Sin embargo fue reponiéndose de sus lastimaduras, y comprendió que yo era su amigo. Y yo empecé a comprender que la nostalgia lo mataba. Y entonces, cargando el pesado pájaro en mis brazos por las calles lo llevaba al río. Él nadaba un poco, cerca de mí. Yo quería que pescara y le indicaba las piedrecitas del fondo, las arenas por donde se deslizaban los plateados peces del sur. Pero él miraba con los ojos de triste distancia. Así, cada día, por más de veinte, lo llevé al río, y lo traje a casa. El cisne era casi tan grande como yo. Una tarde estuvo ensimismado cerca de mí, pero no se distrajo con las musarañas, aunque yo quería llevarlo de nuevo a pescar. Entonces se estuvo muy quieto y lo tomé de nuevo para llevármelo a casa. Entonces, cuando lo tenía a la altura de mi pecho, sentí que se desenrollaba como una cinta, algo como un raso negro le rozaba la cara. Era su largo y ondulado cuello que caía. Así aprendí que los cisnes no cantan antes de morir.

Me gusta imaginar a Neruda leyendo, tantos años después, el poema de Darío, de *Cantos de vida y esperanza*: “¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello [...]?”.

Acaso pensando en su pobre cisne. O el poema a Teodoro Roosevelt, al

que llama el Gran cazador, recordando a aquellos pescadores que viera en el lago Budi, clavando su arpón sobre los cisnes, que como albatros de pesadas alas, intentaban huirles, patinando sobre las aguas, hasta que caían medio muertos; poema que Darío le dedicara al Presidente, diciéndole: “y puesto que contáis con todo, sólo os falta una cosa: Dios”.

Algunas veces pensé lo distinto que era el cisne insigne de Darío, que pusiera en su cuello interrogante su protesta antiimperialista: “¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?”.

Pero era el poeta mismo el que parecía contestármelo en el poema: “Era su largo y ondulado cuello...”. Era el mismo, con el que probaba que los cisnes si cantan al morir.

Todos somos hoy conscientes de un desequilibrio de aquellas fuerzas matrices, tanto de la estética como del equilibrio del mundo por el que tanto creyó Martí que había que luchar. Ustedes celebran anualmente una hermosa fiesta de poesía, conscientes también de que son como las de un cumpleaños al lado de un volcán. Pero no es a los chilenos, que viven en tierra de lagos y volcanes, ni a ninguno de los americanos, que como ellos se enfrentaron a siglos de conquista y colonización, a los que pueda asustárseles.

Prefiero recordar el párrafo final del discurso martiano conocido por “Los pinos nuevos” en la ocasión anual en que se conmemoraba el fusilamiento de los siete estudiantes de medicina, escogidos en sorteo, en que más de uno era hijo de cubana y militar español, hecho que estremeció a todo el país, en el que

dijo que no había venido allí “para avivar con un haz de niños muertos los crímenes del mundo”, y que otros lamentasen el sacrificio necesario. Él creía en él, como la levadura que hace crecer el pan para el triunfo de la vida, finalizando: “[...] cantemos, ante la tumba inolvidable, el himno de la vida. Ayer, en el paisaje húmedo y negrusco, corría turbulento el arroyo cenagoso y en lo alto de las nubes desgarradas, rompió de pronto el sol sobre un claro de bosque en torno a los pinos nuevos”. “Y eso somos nosotros, dijo, pinos nuevos”.

Las guerras de liberación, todas justas porque fueron defensivas y no agresivas, ceden ante la posibilidad de extinguirse la vida misma del planeta, que afectaría por igual a todos y en la que no habría ni vencedores ni vencidos. Hoy surgen fuerzas nuevas, no sólo en nuestra América sino en la del norte, que permiten esperarlo. Precisa volver a las raíces que nos unen y no a las guerras que nos separan. Y como dijo el benemérito Juárez “El porvenir es la paz”.

Ehrenburg, el traductor del que Neruda cuenta que a veces lo regañaba porque, le decía, “usted siempre está hablando de raíces”, “hay demasiadas raíces en su poesía...”. ¿Y qué remedio, le preguntáramos, si sin raíz no vive el más mísero arbolillo, si llama a las raíces “catedrales volcadas”?

“En el Dios de las semillas, dice Sor Juana Inés, creyeron nuestros indios americanos”, y los más modestos cubanos en “los cemíes”, pequeñas

piedrecillas que gustaban llevar en las manos. El pueblo agricultor todo lo sabía de la semilla hundida en la tierra, sabía que todo lo creador necesita crecer en la sombra. El pueblo alfarero siempre amó sus vasijas, que torneaban al fuego con la palma de la mano. La más modesta jarra tiene un adentro y un afuera, y como dijo un poeta, “es el adentro el que guarda la leche y la miel”.

En el último capítulo de sus memorias, *Confieso que he vivido*, a la que he querido dirigir mis palabras, él recuerda con gran respeto al compatriota que quiso defender la riqueza salitrera de Chile, pero dedica el capítulo a aquel que no es preciso decir el nombre porque todos lo guardamos en el corazón, al nacionalizador del cobre chileno, aquel a cuya muerte sólo sobrevivió tres días. Y ahora al recibir este premio, que lleva su nombre, creo que no debo omitir lo que confiesa que ha vivido, ello significa que confiesa que ha gozado y que ha sufrido, que como todos ha tenido errores y aciertos, pero que ante todo se ha querido poner al lado no de los beneficiados de la riqueza de la tierra que lo vio nacer sino de los desposeídos de ella. Ahora que el poeta ha entrado definitivamente en el bosque chileno no nos queda sino recordar sus propios cantos de vida y esperanza, con el verso mayor de su “Entrada en la madera”: “Y ardamos, y callemos, y campanas”.

Muchas gracias.

Miranda vuelve*

Eusebio Leal Spengler

Historiador de la Ciudad de La Habana

Venimos de la explanada de La Punta, lugar memorable para los cubanos, lugar de martirio y recordación, donde ha quedado colocada la estatua de Francisco de Miranda, precursor de la independencia americana.

Hecho en Caracas por el maestro Ángel Carrasco, este hermoso monumento reproduce una de las copias realizadas por el escultor italo-venezolano Carmelo Tabacco de la obra original, salida de las manos del artista venezolano Lorenzo González en 1930 y que sus contemporáneos consideraron como pieza maestra.

Se encuentra situada esa estatua primigenia en el Campo de Valmy, a 200 kilómetros de París, en el sitio donde Miranda contuvo con su genio y con los hombres que le acompañaron al ejército austriaco-prusiano, aquella avanzada de la Santa Alianza que intentaba ahogar la revolución proclamada en 1789 con la Toma de la Bastilla.

De las varias copias confeccionadas por Tabacco, la primera fue colocada en La Vela del Coro, donde el precursor desembarcó al mando de su expedición libertadora en 1806 y en la

que por primera vez izó –como un lábaro– la bandera tricolor de la república por él diseñada.

Precisamente, una réplica de esa copia en territorio venezolano es la que hoy inauguramos en La Habana, adonde llegó Miranda en 1780 para –tres años después– partir desde aquí hacia los Estados Unidos. Era el comienzo de una larga peregrinación que lo llevaría a renunciar a su historia personal, la tierra amada, la patria nunca olvidada, de la cual muy joven quiso conocer en profundidad todos los detalles.

Había estudiado Arte y Filosofía en la Universidad de Santa Rosa, fundada entre 1721 y 1725, un poco antes de esta en que ahora nos encontramos: la Universidad Pontificia de San Gerónimo de La Habana (1728).

Luego de pasar tan importante etapa de su vida juvenil como estudiante universitario en aquel primer Colegio Mayor, creado en la Capitanía General de Venezuela, parte hacia España y se enrola en el ejército, quizás para vengar el agravio cometido con su padre, canario de origen, menospreciado por su condición social cuando había sido designado capitán de milicias en suelo caraqueño.

Será entonces el primer empeño de Miranda hijo: conseguir los grados de capitán y, ya en posesión de ellos, ingresará en el Regimiento de La Princesa para servir al rey de España en la guerra contra los musulmanes de África del Norte.

* Discurso pronunciado el 13 de junio de 2007 en el Aula Magna del Colegio Universitario de San Gerónimo de La Habana en presencia de Hugo Chávez Frías, presidente de la República Bolivariana de Venezuela, y Raúl Castro Ruz, primer vicepresidente cubano.

Terminado su servicio militar en Melilla, Marruecos, siendo ya otro hombre, tras infructuosas tentativas de ser ascendido o tomado en cuenta, volverá a la península. Y desde Cádiz partirá hacia las Antillas como parte de esa gran expedición que envía la España borbónica para –en su vieja e inacabada batalla con el Reino Unido– apoyar la proclamación de la independencia de los Estados Unidos.

Desde La Habana asistirá Miranda a su primera experiencia emancipadora: la toma de Pensacola. Y a Cuba regresará junto a su amigo, el capitán general Juan Manuel de Cagigal, quien sostendrá todos sus esfuerzos y, en largas tertulias, escuchará sus sueños políticos que comenzaban a modelarse.

Fiel fue, sin duda alguna, Miranda al rey y a los propósitos de aquel ejército, como lo fueron Pepe Antonio y los defensores de La Habana en 1762 contra la invasión inglesa. Como lo fue don Luis de Velasco, el gran defensor del Castillo de los Tres Reyes del Morro, visible a espaldas del esbelto monumento que hoy hemos dejado inaugurado, el de Miranda oteando la capital cubana.

De su estancia en nuestras tierras, cabrá decir que circunstancias particulares lo obligaron a abandonarla: parte de La Habana ante el riesgo inquisitorial que, iniciado en la península, ya le amenaza desde Cartagena.

Convertido prácticamente en un rey de Estado, escapa hacia los Estados Unidos, cuando sus presuntos captores pensaban que partía con Cagigal a una expedición española, de regreso a Cádiz.

De esta forma, salvado de este trance, aparece Miranda en Norteamérica, donde aún vivían los padres fundado-

res. Allí podrá dialogar ampliamente con George Washington; conocerá a Benjamín Franklin y a Thomas Jefferson; compartirá con John Adams, luego presidente, así como con Alexander Hamilton... y de esas relaciones nacerá su interés por conocer la joven república norteamericana. También conocerá al marqués de La Fayette, el hombre que, desde Francia, había ayudado al movimiento insurgente de las Trece Colonias.

Desde el puerto habanero partían las tropas criollas de pardos y morenos, así como de regulares hispanos, a combatir en esas tierras. Y en el campamento de Washington, en su propio campamento en Georgetown, es recibido Juan de Miralles Trailhon, representante de los hombres de La Habana, de su naciente patriado, quien apoya la causa independentista en memoria de los vínculos establecidos, tiempos atrás, con las Trece Colonias.

Para Miranda ha comenzado lo que él llamó la apertura y el conocimiento del gran libro universal.

De los Estados Unidos partirá al Reino Unido, y allí conocerá las instituciones modernas que tanto le impresionaron: el régimen constitucional, el rey sujeto al parlamento, la revolución industrial, la libertad de prensa y de lectura, todo lo contrario de lo que ocurría bajo el águila del imperio español que, gobernada por el siniestro Fernando VII, había –a la sazón– restituido la vieja autoridad inquisitorial y el despotismo más absoluto.

Traidor a su padre y a su patria, el rey había hecho decapitar a los liberales revolucionarios, entre ellos a Rafael de Riego y a otros tantos. Es por eso

que el conocimiento de Inglaterra fue tan importante para Miranda y, sobre todo, a partir de sus diálogos con el primer ministro William Pitt, iniciados en 1790, a quien le pedirá apoyo para sus planes redentores de la América del Sur.

Ya en esa época es una leyenda la afición de Francisco de Miranda por los libros. En Londres puede comprar las más modernas ediciones, que solamente de forma subrepticia había hallado en La Habana o en los Estados Unidos: Voltaire, Rousseau, Locke, Smith...

La Ilustración le seduce. El pensamiento moderno le llena de orgullo, y se siente perteneciente a una generación que proclama el culto de la razón pura, ideal puesto en práctica por la Revolución Francesa. De ahí que la estadía de Miranda durante ese primer período británico resulte tan interesante.

Para la historiadora venezolana doña Carmen L. Bohórquez, quien en marzo del año pasado pronunció en la Asamblea Nacional el bellissimo discurso de homenaje a Francisco de Miranda, resulta reveladora su riquísima documentación personal, que siempre le acompañó como un tesoro. Ella reclama que sea declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y que sea reeditada para el conocimiento del hombre y de la mujer americana.

Para la notable investigadora no cabe duda de que Miranda ha sido uno de los hombres más calumniados, en el sentido de que el rigor viril de sus amores, de su pasión por la belleza –que no es ajena a los revolucionarios– primó más que el pensamiento y que la idea.

Lo cierto es que Miranda es un ideólogo, el primero que establece con claridad un sentimiento de América

nuestra, de Nuestra América, que así lo proclama con notable anticipación, y ahora entendemos un poco la fuente de la cual nuestro Apóstol tomará tan magnífica síntesis de lo que queríamos ser.

Hacia 1783, Miranda ya acaricia una idea bastante clara, aunque esencial, de lo que será su destino y de lo que quiere para el continente americano. Pero como la tarea de buscar apoyo de Inglaterra para enfrentar a España se dilata, decide seguir el reclamo de la Francia revolucionaria.

Llegará a la convulsionada París en 1792 y permanecerá hasta 1798 para ver los antecedentes de la radicalización del proceso político y, finalmente, participar en la égida de la batalla material por la revolución, primero como mariscal de campo –grado inferior porque no tiene la significación que tendría el mariscalato hoy– hasta ser General de Ejército, título que llevará en las grandes hazañas que con el Ejército del norte protagonizará.

Su gran éxito militar será –sin dudas– la batalla de Valmy, cuando al mando de una división obliga a retroceder a las fuerzas prusianas, las cuales se retiran totalmente. Allí, en medio del campo, está todavía enhiesto su monumento, perpetuándolo como el guerrero americano a quien Napoleón Bonaparte reconoció su talento llamándole “un Quijote que no está loco”, y cuyo nombre mandó a escribir en el Arco de Triunfo.

Sin embargo, la revolución y el terror sacarán a Miranda del paso: acusado por el traidor Dumouriez de haber cometido errores militares, es enjuiciado y, a pesar de comprobarse su inocencia en magistral defensa, no puede evadir

la prisión al tomar sorpresivamente los jacobinos el poder y caer en desgracia los girondinos, con quienes el venezolano simpatizaba.

Y cuando cumpliendo una ley terrible, los propios revolucionarios suban al cadalso; cuando los grandes héroes encabezados por el propio Robespierre –paradigma de la revolución– sucumban a su propio hierro, entonces Miranda se irá de Francia, volverá al Reino Unido, buscando en el equilibrio vacilante del mundo una grieta por donde entrar con su causa.

¡Francia, Inglaterra! Ya no será posible el apoyo de ninguna de las dos potencias. Entonces continuará su viaje interminable y visitará los países escandinavos. En todas partes, con avidez y agudeza, visita cárceles, orfanatos, escuelas tratando de tener una idea clara de cómo es el mundo que le tocó vivir.

Habló numerosas lenguas, se formó en el arte y las pinturas. Aun en los propios días de la revolución, en medio de la inquietud reinante, visita museos y colecciones, encarga lienzos, compra libros que siempre una mano generosa le acompaña a llevarlos con él a donde quiera que fuese.

Finalmente, la Rusia zarista, su encuentro con la genial emperatriz Catalina II, la autócrata ilustrada, el conocimiento de Potemkin, de Suvórov y de todos aquellos grandes generales que habían establecido el dominio de Rusia hasta el Báltico siguiendo el designio de Pedro el Grande.

Como dice Carmen Bohórquez: Rusia fue la nación que extendió su mano a Miranda; fue la zarina quien, para protegerlo de España –que lo consideraba un reo de Estado– lo hace coronel

del ejército imperial, le destina una pensión vitalicia para que pueda seguir sus viajes, ordena que lo reciban embajadores y ministros rusos ante las potencias europeas y que le salven del acoso.

En líneas generales –siendo imposible contar su biografía–, vemos a Miranda en Turquía y Escandinavia, en el corazón de los pequeños pueblos, en la mágica ciudad de Estambul y, finalmente, de regreso al Reino Unido o a los Estados Unidos, para buscar de alguna forma, ante la decepción y el olvido, el destino americano que era su propio destino.

Sueña ya con Colombia. Por contradictorio que parezca, ha dado ese nombre a Nuestra América: Colombia.

Bolívar retomará en su momento ese gran legado, y en la creación política esmaltará el sueño visionario de Miranda, quien no pudo verlo hecho realidad.

Triste destino el de los precursores; por eso debemos saber colocarlos en el tiempo y en el espacio que les tocó vivir. A veces los historiadores y las épocas, con cruel pragmatismo, intentan poner una barrera ante la cual ya resultan insalvables los héroes.

Es el caso de los primeros conspiradores cubanos: Frasquito Agüero, Manuel Andrés Sánchez Pérez, Narciso López..., este último también caraqueño, quien traería a Cuba la bandera tricolor bajo el signo de una época en que todavía hombres como él esperaban apoyo de los Estados Unidos, como Miranda esperó en la medianería del siglo anterior el apoyo de Inglaterra, Francia o cualquier otra potencia.

Hasta que, finalmente, al negársele la ayuda británica y estadounidense, el precursor concebirá por sí mismo

la valerosa expedición a costas venezolanas, aunque no tenga ese gran ejército que solamente existe en sus ardientes conversaciones con colaboradores y conspiradores, ese gran ejército de su imaginación.

Para ese ejército ha creado una bandera; una bandera que algunos sostienen se inspira en el triángulo perfecto de Newton, o más bien en el arco iris que muestra los colores primarios (amarillo, azul y rojo) y que, descomponiéndose, crea la multiplicidad de nuestra realidad étnica y cultural. Un nuevo continente, un nuevo mundo: Colombia.

Y es precisamente ese sueño el que le permitirá un día colocar esa bandera sobre lo alto del *Leander*, el bergantín que le llevará finalmente a las costas de Venezuela, donde desembarca el 3 de agosto de 1806 por La Vela del Coro.

Por fin ha llegado, venciendo contratiempos, después de haber leído una y mil veces aquella maravillosa carta del jesuita padre Vizcardo y Guzmán; luego de haber imaginado que aquellos jesuitas expulsados en 1767, donde había científicos y pensadores como el padre Godoy o como el propio Vizcardo, podrían acompañarle en el noble empeño, semejante al que esa orden había iniciado utópicamente en las reducciones de América del Sur.

Pero en La Vela de Coro nadie le espera, y cuando llega, bandera, llamamiento y proclama no pueden ser escuchados. Los criollos empezaban a formarse en medio de prejuicios que también el propio Miranda compartía, fundamentalmente para una sociedad dividida en castas, en hombres negros, pardos y morenos, sindicados así des-

de el bautismo por la propia Iglesia y por el poder político.

No encuentran la unidad necesaria para recibirle y, después de ser proclamado traidor, de ponerse a precio su cabeza, de ordenarse y quemarse en una plaza de Caracas su propio retrato y los ripios de su bandera, se ve obligado a partir, dejando atrás a una parte de sus compañeros, que son prisioneros o ejecutados dramáticamente, colocadas en picas por toda Venezuela las cabezas de los conspiradores expedicionarios.

De esta forma, regresa Miranda, pero no regresa definitivamente. Él volverá de nuevo en 1810, cuando la situación es distinta. Desde 1808 la monarquía española estaba en crisis. Los reyes de Portugal habían escapado al Brasil para fundar una nueva dinastía. Fernando VII renunciaba a sus derechos y a los de su padre, para aceptar el yugo generoso de Bonaparte. Y en medio de esa acefalía política, de la confusión generalizada, se proclaman en todas partes juntas generales para representar los derechos del rey cautivo. Aun en la propia Habana, se colocan en la fachada del Palacio de Gobierno alusiones a los valientes defensores de la corona.

Sin embargo, la conmoción lleva a que los cabildos abiertos proclamen primero gobiernos provisionales y luego independencias. Miranda escribe, envía cartas, insta... Su nombre empieza a revertir la propia trayectoria desmesuradamente torcida que sus enemigos políticos habían ofrecido de su imagen y de sus ideas.

Finalmente, al regresar, es recibido, es reconocido, pero no se le otorga el papel protagónico que su historia reclamaba. De esa manera, en medio de dudas y vaci-

laciones, nacerá el primer Congreso de la República, la Sociedad Patriótica desde la cual Miranda –con participación, por primera vez, de pardos y morenos– va a proclamar la necesidad de que el proceso se radicalice.

Divididos, enfrentan la reacción contrarrevolucionaria, y le corresponde a él aplastarla en Valencia, pero no se lo permiten. Armados por el clero y la reacción, los realistas se disponen a retomar el poder.

En medio de un baño de sangre y de terribles contradicciones, ocurre el desgraciado incidente de Puerto Cabello. Vuela el polvorín encargado a un joven oficial: Simón Bolívar. Y, posteriormente, tiene lugar la dramática capitulación a que conducen todas estas contradicciones y circunstancias.

Un misterio rodea el final, en La Guaira, antes de partir los capitulados. Miranda es entregado a los españoles por un grupo de jóvenes oficiales, entre ellos, el propio Bolívar.

Nada nos sorprende. Pensamos en nuestra propia Historia; pensamos en Céspedes, Padre de la Patria, depuesto y entregado después de Bijagual a sus enemigos políticos, reducido a San Lorenzo, sometido por una traición a la muerte y al escarnio. ¡Cuántos no padecieron tan infinito dolor!

Dolorosamente, Miranda aceptará el destino de la Guaira a Puerto Cabello. Allí yacerán encadenados negros y blancos, en supremo vejamen que Monteverde quería infringir a los que habían proclamado la igualdad.

Finalmente, Puerto Rico y, por último, La Carraca, oscura fortaleza, oscura prisión en el puerto de Cádiz.

Allí llegué una vez, subiendo aquella escalinata primero y aquella pequeña escalera después, hasta una habitación de la cual un oficial retiró cadena y candado. Dentro del recinto de cales blancas y con una ventana que mira hacia el páramo y el pantano, un jergón, y sobre ese jergón, una pobre cama, una bandera: la bandera de Venezuela.

Sentí profunda emoción al pensar que allí, el 14 de julio, conmemorándose la histórica Revolución Francesa, pero de 1816, se apagó la vida de Miranda. Hombre acostumbrado a la libertad, no pudo resistir la soledad del encierro, la triste circunstancia de ser olvidado por sus contemporáneos, la cruel certeza de que su sueño se había convertido en pesadilla.

Hoy, queridos amigos, Presidente, Ministro, cumplimos un deber gratísimo. Al colocar su imagen a la entrada de La Habana, podemos decir como el presidente Hugo Rafael ha dicho: “Es Miranda que vuelve”.

Vuelve Miranda con el gesto altivo de desprenderse de la capa y tomar el arma; el Miranda soldado, filósofo, pensador, hombre político... ha vuelto.

Para nosotros, los cubanos, es el compromiso también con nuestros propios precursores, con la historia serena que todo puede explicarlo y siempre podrá emitir el fallo justo, situando a cada hombre en su tiempo y en su lugar.

Bolívar, en la soledad de Santa Marta, en los últimos momentos de su vida, debió pensar, repasando la historia de su patria, en aquel infausto destino que ahora también se volvía contra él.

Memoria escrita y visual de la Guerra Hispano-Cubano- Norteamericana de 1898*

Nydia Sarabia

Historiadora, periodista y ensayista

Introducción

Las raíces históricas de la Cuba contemporánea se remontan al siglo XIX con su lucha por la independencia. Diversos juicios, criterios, análisis críticos, se han desarrollado acerca de este tema tan apasionante y discutido.

La mayoría de los manuales de Historia de Cuba, publicados alrededor de la década de 1950, señalaban que esa lucha por la independencia había culminado en 1898 con la capitulación de España durante la llamada Guerra Hispano-Americana.

A partir de esa fecha fue cuando algunos historiadores cubanos realizaron una revisión crítica de ese proceso y lo llamaron con justicia Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, ya que en él intervinieron ejércitos de España, los Estados Unidos y el Libertador Cubano.

Por ello la historia de ese pasado tiene forzosamente que involucrar en su historiografía a los patriotas cubanos, información todavía un tanto dispersa en periódicos, revistas y textos de la

época, cuyas noticias se publicaban a diario en España, los Estados Unidos, Cuba y el resto del mundo.

Debe añadirse que existía una tradición historiográfica cubana donde por lo general se hacía hincapié en analizar sólo la parte de los patriotas, sin tener en cuenta la contraria, en este caso el Ejército español. Esto trajo como consecuencia un apologético discurso que ha restado rigor científico, y en los anales de la historia cubana se pierden a veces acciones por no ajustarse a una realidad objetiva y concreta.

Por fortuna, esos conceptos se han ido eliminando con la aparición de una nueva hornada de historiadores e investigadores de las Ciencias Sociales.

Es tarea difícil y complicada, aunque se cuente con documentación contenida en bases de datos del ordenador. Acopiar ese valioso material daría como resultado una mejor historiografía técnica, la que permitiría al estudioso valorizar en todo su contexto opiniones, ideas, conceptos, versiones, estadísticas,

* Ponencia inédita aprobada por la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA) para ser presentada en septiembre de 1996 ante su XI Congreso Internacional, celebrado en la Universidad de Liverpool, Reino Unido. Debido a la ley Helms-Burton, aprobada por el gobierno de los Estados Unidos contra la isla de Cuba, se le prohibió a la historiadora realizar el viaje.

etcétera, acerca de cómo vio y con qué óptica se ha venido tratando esa guerra donde España perdió sus últimas colonias en el continente americano: Cuba y Puerto Rico.

A falta de parte de ese material, hemos intentado reunir lo que la historiografía produjo al concluir la contienda, partiendo de autores, protagonistas en cierta medida, y otros que se inspiraron, como el caso del artista, en los principales motivos y causas que hicieron llevar a la escritura y a la plástica sus impresiones.

Se han tomado como modelos autores del Reino Unido, los Estados Unidos y Rusia, teniendo en cuenta que los dos primeros participaron en la guerra como observadores y militares, y el tercero como artista que llegó a Cuba para dibujar y pintar lugares en los cuales se desarrollaron los más importantes escenarios de la guerra.

En el presente trabajo se plantean criterios contenidos en la memoria escrita y visual de esos actores durante la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, significándose que ese suceso tuvo sus antecedentes históricos hace más de dos siglos, en especial en el XIX, a través de un proceso que arranca a partir de un nativismo primario, cuya desvinculación de la metrópoli va avanzando y genera el criollismo, y surge un sentido de orgullo de ser “criollo y cubano”, plasmado esto en la vanguardia de Francisco Arango y Parreño que se preciaba de ser “cubano”.

La lucha del pueblo cubano por su libertad y con ella el reforzamiento de su nacionalidad, de su identidad, también se precisa durante el estallido de la Guerra de los Diez Años (1868-1878).

En la continuación de aquella guerra del 68, surgió más tarde la independencia de 1895, la cual impulsó el conflicto entre España y los Estados Unidos, al producirse la voladura del acorazado *Maine*, de la armada estadounidense en La Habana, el 15 de febrero de 1898, buque enviado para proteger las vidas de los ciudadanos norteamericanos ante los extremismos de los voluntarios españoles contra los autonomistas y que causaron serios disturbios.

Han transcurrido más de cien años de aquellos hechos. Sin embargo, todavía no se ha esclarecido la verdadera causa de esa voladura, pues existen hipótesis, tesis, conjeturas, versiones, que se abocan en que fue causada por una mina colocada por los españoles, aunque según algunos se debió a una autoprovocación por parte de las autoridades navales estadounidenses lo cual serviría para declararle la guerra a España y así poder obtener la isla de Cuba.

Existe una tercera versión basada en un supuesto accidente en el propio acorazado. El dictamen técnico español de aquella época así lo aseguraba.

La problemática insertada en 1898 fue una fecha clave para los destinos de Cuba, pues se conjugaban intereses bastardos por un lado y, por otro, el deseo ardiente de los cubanos en obtener su libertad, conjuntamente con la de Puerto Rico.

La isla presentaba realmente un panorama sombrío y caótico. La guerra había venido diezmando los plantíos de caña de azúcar en las provincias orientales y centrales, mediante la estrategia mambisa de la “tea incendiaria”, y por lo tanto esto ocasionaba la ruina de la industria en manos de hacendados

y disminuía cada vez más la economía de la colonia.

El Ejército Libertador en 1898 dominaba gran parte del territorio rural del país, y el Ejército español era atacado constantemente mediante la táctica de la guerra de guerrillas por los patriotas. España, pese a gastar millones de pesetas en mantener su Ejército bien equipado en hombres y armamentos, sufría constantes bajas no sólo en la confrontación bélica con los insurrectos, bajo el cimbrar de la carga al machete mambí, en esa batalla por el Caribe. Cientos de jóvenes eran reclutados en las diversas regiones de la península y llevados a Cuba. Muchos morían como consecuencia de las epidemias como el cólera, la fiebre amarilla o el paludismo, debido al cambio de clima y a la falta de salubridad en la isla. Decenas de aquellos jóvenes hispanos perdieron sus vidas y sus familiares en España ignoraron sus decesos hasta meses o años después de terminado el conflicto.

Por tal motivo, hacemos un reconocimiento a los jóvenes españoles que perdieron sus vidas en aquella guerra y no pretendemos de manera alguna utilizar epítetos peyorativos contra el heroico pueblo español, de donde salieron esos soldados y oficiales, sino contra aquella otra España colonial de ideas obsoletas y extremistas, diferente a la España noble y generosa.

Españoles pundonorosos también pelearon en las dos guerras emancipadoras de Cuba, tales como los generales del Ejército Libertador Francisco Villamil, Matías Vega, Manuel Suárez, Julián Santana, Jacinto Hernández, José Miró Argenter, para evocar tan solo a unos pocos.

En este somero estudio sobre la memoria escrita y visual de la guerra de 1898 en Cuba, se hace un sucinto recuento de una de las etapas más cruentas de la nación cubana que llama a la reflexión por la necesidad del heroísmo a las puertas de un nuevo milenio.

Miguel de Unamuno escribió sarcásticamente sobre esta guerra al decir: “Pero aquella sacudida de 1898 fue una cosa puramente interior, más bien casera. Aquellas guerras de Cuba y Filipinas fueron guerras civiles, no internacionales”.¹

En cierta medida fue así, guerras civiles porque en ellas se conjugaban problemas típicamente separatistas de las colonias españolas en América, pues las islas caribeñas o antillanas eran consideradas –en su mayoría– por España como parte de sus regiones, amén de la lengua, costumbres, religión, cultura, etcétera. Cuba y Filipinas formaban, al igual que Puerto Rico, un ámbito de la geografía o del territorio español.

Por otro lado, la voladura del *Maine* fue motivo o pretexto para que cierta prensa amarilla de los Estados Unidos, acusara a España de aquel bárbaro suceso y llamara a los tambores de la guerra. Las condiciones de la declaración de guerra por parte del país del norte, estaban dadas y se fueron consumando de manera muy rápida.

Al estallar el conflicto, en el campo insurrecto se continuaba peleando, pese a la caída en combate, primero de José Martí, el 19 de mayo de 1895, y más tarde, la del general Antonio Maceo, el 7 de diciembre de 1896, ya a las puertas de la capital. El Comandante en

Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez y otros jefes, resistían en zonas de Sancti Spíritus y Camagüey. El general Calixto García Íñiguez lo hacía en la provincia oriental de Cuba.

Fernando Portuondo, historiador cubano al analizar esta guerra subraya:

De hecho, los conflictos internos, como la pugna entre esclavistas, y el temor a una guerra exterior para la cual no se sentían preparados, hicieron que los norteamericanos no precipitaran la maduración de la manzana cubana. Así negaron todo apoyo a los movimientos armados de mediados de siglo y a la guerra de independencia iniciada en 1868. En ambos casos, temerosos de que abortaran sus planes a largo plazo, intentaron comprar a Cuba.

Y puntualiza: “Al comenzar la guerra de 1895 la política exterior invariable de Estados Unidos encaminó su acción a lograr una fórmula que, sin desposeer a España de su preciosa colonia, permitiera aplastar un movimiento revolucionario que claramente se enderezaba a obtener la independencia absoluta”.²

El 11 de abril de 1898, el presidente de los Estados Unidos, William McKinley, envió un mensaje al Congreso solicitando la intervención armada y pedía autorización para poner término a las hostilidades en Cuba. Textualmente expresaba: “[...] asegurando [así] el establecimiento de un gobierno capaz de mantener el orden y observar las obligaciones internacionales”.³

Después de las deliberaciones del Congreso estadounidense, este aprobó la llamada Joint Resolution, el 19 de abril. En su primer apartado dicho documento registraba: “Que el pueblo de la isla

de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente”. En su apartado cuarto añadía: “Los Estados Unidos niegan toda intención de ejercer sobre la Isla y afirman su determinación de dejar el gobierno de la misma a su pueblo”.⁴

Esta resolución conjunta fue firmada por el presidente McKinley el día 20 y enviada al Ministro en Madrid, quien la presentó al gobierno español como un ultimátum. Este contestó dándole sus pasaportes. Así quedaban rotas las relaciones diplomáticas y la guerra se iba haciendo realidad cuando el 22 la escuadra norteamericana se presentó en aguas territoriales de Cuba.

Por su parte, el Ejército regular estadounidense, al declararse la guerra, fue elevado a 60 000 hombres, y el día 23, por medio de una proclama presidencial, se llamó a las armas a 120 000 voluntarios, cantidad que se elevó el día 25 a 200 000 hombres.⁵

El 20 de junio las tropas estadounidenses desembarcaron por el Aserradero, al sur de la provincia de Oriente, bajo el mando del almirante Sampson y del mayor general William Shafter. Estos conferenciaron con el general Calixto García Íñiguez, jefe de la zona de Oriente del Ejército Libertador y acordaron un plan para que los norteamericanos desembarcaran por Daiquirí (también al sur de la provincia de Oriente), donde los esperarían el 21 las tropas cubanas bajo el mando del general Joaquín Castillo Duany y las del coronel Carlos González Clavel, que comenzaron acciones de limpieza de tropas españolas en la costa, cerca de Santiago de Cuba para asegurar el desembarco norteamericano consistente en 15 000 hombres, durante el 22 y 23 de junio.

Dos escuadrones de Rough Riders, dirigidos por el coronel médico Leonard Wood y otras tropas de caballería, apoyados por los patriotas cubanos, desembarcaron por la playa Siboney.

Según Horatio Rubens:

Los “Rough Riders” eran voluntarios procedentes del oeste de Estados Unidos, hombres rudos, reclutados entre cazadores, vaqueros y rancheros, elemento que en Estados Unidos se denominan con el nombre de cowboys. Se decía que eran indiferentes a toda clase de peligros y privaciones, en vida de constante aventura. Entre ellos había algunos indios de pura raza y unos cien jóvenes cultos y distinguidos del Este.⁶

El segundo al mando de los Rough Riders lo era el teniente coronel Theodore Roosevelt, quien luego iba a ganar fama, precisamente, por su participación en la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana de 1898. Había nacido en Nueva York en 1858 y falleció en esa ciudad en 1919. Terminada la guerra en Cuba pasó a la política, en el Partido Republicano, y llegó a ser vicepresidente. Al ocurrir el asesinato de McKinley en 1900, Roosevelt asumió la primera magistratura. Su política fue eminentemente imperialista. Durante su mandato se compró el canal de Panamá. Además intervino con habilidad en la guerra ruso-japonesa de 1905 para que concluyera y por tal motivo se le otorgó el Premio Nobel de la Paz en 1906.

El 3 de julio se dio la batalla naval frente a la bahía de Santiago de Cuba, donde España perdió sus mejores buques de guerra y también las islas de Cuba y Puerto Rico, sus posesiones in-

sulares antillanas, así como el archipiélago de Filipinas y la isla de Guam en el archipiélago de las Marianas o de los Ladrones. La guerra de 1898 tuvo precisamente esos escenarios de lucha que marcaron la hegemonía de un imperio colonial asiático yanqui con la derrota española, el nacimiento de la explotación capitalista y el control de la llave del golfo de México: Cuba.

Para tener una idea exacta de las consecuencias que se derivaron de este conflicto bélico, un historiador local de Santiago de Cuba, testigo de la tragedia que vivió el pueblo cubano, escribió esta crónica que bien vale ahora recordarla:

Santiago de Cuba, en los primeros días que siguieron a su rendición, rivalizaba en desaseo con las más sucias ciudades de Levante. Desde la Alameda de Michaelsen hasta más allá de la Estación del Ferrocarril de Sabanilla a Maroto, se alineaban las blancas tiendas del ejército de ocupación, y al lado opuesto se veía una prolongada hilera de mesas, barracas, cobertizos y casetas, reunidos con el gusto y el ornato, en donde se expedían licores, consumidos sin cesar y en abundancia por los yanquis. Pirámides de botellas vacías amenazaban llegar a las nubes. La multitud abigarrada de vendedores y de mendigos (y casi todos lo eran), andrajosa y maloliente, pululaba como los gusanos en la carne putrefacta; ensordecía el continuo zumbido de aquella gran colmena humana; el vaho del alcohol, el tufo del tabaco virginiano y el hedor de las inmundicias depositadas por todas partes, producía mareo, provocaba náu-

seas. Santiago de Cuba había perdido su habitual fisonomía. La antigua Marina parecía un suburbio de Pekín o un arrabal de La Meca. La disentería, el beriberi, las fiebres y todo un largo séquito de enfermedades arrancaban 40 o 50 víctimas diarias... La población entera erraba por la Marina, atraída por el olor de los guisos que confeccionaba la tropa norteamericana y por la presencia en la rada de 40 vapores cargados de provisiones que, desde la tarde del 18 de julio, formaban espesa selva de mástiles, chimeneas, jarcias y vergas dando a nuestro puerto el aspecto de un pedazo del Támesis o del Hudson. Así se cumplía el viejo adagio castellano: el muerto al hoyo y el vivo al pollo.

En otra parte de la narración, su autor reflejará la situación de una ciudad invadida por los soldados yanquis:

En el antiguo Teatro de la Reina y en el vetusto convento y cuartel de San Francisco se alojaba una parte de los 17,000 hombres del general Shafter, y se veía en Punta Gorda y Cayo Duan, y en las entradas de todos los caminos que conducen a la ciudad, las tiendas de lona donde acampaba el resto del ejército interventor [...].

A los cubanos, que habían combatido con tanta heroicidad, no se les permitía aún, la entrada en la ciudad libertada [...] por donde quiera se veía la figura del interventor con camisa azul, pantalón amarillo, polainas, sombrero de castor parduzco [...] rodeado de una turba de chiquillos hambrientos que se esforzaban por limpiarles las

botas o tenerle de las bridas el caballo para ganar five cents... Las primeras raciones de galletas y tocino yanquis distribuidas a la multitud hambrienta, le produjeron un efecto mortal que precipitó a muchos al sepulcro al igual que a los españoles que aún estaban en sus campamentos [...].⁷

Estos fragmentos revelan uno de los testimonios más serios y veraces de la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana de 1898 y aplicable en cualquier época a nuestros pueblos iberoamericanos.

La selección de tres escrituras producidas en el tiempo-espacio de la guerra de 1898, forman parte de una especie de literatura de campaña.

Dichos textos fueron producidos por sus autores en un momento histórico dentro del proceso económico-social de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Por lo tanto, dan idea del antagonismo de países que provocaron en América y en las islas del Pacífico, un acontecimiento que cambió su historia.

A modo de reflexión: la utopía cubana desde el siglo XIX perseguía la lucha por la libertad y la independencia, y en especial su autodeterminación y la soberanía absoluta, sin subordinación extranjera.

Su inveterada tradición patriótica, cognoscitivamente hizo que todos los grandes hombres de la historia de la nación cubana, desde aquellos forjadores de su primera gran guerra por la libertad: Carlos Manuel de Céspedes, Vicente García, Ignacio Agramonte hasta José Martí, Antonio Maceo, Máximo Gómez, Calixto García y tantos que harían la lista interminable,

fueran de manera incuestionable, acérrimos enemigos de anexar la isla a su poderoso vecino del norte.

Tal vez la objetividad de este trabajo haya hecho que se insista sobre la temática independentista y el recelo de los cubanos en que los Estados Unidos se apoderaran de la isla como sucedió con Puerto Rico y las posesiones españolas en el Pacífico.

El balance final de esta ponencia ha sido dar a conocer a tres importantes figuras extranjeras que de alguna manera pudieron intervenir y opinar sobre la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana de 1898. Esas personalidades ocuparon un espacio en aquella gesta que puso fin a la maravillosa historia de España en América.

I

La recurva de nuestra historia

Una de las personalidades europeas de la primera mitad del siglo xx lo fue sin duda alguna Winston S. Churchill. No vamos a referirnos sobre la vida del político inglés, sino tan solo citarlo en el momento en que se peleaba en Cuba por su libertad como lo fue la Guerra de Independencia de 1895.

Churchill publicó sus Memorias y en ellas incluyó, como era obvio, su corta estancia en la isla de Cuba durante la guerra con España por su independencia. El joven militar británico deseaba ver cómo peleaban españoles y cubanos y ese fue el motivo primordial de su estadía en Cuba. Esas Memorias, cuyo capítulo seis tituló “Cuba”, fueron traducidas más tarde al castellano bajo el epígrafe de *Mi primera juventud*. En ellas comenta: “La paz en la que la humanidad venía languideciendo desde

hacía tantos años, sólo había sido perturbada en un punto del planeta. La interminable lucha de guerrillas entre los españoles y los insurrectos cubanos, se decía, iba a entrar en una fase más decisiva”.⁸

Referirá el autor cómo el gobierno español había enviado a Cuba a su experimentado general Arsenio Martínez Campos, conocido por sus victorias frente a los moros y su pacificación de la isla en 1878 que selló con el llamado Pacto del Zanjón. España había enviado 80 000 mil hombres de refuerzo para realizar el intento de dominar la insurrección.

Churchill pertenecía entonces al 4º de Húsares y comunicó su proyecto a uno de sus compañeros –Reginald Burner–, que había dirigido divisiones en Francia. Para los dos jóvenes británicos, esta idea de ver el desarrollo de la guerra en Cuba fue bien acogida, en especial si era en el escenario de un conflicto bélico, tal y como venía sucediendo en la isla.

El joven oficial inglés se valió de un amigo de su padre, Sir Henry Wolf, entonces embajador de Gran Bretaña en Madrid y decano del cuerpo diplomático, quien tenía gran influencia en la corte española y así obtuvo el permiso para que Churchill pudiera visitar el país antillano.

A comienzos de noviembre de 1895, Winston S. Churchill embarcó para Nueva York con su amigo y de aquí siguieron viaje hacia La Habana. Sobre su permanencia en el campo de batalla referirá: “Los hombres de esta generación exhausta, embrutecida mutilada y fastidiada por la guerra, no pueden comprender la deliciosa, aun-

que trémula emoción con que unos jóvenes oficiales británicos, criados en largos años de paz, se aproximaban por primera vez a un verdadero teatro de operaciones”.⁹

Recordaba con este viaje a la mayor de las Antillas, su lectura de Robert Louis Stevenson, aquel brillante narrador inglés que escribió una magnífica novela sobre una Isla del Tesoro, perdida en el mar al sur de Cuba y que muchos consideran que se trataba de la antigua Isla de Pinos (hoy Isla de la Juventud), situada precisamente al sur de La Habana, la cual fue durante siglos refugio de piratas, bucaneros, corsarios, y toda clase de traficantes de negros esclavos, ladrones de tesoros y ganado, que asolaban las costas de las islas antillanas y del continente.

Churchill manifestará: “Cuando, a la luz poco clara de las primeras horas de la mañana, vi las costas de Cuba dibujarse en el azul intenso del horizonte, tuve la impresión de viajar en el barco del Capitán ‘Silver’ y tener delante de mi la isla del Tesoro”.¹⁰

Y acotaría: “Cuba es una isla encantadora. Con razón la llamaban los españoles ‘la perla de las Antillas’”. Así evocaba el futuro político inglés aquella época en la que la armada británica había tomado La Habana por un espacio corto de tiempo, lo cual resultó un verdadero vuelco para las relaciones comerciales de la nación con el resto del mundo, toda vez que España permitía el comercio con un solo puerto de la península. Esos sucesos ocurrieron en 1762 cuando Lord Albemarle desembarcó con 14 000 británicos y tomó La Habana, pese a la resistencia de sus moradores.

Los dos jóvenes oficiales fueron recibidos por el Capitán General de la isla, entonces de recorrido por Santa Clara. Los españoles habían blindado trenes donde transportaban sus tropas, a fin de defenderlas de los constantes ataques de los patriotas cubanos en las vías férreas. Al sentir los tiroteos, los soldados se tiraban al suelo de los vagones especiales para protegerse.

Churchill fue recibido por el general Martínez Campos y presentado a un joven oficial del Estado Mayor, hijo del duque de Tetuán, llamado Juan O’Donnell, quien hablaba inglés y le explicó que si deseaba presenciar combates deberían incorporarse a una columna móvil.

Se trataba de la columna que estaba al mando del general de división Álvaro Suárez Valdés, que había salido rumbo a Sancti Spiritus, localidad situada en el centro de la isla y siempre hostigada y sitiada por las fuerzas cubanas bajo el mando del Comandante en Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez.

Churchill ha narrado este diálogo en sus Memorias:

Había que ganar tiempo para alcanzar la columna, pero el joven oficial español meneó la cabeza:

–Ustedes no llegarían a cinco millas de aquí.

–¿Dónde está, pues, el enemigo?
–preguntamos.

En todas partes y en ninguna –replicó. Cincuenta hombres a caballo, pueden ir donde quieran: dos, no pueden ir a ninguna parte.¹¹

Contará también las peripecias para poder encontrar la columna del general Suárez Valdés y de su intención

de viajar en tren hasta la ciudad de Cienfuegos (al sur de la isla) y llegar luego a la región oriental de Las Tunas. Existía ya una línea férrea que estaba “[...] convenientemente protegida por blocaos y los trenes militares llegaban hasta allí con regularidad”.

Tres días duró el viaje hasta Sancti Spiritus, en la región de Las Villas, para localizar la columna española adonde habían sido asignados.

En esos años se había desatado una epidemia de viruela y fiebre amarilla, difícil de controlar debido al pésimo estado sanitario de la isla. Según Churchill, la fuerza que vio en esa ocasión:

Era una fuerza respetable: Cuatro batallones comprendiendo unos 3 000 hombres de infantería, dos escuadrones de caballería y una batería tirada por mulas. Las tropas, al parecer, estaban descansando en una buena disposición, no dando muestras de fatiga. Vestían uniforme de algodón, que en sus primeros tiempos debieron ser blancos, pero que ahora, con el polvo y la inmundicia, habían adquirido una tonalidad kaki. Llevaban pesada mochila y cartuchera doble, usando grandes sombreros de panamá.¹²

Así describía el Premio Nobel de Literatura de 1953 sus recuerdos de la guerra en Cuba. Su narración era como una secuencia cinematográfica, no exenta de cierta riqueza o rigor literario. El general Suárez Valdés tenía en su poder el telegrama donde se le comunicaba el arribo de Winston S. Churchill al campamento. El citado militar español le agradeció “este gesto de Gran Bretaña”. Al otro día, en la mañana, emprenderían viaje con la columna española. Estaban

ansiosos los dos jóvenes británicos de topar con los insurrectos cubanos.

Churchill subrayará que al ponerse en marcha “[...] en aquella media luz, largas filas de hombres armados marchaban hasta el enemigo. Este podía encontrarse cerca: quizás nos esperaba a una milla de distancia. No podíamos decirlo; no conocíamos ni las cualidades de nuestros amigos ni las de nuestros enemigos. Nada teníamos que ver con sus querellas. Excepto para defendernos, no podíamos tomar parte en los combates”.¹³

Han referido algunos autores e historiadores en forma crítica la presencia de Churchill en las filas del Ejército español. Ciertamente el joven inglés vino autorizado por la corona española y nada tuvo que ver con los insurrectos. Lo movió la curiosidad y el deseo de observar qué clase de guerra era esa. No fue este el caso específico y singular del periodista y político irlandés James O’Kelly, quien arribó a Cuba en 1872 para realizar una entrevista exclusiva al Presidente de la República en Armas, Carlos Manuel de Céspedes en su campamento de la Sierra Maestra, para *The New York Herald*.¹⁴

Churchill cuenta que pronto se hizo amigo de los soldados y oficiales españoles a través de un “francés detestable”. Explicó cómo se impresionó con los puntos de vista de algunos españoles sobre aquella guerra, y con los cuales tuvo sus diferencias. Sobre ello confesaré:

El jefe del Estado Mayor, teniente Benzo, por ejemplo, en una ocasión se refirió a la guerra que “nosotros estamos haciendo para preservar la integridad de nuestro país”. Me que-

dé sorprendido por esto. Sin duda debido a mi educación limitada, no había llegado a comprender por completo que otras naciones tuviesen la misma clase de sentimientos sobre sus posesiones que nosotros en Inglaterra por las nuestras. Ellos sentían por Cuba, al parecer, lo mismo que nosotros respecto a Irlanda.¹⁵

Próximo a establecerse el combate de la Reforma, en la zona de Sancti Spíritus, el 30 de noviembre de 1895, el General en Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez arengó a su tropa para prepararle con vistas al próximo combate. Entre otras cosas señalaba:

Yo le auguro a Martínez Campos un fracaso cabal, que ya empezó para él en las sabanas de Peralejo, pronóstico que habrá de cumplirse al llegar los invasores a las puertas de la Habana con la bandera victoriosa, entre el humo rojizo del incendio y el estrépito de la fusilería. ¡Soldados!, llegaremos hasta los últimos confines de Occidente, hasta donde haya tierra española: ¡allá se dará el Ayacucho cubano!¹⁶

Con esa arenga del jefe militar de la revolución cubana se dio la orden a la tropa insurrecta de marchar y establecer campamento en las orillas del río Grande, más conocido por la Reforma. El general Suárez Valdés se hallaba acampado en Trilladeritas, que ejercía de campamento general en la región de Las Villas. Este fue precisamente el lugar que indica Winston S. Churchill en sus Memorias.

El ataque de los insurrectos fue sorpresivo y lo describe así:

Aquel día, cuando hicimos alto para desayunar, cada cual se sentó cer-

ca de su caballo, comiendo un muslo de ave, cuando de pronto, muy cerca, casi enfrente de nosotros, salió una descarga cerrada desde la orilla del bosque. El caballo que se encontraba junto a mí –no el mío– dio un brinco. Se produjo una gran excitación. Parte de los soldados se lanzaron hacia el sitio de donde habían surgido los disparos y, naturalmente, no encontraron nada, con excepción de unas cuantas cápsulas vacías.¹⁷

Enfatizará el autor inglés que al otro día –exactamente el 2 de diciembre, fecha del combate de la Reforma–, después de bañarse en el río y cuando estaban en ese trajín, oyeron disparos. Se vistieron rápidamente y se retiraron del río hacia el cuartel general. Se enteró de que se trataba de una escaramuza a una distancia de media milla, pero que aun así las balas llovían sobre el campamento.

Los insurrectos o mambises se hallaban bien armados de fusiles Remington, como el propio Churchill pudo comprobar por el ruido que provocaban y las cápsulas vacías. Narrará también que al cabo de media hora, los insurgentes se retiraron después de haber llevado a cabo la táctica militar de disparar y retirarse, en una especie de guerra de guerrilla psicológica que emplearon en el ataque los patriotas cubanos en todas sus guerras por la libertad.

El combate de la Reforma fue dirigido por el Lugarteniente General Antonio Maceo ese 2 de diciembre de 1895, y para una mejor interpretación, por su veracidad, por ser uno de sus testigos, insertamos un fragmento que al respecto

escribiera el general José Miró Argenter, un catalán que fue jefe del Estado Mayor de la tropa del general Maceo y aparecido en sus *Crónicas de la guerra*:

El combate de la Reforma sólo costó siete bajas; pero el general español en los partes oficiales le dio proporciones de batalla campal, haciendo aparecer un montón de “muertos vistos” del bando insurrecto. Suárez Valdés fue uno de los primeros que puso en escena los combates fabulosos o novelescos, en los que después de un fuego nutrido, terminado con la correspondiente carga a la bayoneta, el enemigo se dispersó sin causar bajas a las fuerzas españolas, debiendo por el parte “haber sufrido muchas”.

Y continúa Miró Argenter: “Con la división de Suárez Valdés iba un oficial del ejército británico, quien se llenaría de asombro al ver cómo se arrollaba a un enemigo invisible y se ganaban laureles militares haciendo derroche de figuras retóricas; que no era otra cosa que las cargas a la bayoneta de Suárez Valdés y de algunos capitanes más que con él emularon en los torneos fabulosos”.¹⁸

Por su parte Churchill explicará la táctica seguida por el Ejército español en la Reforma:

La táctica era muy sencilla. Tan pronto como el primer batallón español llegó a campo abierto, se lanzaron dos compañías hacia cada uno de los flancos, desplegándose. La caballería se dirigió hacia la derecha y la artillería ocupó el centro. El general, su estado mayor y los dos huéspedes avanzamos solamen-

te a lo largo del camino cerca de cincuenta yardas detrás de la línea de fuego. El segundo batallón seguía a los cañones en columna de compañías. Durante las primeras 300 yardas no sonó ni un solo disparo. Después, en la lejana línea de la colina, se formaron algunas nubecillas de humo, seguidas inmediatamente por los estampidos de los fusiles rebeldes.¹⁹

Churchill prosigue su relato expresando que esta operación se produjo por dos ocasiones y que el fuego enemigo se hizo continuo y se extendía de izquierda a derecha en toda la posición. Según expresa, la infantería española comenzó a replegarse y a avanzar alternativamente: “El fuego, por ambas partes era nutrido. El general y su Estado Mayor avanzaron hasta que la línea de fuego enemiga estuvo sólo a una distancia de cuatrocientas o quinientas yardas. Allí nos detuvimos, y siempre montados, completamente al descubierto, presenciemos el asalto de la infantería”.²⁰

La estrategia era tenderle una emboscada a Suárez Valdés en la cual cayó, teniendo que replegarse; su artillería dispara contra una colina, desalojada ya por los cubanos. El fuego de los emboscados detiene el avance español y la impedimenta del general Maceo gana tiempo en su marcha y se retira, esquivando presentar batalla, de acuerdo a la estrategia planeada por el General Gómez.

Winston S. Churchill y Reginald Berner fueron testigos de esa escaramuza en la Reforma, pero tan solo de un lado. No supieron que se trataba de una bien trazada maniobra del General en Jefe. Por último, Churchill escribió: “El

honor español y nuestra propia curiosidad quedaron plenamente satisfechos. La columna regresó a la costa y nosotros a Inglaterra. No creíamos que los españoles llevaran su guerra en Cuba a un rápido final”.²¹

Tal y como lo narró el general Miró Argenter, los insurrectos cubanos bien pronto supieron que del lado del enemigo se hallaban dos militares ingleses como observadores y que la columna española de Suárez Valdés, en la región villareña, dejó de hostilizarlos.

Tal impacto tuvo la noticia de la presencia de Winston S. Churchill en las filas del Ejército español que en pago a su aventura como oficial británico, el gobierno de España en La Habana le condecoró con la Medalla Militar de Primera Clase.

II

Antes de comenzar la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana de 1898, desde Tampa, en Florida, fueron embarcados, sin distinción alguna, soldados y algunos jefes norteamericanos, acantonados allí para ir a Cuba y entablar combate por mar y tierra con el Ejército español. Casi no esperaron la orden de partir.

Entre esos jefes se hallaba el entonces teniente coronel Theodore Roosevelt, quien “[...] metió su tropa en el primer barco que hallaron, aunque estuviera destinado a llevar otro regimiento”.²²

El propio Roosevelt, como se ha dicho, fue uno de los protagonistas de esa guerra al mando de su gente denominada Rough Riders, y explicaría luego en varios artículos, en discursos y en sus memorias, la razón de su presencia en esa guerra en Cuba: “En mayo

de 1898, cuando nuestros buques de guerra estaban anclados a lo largo de la Habana y los torpedos destructores españoles atravesaban el Océano nuestros mejores comandantes sintieron una ansiedad bien justificada, porque nosotros no teníamos destroyers para guardar nuestra flota contra los destroyers españoles”.

Y continuará: “Gracias sean dadas a sus errores y a la falta de iniciativa, los españoles no hicieron ningún buen uso de sus formidables buques, enviándolos contra nuestros barcos en pleno día cuando no había ninguna esperanza de obtener algún resultado”.²³

No le faltaba razón, pues la escuadra española era, antes de la batalla naval de Santiago de Cuba, mucho más superior que la norteamericana. La derrota naval de España no sólo significó la pérdida de su último bastión en América, sino la sepultura de su dominio en el Nuevo Mundo.

Teddy Roosevelt representaba entonces el liderazgo de una corriente guerrillera y algunos le llamaron “el muchacho terrible de la política estadounidense” de esa época en que exaltaba el orgullo nacional en sus discursos y amenazaba con arrojar de América “[...] a todas las potencias europeas [...] empezaría por España”.²⁴

La composición social y étnica de los denominados Rough Riders el propio Roosevelt lo describía así:

Entre los cowboys, hay algunos procedentes de Méjico y que generalmente salen bastante bien de su empresa, pero no merecen entera confianza, y por otra parte, en un rancho son siempre mal vistos por los de Tejas, entre los que

el espíritu de casta y de intolerancia está acentuado. Los blancos nacidos en el Sur, rehúsan siempre trabajar a sus órdenes, así como también miran con desprecio a todas las razas de color o procedentes de sangres mezcladas.²⁵

Al desembarcar las tropas yanquis por Daiquirí, con el apoyo del Ejército Libertador, a medida que avanzaban fueron tomándose posiciones hasta llegar a la zona del Caney, que tenía fuertes españoles, y estaba cercana a la elevación montañosa conocida como la Loma de San Juan por donde también cruza el río del mismo nombre.

En esa elevación, ya a las puertas de Santiago de Cuba, los españoles tenían un fuerte bien artillado con cañones de largo alcance, garitas protegidas y trincheras de piedras. Estaba como en una especie de bosque camuflajeado, pues aparecían elevados pinos en su entorno. Hoy día, Loma de San Juan forma parte de la Historia de Cuba y se mantiene en iguales condiciones que durante la guerra de 1898.

El primero de julio se dio allí la batalla más encarnizada de la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana. Las bajas causadas a los atacantes fueron de consideración, en especial en el cruce del río San Juan, llamado por los yanquis el Paso Sangriento (The Bloody Bend). Se dice que en esa ferroz batalla, “[...] hasta de la rama de los árboles arrojaban mortífero plomo los guerrilleros españoles [...]”. Y era cierto, pues las bayonetas de los soldados españoles en el cuerpo a cuerpo eran superiores a las de los yanquis, por ser la de estas pequeñas.

Al frente de los Rough Riders iba el teniente coronel Roosevelt sobre su caballo hasta que se lo derribaron los disparos de los españoles.

Dos piezas de cañones Krupp, que manejaban 500 hombres de España, demostraron que sabían defender sus posiciones. En su libro *Rough Riders*, Roosevelt ha señalado: “Aunque ganamos la cresta (de la Loma de San Juan), los españoles que se hallaban atrincherados fuertemente por encima de nuestras fuerzas, abrieron un nutrido fuego de fusilería y con dos piezas de artillería, empleando fulminantes que ardían muy bien, las balas estallaban sobre nuestras cabezas”. Y proseguía:

En la cumbre había una caldera o algo parecido, probablemente de hacer azúcar. Algunos de los nuestros se refugiaron detrás de esta caldera. Teníamos una magnífica vista de la carga al blocao de San Juan a nuestra izquierda, (a un tercio de milla) por donde la infantería de Kent, dirigida por Howkins, subía la loma. Naturalmente que lo más indicado era ayudarlos y por ello reuní a mis hombres y abrí fuego sobre el blocao y las trincheras que lo rodeaban [...]. La infantería se acercaba más y más a la cresta. Al fin pudimos ver a los españoles que estaban metidos en los hoyos, escaparon cuando los americanos hicieron el asalto final. Detuve entonces el fuego para evitar herir a nuestros compatriotas.²⁶

Por su parte, Horatio S. Rubens, un ilustre abogado y escritor norteamericano, que fue amigo de José Martí en Nueva York, aclara la presencia de Teodoro Roosevelt en dicha batalla:

La leyenda de que Roosevelt tomó la Loma de San Juan no fue obra suya, sino una anécdota interesante adecuada a un carácter tan pintoresco, de modo que en la literatura y en el cine, alcanzó éxito. La gloria que él alcanzara, no necesita de esta hazaña. En un parte oficial él declaró: “Fue después que tomamos la primera colina. Había congregado a mis soldados para asaltar la segunda, y habiendo perdido mi caballo, salté la cerca de alambre y me dirigí cuesta arriba. Después de haber avanzado unas doscientas yardas bajo un fuego vivo, advertí que estaba casi solo y la razón fue, según supe más tarde, que en la confusión del asalto, mientras mis soldados mataban y eran matados, no advertieron mi ausencia. Dije a los cinco que me habían seguido que aguardaran un momento, ya que si todos regresáramos, podía prestarse a la mala interpretación. Volví pues, solo, y reorganizando el regimiento, volvimos todos a la carga”.²⁷

La infantería estadounidense comandada por el mayor general Hawkins, que había resultado herido, avanzaba incesantemente sobre el fuerte de San Juan, causándoles bajas a los defensores españoles, cuyos cañones se silenciaban a falta de municiones. Su jefe, el coronel Vaquero caía en una de las trincheras, el coronel Ordóñez resultaba mal herido. A la una y media de la tarde el general Linares ordenó la retirada desde el lugar denominado El Pozo, ya herido de metrallas. Se hizo cargo del mando el general Toral.

Los españoles hicieron un último esfuerzo para retomar la Loma de San

Juan, pero fueron rechazados y herido su jefe el capitán de navío Bustamante. Aun así, las pérdidas sufridas por los yanquis fueron muy grandes como lo expresara el general Shafter al general Lawton. Shafter tenía pensado retirarse y pedir refuerzos a Washington, pero en un Consejo de Guerra esto fue rechazado por la oficialidad.

Perdidos en el Caney, San Juan y El Pozo, los españoles quedaban derrotados, sólo les quedaba la plaza sitiada de Santiago de Cuba.

La toma de San Juan costó a las tropas yanquis 160 muertos y 960 heridos y por su parte los hispanos tuvieron 600 bajas. El 2 de julio continuaba el fuego desde las trincheras y el cañoneo por parte de la escuadra norteamericana, desde la boca del puerto y hacia sus fortificaciones como El Morro, La Socapa y La Estrella. Las tropas cubanas trataban de tomarlas por asalto bajo el mando del mayor general Calixto García.

Sin embargo, el general Shafter ordenó que las fuerzas cubanas participaran en el asalto a las guarniciones españolas. El 17 de julio se rindió la de Santiago de Cuba al general Shafter. Por su parte, el mayor general Nelson Miles ordenaba que se impidiera la entrada a Santiago de Cuba a las tropas cubanas comandadas por el general García Íñiguez, en uno de los gestos más denigrantes del poderío de los Estados Unidos en esa guerra. Miles alegaba que podían ocurrir conflictos y rozamientos y que, a petición del general español Toral, esto se cumpliera.

Entonces el general García Íñiguez escribió, a las puertas de Santiago de Cuba, en Casa Azul, una carta de protesta al general Shafter, otro de los documentos

más dignos de la Historia de Cuba en el cual decía: “La ciudad de Santiago de Cuba se rindió al fin, al Ejército americano y la noticia de tan importante victoria sólo llegó a mi conocimiento por personas completamente extrañas a su Estado Mayor, no habiendo sido honrado con una sola palabra, de parte de usted, sobre las negociaciones de paz y los términos de la capitulación propuesta por los españoles”.

Y en otro párrafo notificaba:

Circula el rumor que, por lo absurdo, no es digno de crédito general, de que la orden de impedir a mi Ejército la entrada a Santiago de Cuba ha obedecido al temor de venganza y represalias contra los españoles. Permítame Ud. que proteste contra la más ligera sombra de semejante pensamiento, porque no somos un pueblo salvaje que desconoce los principios de la guerra civilizada; formamos un ejército pobre y harapiento, tan pobre y harapiento como lo fue el ejército de vuestros antepasados en su guerra noble por la independencia de los Estados Unidos; pero a semejanza de los héroes de Saratoga y Yorktown respetamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía.²⁸

En un discurso pronunciado en Minnesota, el 2 de septiembre de 1902, Roosevelt ya presidente de los Estados Unidos en sustitución de McKinley, que había sido asesinado, explicaba el significado de la Doctrina Monroe, del proyecto del canal en el istmo de Panamá y del engrandecimiento de la nación norteamericana y juraba que “[...] bajo ningún pretexto haya en-

grandecimiento territorial sobre el sueño Americano por parte de ninguna potencia europea”.²⁹

El poeta nicaragüense Rubén Darío se encontraba en Málaga en 1904 y estaba al tanto, como diplomático, de los acontecimientos de la guerra en Cuba y de las intervenciones estadounidenses en la isla, así como del destino trágico de Puerto Rico y dedicó una patética “Oda a Roosevelt”:

*Eres los Estados Unidos
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene
sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún
habla en español.*

Pero el final de esa oda realmente es impactante: “Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!”.³⁰

III

La primera vez que se escribió en idioma castellano, y en los Estados Unidos, acerca del pintor Vasili Vasilievich Vereschaguin, fue una hermosa crónica de arte salida de la brillante pluma de José Martí, escrita en un estilo único del periodismo literario.

Algunos críticos opinan que el discurso martiano en sus crónicas periodísticas “transformó la prosa hispanoamericana” y no les ha faltado razón toda vez que el poeta y revolucionario cubano fue un verdadero precursor del modernismo.

En 1888, Vereschaguin exponía sus obras en Nueva York y Martí, amante y conocedor del arte pictórico, fue a visitarla para luego escribir una crónica para el periódico *La Nación*, de Buenos Aires, porque “[...] el ruso que hace odiar la guerra por lo real de sus

pinturas, y amar la nieve, por lo potente de su luz [...]” bien valía que se le conociera entre sus lectores de Hispanoamérica.

Vereschaguin fue un pintor realista nacido en Cherepovets en 1842, o sea, que cuando expuso sus obras en Nueva York, y seguramente Martí asistió a su inauguración, tendría alrededor de cuarenta y siete años de edad.

Este creador ruso fue discípulo en París de León Gérome, pintor y estatuario francés de estilo académico que alcanzó fama en la pintura de historia y temas militares.

Para Martí, la obra de Vereschaguin estaba plena de ricos matices, pintados con “[...] el color sin brillo de la verdad, el color seco de los objetos al aire libre, y no eso de academias [...]”. El intelectual cubano descubre en el pintor ruso que había roto con las tradiciones academicistas de su época al adquirir, dentro del realismo, su propio estilo, tal y como se observa en su famoso cuadro de los uzbekos “[...] corriendo la pólvora entre los rusos, en Tashkent”.³¹

Esa reseña de arte la escribió Martí el 13 de enero de 1889, cuando residía en Nueva York y colaboraba con numerosos periódicos de Hispanoamérica. Fueron decenas las crónicas, reseñas, críticas, etcétera realizadas por el Apóstol y que hoy se han recogido en sus *Obras completas*.

En 1900, en el comienzo de un nuevo siglo, otro cubano reedescubrirá a Vereschaguin, pero no en Nueva York, sino en París. Nos referimos al también periodista y escritor Ezequiel García Enseñat, entonces laborando para la revista *El Fígaro*, de La Ha-

bana, una de las más importantes de esa época en Cuba.

Vereschaguin exponía en el club de la rue Volney, en París. El día de la inauguración comenzó su amistad con García Enseñat. El pintor ruso presentaba “[...] cuadros nuevos, estudios y reproducciones hechas por él de trabajos suyos anteriores –en los que se podía seguir paso a paso la existencia del artista en su hogar (casa solariega de una antigua familia de Novgorod): en la India, en la guerra turco-rusa y en sus excursiones por Vologda, Iaroslav, Crimea, etc.”.³²

La rue Volney se le llamaba comúnmente al “Cercle Artistique Littéraire”. En este lugar Vereschaguin cubrió sus paredes con 140 de sus obras.

El periodista García Enseñat descubrió en uno de los cuadros del maestro ruso, el titulado *Gran Ejército*, donde había plasmado toda la epopeya de la llegada de Napoleón Bonaparte a Moscú hasta su retirada por el camino de Smolensk. Mientras escribía sus notas, alguien pronunció su nombre. Se trataba de un amigo francés, monsieur Dussaq, a quien conocía desde La Habana y que venía acompañado por “[...] un caballero de aspecto militar, calvo, de grandes barbas y de mirada penetrante”.³³

Fueron presentados y este último resultó ser el pintor ruso Vasili V. Vereschaguin. García Enseñat se mostraba inquieto, pues no aparecía un catálogo de la exposición. Sucedió que dicha exposición había tenido una pésima acogida en París, pues según el periodista “[...] al razonar los cuadros relativos a la invasión napoleónica, lo había hecho demasiado en ruso, y hay

razonamientos que no se toleran al extranjero en ningún país [...] más que en Cuba”.³⁴

Informará también que en dicha exposición de 1900, las sociedades consagradas en propagar aquella “generosa utopía”, colocaron en el lugar de honor de sus instalaciones el cuadro de Vereschaguin titulado *La apoteosis de la guerra*.

Agrega además que Vereschaguin “[...] preparaba caja de colores cada vez que su patria comenzaba una guerra [...]”. El pintor pertenecía a una familia de la nobleza rusa y por tal motivo se le autorizaba agregarse al Estado Mayor. Realizaba sus bocetos al pie del tronar de los cañones y de la fusilería, sin importarle el perder la vida en esas jornadas tan peligrosas. Cierta vez fue herido en un ataque en el Danubio cuando se combatía contra los turcos.

En 1900, casi a un año de que concluyera la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y del comienzo de una nueva república en una Hispanoamérica llena de malos presagios y ante el preludio de una intervención norteamericana, el artista ruso se interesó por el conflicto de 1898 y se propuso ir tras las huellas de esa guerra para dejar constancia de ella en el lienzo, pues aún estaban frescas las memorias y vivían los testigos.

Arribó a Cuba por primera vez para añadir un capítulo más a su vida de artista bohemio y captador de los problemas humanos al pintar batallas y ver de cerca la muerte de unos hombres contra otros. Por eso Vereschaguin confesará en sus memorias que odiaba la guerra. Los ecos de la reciente lucha de 1898 le atraían como imán. La información que obtiene ha sido a través de la

prensa. Desde Nueva York se comunicaba con su amigo García Enseñat en La Habana y este le promete ayudarle en todo lo que concierne a su trabajo.

Llegó a La Habana y se interesó por visitar la bahía habanera donde explotó el acorazado *Maine*. Allí realizó un boceto del lugar y escribió todos los datos que se le ofrecieron sobre el hecho.

Sin embargo, al pintor lo que más le importaba eran las batallas de la Loma de San Juan y la naval en la boca de la bahía de Santiago de Cuba. García Enseñat lo conectó con dos amigos santiagueros: Gutiérrez y Pepe Jerez, “[...] quienes, además de llevarle a los escenarios más importantes de los combates, le proporcionaron los uniformes españoles y la ropa mambisa que él necesitaba para emprender su trabajo”.³⁵

Vereschaguin bocetó una trilogía que tituló *La toma de la Loma de San Juan*, y luego llevó al lienzo. En la primera parte de su libreta de apuntes dibujó, con gran realismo, a los insurrectos o mambises, en pleno combate, pese a los desarrapados uniformes que vestían; en la segunda, a los Rough Riders avanzando “para apoderarse de la colina”, y en la tercera, al desmoralizado y destruido Ejército colonial hispano. De sus viajes a Cuba, Vereschaguin dibujó bocetos que luego llevó al lienzo.

Incluso, habrá que agregar en la obra de Vereschaguin, los lienzos que pintó acerca de la guerra de 1898 en Filipinas, donde también estuvo obteniendo información.

El Museo Vasili V. Vereschaguin, de Nikolaev, ciudad portuaria rusa donde se hallaba su más completa flota del Mar Negro, exhibe la mayor parte de la obra de este genial creador ruso. Existe una

gran pinacoteca que comenzó a prestar servicios desde mayo de 1914.

En la actualidad este museo cuenta con diez salas, y la principal está dedicada a exponer las obras del maestro Vereschaguin, entre las cuales se encuentran las que el artista concibió durante sus dos visitas a Cuba, la primera en marzo de 1901 y la segunda en julio de 1902.³⁶

Otra de sus obras representa al desertor del Ejército español, la titulada *El interrogatorio del desertor* (1901) y que es la imagen de un soldado hispano interrogado por un oficial yanqui.

Durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) el 90% de las obras de Vereschaguin del Museo de Nikolaev, óleos, dibujos, bocetos, fueron evacuadas a Moscú y al antiguo Leningrado (hoy San Petersburgo). Más de sesenta de sus óleos y bocetos se encuentran no sólo en Rusia, sino en museos de los Estados Unidos y en manos de particulares.

Según expertos, la obra mejor concebida de Vereschaguin en estas visitas cubanas es la que tituló *El Morro de Santiago de Cuba*, una de las fortalezas emblemáticas del siglo xvii (1632) que defendía la ciudad. Esta obra se encuentra en el museo de Taganrog. También pintó *El bohío* en 1902, *El árbol del banano* (1902) y *Palma real*, que es el símbolo mágico del paisaje cubano.

De regreso a Nueva York, después de su primer viaje a Cuba en 1901, Vereschaguin obtuvo más información sobre la guerra de 1898 y llegó a entrevistarse con el ya “presidente Teodoro Roosevelt”, quien le proporcionó los datos que buscaba, pero el pintor,

consecuente con su posición de no reflejar en su pintura a los poderosos, decide no concebir el cuadro, sino que realiza una serie de retratos referidos a la sociedad estadounidense, entre ellos dos de sus mejores obras de un profundo contenido social: *Un minuto de alegría*, el retrato de un camarero negro norteamericano y *Vagabundo en Washington...*³⁷

Impactado el artista por lo que había oído contar durante su visita a Cuba, se dedicó a pintar y a escribir un libro antológico que tituló *Del libro de apuntes*. En este texto describió cómo vio La Habana de comienzos del siglo xx y lo que permanecía aún del recuerdo de España y del ambiente inseguro existente en la isla. Sobre ello dice: “Claro está que la ciudad de la Habana nunca en los tiempos del poder de los españoles fue tan linda como ahora: las calles limpias, las plazas y parques verdes, ni se acuerdan ya de los gatos y perros muertos que antes yacían por las calles y las llenaban de peste. Los bulevares, malecones, árboles y flores hacen que los extranjeros se queden sorprendidos por el estado de las ciudades cubanas”.

Evidentemente, la belleza tropical había sorprendido a Vereschaguin y en realidad la sanidad pública fue una tarea primordial del gobierno interventor, por las epidemias desatadas durante la guerra.

También se percató del momento político que vivía la isla y por eso escribió:

Se puede decir que la mayoría está esperando desórdenes en la nueva república cubana [recuérdese que el primer gobierno de los cubanos se inauguró el 20 de mayo de 1902]

y con mucho gusto se inmiscuirían en los asuntos de la isla anexándola a la Gran República. “Annexation” es popular solamente en los Estados Unidos aunque no quieran reconocerlo, esa palabra en Cuba más a menudo se pronuncia sólo entre la gente poderosa, como si fuera la única solución que dé salida a la crisis monetario-agraria y artesanal. Los pobres en Cuba sin duda están por la libertad e independencia cueste lo que cueste, pero sabrán ellos realizarlos y conducir el gobierno de la república por la vía de la firmeza contra el soborno y el favoritismo. Eso lo dirá el futuro.³⁸

Vasili V. Vereschaguin murió mientras pintaba –sin duda– el 13 de abril de 1904, casi a dos años de su última visita a Cuba, en el buque *Petropavlosk*, en Puerto Arturo, durante la guerra ruso-turca, junto al almirante Makarov.

Ezequiel García Enseñat escribió en *El Fígaro* sobre el pintor: “La muerte de Vereschaguin no ha podido sorprender a los que lo conocían, pues ha sido tal cual la afrontó muchas veces, y digna de su historia. Le ha servido de sudario su gloriosa bandera; le despidió el estruendo de los cañones, como si hicieran por él salvas magníficas, y su cadáver ya encerrado, con los de sus heroicos camaradas, en un grandioso féretro de acero, que se diría hecho a la medida de los antiguos *bogatyri* de la Santa Rusia”.³⁹

IV

Lo expuesto en apretada síntesis representa la historia de mi país. En 1898 se dio lo que se llama “la gran recurva de nuestra historia”, porque al concluir la gesta libertadora iniciada en 1895,

nuestro pueblo se encontró ante una encrucijada con la intervención extranjera.

Cuba ha atravesado por muchas pruebas duras y difíciles. Pero no deseamos más recurvas, sino proseguir el camino indubitable de la libertad, la tolerancia y la justicia social.

Se nos presentan retos muy difíciles porque no se han abandonado los principios revolucionarios y es por ello que Cuba representa un paradigma para Iberoamérica, unido su destino al sueño de Bolívar y Martí.

Notas

¹ Unamuno, Miguel de. *Inquietudes y meditaciones*. Madrid: Afrodisio Aguado, S.A. Editores-Libreros, 1957. p. 137.

² Portuondo, Fernando. *Estudios de Historia de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973. p. 256.

³ Leiseca, José M. *Historia de Cuba*. La Habana: Montalvo, Cárdenas & Co., 1925. p. 419.

⁴ *Ibíd.*, p. 420.

Se trataba de la Enmienda Teller, que “[...] tuvo el efecto inmediato de evitar una anexión de Cuba [...]” (Véase: Pérez, Louis A., Jr. *El diseño imperial: política y pedagogía*. Pittsburg: Centro de Estudios Cubanos de la Universidad de Pittsburg, Estados Unidos. t. 12, n. 2 y reproducido por el Ministerio de Educación de Cuba en 1985).

⁵ Lesica, J. M. *Op. cit.* (3). p. 423.

⁶ Rubens, Horatio S. *Liberty Story of Cuba* / Trad. Adolfo G. Castellanos. La Habana: “La Rosa Blanca”, 1956. p. 307.

⁷ Trabajo de Manuel A. Barrera aparecido en *El Cubano Libre*, Santiago de Cuba, citado en: Martínez y Martínez, Ramón. *Lecciones de Gramática Castellana* / 2ª ed. Santiago de Cuba: Librería y Papelería “Renacimiento”, 1922-1925.

El 17 de julio de 1898 fue la rendición de la plaza de Santiago de Cuba.

⁸ Churchill, Winston S. “Cuba”. En: *Mi primera juventud. Una misión errante*. Buenos Aires: Editora Claridad, S.A., 1941. pp. 89-90.

- ⁹ *Ibíd.*, p. 91.
- ¹⁰ *Ibíd.*
- ¹¹ *Ibíd.*
- ¹² *Ibíd.*, p. 92.
- ¹³ *Ibíd.*, p. 96.
- ¹⁴ O'Kelly, James. *La tierra del mambí*. La Habana: Instituto del Libro.
- ¹⁵ Churchill, W. S. *Op. cit.* (8). p. 98.
- ¹⁶ Miró Argenter, José. *Crónicas de la guerra*. La Habana: Instituto del Libro, 1970. t. 1, p. 173.
- ¹⁷ Churchill, W. S. *Op. cit.* (8). p. 98.
- ¹⁸ Miró Argenter, J. *Op. cit.* (16). pp. 177-178.
- ¹⁹ Churchill, W. S. *Op. cit.* (8). p. 100.
- ²⁰ *Ibíd.*, p. 101.
- ²¹ *Ibíd.*
- ²² Rubens, H. S. *Op. cit.* (6). p. 307.
- ²³ Roosevelt, Teodoro. *Las dos Américas y la vida en el rancho*. Barcelona: Guarnier y Taberner Editores. p. 205.
- ²⁴ Portuondo, Fernando. *Op. cit.* (2). p. 157.
- ²⁵ Roosevelt, Teodoro. *Op. cit.* (23). p. 20.
- ²⁶ Dicho por Horatio S. Rubens en la obra citada en la número tres, página 319.
- ²⁷ *Ibíd.*, p. 319.
- ²⁸ Escalante Beatón, Aníbal. *Calixto García. Su campaña en el 95*. Ciudad de La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- ²⁹ Roosevelt, Teodoro. *Op. cit.* (23). p. 91.
- ³⁰ *Nuestro Rubén Darío* / introd. Ernesto Mejías Sánchez. Nicaragua: Ministerio de Cultura, 1982. pp. 47-48. (Colección Popular de la Literatura Nicaragüense)
- ³¹ Martí, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1964. t. 12, p. 62; t. 15, p. 430; t. 20, p. 217.
- ³² García Enseñat, Ezequiel. Vasili Vereschaguin. *El Fígaro* (La Habana) 15 mayo 1904:240.

Aclaremos que el apellido Vereschaguin se escribe en otras formas: Vereschagine, Vereschagin, Vereschaguin y Verestchagin, como lo escribió Ezequiel García Enseñat.

- ³³ *Ibíd.*, pp. 240-241.
- ³⁴ *Ibíd.*, p. 240.
- ³⁵ Nabel Pérez, Blas. Cuba por Vereschaguin. *Revolución y Cultura* (La Habana) 31(2):44; mar-abr. 1992.
- ³⁶ _____. Cuba en el pincel de Vereschaguin. *Granma* (La Habana) 7 jul. 1988:3.
- ³⁷ _____. *Op. cit.* (35). p. 46.
- ³⁸ *Ibíd.*, p. 47.
- ³⁹ García Enseñat, Ezequiel. *Op. cit.* (32). p. 201. Ezequiel García Enseñat nació en La Habana, el 23 de marzo de 1862. Doctor en Filosofía y Letras y Licenciado en Derecho. Fue secretario tercero de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, secretario de la Sección de Bellas Artes del Ateneo y Círculo de La Habana y catedrático de Historia y bibliotecario de la Universidad habanera, así como catedrático auxiliar de Literatura. Miembro de la Cámara de Representantes, director de *El Sport* y *El Liberal*, redactor de *Patria* todas de La Habana, y de *La República Cubana* de París. Fue académico de Historia. Falleció en La Habana el 9 de noviembre de 1938. Acerca de su obra escribieron los intelectuales cubanos Enrique José Varona, Emilio Roig de Leuchsenring y Regino Díaz Robaina. (Datos tomados de *Cuba en la mano*. La Habana, 1940, pp. 888-889, y de la Biblioteca Nacional José Martí).

Otra bibliografía consultada

COLLAZO, ENRIQUE. *Los americanos en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1972.

“¡Lo divino está en lo humano!”: dos crónicas de José Martí”

Adis Barrios

Investigadora y ensayista

“El sueño de la razón produce monstruos”.

GOYA

*Mi tío el empleado*¹ de Ramón Meza fue el impacto estético del siglo XIX cubano. Tras la monumentalidad espacial y analítica de Villaverde y su *Cecilia Valdés* (Nueva York, 1882), Meza fracciona los asuntos y los pone a hablar entre sí con sorprendente modernidad para nuestro relato finisecular. Es obra que adquiere inusual densidad artística en el uso del lenguaje y en la deformación de las imágenes como parte del andamiaje simbólico que sostiene la historia.

Probablemente, lo más desconcertante para sus coevos y notable para nuestra historiografía literaria contemporánea es el desempeño de la *luz* que fija el difumino del dibujo en masas de tonalidades verbales sustentadoras de caracteres y situaciones; *luz* que junto a la *risa* entregan la figuración demacrada de los intersticios del poder y su desastrosa “normalización” administrativa.

No fue reconocida esta ficción en su tiempo. La crítica explayó sus perplejidades ante el inacabamiento de los personajes y lo episódico y aparentemente deshilvanado de la narración. La novela extraía sus jugos, esta vez, de

lo miniatúresco y no se detenía en extensos parlamentos aburridores, típico del afán explicativo de la ficción del XIX.

Los procedimientos estilísticos hacían una propuesta novedosa para el novelar, era una visión diferente, era la osadía del ojo dictando a la escritura la celeridad memorística, diciendo un parecer abocetado por momentos, anamórfico siempre, por el carnaval y la caricatura encubridoras de las esencias profundas.

Martí retoma el desvío y lo reencauza en la tradición cubana desde la Historia. Capta el mensaje enmascarado tras la *risa*, las refulgencias, las distorsiones y las predicciones oníricas, y cree en la obra, por la índole humana que halla, como dijo en esta importantísima crónica, en esa “[...] mueca hecha con los labios ensangrentados”.² [Los subrayados de todas las citas son de la autora. N. de la E.].

En el pórtico de su exégesis nos sorprende la condición sintetizadora y plástica del verbo gráfico martiano. En apenas once líneas, Martí condensa las “ideas madres” de la novela de Meza, a través de la concatenación de frases

subordinadas, sustantivos, adjetivos de inapelable exactitud y verbos de relampagueante celeridad:

Esta es la historia del poblano don Vicente Cuevas, que *llegó a Cuba en un bergantín, de España*, sin más seso, ciencia ni bienes que una *carta* en que el señor marqués de Casa Vetusta *lo recomendaba a un empleado ladrón, y con las mañas de este y las suyas, amparadas desde Madrid* por los que participaban de sus frutos, *paró el don Cuevas de las calzas floreadas y las mandíbulas robustas en “el señor conde Coveo”*, a quien despidieron con *estrépito de trombones y lujo de estandartes y banderines* los *“buenos patriotas de la Habana”*, cuando se retiraba de la ínsula, del brazo de la *rica cubana Clotilde. Esta es la vergonzosa historia, dicha con sobrio ingenio, cuidado estilo y varonil amargura*.³

Como explica Adelaida de Juan en su imprescindible: *José Martí: Imagen, crítica y mercado de arte* (1998), el autor de *Nuestra América*, aguza su vocación hacia la pintura desde su destierro político en España, y sus posteriores estancias en países de América, excepcionalmente, México y los Estados Unidos. Sin embargo, fue en España donde aprehende los conceptos seminales que conformarán el “ejercicio del criterio” en las artes plásticas. Allí tiene contacto con destacados maestros de la pintura –de los principales, Raimundo Madrazo–, visita sus talleres y, sobre todo, conoce el arte de Velásquez y Goya, este último, piedra

angular de su sentido plástico.⁴ Pero no sólo de su sentido plástico. Goya da a Martí la grandeza del estilo en el aparente descuido que es también forma, cuando parte de una *apercepción* profunda del objeto y un conocimiento exhaustivo de las técnicas. Dice en crónica de 1879, a propósito del gran aragonés: “¡El genio embellece los monstruos que crea!” Y más adelante agrega: “Cada aparente error de color y dibujo de Goya, cada monstruosidad, cada deforme cuerpo, cada extravagante tinta, cada línea desviada, es una áspera tremenda crítica. [...] Yo no conozco obra más completa en la sátira humana”.⁵

Cuando Martí escribe su crónica sobre el libro de Meza ya había conciliado sus opiniones sobre el arte de los impresionistas.⁶ En 1886, les dedica un admirable estudio en el cual puntualiza la preeminencia de la luz y el color en la expresión plástica, diciendo, con su habitual acento sentencioso: “De Velásquez y Goya vienen todos, –esos dos españoles gigantescos [...] Velásquez fue el naturalista: Goya fue el impresionista [...]”⁷ y, también dijo algo que Adelaida de Juan –y nosotros con ella– considera centro de una estética y una ética fusionados en la ejecución de su obra: “[...] les lleva por irresistible simpatía con lo verdadero, por natural unión de los ángeles caídos del arte con los ángeles caídos de la existencia, a pintar con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes”.⁸

El arte francés conquista a Martí en sus mejores exponentes, y esta conquista es un suceder de revelaciones que van afinando su perfil ideoestético.

Sus palabras sobre los hermanos Goncourt –Julio y Edmundo– son siempre elogiosas.⁹ Manet, reservas aparte, es “grandioso” y, la *idea* del proceder artístico de los impresionistas, la califica de “sana” y de “[...] efecto fuerte y bello [...]”.¹⁰ No obstante, Goya es el maestro, y por algo lo es.

Fundador del lenguaje de la modernidad para América,¹¹ Martí reconoce en la novela de Ramón Meza, como hemos insistido, novedades estéticas portadoras de un interlineado de alusiones críticas. No lo distrae la *risa* que da andadura a las palabras, ni se pierde en el deletreo de episodios contados como *manchas*, en donde, al igual que Villaverde, pero con otros métodos, el autor coloca el debate de la nación que está por hacerse. En Martí se produce, como dijera Schulman, haciéndolo extensivo a los modernistas, “[...] una simbiosis de la historia y la escritura”,¹² de manera que su acento recae en el sentido y su palabra se torna didáctica, al inducir la sentencia clara hacia ese receptor que siempre será el sujeto de su discurso: el hombre de Nuestra América.

En el siguiente fragmento sobre *Mi tío el empleado* Martí enfatiza los preceptos estéticos defendidos en 1881 sobre “El carácter de la Revista Venezolana”,¹³ donde legitimó una postura cívico-intelectual en connivencia con la esencialidad de las “ideas madres” engastadas en la excelencia del lenguaje:

Y ¿en qué estilo está escrito todo esto? *En un estilo intenso y laborioso* [...] En este *repulgo de la frase*, así como en *lo minucioso de la descripción* y uso frecuente del *sueño simbólico*, se ve el in-

flujo de los autores que están poniendo ahora en lengua académica, por métodos ingleses y franceses, las cosas de España.

[...] Ya Meza sobresale por su honrado y constante *deseo de emplear la palabra propia, necesaria y gráfica; pero lo que anuncia en él al escritor no es esta caza del vocablo, [...] sino la determinación de subordinar el lenguaje al concepto, el don de ver en conjunto [...]*.¹⁴

Martí reclama en este comentario la eticidad fundante de la palabra para la modernidad hispanoamericana, sustentada sobre el humanismo que es para él, meridiano de valoración en arte, es decir, función social y destino último de lo bello y lo verdadero, triunfo productivo del forcejeo entre lo viejo y lo nuevo, en estos difíciles tiempos de “reenquiciamiento” y “remolde”.

Vio Martí en este libro una “[...] *procesión de fantasmas lívidos y deshuesados*”,¹⁵ y vio, además, que “[...] *sin ser más que retrato*” era “*caricatura*”,¹⁶ aclarando, que esta “observación” no es “copia” “como la fotografía”, “sino otra [...] que *realza su poder con su justicia [...]; es como ciertos pintores, que no dibujan con lápices, sino con púas de acero*”.¹⁷

Martí defiende la idoneidad del trazo lingüístico de Meza fundamentado en la caricatura y enfatiza: “*El arte sienta a su mesa a Daumier y Hogarth*”.¹⁸ De modo que, al citar a Daumier, especialmente, como referencia en la ejecución de Meza, pondera la caricatura y su función altamente crítica y polémica en la historia del arte, partiendo de una figura notable en el género, que, además de notable, fue

“hombre de su tiempo”. Daumier,¹⁹ al igual que Víctor Hugo, Callot, Aloysius Bertrand,²⁰ Balzac, Baudelaire y Goya, entre otros, “arrancó máscaras” y penetró estructuras sociales de la intrahistoria, traspasando, según los lenguajes, las travestidas esencias de aquella “sátira humana”. Con línea apurada, Meza, al estilo de Daumier, interiorizó la imagen y mostró la significación, en lo distorsionado y agrandado del gesto hecho con palabras, acentuando un expresionismo de lo singular humano que coloca las series tipológicas de las épocas históricas.

Los “pintores que dibujan con puntas de acero” son los pintores impresionistas que Martí había definido ya en 1886 como “pintores fuertes y varones”. Pero en ellos había descubierto algo más que la luz y las masas de color robándole a la línea la hazaña del ojo cognoscente. En ellos se había logrado una estética superadora que unía los “ángeles caídos del arte”, como ya dijimos, con los “ángeles caídos de la existencia”; por ellos, aparecían protagónicos los dostoiévskianos subsuelos de la precariedad humana, haciendo significativo el agigantado primer plano del remero del lienzo de Renoir,²¹ como Meza nos provocaba a *ver* la profecía de una risa inmensa y obsesiva en los dientes de un piano, o nos permitía escuchar el trote de una desventura en el destartalo moral de cierta carretela “que bajaba por la calle Muralla”, “barniz” y “charol”, todo un “espejo de luz”.

Martí leyó los huecos oscuros de las palabras, el lenguaje que sólo descifra el “perspicaz” visionario, atento a los abismos de la historia, acosado por voces que lo cercan desde las simas de

la injusticia humana y anunció para su público hispanoamericano, una vez más, con prosa fulminante y concisa, que en este libro: “Hay ojos centelleantes bajo esa *careta pintarrajeada*. En ese silbato chasquea un látigo. Ese conde que se lleva de Cuba a Clotilde *tiene las espaldas listadas de negro, como los vestidos de los presidiarios*”.²²

Martí devolvió su “*impresión*” sin poner reparos a la “*risa*” con que es tratado asunto tan grave que parece una “*bofetada*”:²³ los laberintos empolvados del mundo administrativo, los funcionarios sin funciones, las atmósferas gélidas donde la luz ilumina esperpénticas imágenes, la ausencia del amor, los palacetes recargados de gusto ecléctico que anuncian desde la arquitectura una figuración diferente de la riqueza en el espacio de la ciudad,²⁴ bulliciosa, cosmopolita y los banquetes pantagruélicos –“[...] *¡daba gusto ver comer a aquellos [...] hombres!*”;²⁵ dice Martí en su crónica–, la palabra prostituida cuando no es elogio justo, sino adulación, desajuste y vacío en la parodia del “*festín patriótico*” y, sobre todo, profecía que ronda con aire de tragedia y que retoman los escritores de la llamada “primera generación republicana” –Miguel de Carrión y Carlos Loveira, fundamentalmente–, al descubrir, desde el realismo y el naturalismo, el destino poscolonial de una nación que emerge con rasgos extraviados al imaginario martiano. El amante de lo bello y la libertad, de la verdad, la justicia y el dolor, por encima de todo, vio *los barrancos*, en esta historia de:

[...] entes cómicos, *sobre cuyas cabezas brota la tragedia [...] los pinta, calcándolos del natural [...]*.

Es un teatro de títeres; de títeres fúnebres. [...] El libro, sin ser más que retrato, parece caricatura [...] no quiso el autor invalidarla mejorando lo real en una obra realista, cuya esencia y método es la observación, sino que, hallando caricatura la verdad, la dejó como era".²⁶

Martí asimila la risa –como había entendido la de Gogol²⁷– sin objetar irreverencias vergonzantes para el sujeto cultural cubano, sino descifrando la distinción identitaria que disminuye al “Otro” en su artificio mecánico, en su retocada barbarie autoritaria y decadente desde “[...] *el chiste viril, el chiste útil, el único chiste que está hoy permitido en Cuba a los hombres honrados*”.²⁸

En su discurso gráfico, anhelante y participativo, Martí sigue el trayecto de la luz con la cual Meza modula los tintes fuertes de su lienzo, luz que se enfría al contacto de la platería que desborda la estancia del farsante conde Coveo, recargamiento objetual de una atmósfera que ha dejado de ser naturaleza para entrar en los laberintos urbanos de la novela moderna, aún extraña a nuestro relato decimonónico, si pensamos que este texto queda dentro de los márgenes escriturales de la colonia.

Meza, gradualmente, vuelve fría y artificial la luz que Martí magnifica en sus contrapuntos, a fin de realzar la gran metáfora crítica de la risa, ese símbolo desplazado a signo previsor y maldito, en donde Rabelais²⁹ triunfa y Goya es el “iluminado”. En el párrafo final de esta crónica, sentencia el Apóstol: “La gracia es de buena literatura; pero donde se vive sin decoro, hasta

que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla. A Níobe no se le debe poner collar de cascabeles. A Cristo no se le puede poner en la mano una sonaja. La gacetilla no es digna del país que acaba de salir de la epopeya”.³⁰

Si en la crónica sobre la novela *Mi tío el empleado* de Ramón Meza, Martí proyecta su discurso crítico desde la risa y la luz que desenmascaran el rictus de aquella “mueca hecha con los labios ensangrentados”, en “El Cristo de Munkacsy”,³¹ nos habla desde la angustia, pero no deslumbrado por la epifanía triunfalista del símbolo redentor y redimido que ha encontrado la univocidad perfecta del referente, sino en la dispersión del signo irresuelto, tensor de sentidos, dado el destino perpetuo de su reencarnación: “¡Miserables! Olvidaban que en aquel hombre iba Dios”.³²

Martí realza en la observación del Cristo del pintor húngaro Munkacsy su medida ética junto a la humanista –cultural y existencial, como explica Rafael Cepeda en importante estudio.³³ De aquí, que su observación del cuadro se abra a un escalonado contrapunteo de la estructura composicional en función de la idea que toma vida en la voz “creativa”, poética, que “reescribe”,³⁴ (re)componiendo un armónico conjunto de significaciones que remiten su “texto más anticlerical” –según Cintio Vitier–, “*Hombre de campo*”: “¡No, amigo mío, hay otro Dios!”.³⁵

Ese “otro Dios” define perspectivas de sentido en la minuciosa gradación de las palabras. Son metáforas sumariando las esencias de las “ideas madres” que dialogan desde lo

puramente existencial humano y la singularidad de la representación estética. El siguiente fragmento ilustra las tonalidades verbales que operan en oposición, como juegos de luces y sombras y en donde la luz es elemento primordial de unidad y movimiento:

Pero más honores que él, recibe en el *humilde tabernáculo* en que se enseña, su *sublime Cristo*, de cuya *túnica de lienzo blanco*, por *maravilla secreta del pincel*, emerge una *luz magna que domina y compendia todas las del contorno*, *concentra en el reposo el vario movimiento del conjunto*, e *inviste de seductora majestad un cuerpo escueto* por donde cae el lienzo en pliegues desairados.

[...] *es preciso, para entender bien a Jesús, haber venido al mundo en pesebre oscuro*, con el espíritu limpio y piadoso, y palpado en la vida la escasez del amor, el florecimiento de la codicia y la victoria del odio: *es preciso haber aserrado la madera y amasado el pan entre el silencio y la ofensa de los hombres*.³⁶

Al caracterizar la estirpe gitana de Munkacsy, Martí coloca sintagmas sensoriales que confirman su noción de las correspondencias.³⁷ Son trazos rotundos dibujando el carácter de un rasgo y su historia, en oposiciones contrastivas que ponen de relieve la textura de un lienzo resuelto con palabras:

[...] la gente de esas tierras de Hungría, de *ojo negro y tenaz*, *adora la naturaleza* [...] *beben el vino fresco de los odres: aman de modo que queman*: cuando tocan sus *músicas selváticas* tienen de *crin de*

corcel revuelta por la tempestad, y de *voz de flor*, y de *reclamo de paloma*: de allí son los *gitanos de colores*, con sus caravanas felices y pintorescas; sus *amoríos que huelen a fruta primeriza*, sus vagabundos de cabellos rizados que se enamoran de las reinas.³⁸

Pero Martí exalta el dominio de la idea. En ella queda ínsito el estilo. Por eso, al referirse a las pinturas de Munkacsy, no puede soslayar el “*betún oscuro*” que rebasa la percepción del ojo del artista, marca de aquella dolorosa experiencia de Hungría, su país arrasado, que define en preciosa metáfora: “[...] *el bello país de selva y viñedos [que] parecía una copa de colores quebrada por el casco de un caballo*”.³⁹

El *Cristo ante Pilatos* es pretexto para (re)crear una espiritualidad centrada en el hombre, es decir, una interpretación humana de la divinidad, en donde lo *feo* se estiliza retando lo monumental de las catedrales y la magnificencia de un Cristo vencedor y único, fundido a su creador en la verticalidad del concepto de perfección. Ocurre un cisma dentro del símbolo de lo religioso martiano al sublimizar, con la pertinencia de valores otros, alteridades en diálogo discrepante con la cristiandad y las instituciones religiosas.

La visión cristiana de Martí es litigante y contestataria, y no se dirime en la ortodoxia de los credos, sino en la grandeza de la “*Historia y sus mártires*”, como dijera Cintio Vitier en *Ese sol del mundo moral*. Es una fe que se alza de lo no liberado, que sostiene sus certezas por la lucha del bien contra el mal, que no construye su ministerio en los ídolos, sino en el dolor que los invoca,

en la vida del hombre y sus dilemas existenciales: “Toda esa búsqueda de sí, sólo tiene un objeto: *darse*. Los más altos maestros de esta sabiduría suma no son los filósofos ni los moralistas, sino los héroes, es decir, los hombres vocados a la transformación redentora del mundo por el propio y voluntario sacrificio”.⁴⁰

Esa espiritualidad encarna en la cristiandad irredenta: en Nicolás del Castillo, en el niño Lino Figueredo, en el negro Tomás, en los representantes del poder que Martí no logra odiar, en todo aquello que se forja al calor del martirio, en la patria, que como él dice, “*es Dios mismo*” y, en su lectura del cuadro de Munkacsy, en el cual: “[...] sin esfuerzo alguno artificioso, ni violencia en el contraste, resaltan [...] en su doble *oposición moral y física: el hombre acrisolado que ama y muere, y el bestial que odia y mata*”.⁴¹

La lectura martiana del discurso plástico de Munkacsy, especialmente, la del *Cristo ante Pilatos* es, aún, llaga sangrante por el grillete incrustado en su tobillo. Así, la descripción del cuadro es creadora. Es *signo* fecundado por la palabra de la Historia, del Hombre, es, como él mismo sentenciaría: “*el poder de la idea pura*”. Martí emplaza la continencia cristiana y discute con los estereotipos teológicos:

Ese es su Cristo. Esa es su extraña concepción de Cristo. Él no lo ve como la caridad que vence, como la resignación que cautiva, como el perdón inmaculado y absoluto que no cabe, no cabe, en la naturaleza humana: cabe el placer de dominar la ira, pero sería menos hermosa y eficaz la naturaleza del

*hombre si pudiese sofocar la indignación ante la infamia, que es la fuente más pura de la fuerza.*⁴²

El verbo de Martí se mantiene en toda la crónica como incitación, en donde la palabra colma la expresividad desmesurada de los rasgos, que nos llegan en escorzos metonímicos; por ejemplo, cuando se refiere al soldado: “[...] *hombre bestial, lampiño, boca grande, nariz chata, mucho pómulos, ojo chico y viscoso, frente baja [...]*”,⁴³ o al inducir la caracterización moral de Caifás: “[...] *aquella cabeza de la barba blanca increpa y apremia: de aquellos labios están saliendo las palabras, ardientes y duras*”.⁴⁴

Pero la luz del Cristo es *avasalladora*. El Cristo, que no está en el centro es, no obstante, figura de significaciones múltiples y resulta, por fin, “[...] *el término inevitable de las excursiones por el lienzo [...]*”.⁴⁵

Para Martí, el cuadro tiene el valor de penetrar la pasión del Hombre-Cristo, eludiendo las perspectivas de la imagen convencional de las liturgias ortodoxas, también, el facilismo plástico con soluciones centralizadoras de perspectivas. Toda la expresividad de las figuras y su disposición, sostienen la “*idea madre*”, que es el vórtice de su eticidad y de su estética: “[...] *lo divino está en lo humano [...]*”.⁴⁶

Desde lenguajes diferentes, prosa y pintura, ambas crónicas emplazan un diálogo crítico que resiente el dilema del signo en la modernidad. Martí propicia la lectura desde confines polares: la *risa* y la *angustia* y, desde ellos, remite su visión ecuménica, que induce al fundamento ético-humanístico de su escritura sintetizadora. Rompe la lógi-

ca de significado y significante para hacer más vital la armonía, para propiciar sin artificios la correspondencia de lo dispar, abriendo su propia palabra como un signo en donde se “transportan lo fantástico y sobrenatural a lo real”. Sorprende, una vez más, esta otra dimensión que encara la lectura artística de la Historia, cuando nos dice: “[...] *este siglo, cuya grandeza caótica y preparatoria, no ha podido condensarse en símbolos [...]*”.⁴⁷

Notas

¹ Martí, José. “Mi tío el empleado. Novela de Ramón Meza”. En: *Ensayos sobre arte y literatura* / Sel. y pról. Roberto Fernández Retamar. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972.

Texto publicado en *El Economista Americano* (Nueva York, julio de 1888).

² *Ibidem*, p. 169.

³ *Ibidem*, p. 168.

⁴ Sobre este aspecto dice Adelaida de Juan en la página 42 de su documentado estudio:

Con respecto al arte español, hemos encontrado comentarios de Martí sobre treintitrés artistas. Mencionaremos, tan sólo como botón de muestra, sus criterios que cubren un espectro tan amplio que nos lleva, entre otros, a Sánchez Coello, Alonso Cano, Juan de Juanes, Berruguete, Zurbarán, Ribera; en especial, Murillo, Madrazo, Fortuny y, particularmente y a lo largo de su vida, a Velázquez y a Goya.

⁵ “Goya”. *Op. cit.* (1).

⁶ Recordemos que a propósito de Raimundo Madrazo, Martí escribe en 1880:

Vive, ama y ríe en amplia luz solar, con luz en su paleta y luz en su corazón. [...] Madrazo ha encontrado el secreto de la originalidad, no en las absurdas fantasías de la escuela impresionista ni entre los discípulos del ultrarrealismo, ambas buscadoras desesperadas de críticas favorables. Lo encontró donde debía de hallarse, en la verdad y en la sencillez, sin alterar brutalmente la

realidad de la naturaleza. [...] Ha tenido el atrevimiento de mirar al sol cara a cara, y ¡cuántas rosas espléndidas le han brindado sus pétalos para que pudiera perfeccionar sus ideas acerca del color! (“Raimundo Madrazo”. En el CD *Obras completas*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2001. t. 15, p. 154).

⁷ “Nueva exhibición de los pintores impresionistas”. En el CD *Obras completas*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2001. t. 19, pp. 304-305

⁸ *Ibidem*, p. 305.

⁹ En crónica publicada en *La Opinión Nacional*, Caracas, el 7 de marzo de 1882 (CD de *OC*, t. 14, pp. 390-391), escribe José Martí sobre los Goncourt, con joyante prosa:

Pero de Edmundo es el libro parisiense, el libro lóbrego y luminoso, el libro cándido y terrible, el libro sonriente y espantable, el libro terso, sonrosado, pulido y ameno. Edmundo de Goncourt, que ama la realidad abomina la fealdad; cuando pinta lo feo, le da la belleza que le falta con la manera de pintarlo. [...] Y de los Goncourt, es la elegancia suma, el aire de salón, cargado de ámbar, el reflejo misterioso de la luz en la ancha colgadura voluptuosa, y ese vago susurro, como de pájaros que anidan, que se siente en los lugares en que los hombres aman. [...] Y es Goncourt cual aquellos artistas refinados, a quienes disgusta como faena de aprendiz la tarea fácil. Sabe que en esta humana naturaleza, donde no hay dos seres contradictorios, y es cada ser como nido de gérmenes y suma de resúmenes de todo cuanto vive, se encrespa el alma, y ruge, y lidia, y duerme, y murmura como un mar pujante: y sabe que es el alma en París como un mar turbio.

¹⁰ *Ibidem*, t. 10, p. 473.

¹¹ Es imprescindible en este aspecto del carácter fundacional de la modernidad martiana, citar las conceptualizaciones al respecto de la doctora Carmen Suárez en la página 82 de su texto: *José Martí y Víctor Hugo en el fiel de las modernidades* (1997, Premio Anual de Investigaciones 1996 del Ministerio de Cultura):

[...] José Martí realizará una síntesis superadora de romanticismo e ilustración a través de una escritura moderna que anuncia las vanguardias del siglo xx y en la que formula

un proyecto alternativo de modernidad partiendo de una muy bien incorporada cultura universal, poderosamente imbricada en las esencias de su realidad histórico-social. Ese sujeto cubano moderno cuya imagen tratan de conformar los románticos cubanos dentro de una realidad colonial que los condena a una inevitable abstracción, será proyectada por José Martí a nivel continental dentro de un proyecto de emancipación radical.

Y, al analogar la relación Hugo-Martí, como fundadores de esa modernidad, que para el segundo tiene el obstáculo de la condición periférica iberoamericana, concluye la estudiosa: “Hugo legitima una modernidad instaurada por la Revolución Francesa, Martí propone el proyecto de una modernidad otra, que está sin construir. La transgresión martiana es doble porque implica la construcción del sujeto moderno en el ámbito de las culturas colonizadas”. (p. 231).

¹² Schulman, I. *El proyecto inconcluso: La vigencia del Modernismo*. México: Siglo Veintiuno Editores, 2002? p. 17.

¹³ Martí, J. “El carácter de la *Revista Venezolana*”. *Op. cit.* (1). pp. 55, 57.

En este trabajo publicado originalmente en dicha publicación de Caracas, el 15 de julio de 1881, el Apóstol dice:

Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de sembrar. Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica, de brazo de la historia, con lo que las dos son mejor vistas, por lo bien que hermanan [...].

[.....]

[...] La frase tiene sus lujos [...] Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero?

También, resulta notable la traducción de Martí a “Mes Fils” de Víctor Hugo, publicada en la *Revista Universal* de México, el 17 de marzo de 1875 (OC., t 24, pp. 15-16, 18) y que aparece ampliamente comentada e interpretada por la doctora Carmen Suárez, en su libro citado. Dice Martí:

Ideas, son fuerzas madres [...]

[.....]

Yo anhelo escribir con toda la clara limpieza y elegancia sabrosa, y giros gallardos del idioma español; pero cuando hay una inte-

ligencia que va más allá de los idiomas, yo me voy tras ella, [...] y si para traducirla he de afrancesarme, me olvido, me domino, la amo y me afranceso.

[.....]

Y así todo, mar de luz, idea de ideas, síntesis de gérmenes, palabras madres.

¹⁴ Martí, J. “Mi tío el empleado...” *Op. cit.* (1). pp. 172-173.

¹⁵ *Ibidem*, p. 169.

¹⁶ *Ibidem*, p. 171.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ Sobre el talante artístico de Daumier y su notabilidad en la caricatura política y social, recomendamos *Testimonios sobre Daumier* (Editorial Arte y Litteratura, Ciudad de La Habana, 1984, 205 p.). Es una selección de interesantísimos textos críticos de la época en que se desarrolló su arte.

²⁰ Louis-Jacque-Napoleón Bertrand (1807-1841), conocido por Aloysius Bertrand, fue el autor de *Gaspar de la Noche. Fantasías a la manera de Rembrandt y de Callot* (1836). He citado a este escritor francés por su vinculación con las artes plásticas, según lo atestigua el título de su libro, además, por ese virtuosismo que se propuso en la descripción de impresiones en un diálogo aparentemente simple e intrascendente entre el hombre y la Historia. Aloysius Bertrand coloca el lugar común en un punto crítico y sugerente de significado. Fue admirado por Charles Baudelaire, quien le dedica importantes párrafos en sus *Pequeños poemas en prosa*, admirado por la voluntad de Bertrand de crear el “poema en prosa”, algo que para el autor de *Flores del mal* era esencial:

¿Quién de nosotros, en sus días de ambición, no hubo de soñar el milagro de una prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, lo bastante flexible y trabajada para plegarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia? De la frecuentación de las ciudades enormes, del cruce de sus relaciones innumerables, nace, sobre todo, este ideal obsesionador. ¿No estuvo usted mismo, mi querido amigo, tentado de traducir en una canción el grito estridente del vidrie-

ro, y de expresar, en prosa lírica, las desoladoras sugerencias que envía ese grito hasta las bohardillas, a través de las más espesas nieblas de la calle?” (*Pequeños poemas en prosa*. Buenos Aires: Editorial Sopena Argentina, S.R.L., 1944. p. 6).

²¹ La observación apuntada por Adelaida de Juan en el fragmento citado, es puntual para cualquier acercamiento que pretenda objetivar el humanismo vivencial, más que cultural martiano. En el trabajo aludido, “Nueva exhibición de los pintores impresionistas” en Nueva York, Martí termina su texto enfatizando la impresión sintetizadora, pero cuidadosamente exaltada, según los planos de composición escritural que dicta su idea y según las perspectivas que sugiere el cuadro. Dice:

[...] surge de los ojos, que salen de allí tristes como de una enfermedad, la figura potente del remador de Renoir, en su cuadro atrevido “Remadores del Sena”.—Las mozas, abestadas, contratan favores a un extremo de la mesa improvisada bajo el toldo, o desgranar las uvas moradas sobre el mantel en que se apilan, con luces de piedras preciosas, los restos del almuerzo.

El vigoroso remador, de pie tras ellas, oscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético torso, alto el pelo, desnudos los brazos, realzado el cuerpo por una camisilla de franela, a un sol abrasante”. [*Op. cit.* (1). p. 140].

²² Martí, J. “Mi tío el empleado...”. *Op. cit.* (1). p. 173.

²³ *Ibidem*, p. 170.

²⁴ No queremos ser radicales en ninguna de nuestras reflexiones, pero sería pertinente sugerir que esta obra de Meza fue una de las que inauguraron la “novela de la ciudad, o novela urbana”, de ahí, también, su modernidad. Martí siente este cambio en el relato cubano. En general, el Apóstol previó la llegada de los nuevos tiempos en una paulatina evolución de su pensamiento enrumbada en crónicas, tanto de carácter estético, como político, o, en las que comenta, de manera informativa, algún hecho, histórico o artístico. Además del paradigmático prólogo al *Poema del Niágara* de Pérez Bonalde, publicado en 1882, entre otros, quisiéramos citar algunos versos

ilustrativos sobre este asunto, del poema perteneciente a *Versos libres*, “Amor de ciudad grande”:

El hombre, como alado, el aire hiende.

¡Así el amor, sin pompa ni misterio

Muere, apenas nacido, de saciado! [...]

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo

De los salones y las plazas libres muere

La flor en el día en que nace [...]

[...] Pues ¿quién tiene

Tiempo de ser hidalgo? [...]

¡La edad es esta de los labios secos! [...]

Tomad vosotros, catadores ruines

De vinillos humanos, esos vasos

Donde el jugo de lirio a grandes sorbos

Sin compasión y sin temor se bebe!

Tomad! Yo soy honrado, y tengo miedo! (CD OC., t. 16, pp. 171-172).

Sobre este poema en especial y sobre su distinción e indistinción con respecto a otros autores, en este caso Rubén Darío y Gómez Carrillo, que valoraron la “ciudad” como entrada de un nuevo signo, recomendamos el magnífico estudio de Sonia Matalia: “Sueño y desilusión de la Modernidad: imágenes de la ciudad”, publicado en *Miradas al fin de siglo: lecturas modernistas* (Valencia: Universidad de Valencia, 1997).

²⁵ Martí, J. “Mi tío el empleado...”. *Op. cit.* (1). p. 170.

²⁶ *Ibidem*, p. 171.

²⁷ Martí fue un conocedor de la literatura rusa en la figura de sus representantes fundamentales. En su crónica “Pushkin: Un monumento al hombre que abrió el camino hacia la libertad rusa”, publicada en *The Sun*, Nueva York, el 28 de agosto de 1880, se lee:

Las nacionalidades pasaron ante sus ojos como nubes en el cielo. Era un hombre de todos los tiempos y todos los países—un hombre intrínseco, el universo en un solo pecho.

[.....]

[...] Potiekhine aseguró que por grande que fuese Pushkin él no estudió ni denunció los males de la sociedad como Gógol. (CD OC, t. 15, pp. 420-421).

Anteriormente en ese mismo trabajo había afirmado: “También estaba el conde Tolstoi, el depuesto Ministro de Instrucción Pública. Al lado de Ostroski, el más célebre entre los tristes dramaturgos de Rusia, Potiekhine, el novelista encantador y el genial Dostoievski, que maneja la pluma con punta acerada, y que tiene mirada de águila y corazón de paloma [...]. (Ibíd., p. 420). En unos de sus cuadernos de “Fragmentos” (CD OC, t. 22, p. 88) leemos: “The Inspector of Gogol transl. by Mérimée as Le Reviseur a very serious attack upon official corruption”.

²⁸ Martí, J. “Mi tío el empleado...”. *Op. cit.* (1). p. 173.

²⁹ En crónica publicada en *La Nación* de Buenos Aires, el 27 de enero de 1884, dice Martí, refiriéndose a uno de los más grandes escritores universales y fundador, también, de la novela moderna: “¡Oh, Rabelais, grandísimo maestro! Riéndose con risa más sana y saludable que la de Voltaire, pondría yo su efigie culminante en cada plaza pública: para que los hombres se avergonzasen de no serlo y despertasen a sí, con lo que empezarán a ser felices. (CD OC, t. 9, p. 489).

³⁰ Martí, J. “Mi tío el empleado...”. *Op. cit.* (1). p. 173.

³¹ “El Cristo de Munkacsy”, publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 28 de enero de 1887.

³² Martí, J. “El presidio político en Cuba”. *Op. cit.* (7). t. 1, p. 61.

³³ Cepeda, Rafael. *Lo ético-cristiano en la obra de José Martí* / Pról. Cintio Vitier y Fina García Marruz. Cuba: Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en Latinoamérica, CEHILA, [s.a.]. 206 p.

³⁴ Vitier, Cintio. “Martí como crítico”. En: *Temas martianos*. La Habana: Departamento Colección Cubana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969. p. 187.

³⁵ Martí, J., CD OC, t.19, p. 383.

³⁶ _____. “El Cristo de Munkacsy”. *Op. cit.* (1). pp. 141-142.

³⁷ Dice Cintio Vitier en “Martí como crítico”, en la página 189 de *Temas martianos*:

[...] la sinestesia (correspondencia mutua entre los sonidos, los colores, los olores, las sensaciones táctiles y los estados anímicos), anunciados en Francia por la *Symphonie en blanc majeur* de Théophile Gautier (1852),

formulados en los sonetos *Correspondances* de Charles Baudelaire (1857) y *Voyelles* de Arthur Rimbaud (1871), expuestos como teoría por René Ghil en su *Traité du verbe* (1886-1888), ya Martí había revelado su asimilación en un pasaje de la Sección constante que escribía para *La Opinión Nacional* de Caracas (1881): “Entre los colores y los sonidos hay una gran relación. El cornetín de pistón produce sonidos amarillos; la flauta suele tener sonidos azules y anaranjados; el fagot y el violín dan sonidos de color de castaña y azul de Prusia, y el silencio, que es la ausencia de los sonidos, el color negro. El blanco lo produce el oboe”.

³⁸ Martí, J. *Op. cit.* “El Cristo...”. (1). p. 143.

³⁹ Ibíd., p. 142.

⁴⁰ Vitier, Cintio. *Ese sol del mundo moral*.

⁴¹ Martí, J. “El Cristo...”. *Op. cit.* (1). p. 147.

⁴² Ibíd., p. 145.

⁴³ Ibíd., p. 147.

⁴⁴ Ibíd., p. 148.

⁴⁵ Ibíd.

⁴⁶ Ibíd., p. 150.

⁴⁷ Ibíd., p. 149.

Otra bibliografía consultada

ALONSO, A. y RAIMUNDO LIDA. “El concepto lingüístico de impresionismo”. En su: *El impresionismo del lenguaje*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, 1936. pp. 121-253.

BARTHES, R. *El grado cero de la escritura*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1980. 247 p.

BOCHET-HURÉ, C. Las últimas notas de viaje de José Martí. Algunas observaciones sobre su estilo. *Anuario de Estudios Martianos* (La Habana) (1); 1969.

BUENO, S. Munkacsy y José Martí. *Bohemia* (La Habana) (26):94; 30 jun. 1972.

- DE JUAN, A. *José Martí: Imagen, crítica y mercado de arte*. 1998.
- _____. *Pintar como el sol pinta. José Martí y la pintura impresionista*. La Habana: Ediciones Unión. 73 p. (Ensayo)
- GARCÍA MARRUZ, F. *Temas martianos*. La Habana: Departamento Colección Cubana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969. pp. 215-239.
- _____. *María Zambrano: entre el alba y la aurora*. La Habana: Ediciones Vivarium, Centro de Estudios Arquidiócesis de La Habana, 2004. 105 p.
- GARCÍA, L. *Antología de la novela cubana*. La Habana: Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación, 1960. 508 p.
- GARCÍA CISNEROS, F. *José Martí y las artes plásticas. Antología de su crítica de arte*. Miami: Editorial Ola, 1972. 301 p.
- KRISTEVA. "Del símbolo al signo". En: *Del texto en la novela*. Barcelona: Editorial Lumen, 1974. 291 p.
- LEZAMA, J. "Secularización de José Martí". En su: *Imagen y posibilidad* / Sel., pról. y notas Ciro Bianchi Ross. La Habana Editorial Letras Cubanas, Instituto Cubano del Libro, 1953, 1992. pp. 208-209.
- _____. "Ramón Meza: Tersitismo y claro enigma". En su: *La cantidad hechizada*. La Habana: UNEAC, Instituto Cubano del Libro, 1970. 457 p.
- MARTÍ, J. *Diario de campaña (De Cabo Haitiano a Dos Ríos)* / 1ª ed. Facsimilar / Intr., correc. y notas Nuria Gregori. La Habana: Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, 1972. 102 p. (Separata de *Anuario L/L*)
- _____. Emerson". *Ensayos sobre Arte y Literatura* / Sel. y pról. Roberto Fernández Retamar. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972. pp. 88-108.
- _____. "El Poema del Niágara". *Ibíd.*, pp. 108-129.
- _____. "Preludios. Rafael de Castro Palomino. Editor M. M. Hernández, Nueva York, 1893". *CD Obras completas*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2001. t. 5, p. 213.
- MOLINA, I. La modalidad impresionista en la obra de Martí. *Anuario Martiano* (La Habana) 55-117; 1972.
- PAZ, O. *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*. Barcelona: Talleres Gráficos UROPE, S.A., 1989. 240 p.
- SCHULMAN, I. *El proyecto inconcluso: La vigencia del Modernismo*. México: Siglo Veintiuno Editores, 2000. 247 p.
- VITIER, C. *La espiritualidad de José Martí*. La Habana: Ediciones Vivarium, Centro de Estudios del Arzobispado de La Habana, 2001. 28 p.
- ZAMBRANO, M. Martí camino de su muerte. *Bohemia* (La Habana) 45(5); febr. 1953.

Sobre la trayectoria cubana de Vicente Rocafuerte (1783-1847)

Carmen Suárez León

Investigadora, ensayista y poetisa

Las primeras décadas del siglo XIX cubano se caracterizan por un gran auge de la economía de plantación y por una política de mano abierta de la metrópoli española ejercida por capitanes generales instruidos para captarse el favor de los criollos ricos –y sus recursos materiales para apoyar a Fernando VII–, así como por sucesivos períodos constitucionales y de libertad de imprenta y etapas realistas y de política absolutista que reflejaban los avatares políticos por los que pasaba España. En este contexto las ideas independentistas emanadas por las luchas de emancipación de las colonias españolas en América del Sur son también uno de los factores que desempeñan un importante papel dentro de la conformación de la conciencia criolla de la isla de Cuba, donde una clase de jóvenes formados por la Ilustración, recibirá los primeros influjos románticos indisolublemente ligados a las ideas independentistas y al amor a la patria cubana y americana.

Aventados por las tempestades de las luchas emancipatorias del continente suramericano llegan a las costas de Cuba hacia fines de la segunda década del siglo XIX un grupo de hombres que se había destacado ya en esas lides: el peruano Manuel Lorenzo Vidaurre

(1773-1841), el argentino José Antonio Miralla (1790-1825), el colombiano José Fernández Madrid (1789-1830) y el ecuatoriano Vicente Rocafuerte (1783-1847). Todos estos hombres ilustrados y patriotas, y heraldos del romanticismo social y literario en alguna medida, muy influidos por el ideario de la Revolución Francesa y efectivos luchadores por una América emancipada de la metrópoli española y constructora de las modernas repúblicas, gravitaron dentro de la órbita bolivariana, y en Cuba constituyeron una especie de red que activó y extendió el ideal independentista a la juventud cubana, así como ahondó y contribuyó a la conformación de nuestra conciencia nacional.

En estos días de su estancia en la mayor de la Antillas, vemos que la vida de estos hombres se entrelaza con la de los cubanos, mientras ellos mismos entran y salen de la isla, desempeñando misiones bolivarianas, o trabajando a favor de la libertad en México, o esforzándose por vertebrar conspiraciones por la independencia de Cuba. Por aquellos años que van de 1816 a 1820, el ecuatoriano Vicente Rocafuerte era ya una figura destacada continentalmente. Había sido enviado a las Cortes de Cádiz en 1812 como representante de su provincia y participaba de manera activa en la política

y las luchas continentales. La marea revolucionaria lo trajo a Cuba y me parece que están aún por investigar muchos detalles y circunstancias de su actividad en Cuba. En estas páginas quisiera comentar tres tópicos de su trayectoria cubana: su polémica con Tomás Romay reflejada de modo indirecto en la revista *El Argos*, dirigida por Hernández Madrid; su amistad con el primer gran poeta romántico cubano: José María Heredia, y la invocación de su nombre en el enigma de la autoría de la novela *Jicotencal*.

La Biblioteca Nacional José Martí, en La Habana, atesora un valioso folleto entre su colección cubana de libros raros y valiosos titulado: *Rasgo Imparcial. Breves observaciones al papel que ha publicado el Dr. D. Tomás Romay en el Diario del Gobierno de La Habana de 20 de mayo de 1820* (Imprenta de D. Pedro Nolasco Palmer è Hijo, La Habana, año de 1820) por Vicente Rocafuerte, que consta de siete páginas. Contiene un texto en donde esta personalidad ecuatoriana interviene en lo que se convertiría en una agria polémica en la cual involucró a varios escritores.

Tomás Romay fue uno de los fundadores de la ciencia en Cuba, médico, profesor universitario, redactor del *Papel Periódico de La Havana* (1791). Escribió una memoria sobre la fiebre amarilla y fue director de la Junta Central de Vacuna (1804), introdujo en Cuba la vacuna antivariólica y erradicó la práctica del enterramiento en las iglesias. Ostentó, además, una trayectoria científica reconocida internacionalmente y venerada hasta hoy entre los cubanos.

Era pues un criollo ilustrado de brillante ejecutoria y convencido, como muchos patricios cubanos de la época, de que en Cuba no era posible ni deseable la independencia de España. Publicó un desdichado texto en que fijaba su posición frente al problema de la independencia de Cuba, donde atacaba duramente a los próceres hispanoamericanos, calificando de “funestas” las victorias de Bolívar y no escatimó improperios contra los libertadores y sus acciones.

Rocafuerte, radicado en Cuba como comerciante de tabaco y con negocios de navegación, pero activo agente bolivariano y apasionado batallador suramericano no soportó el insulto y respondió a Romay con exaltada dignidad patriótica. Su artículo breve, pero brillante, es un interesante documento cuya legítima lectura sólo puede realizarse a la luz del contexto político en que se realiza. Vicente Rocafuerte siente la necesidad de poner las cosas en su sitio y reivindicar las luchas por la emancipación de las que él mismo era protagonista, aunque asumir esa defensa en La Habana de 1820, donde se disfrutaba de libertad de imprenta amparados en la Constitución vigente de los liberales españoles, pero era gobernada por España con todo un aparato de censura y de represión, era cosa bien delicada.

De modo que su artículo es reivindicación de los hombres y las luchas de Hispanoamérica y al mismo tiempo texto de maniobra política en el cual despliega una estrategia de distanciamiento y ocultamiento de sus trabajos independentistas, negando expresamente toda posibilidad de independencia

para la isla en aquellas circunstancias, opinión que tenía objetivos fundamentos en esos días en los que sólo entre algunos grupos de jóvenes se alentaba la idea de la independencia. Pero cuando se habla de que la presencia de los emigrados hispanoamericanos en La Habana profundizó el proceso de conformación de la conciencia nacional cubana, no puede dejar de considerarse ese texto donde se escribe:

No necesitaba el Sr. Dr. Romay infamar a los americanos del Continente (cuya conducta juzgará la imparcial posteridad) para probar que todo sistema de independencia es un absurdo en esta isla; que todo otro establecimiento que el de la Constitución sumergirá este hermoso país en un piélago de males incalculables. Basta echar la vista sobre el mapa de Las Antillas, observar la extensión de la isla y de sus costas, el número de sus puertos, la escasez y variedad de su población relativa, y en fin, conocer un poco del actual sistema de Europa, para convencer al hombre más irreflexivo o al más exaltado que es físicamente imposible establecer aquí la independencia: basta en fin leer el mismo papel del Dr. Romay, para convencerse que no puede ser independiente un país, en donde los hombres que tienen tanta reputación de sabios e ilustrados como el Dr. Romay, manchan su pluma exagerando los errores de sus hermanos, faltan la generosidad para conformarse al olvido general que prescribe la misma Nación, y no poseen bastantes luces ni conocimientos para ver la gran cuestión

de La América bajo su verdadero punto de vista.¹

Ese año de 1820 la isla se debatía entre los “piñeristas” y los “hijos del país”, la Habana era la plaza fuerte por donde pasaban los ejércitos derrotados en América o las tropas frescas que iban a combatir en la provincias rebeldes, y el cubano José Francisco Morales Lemus, agente colombiano, pasaba por Cuba y comprobaba que no había en ese momento ninguna voluntad organizada para preparar una revolución. Por ello, este texto vibrante de Vicente Rocafuerte debiera ser estudiado en el contexto de una polémica que involucró después a defensores de Romay como Diego Tanco, quien además atacó a Rocafuerte, a su vez defendido por José Fernández Madrid desde las páginas de *El Argos* (“Papeles públicos”, número 2 de 13 de junio de 1820).²

Una hermosa página de la trayectoria cubana de este ecuatoriano fundador, es su amistad con el joven poeta José María Heredia (1803-1839). Al parecer, se conocen en estos primeros años de la década del veinte y no sabemos en cuáles circunstancias. En octubre de 1822 le escribe Heredia a su amigo Silvestre Luis Alfonso: “Me alegro infinito que haya venido Rocafuerte. Tú sabes cuánto le quiero. Bajo cubierta de Domingo le escribo y si se detiene pienso ir a verlo”. Cabría preguntarse por qué Heredia tiene que escribirle bajo el nombre de un tercero, seguramente por estas fechas ya Heredia está envuelto en sus trabajos conspirativos en la asociación secreta de Soles y Rayos de Bolívar, con la cual tiene que ver también, el ecuatoriano.

Los biógrafos registran la intervención de Rocafuerte junto con Silvestre Luis Alfonso en los trámites que Heredia debe realizar para investirse como abogado y poder ejercer. Se apoyan en una carta de José María Heredia a su amigo Silvestre Luis Alfonso, con fecha de 11 de noviembre de 1822, donde se lee:

Pienso mandar a Domingo un apóstrofe a los mexicanos contra la tiranía de Iturbide: dile que te lo enseñe, y dame tu opinión. Rocafuerte me escribió que había hablado a Nicolás Escobedo sobre mi certificación, y que éste me ofreció que se la daría. Rocafuerte me dice que vaya por ella, y que no dude conseguirla. Yo no puedo hacer este viaje, y te ruego que veas en mi nombre a Escobedo, le recuerdes la recomendación, y le procures sacar la certificación, que deseo tener aquí a vuelta de vapor para enviarla al Príncipe con mi título, que debe ir en el próximo correo. Yo fío en tu amistad.

Esta carta también nos ofrece interesantes pistas sobre el texto de un poema que Rocafuerte publica al final de su ensayo publicado en ese mismo año y titulado: *Bosquejo ligerísimo de la Revolución de Méjico, desde el grito de Iguala hasta la proclamación imperial de Itúrbide, por un verdadero mejicano*, Philadelphia, Imp. de Teracrouef (Rocafuerte) y Naroajeb (Bejarano), 1822. Según Antonio Bachiller y Morales, aunque aparece impreso en Filadelfia, se imprimió realmente en La Habana. Este ensayo de Rocafuerte forma parte de los trabajos que hacia 1821 realizaba para derrotar a Iturbide en México para

restablecer los principios republicanos. El joven poeta cubano Heredia y el maduro y culto conspirador ecuatoriano debieron experimentar una mutua y profunda simpatía, y a lo largo de la obra de Heredia se encuentran datos que nos hablan de una sostenida relación sobre todo epistolar que se continúa durante las estancias de Heredia en los Estados Unidos y en México, lugares donde Rocafuerte también residió y trabajó durante períodos más o menos largos.

Rocafuerte, que está por esos días en el servicio diplomático mexicano, escribe al presidente Guadalupe Victoria para que Heredia pueda residir en México y encontrar un trabajo digno. Ya desde México, en carta de Heredia a Silvestre Alfonso de 6 de marzo de 1826, escribe: “Rocafuerte me ha escrito, pidiéndome las *Poesías Americanas* para publicarlas en Londres. No sé si las envíe o las imprima aquí. En los *Ocios* y algunos periódicos franceses hacen elogios de las poesías publicadas en Nueva York”.

En relación con Cuba, aunque se trata de uno de los enigmas de la literatura en lengua española que involucra a todo el ámbito hispanoparlante, me gustaría comentar los avatares sufridos por el problema de la autoría de la novela *Jicotencal* (Imprenta de William Stavelly, Filadelfia, 1826), considerada la primera novela histórica y de tema indigenista de la literatura hispanoamericana. Esta obra sí fue impresa en esa ciudad norteamericana y la casa impresora era bien conocida entre autores hispanoamericanos residentes allí. En ella publicaron otros autores de ese grupo

de emigrados de Filadelfia como es el caso del sacerdote independentista cubano Félix Varela.

La novela narra la legendaria vida del general tlaxcalteca Jicotencal, quien se opuso a que su pueblo se convirtiera en aliado del invasor español y se convirtió en símbolo de la rebeldía y el amor a la patria frente a las huestes conquistadoras. La novela nace, como vemos, de la necesidad de las repúblicas incipientes de crear su propio imaginario heroico en momentos cruciales para la conformación de una identidad nacional y cultural. Hizo fortuna en su momento y dio lugar en México a dos obras dramáticas. Los historiadores de las literaturas hispanoamericanas la consideran la primera novela histórica y de tema indigenista del continente.

El hecho de que la obra saliera a la luz sin consignar el autor, dio lugar a uno de los enigmas mayores de la literatura hispanoamericana. En los años de la década del veinte, Filadelfia era un gran centro de conspiradores hispanoamericanos y españoles, a la sombra de la masonería norteamericana. Muchos de ellos, escritores cultos, hombres de imprenta y periodistas, se consideraron como posibles autores de *Jicotencal*. No pocos estudios durante el pasado siglo avanzaron sus conjeturas sobre la obra. Dos libros recientes han elaborado rigurosas tesis al respecto.

En 1895 apareció en Houston, impreso por Arte Público Press, una edición de *Jicotencal* atribuida al sacerdote independentista cubano Félix Varela Morales, con un detenido y minucioso estudio de Luis Leal que fundamenta esta atribución con una serie de argumentos históricos y filológicos.

En 1997 se publica el libro de Alejandro González Acosta, *El enigma de Jicotencal. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*, editado en México por la UNAM y el Instituto Tlaxcalteca de Cultura que considera y fundamenta como autor al poeta cubano José María Heredia a partir de un estudio comparativo y estilístico.

Ambos textos repasan el desarrollo histórico de los estudios sobre la autoría de ellos, y los dos investigadores convienen en la importancia del grupo de emigrados de Filadelfia, en el seno del cual parece gestarse la novela, y traen a colación la existencia de un tercer candidato a esa autoría. Alejandro González Acosta escribe al respecto, citando a otros autores:

Entre los datos aportados se encuentra el de cierta atribución de la paternidad de la novela al escritor ecuatoriano Vicente Rocafuerte, según la referencia del *Boletín Bibliográfico Mexicano*, y se agrega el hecho de que Stavelly, el impresor de Filadelfia, publicaba otros libros en español, entre ellos una edición de *Eliecer y Nephtaly*, de Florian, realizada por un refugiado español –Félix Megía– redactor de *El Zurriago*.

Como quiera que los argumentos de los dos autores para legitimar la autoría de *Jicotencal* son muy serios pero no concluyentes, es de tener en cuenta esta sugerencia que data de 1951. Si estudiamos las características de la obra de Rocafuerte y su inmersión en las luchas de emancipación, así como su pluma de polemista y escritor de temas políticos e históricos, y las cotejamos con ciertas características que le sirven

de argumentos para validar sus tesis a los dos autores citados, comprobaremos que pueden aplicarse tanto al ilustre ecuatoriano como a los otros.

Un estudio de las relaciones de Rocafuerte con los conspiradores cubanos, y con otras personalidades isleñas de la época, así como su trayectoria en Filadelfia y en México, arrojaría sin dudas luces nuevas sobre varios problemas literarios e históricos que aún permanecen en la penumbra. Los archivos cubanos deben contener más datos, y lo mismo resultaría de un análisis comparativo de epistolarios y otros documentos. Estos deshilvanados comentarios habrán alcanzado su objetivo si consiguen motivar a los estudiosos para emprender nuevas pesquisas históricas y literarias.

Notas

¹ Rocafuerte, Vicente. *Rasgo Imparcial. Breves observaciones al papel que ha publicado el Dr.*

D. Tomás Romay en el Diario del Gobierno de La Habana de 20 de mayo de 1820. La Habana: Imprenta de D. Pedro Nolasco Palmer e Hijo, 1820. pp. 4-5.

² Una numerosa bibliografía aborda estas primeras y cruciales décadas del siglo XIX en la Historia de Cuba. Véase, por ejemplo:

Historia de la literatura cubana. Tomo I. La colonia: desde los orígenes hasta 1898. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2002. pp. 106-110.

Torres Cuevas, Eduardo. "Introducción". En: *Obras de Félix Varela / Investigación*, comp. y notas Eduardo Torres Cuevas, Jorge Ibarra y Mercedes García. La Habana: Editora Política, 1991. t. 1.

_____. *Félix Varela. Biografía.* La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2001.

Guerra y Sánchez, Ramiro. *Manual de Historia de Cuba (económica, social, política).* La Habana: Editora del Consejo Nacional de Cultura, 1964.

Esténger, Rafael. *Heredia: la incompreensión de sí mismo.* La Habana: Editorial Trópico, 1938.

Arias, Salvador. *Aire y fuego en la raíz: Heredia.* La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2001.

La condición humana en la obra de Eduardo Torres Cuevas

Félix Julio Alfonso López

Historiador

Las reflexiones del historiador y filósofo cubano Eduardo Torres Cuevas sobre la condición humana en sus diversas facetas, no pueden ser comprendidas ni estudiadas si no se conoce su formación intelectual y su amor por las cuestiones que, como afirma en una reveladora entrevista, le permitan a las personas “[...] percibir la complejidad cultural –las razones y sinrazones– de la acción humana y de los proyectos sociales”.¹

Esta magistral definición de la historia, entendida como devenir del hombre en tanto totalidad compleja, hunde sus raíces más hondas en el niño que leyó con avidez los libros del tío Eduardo Torres Morales, recibió de su madre la sensibilidad por la música y tuvo en la adolescencia maestros excepcionales como Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, quienes le inculcaron la pasión por la historia, no sólo como delectación por las cosas del pasado, sino como vocación profesional.

Luego este acervo humanista se completaría con la lectura meditada de los grandes clásicos de la historiografía cubana: Guerra, Roig, Ortiz, Horrego Estuch, Franco, Le Riverend, Moreno Friginals... No debemos olvidar tampoco que la madurez de su formación coincide con los espléndidos años se-

presenta para las Ciencias Sociales cubanas, en que los estudios universitarios asimilaban las más diversas corrientes y escuelas de pensamiento, y no se había impuesto todavía el dogmatismo de los manuales soviéticos.

Su primera carrera fue la de filosofía, y quizás por este motivo su reflexión sobre lo cubano está marcada de manera indeleble por la comprensión y explicación de las ideas que formaron el saber de un país, y las discusiones más perdurables acerca de sus problemas en tanto nación colonial y subdesarrollada que aspiraba a emanciparse. Pero antes de abordar este punto, que considero central en la obra de Eduardo, quisiera propiciar un breve acercamiento a su primer libro publicado, la *Antología del pensamiento medieval*. Este volumen fue concebido con propósitos docentes para la asignatura de Historia de la Filosofía, y llenó un vacío apreciable en la escasa bibliografía producida en Cuba hasta ese momento sobre el tema. Su fecha de publicación tampoco puede pasar inadvertida, pues 1975 está todavía dentro de aquel quinquenio gris para las artes y el pensamiento en general que definiera Ambrosio Fornet.

Una de las cuestiones que más llama la atención en aquel texto fundacional,

es el apego del joven investigador a la teoría marxista original para explicarse al hombre del medioevo y su complejo sistema de representaciones y creencias. No hay en el prólogo a la antología una sola cita de manuales, y sí una enjundiosa asimilación marxista del lugar del hombre en el devenir histórico que le permite afirmar: “Pero dentro de todo proceso histórico el factor fundamental es el hombre, concreto, realmente existente que, como dijera Marx, crea el medio en la medida en que el medio lo crea a él y que no está condicionado por ninguna fuerza extraña a su realidad social concreta”.²

El principal objeto de reflexión en este volumen pionero era la escolástica en tanto conjunción teológica y filosófica, que servía no sólo como instrumento de dominación y control en el mundo medieval, sino como visión totalizadora que trataba de conciliar ciencia y razón. En este sentido apunta: “La escolástica es el intento, a partir de la aceptación por la fe de la trascendencia de Dios, y del hombre mismo, de hacer inteligible, de una forma u otra, el mundo de los hombres y su inserción en un sistema más universal que escapa a las posibilidades humanas de comprensión inmediata”.³

Otro momento interesante en este prólogo es el que discute la tensión entre la visión filosófica del hombre burgués sobre la esencia humana, y las preocupaciones que en este sentido habían expresado los pensadores medievales, para quienes el hombre era un ser regido por la divinidad y la trascendencia. La explicación de esta dicotomía la encuentra Torres Cuevas en el hecho de que:

Los ideólogos burgueses centran su interés en la esencia humana, para convertirla en el paradigma del Universo; es la condición humana, abstracta y universal, la base que explica la actuación humana y la posibilidad de emancipación del hombre. La concepción escolástica no busca una *esencia en sí*, sino la función del hombre como parte de la comunidad humana, que a su vez no es más que un segmento regido por Dios. Por ello le interesa más la *salvación humana* que su esencia. El problema es, pues, cómo el hombre puede alcanzar su salvación. De aquí la preocupación por la actuación humana y las interrogantes sobre la predestinación y el libre albedrío.⁴

Una última aproximación a este texto nos revela no solamente al investigador acucioso, sino también al ensayista en ciernes que lanza ideas y deja un espacio para la duda y las interrogantes acerca de aquel hombre tan distante de nuestro tiempo, unas veces lúcido y otras veces perplejo ante los retos sociales que debía enfrentar. Entonces encuentran sentido las preguntas sobre la ontología humana: “¿Qué tiene entonces de extraño que el hombre de la Edad Media centre su vida en este ideal de trascendencia? ¿Qué tiene de criticable que su teorización esté en dependencia de esa trascendencia? En definitiva, su mundo es también el mundo ignoto y revelado de las profecías y de los misterios”.⁵

Como apuntábamos al inicio, una parte significativa de la obra de Eduardo Torres Cuevas, se ha dedicado a desentrañar los orígenes y la singularidad del pensamiento cubano en el contexto

americano y universal, desde sus nombres precursores hasta los clásicos de los siglos XIX y XX. En este sentido, hay varias figuras ilustres que retienen su atención: el obispo Espada, Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Antonio Saco, Vicente Antonio de Castro, Antonio Maceo y José Martí. Para el historiador, al trabajar a estos próceres bajo los preceptos de la biografía intelectual, de lo que se trata es de hurgar en los entresijos de una existencia, encontrar las savias nutriciales de su formación axiológica y patriótica, revelar sus angustias y empeños, en suma: “[...] rescatar la riqueza humana de nuestra cultura fundamentándome en el hombre, en el sujeto”.⁶

Esta cohorte de intelectuales y patriotas cubren todo el pensamiento cubano del siglo XIX, y están telúricamente interconectados por una prédica de bondad, de virtud, y de fe en las posibilidades humanas para alcanzar su emancipación individual y social. Todos tuvieron como objetivo de sus vidas, de una manera u otra, contribuir a la conformación de un ser nacional que se constituyera en nación, y no a la inversa. En esta dirección apunta:

Y hay aquí algo que me parece es importante para todos ellos y para nosotros a la hora de reflexionar sobre la obra de Varela como educador, como iniciador de la ciencia y conciencia cubana. Y es el hecho de que son hombres conscientes de que la nación hay que crearla. La nación no es un ente que surge y se desarrolla por sí misma, sino fruto de un acto voluntario de creación; para crear esa nación hay que tener conciencia de que debe ser creada. Es

decir, en el caso de Cuba, es una nación que, a partir de esta intención, se puede pensar.

Y agrega “[...] no se trata sólo de la explosión del sentimiento, sino de un proyecto racional: crear una sociedad y una nación libres, independientes, cultas”.⁷

Dentro de este análisis sobre los fundamentos ideológicos y filosóficos de la nación cubana, premeditada por una generación de brillantes pensadores y políticos, y ejecutada luego por sus discípulos a lo largo del siglo XIX, Eduardo Torres Cuevas enfatiza el papel decisivo que otorgaron aquellos sabios a la educación, y sobre todo a la enseñanza de valores éticos y patrióticos en las más tempranas edades:

[...] donde se gana o se pierde la batalla de una Cuba cubana, como la quería Saco, es en la educación. No en la educación secundaria o universitaria, sino en la primaria, en el niño. Luz y Varela fueron primero educadores de niños y después de todo lo demás. La misma percepción tenía Martí respecto a la educación del niño; es en la educación del niño donde se forma la conciencia; lo que no se forma allí no se forma jamás.⁸

Esta tradición pedagógica cubana es, a juicio de Eduardo, una de las más poderosas corrientes patrióticas y nacionalistas, que se continúa en la república burguesa neocolonial. La escuela pública cubana, y sus protagonistas, los maestros, son descritos en la perspectiva de Torres Cuevas con una elevada dosis de altruismo y desinterés:

Había en todas aquellas escuelitas un retrato de Martí, y se aprendía

obligatoriamente sus versos [...]. Se trata de la obra imperecedera del maestro cubano, de ese que se iba a las montañas montado a caballo y, aunque estuviera seis meses sin cobrar, nunca faltaba a clases. Allá iba vistiendo su única guayabera raída, que tenía que tener cuidado porque –si la soplaban el viento– se rompía en pedazos...⁹

Quizás uno de los mejores ejemplos para demostrar la importancia de la formación de valores como parte del proceso de crecimiento personal, lo encuentra Eduardo en la figura de Antonio Maceo. En su opinión, es la ética “la espina dorsal de la práctica política” de Maceo, pero “[...] los orígenes del conjunto de valores que constituyen la base de la moral maceica deben encontrarse en factores tales como la educación que recibió en el seno familiar, el medio social en que se desarrolló [...]”.¹⁰ Esta formación inicial, como es conocido, se nutrió de la inflexible disciplina hogareña practicada por su madre, pero también de los principios ideológicos que recibió en la masonería cubana y se continuó a través de una avidez permanente de superación personal.

En Maceo se dan cita, en opinión de Eduardo “[...] lo mejor de los valores, sentimientos y formas de ser del cubano”.¹¹ Y entre tantos valores y principios, destaca el historiador el legítimo humanismo de Maceo, uno de los rasgos menos divulgados de su pensamiento, pero que se reitera en numerosos documentos y cartas. Al decir de Torres Cuevas

[...] la visión del guerrero a veces ha obstaculizado la entera compren-

sión de este humanismo del revolucionario que tiene como pedestal un profundo sentimiento de amor [...]. La concepción humanista que aparece en forma explícita en sus epístolas, documentos y comentarios sobre su conducta, debemos considerarla como centro motor a partir del cual se ramifica el núcleo básico de su ética. No hay arista de su pensamiento que no esté relacionada con esa concepción.¹²

Unido a este penetrante pensamiento axiológico, el historiador observa que los grandes pensadores cubanos supieron distinguir el concepto de nación, de origen y contenido europeo, del concepto de patria, mucho más inmediato a la sensibilidad humana que lo determinado por concepciones políticas, religiosas o étnicas. Para Eduardo Torres, la categoría de patria encuentra en Varela, Luz, y principalmente en José Martí, su fundamento en tanto idea vehemente de amor al prójimo y de amor al género humano. La célebre sentencia martiana de que “Patria es humanidad” le sirve como presupuesto para expresar: “No es posible la unidad del cuerpo social sin el amor, y el amor lo funda la esperanza y el amor lo funda la comunidad de bienes, el destino común”.¹³

Por último, en este breve análisis sobre las ideas claves que relacionan y le dan una coherencia y una universalidad sorprendente al pensamiento cubano, desde Varela hasta Martí, el investigador no olvida la dimensión individual, personal, imprescindible en cualquier análisis sobre lo social. Y la patria es también, desde esta perspectiva, una construcción íntima de cada

uno de sus integrantes. De nada valdría una exquisita teorización académica sobre el deber ser patriota, si cada hombre por separado no lo recepciona e interpreta desde su subjetividad. Por eso señala:

Pero pensar la patria siempre tiene una condición personal. Patria es el conjunto de voluntades e ideas que unen, pero hay un hecho personal, hay que pensarse desde dentro, identificarse con determinadas cosas. La patria siempre será pensada desde el individuo. Dondequiera que haya un cubano, debe ser un pensamiento. Y este pensamiento debe ser en cubano. Ese vestirse de ideas desde la cultura cubana.¹⁴

Pensamiento y cultura son quizás los conceptos que más se repiten en toda la producción filosófica e historiográfica de Eduardo Torres Cuevas, y ambos se encuentran en su obra telúricamente entrelazados. Pensamiento, porque el autor confiesa que nunca ha querido ver la historia “[...] como historia de los hechos o cronología de los hechos, sino como historia de procesos que no sólo tienen el cuándo, el cómo y el dónde, sino también el porqué: es decir, las causas que mueven ciertas acciones, y como estas –de un modo u otro– se relacionan con las ideas o mentalidades”.¹⁵ Cultura, porque el compromiso del intelectual entraña en última instancia “[...] el problema de la subsistencia de una cultura, de un pueblo. Y esto es lo esencial, porque lo que salvará a Cuba en cualquier circunstancia futura es su cultura, su cultura de pensar o del pensar, sin la cual estaríamos absolutamente desvalidos”.¹⁶

La perspectiva que tiene Eduardo Torres de la Historia de Cuba, de sus problemas como nación y retos para el futuro es profundamente cultural e integradora. En ello coincide con uno de los grandes maestros de las ciencias sociales cubanas del siglo xx, Fernando Ortiz, del cual afirma que: “Quien se acerque atentamente a su obra se percatará de cómo su concepto de transculturación evoluciona a partir del estudio de lo afro e hispano hasta la síntesis sin prefijos ni sufijos que lleva por nombre: la cubanidad; o sea, hacia la culturación o creación de una cultura cubana”.¹⁷

A esta conclusión arriba alguien que confiesa haber leído en cada momento lo más avanzado del pensamiento universal, tomando aquello que le era útil para forjarse un método propio de interpretar la realidad y desechando las modas pasajeras. El intelectual que para formarse sólidamente leyó a Sartre, a Althusser, a los estructuralistas y al final alcanzó a conjugar lo mejor de todas estas tradiciones, pero que confiesa haberse inclinado más hacia “[...] el humanismo marxista sartreano, por considerar que no sólo me permitía ver esquemas y estructuras, sino al hombre actuando”.¹⁸

La aseveración anterior lo lleva a identificarse con los conceptos de Sartre de la responsabilidad moral y el compromiso ético de cada individuo, ante sí mismo y ante la sociedad. Por ello puede afirmar, en una hermosa exégesis del escritor francés, que:

Su encuentro con Marx [...] para él resultaba natural y armonioso. El descubrimiento de la historicidad, del compromiso del intelectual y del

imperativo moral de la responsabilidad, le da sentido a su negación de toda metafísica [...]. El imperativo moral que reclama en *El ser y la nada* y la exigencia individual de que “soy responsable de todo lo que hago”, armonizan en él con la insuperable posición marxista.¹⁹

Y más adelante enfatiza en el humanismo del filósofo francés cuando alega:

Desde este nuevo ángulo del análisis sartreano, todo hombre es, al mismo tiempo, autoafirmativo e históricamente condicionado; es absoluto en su afirmación individual y relativo en su dependencia social. La totalidad de la *sociedad real* (la capitalista) –cuya resultante era la alienación o separación del hombre de su obra– requería, primero, de su destotalización y, después, de la retotalización de todo lo real existente en un nuevo proyecto social (el socialismo).²⁰

En opinión de Torres Cuevas, lo trascendente en el pensamiento de Sartre radica en su esencia rebelde, provocadora y liberadora del hombre de todo tipo de enajenación o dominación. Esta dimensión desalienadora sólo podía encontrar su realización en el socialismo:

[...] el socialismo como expresión de una totalidad futura que trasciende la situación. No es un socialismo teleológico, predestinado, definitivo, invariable, ineludible; es la permanente búsqueda de un cambio de situación; la superación de una angustia; una búsqueda permanente;

un identificarse a sí mismo, en el cual su yo es su conciencia moralizadora: “es una apuesta, pero diferente a la de Pascal, le apuesto al hombre y no a Dios”.²¹

Notas

¹ Calcines, Argel. Eduardo Torres Cuevas por el filo del cuchillo. *Opus Habana* (La Habana) 6(2):21; 2002.

² Torres Cuevas, Eduardo. “Prólogo”. En: *Antología del pensamiento medieval*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. p. 9.

³ *Ibíd.*, p. 11.

⁴ *Ibíd.*, pp. 15-16.

Cursivas en el original.

⁵ *Ibíd.*, p. 28.

⁶ Calcines, A. *Op. cit.* (1). p. 31.

⁷ Torres Cuevas, Eduardo. *El legado común de Félix Varela y de José Martí*. La Habana: Arzobispado de La Habana, 2003. p. 5. (Cuadernos del Aula 2)

⁸ *Ibíd.*, p. 12.

⁹ Calcines, A. *Op. cit.* (1). p. 31.

¹⁰ Torres Cuevas, Eduardo. *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1995. p. 109.

¹¹ *Ibíd.*, p. 107.

¹² *Ibíd.*, p. 111.

¹³ Torres Cuevas, E. *Op. cit.* (7). p. 15.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 23.

¹⁵ Calcines, A. *Op. cit.* (1). p. 21.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 32.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 22.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 32.

¹⁹ Torres Cuevas, Eduardo. “Sartre: testimonio esencial de una época vital”. En: *Sartre-Cuba-Sartre. Huracán. Surco, semillas* / Eduardo Torres Cuevas, coord. La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea, 2005. p. XXIV.

²⁰ *Ibíd.*

²¹ *Ibíd.*, p. XIX.

¿Era Fulgencio Batista inteligente?

Newton Briones Montoto

Historiador e investigador

El pueblo cubano en su odio a Fulgencio Batista calificó al dictador de bruto y esa estampa como un sello quedó grabada en nuestra conciencia hasta nuestros días. Su actuación como coronel del Ejército y después como presidente de la república, dejaron a su paso engaño, tortura y muerte dando la impresión de alguien que utilizaba más la fuerza que la inteligencia. A esto se le puede agregar la incongruencia entre su imagen, algo vulgar e ignorante, y los cargos que ocupó. Y Liborio lo contraatacaba mofándose con cuentos donde su ignorancia era resaltada. Batista, que se superó bastante intelectualmente, tuvo un pleito a muerte con la “c” intermedia, pues cuando hablaba su dicción dejaba qué desear. Él nunca podía decir doctor sino decía “dotor”, y ello daba la sensación de estar ante un hombre iletrado. Un cuento de la época narra su intervención en un acto público, donde dijo “Ojio”, refiriéndose al estado de Ohio en los Estados Unidos. Alguien lo rectificó diciéndole que en inglés se decía “ojaio”. Y en otra intervención, algún tiempo después, pronunció “bojaio”, refiriéndose al bohío de los campesinos. Al no saber

diferenciar entre la pronunciación de Ohio en inglés y bohío en español, el cuento ratificaba su estupidez, aunque Batista hablaba inglés. Verídico o no, el cuento circulaba en las tertulias sociales.

Aunque es cierto que su pronunciación dejaba mucho que desear, su inteligencia no era escasa como se pensaba. Dan fe de ello diferentes circunstancias de su vida, y hacemos la salvedad de que estamos hablando de inteligencia y no de cualidades morales y éticas. Una persona que lo conoció de cerca, lo describió de la siguiente manera: “Dedicaba toda su atención a quien se dirigía a él, captando las ideas con tal rapidez que a veces contestaba antes de que le hubiesen formulado cabalmente la pregunta”. Nadie carente de inteligencia puede gobernar un país, once años, la primera vez (1933-1944) y seis la segunda (1952-1958). Alguien más que lo trató de cerca refiere otra impresión: “Jamás he conocido yo a otra persona que fuese capaz de dominar sus emociones como el general Batista. Siempre asequible, siempre afable con quienes lo rodeaban, y pese a la carga abrumadora que sobre sí llevaba, continuaba mostrándose cariñosísimo”. A la luz de la psicología actual, lo antes dicho sería calificado de inteligencia emocional. Este hombre en apariencia ignorante y torpe supo imponerse a intelectuales, políticos, militares y burgueses. El quehacer diario puede ilustrar algunos episodios de su vida.

El 14 de abril de 1921, con veinte años de edad acabados de cumplir, ingresa como soldado de línea en el Ejército. Cuatro años más tarde es tras-

ladado como escribiente al Estado Mayor General. Corría el año de 1926 y el séptimo distrito militar, La Cabaña, convocó a una oposición al quedar vacante una plaza de sargento mayor taquígrafo. Batista obtuvo la más alta puntuación, cien puntos, según la Orden General # 149. En agosto de 1928 asiste a nuevos concursos y gana, por oposición otra vez, el cargo de sargento mayor taquígrafo. Existen otros hechos que demuestran otro ángulo desconocido. Era alguien que sabía manejar los símbolos. Los símbolos son representaciones abstractas y sus creadores deben separar mentalmente una cualidad, estado, o fenómeno con independencia del objeto en que existe o por el que existe; la rama del olivo es el símbolo de la paz. Batista tenía esta cualidad, la de la abstracción y esto le permitía crear símbolos.

En 1929 la situación económica del país se hacía difícil y el sargento Batista al igual que muchos otros buscaba opciones. “¡Un negocio de prendas fiado! ¡Esta puede ser una buena solución! Yo adelanto el dinero para la compra, después lo vendo un poco más caro y lo voy cobrando en mensualidades”, pensó el sargento en su soliloquio. Comenzó a vender sortijas, relojes, prendedores y todo lo que los soldados quisieran comprar. Un día compró un anillo de oro con una piedra amatista y se la propuso a varios conmlitones, pero resultaba muy cara y nadie podía comprarla. No tuvo más remedio que usarla hasta tanto apareciera algún interesado. Se colocó en su dedo la hermosa piedra de irradiaciones amarillas, montada en anillo de oro. En la venta de cigarrillos de la esquina de

Toyo, frente a su casa, compró diez pedazos de billetes. En el ómnibus que lo llevaba a Columbia fue contemplando la prenda de su propiedad. Le subyugaba el violeta pálido de aquella piedra con irradiaciones amarillas. Al día siguiente se sacó el tercer premio de la lotería nacional. ¡La suerte lo premia! No es rico, pero está feliz de poder paliar la situación económica. Le compró a su mujer un juego de sala, ropitas a la hija y él adquiere un automóvil de uso. Ya no irá más a Columbia con el riesgo de estrujar su uniforme en el atestado autobús. Haciendo un recuento, se pregunta, de dónde le puede haber venido esa suerte, se da cuenta de que lo único nuevo que tiene es el anillo con la piedra amatista y piensa en la sortija como algo que da suerte. Se debate internamente en lo que debe hacer con la sortija, si venderla o quedarse con ella, si realmente en este pequeño artículo está la suerte. “¡Bueno si da suerte o no! –se dice–, no es lo más importante, lo que voy a contarle a todo el mundo desde ahora, es que las sortijas con amatistas que yo vendo, dan suerte; yo soy el mejor ejemplo. ¡Seguro voy a vender muchas sortijas de oro con piedras de amatista!”.

No sabemos si la nueva idea le dio resultado o no. Sin embargo, no deja de ser novedosa la forma que le da al asunto para provecho propio. Pero no se detuvo ahí y continuó sacándole sustancia a la prenda. En 1933, cuando llega a la jefatura del Ejército y pasa de sargento a coronel, regala a sus amigos sortijas con amatistas, réplica de aquella que, según él, le trajo la buena suerte. Aunque esto se contradijera con posterioridad, en el exilio,

después de 1959, se le veía vestir con elegancia un traje veraniego de color gris, y en el dedo anular la sortija. Alguien dijo que la prenda era una de las pocas instituciones batistianas verdaderamente sentimental. La amatista se convirtió en un símbolo y lucirla equivalía a decir: “Soy amigo de Batista”.

Desde su época de sargento taquígrafo tenía como compañera a Elisa Godínez Gómez, con quien se casó muchos años después, el 24 de junio de 1936. Sin embargo, por esa misma época conoce a Marta Fernández Miranda, una muchacha alta de ojos verdes y magnífica figura y, además, veinte años menos que él. Batista queda prendado de ella y a escondidas la ve, pues su posición social y política unida a la moral de la época le impiden hacerlo de otra manera. En 1940 se postuló para presidente de la república y obtuvo la victoria, ayudado por su posición de coronel y jefe de las fuerzas armadas. Durante ese período existían en Cuba dos primeras damas. Una, a la luz del día, que vivía en el palacio. Y otra, secreta, que ejercía las funciones de querida del presidente y ya tenía con él un hijo. El gobernante quería resolver el asunto, casarse con Marta, pero las normas de la época estaban en contra del divorcio. Su condición de presidente, la imagen de buen padre de familia, en fin de hombre político, le impedía hacer realidad su deseo. No obstante, mediante una ley de divorcio encontró la solución, a pesar de los esfuerzos de la Iglesia católica en contra.

Dicha ley tenía también un propósito económico, convertir a La Habana para los americanos en Las Vegas, como segunda opción. Irónicamente, los cubanos

comenzaron a sacar ventajas del divorcio. Cientos de matrimonios fueron disueltos y nuevos se contrajeron entre los oficiales de las fuerzas armadas y funcionarios civiles. Este era el primer paso, el divorcio con Elisa, la meta, el matrimonio con Marta. Pero antes debía elaborar una historia que convenciera a la opinión pública y esta no lo castigara para un hipotético futuro político con el voto en contra. Se preocupaba por su imagen y hacía por conservarla. Si para conseguirlo tenía que elaborar una historia falsa, lo haría.

Según cuenta la leyenda, el presidente había conocido a Marta en una situación difícil. Transitaba con su carro por la Quinta Avenida y Marta en una bicicleta, cuando su carro la atropelló al pasar a su lado. Después el general la visitó en el hospital, le llevó flores, y se interesó por el estado de la paciente, hasta que Cupido se apoderó de los sentimientos de ambos. La imagen de hombre fuerte, presidente y ex general, se trocaban en débil, amable y comprensivo por haber sucumbido ante la tierna joven de ojos verdes. El mito se afianzó y los periodistas divulgaban cosas como estas: “Del choque de una débil bicicleta y un poderoso Cadillac nació este idilio que sigue teniendo el mismo simbolismo [...]”. Los italianos tienen una frase apropiada para casos como estos: *se non e vero e ben trovato* (si no es verdad está bien contado). Esperó hasta que pasaran las elecciones de 1944, y su contrincante de época anteriores, Ramón Grau San Martín, salió electo. Mantuvo un tiempo más su matrimonio con Elisa, hasta el 27 de octubre de 1945, y se casó con Marta el 22 de noviembre de ese año.

El divorcio le costó unos cuantos millones, y Elisa pasó de ser la lavandera de los tiempos duros a una opulenta dama de la sociedad habanera, aunque era más discreta que Marta. Con la salida de Batista al exterior no terminaba su capacidad creativa, nuevos acontecimientos pondrían a prueba tan útil herramienta.

La preocupación por su imagen es otro tanto a favor de sus neuronas. Un domingo estando de pesquería se sintió indispuerto y ordenó el regreso a tierra, por una ligera parálisis facial, y se incomodó porque los altos oficiales militares estuvieron presentes a su llegada en el barco *Cuba*. Batista, que siempre ha sido muy meticuloso y cordial, mostró en esa oportunidad rasgos de incomodidad, porque trascendiera que tenía una simple parálisis facial.

Como hábil político, jamás definió su filosofía esotérica, y sabiendo de las creencias populares, brujería, espiritismo o catolicismo, no quería perder adeptos al inclinarse por una de ellas. Si leyó o no a Maquiavelo lo desconozco, pero llegó a la misma conclusión que el florentino: es indispensable saber disfrazar bien las cosas y ser maestro en fingimiento, aunque los hombres son tan cándidos y tan sumisos a las necesidades del momento que quien engañe, encontrará siempre a alguien que se deje engañar. Con una idea menos elaborada que el creador de las sugerencias a *El príncipe*, supo que los hombres están más educados para creer que para analizar. Cuenta su secretario, Acosta Rubio:

Cuando era candidato presidencial por el PAU [Partido Acción Unitaria] alguien le tomó una fotografía en los jardines de Kuquine, sobre el

fondo de unas matas enredaderas. Me llamó una noche y me dijo: “¿No ves un indio en el fondo? Está bien clarito y definido”. Le contes- té que sí, y era evidente que las ramas configuraban la cabeza, pero de un indio piel roja. “¿Qué te parece mandar a imprimir unos cuantos millares, para que la gente que cree en eso, y aquí son miles, vea que tengo la protección de un cacique? ¿Sería una buena propaganda!”. Y, como era lógico, mandamos a reproducir por millares aquella fotografía. En la intimidad, Batista hacía burlas de aquello, pero cuando alguien le hablaba del asunto, sonreía como asintiendo a la protección que recibía del más allá.¹

Otro investigador refiere algo parecido con la relación a la bandera del 4 de septiembre, la constituida por los colores representativos de las distintas insignias de los cuerpos armados. El amarillo, el Ejército; el azul, la Policía; el blanco, la Marina, y el rojo la sangre de nuestros patriotas. La coincidencia de que estos colores correspondían a los de las deidades más sonadas del panteón lucumí (el verde a Orúmbila, el amarillo a Ochún, etcétera), hizo que los santeros, ante la rápida y exitosa carrera política de Batista, reconocieran a Batista como hijo de Orúmbila, el dueño del azar. Encontró un símbolo para dramatizar un suceso que lo había llevado al poder. En realidad el objetivo era asegurar la confianza de la tropa y subordinar el poder civil al militar.²

Sin embargo, después de su golpe de Estado el 10 de marzo de 1952 su inteligencia no resultó suficiente para entender otros acontecimientos de vital

importancia: Los estudiantes de la Universidad se rebelaron en su contra desde el principio y no supo ver el significado de esa lucha, y la respuesta se afincó en la fuerza y no en la inteligencia; pues esta no le alcanzaba para darle una solución política, sino todo lo contrario. No supo que la batalla de la opinión pública la perdería frente a los estudiantes y en especial con José Antonio Echeverría, que era partidario de enfrentarse al régimen. En más de una ocasión los periódicos y revistas publicaron fotos de los estudiantes apaleados y derribados en el suelo por los sicarios. Esto cambió la imagen del dictador que

al principio se presentaba como el salvador del orden, en relación al anterior gobierno. Ahora la imagen de salvador se trocaba por la de abusador, y de víctima pasó a victimario. Tampoco comprendió que la organización 26 de Julio y sus combatientes le ganarían la guerra política y militar hasta hacerlo huir del país.

Notas

¹ Acosta Rubio, Raúl. *Cuba, todos culpables*. Miami: Editora Universal. pp. 150-151.

² Lachatañeré, Rómulo. *El sistema religioso de los afrocubanos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2004. pp. 113, 227.



Salvador Bueno: crítico mayor

Jesús Dueñas Becerra

Crítico y periodista

“*Criticar es amar [...]*”.
JOSÉ MARTÍ

El principal vínculo que me unía al doctor Salvador Bueno (1917-2006) era su hija, la psicóloga y profesora de enseñanza artística Ada Bueno Roig, quien fuera mi colega de profesión en el Departamento de Tratamientos Especializados del Hospital Psiquiátrico de La Habana “Cdte. Dr. Eduardo Bernabé Ordaz”, donde hace casi dos décadas comenzó a florecer una linda amistad que –hasta hoy– sigue y seguirá creciendo *per se culom seculorum*.

No obstante, desde los años cincuenta del pasado siglo, conocía al también profesor, periodista e investigador, porque leía –con la curiosidad con que suele hacerlo un púber– el “Noticiero Cultural” que publicaba la revista *Ecos* y confeccionaba el ilustre crítico y ensayista. En ese espacio reseñaba libros, conferencias, exposiciones de

artes plásticas u otras actividades culturales.

En la Escuela Normal para Maestros de Santa Clara, donde estudié durante la mayor parte de mi adolescencia, el profesor de Literatura Cubana utilizaba como libro de texto *Historia de la Literatura Cubana*,¹ del doctor Salvador Bueno, quien –en aquel entonces– era profesor de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana.² Con la lectura analítico-sintética de esa obra (una de las mejores y más completas que escribió y de las que se hicieron seis ediciones), la mente y el alma de un joven se enfrentaron al rigor histórico, crítico e investigativo que caracterizara la prosa elegante, pero directa a la inteligencia humana, de quien recibiera, en 1959, el premio de la Sección de Gramática y Literatura,³ otorgado por el Colegio Nacional de Ciencias y de Filosofía y Letras por su ensayo crítico *Trayectoria de Labrador Ruiz (A los 25 años de Laberinto)*.⁴

A partir de ese momento, caí en la cuenta de que Salvador Bueno no sólo era un magnífico historiador de la literatura caribeña, sino un excelente crítico e investigador de la producción literaria producida en la mayor de las Antillas, porque, al igual que el Apóstol, sabía “[...] ver [...] deducir [...]; analizar, presumir, explicar [...]”,⁵ y además, aguijonear el intelecto y el espíritu de quienes buscábamos en las páginas de ese texto el *alimento cognoscitivo indispensable* para crecer desde todo

punto de vista; en consecuencia, convertirnos no sólo en respetables profesionales de la educación, sino también en buenas personas, porque no debe olvidarse que el ex presidente de la Academia Cubana de la Lengua era, ante todo y por encima de todo, un maestro que formaba a sus discípulos en el amor a la cultura cubana y universal, al idioma cervantino y a la humanidad.

Hace diez años, cuando incursioné por vez primera en la vida y la obra del padre Félix Varela,⁶ piedra fundacional de la martiana *ciencia del espíritu*,⁷⁻⁸ le di a leer mi artículo a Salvador Bueno, y cuando lo hubo diseccionado con afilado, pero amoroso bisturí, me dijo por teléfono: “[...] su trabajo sobre esa faceta poco conocida del padre Varela me pareció muy interesante [...], pero lo que más me llamó la atención fue la valoración integral que hace de Varela como filósofo, psicólogo, profesor, sacerdote y ser humano [...]; sin embargo, me agrada hacerle algunas observaciones personales”;⁹ señalamientos que, por razones ajenas a la voluntad de ambos, quedaron archivados para siempre en su *yo crítico*.

El poeta, crítico y ensayista Virgilio López Lemus estima que Salvador Bueno es –sin discusión alguna:

[...] un *creador literario*, puesto que se ha ocupado durante sesenta años consecutivos de la *literatura*, de estudiarla, historiarla, explicarla, divulgarla, y ha sido uno de los ensayistas literarios más fecundos del siglo xx cubano [y el primer lustro del xxi]. Como el término *creación* –aclara el doctor López Lemus– no implica sólo [...]

los géneros de ficción, Salvador Bueno ha sido un creador eficiente en su área de trabajo: el ensayo y la crítica literarios, que ha cultivado con profusión. Ha sido además un periodista cultural muy destacado, con numerosísimos artículos [...], reseñas, comentarios críticos, [crónicas] y notas divulgativas publicados extensamente en revistas y periódicos cubanos, españoles, mexicanos, estadounidenses y de muchos otros países de Europa y América.¹⁰

De acuerdo con López Lemus, la función desempeñada por Salvador Bueno en el contexto crítico-literario iberoamericano “[...] es servir [al otro], ser útil, trabajar en silencio en las áreas de estudio para las que se siente mejor dotado [...],”¹¹ razón por la cual “[...] se le ha asignado el calificativo de ‘divulgador’, como si con ello se rebajase su condición de ser uno de los principales críticos e historiadores literarios [de todas las épocas y de todos los tiempos] [...]”.¹² Sin duda alguna, quienes piensan que Salvador Bueno es sólo un “buen divulgador cultural” no conocen la vida y la obra de uno de los primeros cubanos que obtuvo la categoría científica de Doctor en Ciencias Filológicas, la cual defendió en una universidad este-europea cuando ya “[...] era un intelectual prominente, reconocido en el medio profesoral y profesional de las letras y el periodismo patrio”.¹³

La fuente intelectual y espiritual de la cual bebió durante su juventud el que fuera asesor literario de la centenaria Biblioteca Nacional José Martí habría que buscarla en la prosa del doctor

Medardo Vitier (1886-1960),¹⁴ a quien él percibe como paradigma (y sin duda alguna lo es), y también en los escritores españoles que integraron la emblemática Generación del 98.¹⁵

No obstante todo lo que pudiera argumentarse sobre la excelencia del doctor Salvador Bueno como intelectual y como persona, y que, por su magnitud, no podría resumirse en un modesto artículo periodístico, el crítico que siempre fue nos deja como legado una lección magistral de ética, humanismo y espiritualidad:

La misión de un crítico es –ante todo y por encima de todo– transmitirle al receptor un mensaje claro y preciso; ser honesto consigo mismo y con el *otro* o *no yo*... cuando lo que escribe es expresión genuina de su forma de pensar y sentir el hecho artístico-cultural que valora desde una óptica objetivo-subjetiva, sin transgredir los principios ético-humanistas sobre los cuales se estructura el ejercicio del criterio y el periodismo cultural.

Para el colega Salvador Bueno, los periodistas que ejercen la crítica artístico-literaria deben “[...] ser muy sensibles y tolerantes [...]. No obstante, y esto es quizás un defecto, yo no escribo de lo que no me gusta. Cuando algo definitivamente no me gusta, lo que hago es callarme la boca”.¹⁶ Para mí, esa “confesión” es la mejor clase de ética periodística que un profesional de la prensa puede recibir... no importa dónde ni cuándo.

De críticos de la extirpe del doctor Salvador Bueno, Martí escribió: “Fue un gran crítico; apuntó y dio en el blanco”.¹⁷

Notas

¹ Bueno, Salvador. *Historia de la Literatura Cubana* / 2ª ed. La Habana: Editorial Minerva, 1954.

² Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. *Diccionario de la Literatura Cubana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1984: t. 1, pp. 158-159.

³ *Ibíd.*

⁴ *Ibíd.*

⁵ Batlle, Jorge Sergio. *José Martí: aforismos*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2004. p. 87.

⁶ Varela, Félix. *Obras* / Comp. Eduardo Torres-Cuevas, Jorge Ibarra Cuesta y Mercedes García Rodríguez. La Habana: Editorial Cultura Popular, 1997. 3 t.

⁷ Dueñas Becerra, Jesús. Varela: psicólogo precursor. *Revista Cubana de Psicología* (La Habana) 15(3):186-90; 1998.

⁸ González Serra, Diego. *Martí y la ciencia del espíritu*. La Habana: Editorial Si-Mar, 1999.

⁹ Conversación telefónica con el doctor Salvador Bueno realizada en La Habana, 1997.

¹⁰ López Lemus, Virgilio. Salvador Bueno y la literatura cubana. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 95(1-2):103; 2004.

¹¹ *Ibíd.*, p. 105.

¹² *Ibíd.*

¹³ *Ibíd.*, p. 103.

¹⁴ Instituto de Literatura y Lingüística... *Op. cit.* (2). t. 2, pp. 1108-1110.

¹⁵ Nórico, Yuris. El trabajo gustoso no es trabajo. *Trabajadores* (La Habana) 32(7):6; 2002. Entrevista al profesor, periodista e investigador Salvador Bueno.

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ Batlle, J. S. *Op. cit.* (5). p. 88.

Evocación del Zarapico

Mercedes Santos Moray

Poetisa, novelista y ensayista

Se me hace muy difícil hablar en pasado de Samuel Feijóo, evocar desde la sombra a un ser travieso como los duendes, de incansable vitalidad. Sin embargo, así es, han transcurrido quince años de la muerte de este hombre que no sólo dejó la huella personal de su escritura, sino esa pasión arrolladora, y tan suya, que lo convirtió en una proeza viva, en un personaje que muy bien podríamos encontrar en cualquier espacio rural o urbano de nuestro archipiélago.

Recuerdo las últimas noticias que recibí de Samuel, gracias a su devota y leal Cleva Solís, esa poetisa y pintora que fue una de las dos musas del grupo Orígenes, y que desde el cultivo profundo de la amistad verdadera, le dio el amor y el cuidado desde la sustancia cristiana de su existencia, como tributos reales, y no ficticios, del querer, espacio materializado en obras y que muy bien cumplía la máxima latina: *Facta non verbum*.

Muy enfermo, con las heridas de la edad y la salud quebrada, recibía entonces la atención de aquella mujer, breve y gentil, siempre acogedora que, cuando viene a mi memoria, llega nerviosa e intranquila, deseosa de llegar pronto a su casa para ver cómo estaba Samuel, en aquellos terribles años iniciales del llamado Período Especial.

Ahora, que tanto se habla de las revistas culturales, asidero indispensable para la cultura y para la actualización del pensamiento y de la imaginación humanas, debemos recordar la laboriosa huella de Feijóo desde la Universidad Central de Las Villas, y los signos de su *Signos*, virtual enciclopedia del folklóre, expresión voluntariosa, más allá de las dificultades y de las incomprendiones, de aquel singular antropólogo y etnólogo cubano.

Uno de los más agudos críticos latinoamericanos, Max Henríquez Ureña, nos dio la más justa e integral valoración de este cubano universal: “Feijóo es un espíritu inquieto, capaz de faenas múltiples. Ha desentrañado del folklóre esencias autóctonas y ha comunicado en formas diversas su emoción del paisaje cubano. Ya en verso, ya en prosa y a veces en prosa poética, su obra está difundida en multitud de folletos y libros que es preciso clasificar cuidadosamente para apreciar las distintas direcciones de su labor creadora. Él mismo ha señalado, en esa labor, dos principales divisiones: una, la poesía interior; otra, la que llama “línea vegetal cubana”.

Personaje él mismo más dinámico que las propias criaturas nacidas de su corazón y de sus manos, bien merece Samuel Feijóo que le rindamos homenaje, y hagamos un alto en las cotidianas presiones de la vida, para evocar su amor a la cultura y a las letras cubanas, de las que fue un legítimo y muy trabajador protagonista, capaz de superar cualquier retrato por fiel que este fuese, dado ese invencionero afán suyo de jugar a la incertidumbre.

Cienfueguero por haber nacido el 31 de marzo de 1914 en San Juan de los

Yeras, hoy provincia de Cienfuegos, fue como tantos escritores cubanos, esencialmente autodidacta, y así se expresó su genio, tanto en las letras como en la plástica.

“Nací en el campo, en un pequeño pueblo de calles de tierra, y me crié entre lomas, cañaverales, guayabales, jiras camperas, gallos, caracoles de monte, arroyos, pesquerías y trovadores del punto cubano”, afirmaba para que nosotros recordásemos sus orígenes.

Cuando le conocí, en los camerinos de un teatro, el de nuestro Guiñol, junto al teatrista Armando Morales, Feijóo intentó sonrojarme con sus múltiples piroetas verbales, y después, con cierto sentido de la medida, más inusitado en su desbordada especie, tuvo lástima de mi adolescencia, mientras se interesaba por lo que hacía y por cuánto aspiraba a ser, con un desdoblamiento que me revelaba otra arista de su persona, la del maestro.

Allí, sencillo, como si hubiese saltado de la hamaca, al comienzo del crepúsculo, estaba el autor de aquel clásico de nuestra narrativa, pícaro como su progenitor literario, que fue Juan Quinquín, el mismo que se trasladó al cine gracias al talento de Julio García Espinosa y en el que latían muchas de las virtudes y también los yerros del Zaparico.

Así conocí al poeta, al novelista, al investigador del folklore, al editor que

dirigió aquel espacio increíble que fue la Editorial de la Universidad Central de Las Villas, y revistas como *Islas*, así como el Departamento de Estudios Folklóricos de aquella institución académica a la cual accedí, años más tarde, cuando un grupo de jóvenes escritores y artistas nos reunimos en el terruño de Marta Abreu con la esperanza, más bien alucinada y errática que posible, de cambiar al mundo como si pudiéramos emular con el célebre Zarapico que, como si fuera un personaje cervantino, podía batirse con los molinos de vientos sobre los campos de la Mancha, mientras de su laúd brotaban madrigales para las mozas como Aldonza Lorenzo, perdón, como Dulcinea del Toboso.

Porque Samuel fue además un amoroso enamorado del amor, y de la mujer cubana, que tradujo a diversos medios entre sonetos, décimas, romances, refranes, leyendas y mitos, los cuales le permitían convertirse en güije por nuestros campos.

En su amplia papelería, recordemos también que no fue menor su presencia en la prensa cubana, como lo prueban las hemerotecas, y las ediciones de revistas como *Orígenes*, *Carteles*, *Bohemia*, entre otras, así como en el diarismo, espacio testimonial no sólo para el poeta y el narrador, sino y sobre todo, para el incansable promotor cultural que fue Samuel Feijóo.

DOCUMENTOS RAROS

Juan de Aréchaga y Casas, primer cubano que publicó un libro en latín

Amaury B. Carbón Sierra

Profesor de la Universidad de La Habana

Quizás pudiera parecer una rareza o una extravagancia que un cubano publicara un libro en latín, lo que supone la existencia de lectores en esa lengua. Sin embargo, no fue –claro está– una excepción. Sería necesario entonces recordar que al igual que en otras partes del mundo, el latín fue desde la colonización de la isla por los españoles, no sólo el idioma oficial de la Iglesia y su liturgia, sino el empleado con preferencia sobre el español en la enseñanza académica erudita y en el aprendizaje. Era, pues, el núcleo de la “segunda enseñanza” –inexistente aún y sólo reconocida como tal hacia mediados del siglo XIX–, ya que sin su dominio no se podía acceder a los estudios superiores ni a la bibliografía científica y profesional básica. Esto explica que fueran muchos los que en nuestro país –y fuera de él– poseyeran la lengua de los antiguos romanos y la emplearan en forma oral, escrita, o combinadamente en su vida profesional. Juan de Aréchaga y Casas, nacido en La Habana en 1637 y fallecido en México en 1688, según Max Henríquez Ureña,¹ o 1695, de acuer-

do con el *Diccionario de la literatura cubana*,² es uno de estos casos representativos.

Hijo legítimo del capitán español, tesorero y juez oficial de la Real Hacienda, de igual nombre,³ y de la cubana Manuela de Casas de Inestrosa (Cabeza de Vaca incorrectamente en Pérez Beato),⁴ después de cursar las primeras letras en Cuba, se fue a España en 1650 con trece años de edad para realizar estudios en la Universidad de Salamanca, adonde llegó finalmente después de haber sido robado por un pirata. Allí, de acuerdo con los documentos de su Archivo Histórico, se graduó de bachiller en Cánones en abril de 1657; en Leyes el 2 de diciembre de 1659, y de licenciado en estos estudios en 1662, mediante dispensa de un año de pasantía otorgada el 16 de mayo del corriente. Asimismo, aparece como doctor en Leyes el 22 de mayo de 1662.⁵ Según Francisco Calcagno, a partir de ese momento el rector lo nombró lector y sustituto de la Cátedra de Institución, y poco después de la de Vísperas de Leyes y en ambas prestó servicios hasta 1670. Ese año

fue uno de los opositores a la cátedra de Instituta más antigua, por ascenso que hizo a la de Código más antiguo el doctor García Dávila, y habiendo obtenido éxito favorable, la ocupó el 9 de febrero de 1671.⁶ No consta la fecha en que abandonó la península, pero pudiera haber sido esta última, pues a partir de ese año no se han encontrado allí nuevos datos suyos ni se le registra en el “Catálogo de los catedráticos, maestros, doctores y rectores que ha tenido la Universidad desde el curso 1546 al 47 que es el libro más antiguo que se conserva [sic] de matrícula”. En su brillante carrera profesional y política, desempeñó además, entre otros cargos y comisiones importantes en el orden político e institucional, el de gobernador de Yucatán (1679), el de oidor y luego decano y presidente de la Sala de la Real Audiencia de México (1682), y el de juez conservador del estado de Hernán Cortés. En La Habana, su patria, fundó con sus bienes y los de cinco hermanas residentes aquí, tres doncellas y dos viudas, el monasterio de religiosas dominicas de Santa Catalina de Siena (1688?),⁷ aunque no consta que haya visitado la isla a ese fin. La Real Cédula que declaró el permiso se dictó el 2 de agosto de 1684. Con esta acción piadosa tal vez quiso Aréchaga lavar las faltas de su padre como funcionario público, fallecido antes de que se dictara sentencia en su contra por delito de fraude.⁸

El habanero Juan de Aréchaga y Casas parece haber sido el autor del primer libro, publicado en latín o al menos editado en esa lengua por un cubano. Así lo considera el bibliógrafo

Carlos M. Trelles,⁹ y hasta ahora ningún nuevo hallazgo lo niega. Fue, sin embargo, el historiador José Martín Félix de Arrate (1701-1765), quien en su *Llave del Nuevo Mundo, antemural de las Indias Occidentales*, escrita un siglo después, ofrece como título de la primera obra del jurisconsulto el de *Arechaga Commentaria juris civilis* (1662), de donde han tomado el dato otros estudiosos, entre ellos, Francisco Calcagno¹⁰ y el propio Trelles.¹¹ Quizás se tratara de sus tesis de Licenciado y Doctor, defendidas ese año. No obstante, dada la búsqueda infructuosa en la Biblioteca y en el Archivo de la Universidad de Salamanca, en la Biblioteca Nacional de Madrid, y en otras bibliotecas y archivos cubanos y españoles, suponemos, aunque sin ninguna certeza y muchas dudas pero para partir de un hecho probado, que su primer libro, al menos como editor, haya sido *Extemporaneae commentationes ad Textus sorte oblatos pro petitionibus Cathedrarum Academiae Salmanticae*. Salmanticae, apud Josephum Gomez de los Cubos, 1666, en 4º, 107 p. (*Disertaciones improvisadas sobre temas sacados a la suerte con motivo de Cátedras en la Universidad Salmantina*), que sí se encuentra en la Universidad de Salamanca y se consigna en los catálogos bibliográficos europeos consultados. Consta de cuatro disertaciones fechadas en 1662, 1663, 1664, y 1665, que quizás contienen la mencionada por Arrate. Sea cual fuere su primer libro, nadie puede disputarle la primacía, pues la cuestión sería sólo de título: este o uno de los citados. Pero “como las obras de aquel son para nosotros monumentos

venerables”,¹² nos place consignar que el único ejemplar de esta obra existente en Cuba fue donado en microfilm a la Universidad de La Habana en 1996 por el director del Archivo Histórico de la Universidad de Salamanca, don Severiano Hernández Vicente, quien personalmente realizó la búsqueda de los principales documentos relacionados con Aréchaga e hizo la transcripción para ponerla en nuestras manos. Uno de ellos, lo constituye un dato curioso, la caracterización física del estudiante que hacía el secretario, por desconocerse aún la reproducción fotográfica: “Don Juan de Arechaga natural de la Abana de edad de diecisiete años Moreno cejisjunto y cejas negras un lunarillo devajo de la barba al lado izquierdo pasahabil a Canones en 1º de octubre de 1654. Don Martin Gimenez [...]”.¹³

Lamentablemente, con la consideración hecha arriba, no queda resuelto el problema de las publicaciones de Aréchaga. El propio Arrate, quien cita la obra de 1662 sin añadir datos complementarios, menciona también otras disertaciones impresas en el mismo año 1666 y en la misma imprenta que el título anterior: *Extemporaneae commentationes ad quod autem in Instit. de capite minutis*. Esta es, por otra parte, la única obra de Aréchaga que cita Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana Nova* (Roma, 1672, t. 1, p. 638), a la cual, basándose en Arrate, se refiere Calcagno como otra publicación del cubano, lo que puede hacer pensar que se tratara de un folleto como pudo ser el de 1662, si realmente existió, o lo menos probable, de otro libro del que no se conserva ningún ejemplar. Por

otra parte, hemos comparado las proposiciones de las dos *Extemporaneae* y solamente una se aproxima en el título. Habrá que continuar esta indagación centenaria hasta poder llegar a una conclusión definitiva o más satisfactoria sobre las obras de Aréchaga, algo que a estas alturas parece sumamente difícil. He aquí la ficha del libro del cubano:

A tinta: Bibliotheca Collegis Regalis Salmantini. Societ. Jesus Imoreso: Doctoris D. Ioannis de Arechaga et Cassas i.c. Havanensis et in Inclyta Salmanticensium Schola Juris Civilis Professoris Extemporaneae commentationes ad textus forte oblatos pro petitionibus Cathedrarum Dicatae Excel^{mo}. Principi D.D. Gaspari de Bracamonte: Comiti de Peñaranda Regni Governatori Supremi Indiarum Senatus Praesidi, &c. CVM Dñi Chancellarii permissu Salmanticae Apud Josephum Gomez de los Cubos Anno Dñi 1666. [107 p.]

Aréchaga fue también uno de nuestros primeros poetas. Su bibliografía activa incluye el *Epigramma in obitum Philippi IV, Magni Hispaniarum, & Indiarum Regis* (*Epigrama a la muerte de Felipe IV, Rey de España y de las Indias*), escrito por encargo y publicado por el maestro fray Francisco Roys o Roix en *Pyra real que erigió la Universidad de Salamanca...* (Salamanca, febrero de 1666, pp. 308-309). He aquí, por primera vez en Cuba, el poema en latín, escrito en dísticos elegíacos y con perfecto dominio de la métrica, así como su traducción al español, probablemente la primera de ese texto:

Epygramma

*Tetrica terra gemit, singultit luctibus orbis.
Nec elugendus funere casus erit.
Flebilis Hesperia, Hispani jeheu! Solvite crines
Ferali squalens pulvere ferte caput.
Praestitit Hispani Maiestas nominis alta
Haeredi imperium, nobile corpus humo
Digno pro tumulo certant elemêta Philippi
Sed maior Princeps est, ut in his iaceat.
Pantheon sarcophagus dives, adamantina moles
Gazae artisque stupor, cuncta'que mira simul,
Relligione sacer, sublimis, maxima rerum
Augustos cineres conteget. Haud capiet,
Vix tanto Heroi superest condigna quieti
Urna Hispanorum pectora busta manent.*

Epigrama

*La tierra gime sombría, solloza el mundo de dolor
Y no habrá otro acontecimiento mortuorio
tan digno de ser llorado.
Llorosa está España, ¡ay!, españoles,
desatad los cabellos en prueba de luto,
llevad la cabeza al aire libre, al descubierto.
La alta majestad del pueblo español otorga el reino al sucesor
Y entrega a la tierra el noble cuerpo.
Se disputan los restos de Felipe un digno túmulo
Pero es más grande el príncipe, aunque en ellos descansen.
Como su panteón, un rico sarcófago, duro como el acero,
Fascinante por su riqueza y por su arte,
y al mismo tiempo admirable por todo.
Consagrado por su religión, sublime,
Grandioso, guardará las augustas cenizas.
No acogerá totalmente a tan gran héroe,
Sobrevive apenas una condigna urna de paz:
Los pechos de los españoles permanecen como su sepulcro.*

Digamos, finalmente, que el eminentísimo cardenal José Sáenz de Aguirre hizo un elogio de Aréchaga, su maestro, en el libro *Ludi Salmanticenses sive Theologia florentula* (Salamanca, 1668), y fray Martín del Castillo le dedicó su obra *Tractatus panegiricus de Sanctissima Maria domina nostra in Debbora et Jahele*, Genuae, Joannis Salvatoris Pérez, 1690, aparte de otras referencias ya recogidas o consultadas, lo que constituye una prueba más de la significación intelectual del famoso jurisconsulto, uno de los primeros autores neolatinos cubanos, y el primero en dar a la luz un libro en latín.

Notas

¹ Max Henríquez Ureña. *Panorama histórico de la literatura cubana*. La Habana: Ediciones R, 1967. t. 1, p. 52.

² Instituto de Literatura y Lingüística de la ACC. *Diccionario de la literatura cubana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1980. t. 1, p. 69.

³ “[...] el dicho don Juan, padre del pretendiente, hera natural y originario de la villa de Escoriaza en la provincia de Guipuscoa, y que era hijo lejitimo de Juan de Arechaga y doña Simona de Celaya y Arana, naturales de dicha villa de Escoriaza”. AUS, Grados, L 787.

⁴ La rectificación se basa en el “Claustro de Cancelario, constancia de nobleza, diócesis de Cuba (f. 121, vº), AUS, Grados, L 787: “[...] y que la dicha Manuela de Casas hera hija lejitima de Melchor de Casas y doña Juana de Inestrosa, naturales de Maruella, en los reinos de Castilla, en el obispado de Malaga”.

⁵ AUS, Grados, L. 787 y AUSA, Folio 2 vuelto, Registro de Matrículas, L-370.

⁶ Calcagno, Francisco. Jurisconsultos cubanos. *Revista de Cuba* (La Habana) 2:154; 1877.

⁷ Le Riverend, Julio. Notas para una bibliografía cubana de los siglos xvii y xviii. *Universidad de La Habana* (88-90):136; en.-jun. 1950.

⁸ Había falseado una cifra de ingreso de esclavos con fines lucrativos. Cf. “La ilustre casa de los Aréchaga”, en *Un recuerdo de La Habana del siglo xvii* de Juan Luis Martín (Archivo Nacional, Donativos y Remisiones, caja 362, N° de orden 13).

Las hermanas solteras de Juan de Aréchaga: Ana, Francisca y Teresa, profesaron después con los nombres de María de la Ascensión, María de la Purificación y María de Jesús Nazareno, respectivamente. A la muerte de Ana, en 1714, el cubano José Bullones publicó su “Sermón funeral que en las honras de la Vener. Madre María de la Ascensión, fundadora y primera prelada del monasterio de Santa Catalina de Siena...” (C.M. de la Biblioteca Nacional José Martí).

Sobre el convento, ver: Weiss, Joaquín E. *Arquitectura colonial cubana, siglos xvi-xvii* La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1972. pp. 132-133.

⁹ Trelles, Carlos M. *Bibliografía cubana de los siglos xvii y xviii / 2ª ed.* La Habana: Imprenta del Ejército, 1927. p. 2, nota 1.

¹⁰ Calcagno, Francisco. *Diccionario biográfico cubano*. Nueva York: Imprenta de Néstor Ponce de León, 1878. p. 61.

¹¹ *Op. cit.* (8).

¹² Calcagno, F. *Op. cit.* (6). p. 55.

¹³ AUSA, 552, F. 838. La fotografía fue descubierta en 1829 por Niepce y Daguerre.

Nada hay tan bello como la esperanza

Mercedes Santos Moray

Poetisa, novelista y ensayista

Suele ceñirse y también reducirse el concepto de cultura a las artes y las letras, así se olvida la Historia, ese reservorio natural de la memoria, testimonio de la especie humana en su diálogo con el universo. De ahí la significación que alcanza la publicación por la Editorial Argos, de Santo Domingo, en la República Dominicana del libro *Casados con la verdad*, de la periodista cubana Mercedes Alonso Romero en el que se reúnen numerosas entrevistas, realizadas por la autora, en distintos períodos de su profesión, a prestigiosas y reconocidas figuras de nuestra cultura, Premios Nacionales de Historia, de Ciencias Sociales, laureados con diversos galardones, como el Premio Casa de las Américas y los de la Crítica.

Este cuaderno, enriquecido desde la gráfica, con las imágenes de los entrevistados, realizadas por algunos de los más destacados fotógrafos cubanos, como Raúl Castillo, José Oscar Castañeda, Pablo Pildaín, Gilberto Rabassa, Guillermo de Jesús, J. L. Garcíandía y Yamil Lage Acosta, es un tributo al pensamiento cubano contemporáneo, expresión legítima de nuestra cultura, ya que estas mujeres y estos

hombres retoman el legado fundacional del siglo XIX y se adentran en nuevas y complejas zonas de la reflexión y del análisis de cuanto ha sucedido y sucede en nuestro país.

El título del volumen brota de las palabras del primer entrevistado, el decano de los historiadores cubanos en activo, el maestro y obligado referente por su sapiencia y modestia César García del Pino, laborioso e infatigable que se confiesa, desde su especialidad y por su ética, “un individuo casado con la verdad”, como condición *sine qua non* de quien se entrega a la Historia.

También merece destacarse el espacio dedicado a “los que ya no están”, entre los cuales se encuentran figuras mayores de nuestra cultura, como Hortensia Pichardo, José Luciano Franco, José Antonio Portuondo, Sergio Aguirre, la escultora Jilma Madera, cuya presencia en este homenaje se valida desde el *Martí* del Turquino, y Francisco Pérez Guzmán a quien se dedica el libro, sensibles pérdidas que sin embargo nos dejaron la riqueza de sus obras, homenaje *per se* del hombre sobre la vida.

Varias mujeres se incluyen en este libro, amén de la maestra de maestros que fue la Pichardo, y de la propia Jilma,

como Nydia Sarabia, Áurea Matilde Fernández Muñiz, Olga Portuondo Zúñiga y María del Carmen Barcia, expresión de la presencia femenina dentro del horizonte de las Ciencias Históricas en Cuba que califican por su autorizada incidencia desde el claustro y la Academia, desde el periodismo al ejercicio intelectual con diferentes aportes a nuestra cultura, que inciden además en el enriquecimiento de la propia ciencia, con esa perspectiva de lucidez no exenta de lirismo, el cual permite aprehender hasta el detalle y, sobre todo, dimensionar espacios subjetivos de cuanto acontece por la mano humana, en pos de un testimonio que no silencie a nadie, ni invisibilice circunstancias y seres, desde la Cuba profunda hasta los escenarios hispánicos siempre relacionados con nuestra historia como nación y nacionalidad.

Voces y experiencias como las de José Cantón Navarro, Jorge Ibarra, Oscar Zanetti, Eduardo Torres Cuevas y Eusebio Leal se reúnen aquí, desde la singularidad de cada uno, en este texto que cuenta a manera de prólogo con las reflexiones de un joven de las últimas promociones de los historiadores, como Yoel Cordoví, todos los que subrayan el sentido de pertenencia y de responsabilidad moral y social de los que se dedican a esta profesión y ven-

cen dogmas, prejuicios, ignorancia, desinformación y esquemas *a priori* en pos de una mirada en verdad signada no sólo por la científicidad de su labor, sino por el compromiso ético de quienes la realizan.

Eusebio Leal destaca: “La cultura es la verdadera clave interpretativa. Además, hay para millones de seres humanos una profecía de perennidad y resurrección que no acaba. No hay nada tan bello como la esperanza”.

Mientras, Eduardo Torres Cuevas se declara deudor de los maestros del pensamiento histórico y social en Cuba, quienes supieron no sólo darnos lecciones de principios científicos e ideológicos, sino que subrayaron la necesidad comunicacional de una escritura de la Historia que pudiese llegar a todos, como vía de enseñanza y de crecimiento, legado asumido por él desde el magisterio de José de la Luz y Caballero, y reconoce en Félix Varela y en José Martí.

Como María del Carmen Barcia, natural, aguda y sensible, quien resume su profesión, la que ha ejercido durante varias décadas desde las aulas de la Universidad de La Habana y ha volcado en sus libros, al situar la función formativa de una vocación: “Enseñar a pensar ha sido para mí una divisa”.

Vergüenza contra dinero

Marta B. Armenteros

Editora

Un libro acaba de aparecer en la capital de Cuba con motivo del centenario del nacimiento de Eduardo René Chibás Ribas: *Vergüenza contra dinero*, de Ramón Rodríguez Salgado (La Habana, Editora Política, 2007) que, además de la “Nota de presentación”, está conformado por dos partes: la primera, bajo el título general de “Partido, doctrina y acción”, consta de cuatro capítulos:

I) “La formación del Partido Ortodoxo” comienza con la llegada al poder del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) y de Ramón Grau San Martín a la presidencia del país. Este hecho aparece bajo el subtítulo “La Jornada Gloriosa de 1944: apertura de la era auténtica”, donde se presenta la situación del país y el inicio de las decepciones del pueblo, lo cual aparece en “La frustración nacional”, acápite en el cual Chibás denuncia los desmanes del gobierno y el gangsterismo existente en la época, realidad enfrentada por él con su habitual fortaleza. Las esferas gubernamentales en 1945 intentan realizar un cambio en la Constitución que conllevara a la prórroga de poderes del presidente, y a esto se opone el adalid con su característico ímpetu; dicha problemática está reflejada en “Reeleccionismo y fisura en las filas del PRC (A)”. En “La irrupción de la

‘guerra fría’: un nuevo elemento”, muestra las luchas obreras y la política de los Estados Unidos en cuanto a sus relaciones internacionales y su influencia en Cuba. “Nacimiento y estructuración del Partido de Chibás” presenta la crisis política del país, la que conlleva a que el líder y un grupo de auténticos decidieran formar el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), presidido por él.

II) Este capítulo, titulado “Los fundamentos ideológicos”, se inicia con “Análisis sumario del Programa” donde se analiza el texto del Programa Doctrinal del Partido Ortodoxo. En “La línea de la independencia política o anti-pactismo”, el autor estudia la posición del ortodoxismo en cuanto a las coaliciones político-partidistas en la lucha por el poder. Un aspecto importante se trata en “La Tesis Programática de la Juventud Ortodoxa”, aparecida en el documento *El pensamiento ideológico y político de la juventud cubana. Tesis de la Comisión Nacional Organizadora de la Sección Juvenil del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos)*, en el que se expone la teoría política de la nueva generación.

III) “Los inicios de la lucha” es el capítulo cuya primera sección es “La mano imperialista en el sector azucarero”, en él se muestra el apoyo de Chibás al diferencial azucarero conquistado por los trabajadores del ramo, encabezados por Jesús Menéndez, logro que el gobierno de los Estados Unidos quería eliminar. En “Las elecciones generales de 1948” se señala la situación política del país en esos momentos; en dicho proceso electoral salió elegido Carlos Prío Socarrás por el Partido

Revolucionario Cubano (Auténtico), mientras Eduardo Chibás recibe el tercer lugar en la votación. “El nuevo inquilino de Palacio” da a conocer la posición política del gobierno de Prío en sus primeros tiempos y el enfrentamiento del líder ante los desmanes que se cometían. El subtítulo “La lucha de Chibás por la nacionalización de los servicios públicos” presenta el punto de vista del líder en relación con los monopolios extranjeros, en particular la Compañía “Anticubana” de Electricidad y la Cuban Telephone Company.

IV) “El afianzamiento del chibasismo” se inicia con “El empréstito de la desvergüenza”, o sea, el que el gobierno de Prío pretendía concertar con el Chase National Bank de Nueva York; Chibás con sus prédicas demuestra su significado nefasto para el país, pues lo endeudaría por tiempo indefinido. En el siguiente acápite, “La Causa 82, los Nuevos Rumbos y el Decreto 2273”, se precisa, en primer lugar, sobre la acusación impuesta por el senador Pelayo Cuervo contra el ex presidente Ramón Grau San Martín y un grupo de sus colaboradores ante el Tribunal Supremo de Justicia por el delito de malversación. También expone la falsa política de los Nuevos Rumbos proclamada por Prío, en la cual este propone terminar con la corrupción administrativa y el nepotismo heredados del gobierno de Grau. Asimismo, desarrolla la posición de Chibás ante estos hechos y el llamado por él “Decreto Mordaza”, que aprueba el acoso y la vigilancia contra quienes estaban en contra del gobierno. “Más inmoralidad, y las revelaciones de los *surveys*” analiza el enfoque de Chibás y de los sectores de la oposi-

ción acerca de los primeros dos años del gobierno de Grau, y los sondeos realizados en el pueblo, que pronosticaban el futuro triunfo ortodoxo en las elecciones.

La segunda parte del libro, “Acoso, sacrificio y legado”, consta también de cuatro capítulos:

V) Titulado “Acoso, sacrificio y legado” tiene como primera sección “Una historia poco conocida”, donde el autor se refiere a la denuncia hecha por Chibás sobre la presencia de mafiosos norteamericanos en Cuba, como Lucky Luciano y Meyer Lansky, que controlaban el tráfico ilegal de drogas, el juego y la prostitución en el país. “¿Qué hacer con Eduardo Chibás?” trata de la imputación hecha por el líder de la inversión de capitales del régimen por parte de algunos cubanos en los Estados Unidos y los depósitos bancarios que efectúan en ese país en contra del bienestar económico de Cuba. Ante todas sus acusaciones y la probable elección de Chibás como presidente, se produce una conjura entre el gobierno, la mafia y la oligarquía cubana, entre otros, en la cual se planteaban tres variantes expuestas en este segmento del libro.

VI) “El último combate” comienza con el subtítulo “La conjura en marcha”, y explica cómo el ministro de Educación Aureliano Sánchez Arango se convierte en la punta de lanza de la conspiración contra Chibás para desprestigiar su perspectiva política, comenzando así la famosa polémica donde este acusa al ministro de que tanto él como otros integrantes del gobierno cometen diversos desmanes. Continúa el capítulo con “Las pruebas que no pudieron ser exhibidas”, donde se demuestra la firmeza

de la posición de Chibás ante sus denuncias de corrupción, pero al no poder presentar pruebas concluyentes, esto provocó que perdiera parte del apoyo de sus correligionarios.

VII) “El aldabonazo de la inmola-ción” se titula este capítulo, cuyo primer epígrafe es “El drama y metáfora de un disparo”, y en él son narrados los momentos anteriores a que se realizara el disparo; aparecen además opiniones de algunas personalidades sobre el hecho. En “La apoteosis del martirio” se describe el tiempo transcurrido entre el intento de suicidio y la muerte del líder. En el siguiente subtítulo, “La continuación de la obra”, se explica cómo a pesar de que un grupo de seguidores de Chibás continúa sus preceptos, entre ellos el joven Fidel Castro Ruz, otros provocan la fragmentación dentro del Partido. “El regreso de los coroneles” aborda el golpe de Estado provocado por Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952 y sus consecuencias para el país.

VIII) El último capítulo, denominado “La fructificación de la semilla”, es comenzado con “La confirmación del líder necesario”, donde el autor demuestra el papel jugado por Chibás y su importancia ante la cruda realidad que representaba el gobierno golpista de Batista. Termina esta parte del texto capítulo con “La presencia de Chibás en el Moncada”, y se prueba la influencia del ideario chibasista en la generación del centenario.

A continuación aparece un “Epílogo” con la opinión del autor sobre lo que implicó la desaparición de Eduardo Chibás para la sociedad cubana.

Finaliza el volumen con una “Bibliografía” de los materiales consultados por el autor, quien desgraciadamente no pudo ver la publicación de su libro, pero que no obstante, estará orgulloso de esta investigación, importante para quienes deseen profundizar en la vida y obra de Eduardo René Chibás Ribas.

Julio Le Riverend y la historia del pensamiento antimperialista cubano

Félix Julio Alfonso López

Historiador

Julio Le Riverend Brusone (1912-1998) es uno de los príncipes de la historiografía cubana de la segunda mitad del siglo xx, y tal condición quizás haga pensar que su nombre y su obra son bastante conocidos entre nosotros y no necesitan presentación. Y esto es cierto si pensamos por ejemplo en sus grandes obras como *La Habana: biografía de una provincia* (1960) y su segunda edición bajo el título de *La Habana: espacio y vida* (1992). O en la contribución realizada a los capítulos económicos de la obra colectiva *Historia de la Nación Cubana* (diez volúmenes, 1952), luego recogidos en libro aparte bajo el título de *Historia Económica de Cuba* (1971). Incluso en obras de menor volumen o dedicadas a la divulgación, como son los casos de *La República: dependencia y revolución* (1966) o *Breve historia de Cuba* (1978), la maestría y la lucidez de Julio Le Riverend lo convierten en un clásico de la literatura histórica cubana y latinoamericana.

Sin embargo, en este nuevo libro (póstumo) del doctor Le Riverend, con primor antologado y acuciosamente prologado por la profesora e investigadora Josefina Suárez, el tema es uno de

los menos conocidos y valorados dentro de la vasta producción del autor, aunque paradójicamente resulta central en su pensamiento: la historia de las ideas antimperialistas en nuestra patria. Esta materia, que quizás hoy pudiera no parecer demasiado en boga dentro de las ciencias sociales, tiene un riquísimo legado en la cultura de las ideas emancipadoras y libertarias de la nación cubana, y su trascendencia, por supuesto, superó los ambientes académicos para convertirse en acción política y denuncia de la injerencia de los Estados Unidos en los asuntos cubanos durante la república burguesa neocolonial.

El propio autor, desde su temprana militancia de izquierda en los partidos comunistas de Cuba y Francia, su lucha antimachadista que le valió la prisión y el exilio, su oposición a la dictadura batistiana y su compromiso militante con la Revolución cubana, a la que consagró buena parte de sus desvelos intelectuales e incluso el sacrificio de la obra personal, fue también un luchador antimperialista. En este sentido, su biografía da fe de que en Julio Le Riverend las palabras iban acompañadas de los actos, y que podía hablar con la autoridad del sabio y

el compromiso del hombre público sobre un tema tan sensible en la historia de Cuba como el de sus problemáticas relaciones con el vecino del norte. Queda así demostrada su sagaz afirmación de que “la historiografía es, en definitiva, un campo específico de la política”.

La originalidad y el mayor aporte realizado por Julio Le Riverend en estos trabajos, como demuestra Josefina en sus penetrantes e iluminadoras palabras introductorias, es haber dado cuenta de lo temprano que se forja en un grupo de intelectuales cubanos, desde los albores mismos de la república, una conciencia y un deber de poner al desnudo la verdadera naturaleza deletérea de la intervención norteamericana en la historia reciente de Cuba. Peligro nefasto que ya había denunciado con claridad el apóstol José Martí en sus fulgurantes discursos y cartas, en propiedad el iniciador de esta corriente de pensamiento antimperialista.

Radicales pensadores e historiadores como Enrique Collazo, autor del anticipador estudio *Los americanos en Cuba* (1905); Julio César Gandarilla, a cuya pluma se debe la apasionada prosa de *Contra el yanqui* (1913) y el gran Emilio Roig de Leuchsenring, cuya *Historia de la Enmienda Platt* (1935) constituye un monumento a la investigación erudita en función de exponer la verdad histórica, desfilan por estos prólogos, artículos y ensayos de Le Riverend, escritos en diversos momentos y por circunstancias también diversas, pero que reunidos en un solo haz, nos devuelven el señorío y la reciedumbre de un pensamiento coherente en sus hipótesis principales, pero capaz de transmitir con audacia las

interrogantes para nuevas investigaciones.

Y no digo más, pues no es deber de una reseña el contar en detalle los contenidos de un libro, sino únicamente estimular en los lectores la necesidad de este acercamiento a un autor y a un asunto que conserva toda su vigencia, y transmitir la certeza de que su lectura les deparará un conocimiento que no debe ser desaprovechado.

Si algo debo reprochar a este texto, por otro lado editado con sobriedad y ponderación por un profesional avezado como Luis M. de las Traviesas —quien además introduce una nota acerca de las relaciones de trabajo desempeñadas por el autor con la Editorial de Ciencias Sociales—, es su lamentable diseño de cubierta, donde es difícil discernir el mensaje que nos quiere transmitir esa imagen borrosa y lo tenebroso del color hace arduo descifrar una parte del título y hasta el nombre de la antologadora. No debemos descuidar esto, pues un libro, además de una fuente de sabiduría, debe constituir también un placer estético, donde belleza e inteligencia anden de la mano.

Quedan, pues, a disposición de sus numerosos y renovados lectores, estas páginas rebosantes de cubanía, escritas con una prosa limpia y fluida, despojada de cualquier artificio retórico o científicista, y que la generosidad de Josefina Suárez ha rescatado de fuentes publicísticas hoy de difícil acceso o de libros editados hace muchos años, como una contribución personal que ella también realiza, dentro de una línea de investigación que ha trabajado durante décadas, al conocimiento y la difusión de las mejores tradiciones antimperialistas de nuestro pueblo.

Rte:

--

Biblioteca Nacional José Martí
Ave. de Independencia y 20 de Mayo
Plaza de la Revolución, C. Habana
CP 10 600 / Cuba

... del patio ...



Disciplina

Pastel seco sobre papel, 100 x 70 cm

Isaac García Toledo (Isla de la Juventud, Cuba, 1975) Graduado de la Academia de Artes Plásticas de Nueva Gerona en 1994, entre sus exposiciones personales se destacan "De lo que me dan y lo que cae" (1999), "Ideas enfermas y otros pensamientos" y "Propia condición" (ambas en el 2001). Ha participado en numerosas exposiciones colectivas entre las que se encuentran "Quieres más" y "En el ojo del cuervo" (2006), "Imagen y posibilidad: plástica cubana", "Luz de tu ausencia" (ambas en el 2007), así como en el XI Salón Nacional de Premiados (2005). Obtuvo el primer premio en el XIX Salón Municipal Pablo Porras Gener de la Isla de la Juventud (1992), y mención en la edición vigésimo primera de dicho evento (2003). Sus obras se encuentran en colecciones privadas y públicas de Cuba.